Lucas Fernández Piedrahita

R-239

HISTORIA GENERAL

DEL

NUEVO REINO DE GRANADA

TOMO II

BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA

LIBRO QUINTO

EL CAPITAN JUAN DE CESPEDES ENTRA EN LA PROVINCIA DE LOS PANCHES Y QUEDA VICTORIOSO EN UNA BATALLA.—VUELVE A BOGOTA Y MARCHA TODO EL CAMPO A SOMONDOCO.—DESCUBRENSE LAS MINAS Y LOS LLANOS DE SAN JUAN, ADONDE VA EL CAPITAN JUAN DE SAN MARTIN CON INFELIZ SUCESO.—MUDASE EL CAMPO A CIENAGA, Y SAN MARTIN PRETENDE SEGUNDA VEZ ENTRAR EN LOS LLANOS: TIENE NOTICIAS DEL CACIQUE TUNDAMA Y DESCUBRE SU GENTE A SOGAMOSO.—EL CAPITAN VENEGAS HALLA EN BAGAÑIQUE NOTICIAS DEL REY DE TUNJA: PRENDELO QUESADA Y SAQUEA SU CORTE: INVADE DESPUES A SOGAMOSO Y DETERMINA LA CONQUISTA DE NEIVA CON MAL SUCESO.—PELEA CON TUNDAMA CON BUENA FORTUNA, PARTE LA PRESA ENTRE SU GENTE, VA EN DEMANDA DEL ZIPA, A QUIEN MATAN SIN CONOCERLO.—LEVANTASE CON EL REINO SACREZAZICUA, QUE DECLARA LA GUERRA: ASIENTA PACES DESPUES Y, UNIDAS SUS FUERZAS CON LAS DE QUESADA, GUERREAN A LOS PANCHES HASTA SUJETARLOS.

CAPITULO I

ENTRA EL CAPITAN CESPEDES EN LA PROVINCIA DE LOS PANCHES POR TIBACUY: PLATICA CON EL CAPITAN DEL PRESIDIO DE LOS GUECHAS, Y, ACOMETIDO DE LOS PANCHES, QUEDA VICTORIOSO DESPUES DE UNA PELIGROSA BATALLA.

BREVE soplo es la humana felicidad; apenas se descuella entre luces, cuando se desvanece en sombras. Aun no la tiene colocada en su cumbre, cuando le dispone precipicios la fortuna. Entretiénese ésta en levantar imperios de las ruinas de los que parecían más seguros. Ensangriéntase picada en despreciar majestades, arrastrar coronas y regular la vida de los reyes por la suerte de los plebeyos, siendo los instrumentos de que se vale los que menos temió la soberanía, para que más sobresalga su poder y mudanza. Tres príncipes sucesivamente lloró la Francia muertos a manos de sus vasallos, tan conformes en el nombre como en la desgracia; otros tres Incas del Perú entre el dogal y el cuchillo; algunos reyes España en los principios de su imperio godo, y muchos monarcas Roma; despojos todos de una violencia impensada, que parece dejó en vínculo a las majestades la infelicidad de Julio César. Y ahora veremos la tranquilidad de un imperio grande turbada en los huracanes de la violencia; mal seguro el dominio en manos del temor y espanto, y entre las ruinas de su grandeza publicarán dos reinos sujetos las variedades de la fortuna. No, sino veremos en las disposiciones del cielo el corto tránsito que algunos príncipes tienen del sitial a la cadena, y otros del trono al cuchillo, y cuán despreciable es una majestad que

declina en manos de una codicia poco atenta en guardar privilegios, que la misma naturaleza escribe en las frentes de los que nacieron reyes.

Aliviados dejamos a los españoles con la disposición que hallaron para reformarse en los abundosos países de Bogotá, y persuadidos (como se dijo) a que no podían esperar más fruto de aquellas tierras que el que miraba desigual a sus deseos, y en demanda de mejorar fortuna los veremos peregrinos de regiones no conocidas, tan desasosegados, que sin determinarse a elegir asiento fijo se hallen en términos de perderlo todo, como sucediera si las desgracias no los favorecieran tanto, que los hicieran dichosos por fuerza; si los infortunios no hubieran sido los medios para contenerlos dentro de los confines del Nuevo Reino hasta abrirles camino de satisfacer las ansias de una codicia que sólo pudo terminarse con la muerte. Pasadas, pues, las aguas del invierno, mandó el general Quesada al capitán Juan de Céspedes que con cuarenta infantes y quince caballos saliese a descubrir nuevas tierras, de las confinantes con Bogotá, por la parte que miraba al occidente o septentrión, pidiendo a los bogotaes guías para la empresa y cargueros para el bagaje, que ofrecieron con demostraciones de buena voluntad. Y pareciéndoles tenían entre manos la ocasión de desembarazar sus tierras del pesado yugo de los españoles, entraron en consulta sobre elegir la parte a que los guiarían, de suerte que resultase toda la conveniencia en favor de sus intereses, y resolviéronse a encaminarlos a la provincia de los panches, nación fiera y atrevida en acometer a otra cualquiera, de cuya región será bien decir algo para claridad de muchas cosas que se han de tratar en el discurso de esta historia.

Yace esta provincia nueve leguas distante de Santafé, a la parte que mira de frente, que viene a ser al ocaso, por aquella que se inclina la cordillera de las montañas al río grande de la Magdalena, que por algunas partes le sirve de término.

No es fácil de averiguar la longitud y latitud que goza, respecto de ser toda la provincia de tierras dobladas y montuosas, con pocas partes escombradas y libres de ásperos caminos y despeñaderos grandes: tanta es la multitud que tiene de quebradas profundas, arroyos y ríos que la cruzan con acelerado paso. El río Funza, que tan manso camina por los campos de Bogotá, en demostración de la docilidad de sus habitadores, se inquieta de manera desde que entra precipitado en esta provincia, que parece le participan su ferocidad los bárbaros que la habitan. Divide los anapoimas y calandaimas de una misma nación; y habiendo en otros tiempos asolado la antigua y hermosa ciudad de Tocaima, pretende ahora besar los cimientos de que nuevamente se ha fundado en parte más elevada, hasta que, encontrándose con el río grande, pasa por la fortuna de más pequeño, perdiendo hasta el nombre. Pero aunque sea dificultosa su medida, tendrá este-oeste poco más o menos de quince leguas, que corren desde los términos de Pacho hasta el pueblo de los panches y sitio de El Peñol, situados de esta pare del río Fusagasugá, que baja de los sutagaos, y norte-sur tendrá a diez y doce leguas más o menos, según forman sus vuelas el río grallde de la Magdalena, Ríonegro y otros, que le sirven de fosos y términos, que la dividen de otras provincias; ésta lo es de temple cálido, más o menos fértil de maizales con dos cosechas al año, y otras dos de uvas de Castilla, aunque por la prohibición que hay de hacer vino no se tiene mucho cuidado en plantar y conservar las viñas; es tan abundante, que tiene la mejor disposición para ingenios de miel y azúcar y son muchísimos los que están poblados, por tener tan a mano las provisiones de agua y leña.

En ella, pues, habitan los panches (como se ha dicho), no muchos en el número respecto de las otras provincias, pero caribes y feroces en la guerra y a la vista, por lo extraño y fornido de la disposición y caras; eran tan poco amantes de la vi-

da que fundaban su opinión y fama en menospreciar tanto las armas enemigas, que se entraban por ellas, como si no fueran los instrumentos que tiene más a mano el brazo de la muerte. No se casaban, como dijimos en el capítulo segundo del primer libro, con las mujeres de su mismo pueblo, porque se tenían por hermanos todos los que en él habitaban; adoraban solamente a la luna, y decían que ella sola bastaba en el mundo sin que hubiese sol, y en su falsa creencia no tenían mal gusto, según es de ardiente aquella región. Y con ser tan pocos respecto de la muchedumbre de los moscas, los temían éstos como a fieras indomables, y así, para resguardo suyo y de sus tierras, por la parte que confinaban con los panches, tenía el Zipa presidios y guarniciones en Tibacuy, Subía, Tena, Ciénaga, Luchuta y Chinga, cierta infantería de indios llamados guechas, hombres valientes y determinados, de hermosa y grande disposición, ligereza y maña; éstos no usaban melena sino andaban trasquilados, las narices y labios horadados, y por los agujeros atravesaban unos canutillos de oro fino, y tantos cuantos panches había muerto cada cual en la guerra.

Miraban, pues, a dos fines los bogotaes, favorables entrambos a sus designios, encaminando a los españoles a aquella provincia. Ninguna nación ha sido tan bárbara que haya ignorado la política de sus conveniencias. Si los forasteros vencen (decían en su consulta) **quedará quebrantada la fuerza de los panches, de quienes tenemos recibidos tantos agravios, y con poca diligencia destruiremos esta nación nunca satisfecha de nuestra sangre, y esperaremos del beneficio del tiempo ocasión oportuna para sacudir el yugo de los extranjeros; y si ellos fueren vencidos, disminuídas las fuerzas con la parte principal de sus gentes, trabajaremos menos en acabar con la guerra la restante.**

Con esta resolución enderezaron las guías a Ti-

bacuy, cacique sujeto al Zipa, de nación mosca, que recibió a los españoles con muestras de amor, proveyéndolos de todo lo necesario, así para ellos como para los indios que llevaban de su servicio. Pero el capitán guecha, a cuyo cargo estaba la guarnición, maravillado de ver la gente forastera y lastimado del daño que amenazaba a los pocos que pretendían hacer entrada en las tierras de tan feroces enemigos, habló a Juan de Céspedes por intérprete, que le dio a entender el peligro notorio en que lo empeñaban sus presunciones vanas y el ardid de quien por ventura solicitaba su daño. Que aquellas gentes no eran políticas ni afables, como las que hasta entonces había comunicado, sino bestias fieras que bebían sangre, comían carne humana y se alimentaban con el furor y la rabia, y que o se terminaban entre las angustias de la desesperada muerte que apetecían, o se dilataban la vida asando al fuego la carne humana de sus contrarios para engrandecer sus convites. Que cebados en esta brutalidad estaban tan lejos de la razón, que la falta de vianda tan horrorosa la suplían devorando sus propios hijos y mujeres, de que su estolidez ostentaba señales en las fachadas de las puertas de sus casas. Que ignoraban el nombre de la paz, amable aun a los mismos brutos, porque nacían y se criaban por costumbre en los brazos de la guerra. Que todos ellos eran de nación vil y pobre, sin más caudal que lo que medraban por sus asaltos y robos; y, finalmente, que usaban para ruina de los mortales de flechas venenosas, con yerba tan perjudicial y mixtos de serpientes bravas, que a quien levemente herían perdía la vida entre congojas desesperadas, en cuya consideración se lastimaban del fin que amenazaba a su poca gente, de quien tenía por infalible la cercanía de un estrago miserable.

Agradecido se mostró el capitán Juan de Céspedes a las advertencias del guecha, pareciéndole ser nacidas de buen celo y sinceridad de ánimo, y diole a entender que aunque tenía por evidente el

peligro que le representaba, él era de nación tan pundonorosa en lo que una vez emprendía, que fuera descrédito de su nombre volver la cara al peligro sin ver la de sus enemigos y probar el valor de sus brazos. Que con la experiencia determinaría el suceso quién merecía el primer lugar de valeroso. Que no se persuadiese a que fuesen invencibles los panches, habiendo nacido mortales, y que estimaba el aviso de que le harían la guerra con el fin de beberle la sangre, porque así la defendería más bien a costa de sus contrarios. Alegrose el guecha de la respuesta de Céspedes, y retirados a su alojamiento los españoles, pasaron la noche con la vigilia que necesitaban en el riesgo que tenían presente, no menor entre los guechas, que a vista de los panches y apenas rompió el día cuando prosiguieron su jornada encubertados los caballos, y los infantes prevenidos de sayos de armas colchados que se hacen de dos lienzos estofados de algodón, y porque las guías con palabras y señas y con la palidez de los rostros daban muestras del temor grande que los ocupaba y de la vecindad en que se hallaban de los panches, caminaban todos con las espaldas desnudas y embrazados los escudos para cualquier asalto repentino que sintiesen en sus tierras, en que ya habían entrado; y aunque en ellas encontraron algunos pueblos, fueron tan desiertos de moradores, que ninguno pareció en ellos, porque, avisados por los guechas de la invasión de los españoles, bien conocidos ya por el nombre de ochies o soagagoas, que quiere decir hijos del sol y de la luna, se habían retirado a otro pueblo más extendido, donde se juntaron calandaimas y anapoimas y otras parcialidades, para salir unidas a recibirlos con las armas, cuando supieron que ya marchaban por su provincia.

Los españoles, recelosos de alguna emboscada por la disposición que daba la tierra en los pasos angostos y aspereza de los montes, seguían una loma rasa, que corre adelante de Tibacuy, miran-

do a los panches desde donde podían divisar sin impedimento de monte cualquier escuadrón que los buscase. Y esta diligencia les fue tan favorable para prevenirse bien ordenados a la pelea, que desechado el susto a breves pasos vieron moverse al compás de los pies y del aire multitud de penachos de todos colores, que llevaban en las cimeras cinco mil gandules embijados y dispuestos a dar batalla con tan regulada disciplina y militar disposición en la forma de los escuadrones, como si fuera la más bien disciplinada banda de tudescos, repartidos en esta manera. En los cuernos derechos de la vanguardia y retaguardia los honderos, y en el izquierdo otros tantos gandules con paveses y multitud de dardos a la mano, que les suministraban sus mujeres en la ocasión, mezclándose así entre honderos, como darderos de vanguardia y retaguardia, muchos indios con cerbatanas y jaculillos envenenados que despedían con el soplo. Las alas del ejército se componían de los flecheros, que también se mezclaban en el batallón formado de picas de veinticinco palmos, tostadas las puntas, y de mazas que llevaban pendientes de los hombros para cuando estrechasen.

Considerada bien por la gente española la fiera hueste y orden militar que seguían los salvajes, hicieron alto en lo más dilatado y limpio de la loma, y el capitán Céspedes con aquel brío que tantas veces dio señales del corazón invencible que lo gobernaba, volviéndose a los españoles con donaire ajeno de temor y prudencia singular para advertir el peligro, les dijo: **Caballeros, ciertos son los toros; éste es el tiempo en que será más forzoso que nunca apretar las manos bien. Por elección del campo fuisteis señalados para este combate, que será, si no me engaño, el más fiero de todos: si no juntáis el trofeo de estos bárbaros a las maravillas que tenéis obradas, de poco habrán servido tan peligrosos ensayos. Este día pienso que ha de ser aciago para estos borrachos enseñados a triunfar de naciones cobardes; lo que con-**

viene es buen orden y mejor coraje cuando yo dé la seña de embestir sus escuadras. Ya en este tiempo los panches, repartidos en dos mangas que ceñían la loma, distaban poco de los españoles, y los bogotaes, asombrados, del susto se metían unos debajo de los caballos para ampararse, y otros, antes de trabarse la batalla, desamparaban el sitio, sin detenerse un punto hasta verse dentro de Bogotá, donde sin haber sido testigos del suceso certificaban haber sido vencedores los panches y los católicos despojo de su apetito; tanto era el concepto que tenían de aquella nación bárbara, que daban por infalible su presunción.

Engañolos empero su temor, porque, reconocida por el capitán Céspedes oportunidad para romper la batalla, alzó la voz diciendo: ¡Santiago!, a cuyo nombre, animados los jinetes, baten los ijares de los caballos y rompen la vanguardia, donde los honderos y gandules, cubiertos con paveses, ostentaban su ferocidad para recibir el primer encuentro; porque aunque intentaron resistir el furioso ímpetu de los caballos, no acostumbrados a verlos, fue tan vano su intento, que se hallaron atropellados y confusos donde menos lo imaginaron, y tan desordenados que con asombro se embarazaban en tropas, olvidados de las armas. Rota así y descompuesta la vanguardia, tuvieron ocasión oportuna los infantes para emplear a su gusto las espadas, cortando brazos, piernas y cabezas de los desnudos cuerpos que por aquellos campos rodaban; todo era estrago, sangre y furor, no menos acrecentado de los jinetes que, unidos, no perdonaban vidas con las mortales heridas de las lanzas ensangrentadas, en las que más sobresalían. Pero este ímpetu de los caballos, que no pudo resistir la vanguardia de los panches, lo sostuvieron tan valerosamente en el batallón de las picas animado de sus cabos, que dieron lugar para que las hileras descompuestas se ordenasen y descargasen a un tiempo multitud de flechas, dardos

y piedras sobre los españoles en tanto grado, que cubrían el cielo; y de las cubiertas de los caballos y sayos de los infantes y jinetes hacían erizos de flechas de que, enojados, se mostraban más feroces que ensangrentados toros, cuando para irritarlos numerosa caterva de la plebe forma en sus espaldas confusa selva de garrochas.

Así guerreaban valerosos los españoles, y recobrados los panches, sin declinar Marte por ésta ni por aquella parte, cuando el capitán Juan de San Martín, que gobernaba los caballos, no menos valeroso que Céspedes, advirtió que una copiosa tropa de gandules iba ganando lo más alto de la loma, de tal suerte que por donde subían podían coger las espaldas a los españoles, y acometidos a un tiempo perder la batalla y las vidas, y así, vuelto a Céspedes, le dijo: **Gran caterva de indios nos rodea y con buen ardid nos va poniendo en aprieto: aquí importa que asista vuestro valor, mientras yo acudo a impedir el paso de aquellos bárbaros.** Pareciole bien al capitán Céspedes, y dejando a su elección que llevase la gente que le pareciese más a propósito, eligió a Juan de Albarracín, Martín Galeano, Domingo de Aguirre y Salguero, de los jinetes, y doce infantes de los mejores; con que, oponiéndose al encuentro del enemigo que marchaba a la cumbre ganoso de probarse con los españoles, se comenzó una lid sangrienta con tanta obstinación y coraje, que cuanto mayores estragos se hacían en aquellos bárbaros, con tanta más furia se entraban por las espadas y lanzas sin temor de la muerte, y era tan espesa la lluvia de piedras y flechas sobre los españoles, que ya con notable dificultad sustentaban el combate, falseados y rotos los escudos de los botes de las picas y dardos y atormentados los brazos y piernas de los golpes de piedras y mazas, de suerte que ya el quebranto de las fuerzas y el cansancio eran tan patentes, que reconocida por el capitán San Martín la remisión con que los

suyos manejaban las armas, y dándose por perdido y desbaratado de aquella canalla infiel, encendido de aquella cólera española con que siempre le vieron victorioso, y vuelto a ellos los animaba, diciendo: **¿Qué tibieza es ésta, valerosos españoles, cuando en el esfuerzo consiste la más gloriosa victoria? ¿Cómo desmaya el ánimo enseñado a vencer tantas batallas sangrientas? Si fue allí quien os dio alientos la pretensión de conseguir fama, aquí ha de ser quien facilite el vencimiento la obligación de defender las vidas. Vuelva cada uno los ojos a las hazañas que tiene obradas y desquite con otras mayores el descrédito que ya padece la sangre española.**

Tanto valor infundieron a los compañeros estos recuerdos de sus pasadas victorias, que como si del mayor descanso los sacaran a la pelea, así la renovaron valientes, haciendo tal estrago en los bárbaros, que sólo se miraban por el camino arroyos de sangre en que nadaban los miembros palpitantes que fueron despojo de sus espadas. Pero señalábase entre todos el capitán San Martín, jugando la lanza con tanta destreza, que no erraba golpe de cuantos tiraba, con menoscabo de sus contrarios; y porque entre todos sobresalía uno en estatura, fiereza y brío, y en severa majestad, con que se hacía respetar de todos, animando con las reprensiones a los que se movían con tibieza, y alentando con el ejemplo a los qde se detenían con temor, pareciéndole al capitán San Martín que según las señales era el más principal caudillo de todos, y que sería muy conveniente quitárselo de los ojos postrándole el brío, esperaba coyuntura para no malograr el intento con el embarazo de la multitud, que siempre se le ponía por delante, hasta que, dándole algún lugar las tropas enemigas, con ocasión de cogerle las espaldas, soltó la rienda al caballo apresurando la carrera con tanta destreza, que antes de poder ponerse en seguro el gandul disforme, le dio tan mortal golpe que entrando la lanza por el hombro

y saliendo la cuchilla por el costado, le obligó a dar una grande voz a tiempo que, cayendo en tierra, hizo la conmoción que pudiera un robusto tronco al postrer golpe de la cuchilla. Y fue de tanta importancia el fin violento de aquel salvaje, a quien daban tributo como a cacique y prestaban obediencia como a cabo, que, heridas del temor las escuadras que restaban, con el horror que les causó el último grito, se desordenaron, de suerte que desmandadas volvieron las espaldas por aquella cuesta abajo, asombradas de ver muerto a quien juzgaban invencible, solicitando cada cual de los panches escapar por la parte que sus pies y buena fortuna lo encaminase, y dejando la victoria en manos de diez y siete españoles, que reconocieron debérsela únicamente a Dios, que las reparte según los fines a que mira su Providencia. Y por más que se jacte la vanidad de esta nación vanagloriosa de aventajarse a todos, no podrá negar que de milagro quedaron dueños del campo y libres de las manos de tan fieros enemigos, porque les dejó el cielo esculpido el beneficio en el socorro de un acaecimiento favorable.

Confirmose esta ayuda del cielo cuando, al mismo tiempo, vieron desbaratada la mayor parte del ejército enemigo por el capitán Juan de Céspedes, que dejamos trabado en no menos peligrosos combates, en cuya derrota hicieron prodigios en aquel día los españoles con admiración grande de los bogotaes, que recogidos en lugar más alto observaron las menores circunstancias de la batalla y los heroicos hechos de los extranjeros, cuyo valor no podrán negar los que emulando los servicios de la América juzgan que no merecen nombre de hazañas las que no se consiguen en Europa. Tal es la ceguedad de una pasión propia, que mostrando la experiencia que para quitar la vida a quinientos corderos que huyen, se tiene por preciso el cansancio y por digno de premio el trabajo de cuarenta hombres que lo consiguen, no gradúa

por mérito singular dar la muerte a más de quinientos gandules que perecieron en la batalla, de cinco mil de espíritu tan alentado, que con armas iguales guerrean venciendo, y estando desnudos no excusan entrar en campo con hombres armados. De los españoles ninguno quedó muerto, aunque doce mal heridos y entre ellos el capitán Juan de San Martín y Juan de Montalvo, que se mostró valeroso. De los dardos y flechas fueron lastimados seis caballos, y así, para ocurrir al riesgo de los heridos, apenas se vieron dueños del campo, cuando se retiraron a uno de aquellos lugares que hallaron despoblados a la entrada, para valerse de los cauterios del fuego (cruel medicina en las heridas de las flechas venenosas, aunque aprobada) y para dar algún alivio a la fatiga con que se hallaban de la pelea. Pero aun allí no los dejaron cobrar sosiego los panches, que saliendo de las cavernas y montañas los molestaron toda la noche con rebatos y armas falsas, tan obstinadamente continuadas, que los obligaron a pasarla en pie, sin desnudarse las armas ni conceder algún desahogo a los caballos.

Trabajados de esta suerte los nuéstros, determinaron dejar aquel guerrero país por atender con más sosiego al reparo de los enfermos, volviendo a Bogotá, no por el camino que llevaron a la entrada sino por el más breve atajo de una sierra montuosa por donde los bogotaes ofrecieron guiarlos con fidelidad; pero apenas dieron principio a la subida cuando repararon en que los iba siguiendo y dando voces un indio panche, de crecido cuerpo y horrible disposición, sin más armas que una macana en las manos, y persuadidos los españoles a que debía de llevar embajada de su nación ofreciéndoles paz o nuevo desafío para proseguir la guerra, hicieron alto con intención de conocer la que el panche llevaba, la cual manifestó brevemente, pues encontrando al primer español, que fue Juan de las Canoas, descargó so-

bre él a dos manos tan fuerte golpe de macana, que aun habiéndose prevenido con tiempo de la rodela para el reparo, se la hizo pedazos por muchas partes, y con ser el dueño hombre robusto, perdido el sentido y la fuerza a un tiempo, midió el campo desacordado, que visto por los compañeros lo acometieron juntos por todas partes, dando voces el capitán Juan de Céspedes para que no se empeñasen en matarlo, sino en tomarlo vivo, por saber el origen de atrevimiento tan desesperado. Pero el soberbio panche hizo tan dificultosa su prisión, que se pudo tener a dicha ejecutarla, porque jugando con gallardía y compás de pies la macana, apartaba de sí las puntas y retiraba a sus contrarios, tan recatados del peligro en que los ponía la pujanza con que esgrimía el montante de madera, que se retiraban más que de paso, hasta que Juan Rodríguez Gil Melgarejo, mancebo de grandes fuerzas y ligereza, hallando ocasión a propósito, le ganó las espaldas de un salto y teniéndole los brazos por las arcas le embarazó el uso de la macana, que con mucha dificultad le quitaron los compañeros de las manos, ligándoselas con cordeles y aprisionándolo con una gruesa cadena.

Deseaba el capitán Céspedes saber lo que le había obligado a emprender locura tan grande como embestir a tantos un hombre solo, o si la acción había sido en confianza de alguna emboscada que los indios le tenían dispuesta, razones que le obligaron a prenderlo vivo, y que se las propuso por medio de intérprete de los de Bogotá, a que el panche satisfizo diciendo que él era uno de los hombres de mayor fama de aquella provincia y vecino del lugar de donde salió el ejército de los indios contra los españoles; y que habiendo hecho ausencia de él por dos días, volviendo el antecedente al caer el sol, vio irse retirando cobardemente al pueblo alguna gente de su nación, maravilla para él nunca vista en su invencible valor; y que habien-

do investigado la causa de su fuga entre ellos, le dijeron haber sido rotos y desbaratados en batalla por unos pocos forasteros, que peregrinando de tierra en tierra habían aportado a la suya y muerto en ella los más principales y valientes soldados de sus ejércitos, y entre ellos a un tío suyo, un hermano y un hijo; y por una parte avergonzado de la infamia de los panches, y por otra obligado del dolor de la pérdida, y pareciéndole que bastaba él solo para quitar las vidas de los pocos forasteros que decían, sin convocar parciales ni prevenir más arma que aquella macana, intentó su venganza en la forma que todos habían visto. Por la muestra de aquel gandul, cuando no llevaran tantas de que acordarse, reconocieron bien los españoles la soberbia de aquella nación y quisiera el capitán Céspedes llevarlo vivo a Bogotá, si no estuvieran tan impacientes Juan de las Canoas y algunos camaradas suyos por el pasado lance, que apenas se adelantó el Céspedes cuando le cortaron la cabeza y se la entregaron a los moscas, que en señal de triunfo la llevaron a Bogotá. Fue delito cometido contra un indio y dispensolo el rigor de la milicia con Juan de las Canoas; mas no por eso se libró la acción de fea, pues acreditó con ella su dueño no haber estado la desgracia de rodar de parte de la fortuna.

Fueron atravesando con esto la sierra por saber si por ella se descubría senda para poder sacar los caballos a tierra rasa, y despachó el capitán Céspedes a Juan del Valle y a Juan Rodríguez Gil para que fuesen sobresalientes a distancia de media legua descubriendo camino y esperasen a que llegase todo el campo en lo más áspero de las montañas. Iban por una senda angosta que hacía la maleza, y tal, que sólo podían seguirse enhilados los infantes y los caballos, siempre cuidadosos del recelo que llevaban de encontrarse con alguna emboscada, cuando por la misma senda divisaron las guías delanteras veinte gandules armados, que por las demostraciones manifestaban

caminar con el mismo recato que los nuéstros. Mas éstos, persuadidos a que los gandules eran enemigos, embrazadas las rodelas y cogiendo en medio del camino, poniéndose uno en frente de otro, daban voces para que se acercasen los indios; pero ellos, que conocieron bien a quien los llamaba, asentándose en el suelo mostraron una cruz y una carta a los españoles, por donde reconocieron ser amigos y despachados desde Bogotá con alguna nueva orden, con que hicieron alto esperando a que llegase el campo, que poco distante los seguía; y recibida la carta por el capitán Céspedes, manifestó a todos el cuidado con que se hallaba el general Quesada por la noticia que los bogotaes le habían dado de que los españoles habían sido vencidos de los panches; y que persuadido a que el estrago no podía ser tan grande que el furor de la guerra no hubiese reservado algunos, les ordenaba que luégo fuesen a juntarse con él, pospuesta cualquiera empresa. Con que alegres los sanos con la orden y animados los enfermos con la esperanza de remediar brevemente sus infortunios, apresuraron el paso y dentro de tres días se hallaron en Bogotá, donde encontraron no menos gozosos a los compañeros, que admirados los naturales y siempre perplejo el general Quesada sobre elegir la parte a que encaminaría su descubrimiento o sobre reconocer si podría serle de perjuicio desamparar la corte del Zipa, pasándose en estas consultas el tiempo de que necesitaron los enfermos para su convalecencia y en que se hicieron otras dos o tres entradas por diferentes cabos acompañados de aquellos caciques que estaban en la frontera o parte por donde se hacía la invasión, en que se gastaban unas veces diez y otras doce días, y siempre con buen suceso, de que gustaban mucho los bogotaes a cuya instancia se hacía la guerra, hasta que una nueva noticia abrió camino a que se fijase la resolución de emprender nuevo descubrimiento.

CAPITULO II

SALE QUESADA DE BOGOTA PARA SOMONDOCO EN DEMANDA DE LAS MINAS DE ESMERALDAS QUE DESCUBRE, Y TAMBIEN LOS LLANOS DE SAN JUAN, ADONDE ENVIA AL CAPITAN SAN MARTIN, QUE CON MALOS SUCESOS SE RETIRA.

TIEMPO, cuidado y paciencia son los fiadores de buenas fortunas, y así no hay que desconfiar de las apariencias, por más infelicidades que anuncien, pues la apresuración y desconfianza apartó de muchos la dicha que tuvieron entre manos, para ponerla en otros, dejándolos en el miserable estado que no imaginaban; como hubiera sucedido al general Quesada, si como su ejército intentó dos veces bajar de la sierra de los Llanos (sepulcro infausto de la nación española), lo hubiera ejecutado faltando a la prudencia de que lo dotó el cielo; pero como ésta le hubiese enseñado siempre por las muestras del oro y esmeraldas que hallaba entre los moscas, que allí tenían su nacimiento y minerales, cuán falso era el concepto hecho de tenerlas aquel reino por vía de rescate de otros, como al principio se había imaginado, no excusó ocupar muchos días a Hernán Pérez, su hermano, en el descubrimiento que se decía haber en la provincia de los muzos, aunque sin más fruto que el de haber visto a Furatena, señora independiente de los reyes de Tunja y Bogotá y primer fundamento de la falsa voz que corrió de haber encontrado amazonas. Ni asimismo dejaba Quesada la costumbre que tenía hecha de preguntar a cualquiera indio forastero que veía, por muchas particularidades que deseaba saber; y como

en cierta ocasión viese en su alojamiento un corro de mancebos de buen arte, que por la disposición reconoció no haberlos visto otra vez, les preguntó con disimulo en qué parte se hallaban aquellas piedras verdes que los indios solían presentar a su gente, y manifestóles para que lo entendiesen algunas de ellas: a que le respondió uno de los mancebos, sin aquella cautela y recato que profesan despreciar los pocos años, que en el Somondoco las había, sitio distante poco más de veinte leguas de la parte en que de presente se hallaban. No pudo Quesada oír por entonces palabras que tanta armonía le hiciesen, y comunicadas con sus capitanes, acordaron descubrir las minas que tales piedras producían.

Determinados ya los españoles a seguir la demanda de las esmeraldas y no olvidados de que el cacique de Bojacá, poderoso en vasallos, se había excusado de visitarlos, habiéndolo hecho todos los demás caciques de la sabana, salieron de la corte de Bogotá y torciendo el viaje marcharon a Bojacá, poco distante, y apenas lo supo su cacique cuando puesto en huída dejó la ciudad y vasallos al arbitrio de las armas extranjeras; con que los españoles, libres de oposición y malcontentos de los moradores, dieron a saco la ciudad, encontrando en ella grandes cantidades de mantas y túnicas de algodón, y tomando quinientos indios para cargueros, continuaron su jornada volviendo a seguirla derechamente por aquellas grandes poblaciones de Engativá, Techo, Usaquén, Teusacá y Guasca, admirados de ver dondequiera que llegaban infinita muchedumbre de naturales, cuyos caciques y gobernadores les salían de paz y recibían con ceremonias extrañas de respeto y urbanidad; y cuanto más penetraban la tierra, descubrían más poderosos pueblos que los referidos, como se reconoció más bien en el de Guatavita, donde se extremaron en recibirlos con dones y demostraciones amigables; porque imaginan los que una vez perdieron

la libertad, que o mudando el dominio mejoran de fortuna o cortejando dueño vengan su primer agravio: como si la opresión no creciera mientras se multiplican nuevos administradores de la tiranía. Juzgó nuestra España que agasajando a los romanos se desahogaba de los cartagineses, y doblósele el yugo: recurrió a los vándalos y godos y quedó para destrozo de muchas naciones. Ejemplo infeliz y más moderno puede ser Guatavita, corte ilustre poco antes de príncipes cuya grandeza no cedía a Bogotá, y en la entrada de los españoles ciudad populosa, de gran fuerza de gentes guarnecida y habitada; y al presente por la mudanza de los dominios pueblo tan corto, que sólo conserva las reliquias de lo que fue en el nombre, y poco más de ciento y cincuenta vecinos, que goza en feudo el maese de campo general D. Francisco Venegas Ponce de León, hijo de D. Francisco Venegas, del hábito de Calatravá, y de doña María de Mendoza Maldonado, y nieto del mariscal Hernán Venegas y de doña Juana Ponce de León, rama ilustre de la Casa de Arcos, que habiendo casado con doña María Bravo de Torres, goza por fruto de tan noble señora a don Cristóbal Venegas, sucesor en los repartimientos de Guatavita y Guachetá.

Poco se detuvo allí el campo español, pues al día siguiente, habiendo sesteado en Sesquilé, descubrieron a Chocontá, grande por su fábrica de casas y copioso número de vecinos, y aumentada con presidios como frontera de los reinos del Zipa contra las invasiones del Tunja: pusiéronle por nombre la ciudad del Espíritu Santo, por haber celebrado en ella su pascua. Aquí sucedió un caso gracioso, aunque por lo extraño de mucho pesar para todos mientras ignoraron la causa; y fue que en uno de los días que allí se detuvieron perdió improvisamente el juicio un soldado llamado Cristóbal Ruiz, con demostraciones tan furiosas, que causó general compasión y que se convirtió luégo en miedo y asombro, viendo que al cerrar de la noche experimentaban el mismo delirio otros cuatro sol-

dados. Turbó este nuevo suceso grandemente el ánimo del general Quesada, y vacilando toda aquella noche en discurrir el motivo, la pasó desvelado, hasta que a la mañana supo que más de cuarenta soldados estaban también locos como los primeros: y aquí fue cuando, creciendo la admiración y el espanto, temió con los demás que fuese algún particular juicio de Dios en castigar aquel pequeño ejército con tan extraordinario azote, y más, viendo que cada hora crecía el achaque en otros muchos; pero templose el temor a la noche y día siguiente, con ver que iban todos cobrando el juicio, unos antes y otros después, conforme al tiempo en que lo habían perdido. Refiérelo así el general Quesada al capítulo séptimo de su primer libro del "Compendio Historial", donde añade estas palabras: "Y quedaron más locos que antes, pues andaban entendiendo en hacer tan gran locura como era arrebatar las haciendas que no les pertenecían y despojando gentes que vivían a dos mil leguas de España, lo cual pudieran justificar en mitad de la conquista, si quisieran tener paciencia para ello."

La causa de la dolencia pasada se originó de que las indias que iban violentadas en servicio de los españoles, echaron en la comida cierta yerba llamada tetec, y vulgarmente borrachera, que causa los efectos conformes al nombre que tiene, sin que pase a más daño que al referido; e hiciéronlo con el fin de poderse huir al tiempo que sus dueños estuviesen fuera de sí, como en efecto lo consiguieron muchas. Pero libres ya los nuéstros del susto, y pasada la festividad, prosiguieron su marcha, y entrando por los términos del Zaque o rey de Tunja, llegaron a Turmequé, no menos poblado y numeroso que Chocontá, porque poco distante de la corte del Zaque y frontera suya contra el Zipa de Bogotá, se hallaba fortalecido de crecidas guarniciones por las continuadas guerras que tenían estos dos príncipes, de que estuvieron ignorantes mucho tiempo los españoles, sin que alguno oyese nombrar al Tunja, ni supiese quién era, ni en qué

parte residiese, aunque se detuvieron en Turmequé algunos días, donde su cacique y vasallos les daban la veneración y culto dedicado a sus dioses, sahumándolos en común y en particular con la misma resina del moque y hojas de hayo destinadas a los ídolos que adoraban en sus templos. Y aunque en diferentes ocasiones preguntaron los españoles a los vecinos por algunas cosas y noticias de gentes y personas diversas, jamás dieron razón de su príncipe ni de la mucha riqueza que tenía; con que desamparando a Turmequé, a quien llamaron el pueblo de las Trompetas, por cuatro que hicieron de las pailas que no servían, con intención de lograrlas en las guerras que se ofreciesen, o en dar autoridad a los banquetes que ya les sobraban, prosiguieron su jornada en demanda de la provincia de Tenza, obligados de la relación que les hizo el capitán Valenzuela, a quien desde Turmequé había despachado Quesada con cuarenta hombres a descubrir las minas, como lo hizo, volviendo con muestras de ellas. Y víspera de S. Juan entraron en el pueblo de Icabuco, algo más numeroso entonces que Turmequé (siendo así que éste tendría hasta cuatro mil vecinos) y al presente trocada la suerte por la experiencia que hay de que los repartimientos puestos en la corona real son los menos trabajados y que más se conservan, y ser Turmequé uno de los que gozan esta buena fortuna, que lo hace rico y grande, y día del Santo, llegaron a Tenza, a quien llamaron por sus muchos vecinos la ciudad de San Juan, en que fueron bien recibidos y acariciados.

De allí se encaminaron a Garagoa y Obeitá, donde hicieron alto, por ser las casas que allí había capaces y bien proveídas de bastimentos, y porque supieron estar ya muy cercanos a las minas de las esmeraldas mandó el general Quesada que los capitanes Valenzuela y Cardoso fuesen otra vez con copia de soldados (entre ellos Paredes, Calderón y Albarracín, de quienes sólo hay noticia) a reconocerlas, y volviesen con certidumbre jurídica del

descubrimiento. Los cuales, en cumplimiento de la orden, llegaron a Somondoco y a las altas sierras donde se crían y sacan las preciosas piedras de que tan amantes se mostraban los españoles y de cuyo descubrimiento justamente pudieron quedar vanagloriosos, pues dieron a su rey minerales que no se sabe haya otro que los tenga, ni en otras partes fuera de Muzo y Somondoco: pues aunque en la segunda parte de los comentarios del Inca Garcilaso se diga haberlos tenido el Perú en Puerto Viejo, la experiencia afirma lo contrario. Verdad es que se hallaron en sus primeras conquistas algunas esmeraldas entre los indios, que fácilmente pudo conducir el rescate de unas naciones en otras, pues en todas eran tan estimadas, y los reyes de Quito se correspondían con los de Bogotá, de que pudo originarse la falsa opinión de que se criaban en el Perú: y aunque también se dice que la nación portuguesa en el Oriente las adquiere por rescate del reino de Narsinga, donde hay minerales de ellas, con todo eso ninguno de los extranjeros que allá contratan dice haberlas visto, y las que me han enseñado en esta corte algunos mercaderes de Portugal, diciendo ser de Oriente, siempre me han parecido de Muzo, y no de las mejores, en que pienso no haberme engañado, como quien tiene bastante conocimiento de ellas; y a ser cierta su relación, poca necesidad tonían, así ellos como otros extranjeros, de comprarlas tan caras a los castellanos que las conducían de Muzo, con fin de venderlas por rescate al gran Mogol, que las compraba por cualquier precio que les pusiesen, para hermosear la techumbre de un salón de su palacio, como lo vimos desde el año de mil seiscientos y cuarenta hasta el de cincuenta; pues teniendo su imperio tan inmediato al de Narsinga, se hubiera excusado tan crecidos gastos como se reconocieron del precio excesivo a que por esta ocasión subieron las esmeraldas en el Nuevo Reino. Y volviendo a su descubrimiento, es de saber que desde la eminencia de la sierra en que se crían, vieron claramente los

nuéstros, por el abra que hacen dos montes, alguna parte de los extendidos Llanos de San Juan, que según la distancia que se representaba a la vista, pareció ser breve la jornada que se gastaría en llegar a ellos, que desearon mucho, por la presunción que tuvieron de ser aquellas campañas de mucha consideración, como gente que juzga de lo que no ha visto siendo muy diferente lo que parece de lo que es; como se experimentó en las infelices jornadas, que se perdieron muchos caudillos valerosos, que fueron lástima a las edades, pues no se descubrió en ellos cosa que no fuese calamidad y miseria.

Hecho el descubrimiento por los capitanes, volvieron al campo llevando buena muestra de las esmeraldas y relación de haber dado vista a ciertos campos o llanos de extraña grandeza: con que el general Quesada, deseoso de saber qué calidad tenían las tierras de aquellos llanos, ordenó al capitán Juan de San Martín que con treinta hombres fuese a reconocerlos y volviese con la resulta dentro de quince días a lo más dilatado. Prevenidos los infantes y caballos por elección que hizo de los más arriscados para cualquier trance que se le ofreciese, puso en ejecución su partida pasando por Lengupá, término último hasta donde corre la lengua chibcha, y atravesaron las asperezas inaccesibles de la provincia de los teguas, diferentes en traje y lengua de los moscas, donde encontraron un río no muy ancho pero de corriente tan rápida que para atravesarlo el más diestro nadador perdió la confianza de sus bríos, a causa del movimiento impetuoso que llevaba por el despeño de unas rocas, y tal que aun el agua no se veía por la mucha espuma que de los golpes formaba. Bajaron más abajo cinco soldados por ver si le hallaban esguazo, y a poca distancia encontraron un indio descuidado de ver en sus tierras hombres de tal extrañeza en barba y color; y así a las primeras vistas se halló con el susto que el caminante cuando menos cauto se ve salteado de repentina fiera, y

viendo no ser posible asegurar la vida con los pies, remite a más no poder su defensa a las manos, haciéndolo valiente en el riesgo forzoso el mismo peligro que lo acobardaba en el empeño voluntario.

Así, pues, el bárbaro, viéndose rodeado de los cinco infantes, y hallándose con un tronco nudoso en las manos, se les opuso feroz, que pudo dar lecciones de valiente al más arrestado montero; porque jugando el bastón a todas partes, acometiendo unas veces y retirándose otras, hizo tan dudoso el combate, que ya se hallaban lastimados los cuatro y con dudas de poderlo rendir, por haber intentado desde los principios cogerlo vivo para servirse de él como guía en la jornada, de que resultó defendérseles tanto tiempo. Pero recobrados a su acostumbrado valor, se dieron tal maña que, sin herirlo, lo derribaron en tierra, aunque era tan forzudo el bárbaro, que se los llevaba arrastrando a todos cinco por la cuesta que declinaba al río, forcejando para precipitarlos con manos y pies, puñadas y mordiscos que repartía con grave daño de los cinco soldados. Mas, estando ya rendido al combate y amenazas de que le quitarían la vida, y trocándolas en halagos y señas amigables, le dieron a entender que sólo pretendían les mostrase paso en aquel río: con lo cual más sosegado el bárbaro, los encaminó bien cerca de donde se hallaban, a un puente de bejucos tejidos, pendiente de los árboles más altos, que se hallaban en la una y otra banda del río: invención y artificio que ninguno de los conquistadores más prácticos de la tropa había visto en las peregrinaciones de tan diferentes climas como tenían corridos, y así no había entre ellos quién se atreviese a pasar por ella; porque además de ser fábrica frágil, en forma de zarzo, con las cañas o mallas muy largas, sospechaban ocultarse en ella algún engañoso peligro o trampa artificiosa en que pereciesen todos.

Iba en la tropa Juan Rodríguez Gil, de quien hemos tratado en otra ocasión, y por más atrevido subió en el puente a reconocer las ligaduras; y pa-

reciéndole que estaban bien aseguradas las amarras, fue caminando por él y reconociéndolo poco a poco (aunque extrañaba los vaivenes del columpio ordinario, que tienen semejantes puentes cuando los pasan) hasta que llegó a la otra parte del río, y hecha la experiencia y asegurados de que no había fraude en el pasaje y de que para los caballos no descubrían dónde conseguirlo, cuando lo necesitaban tanto, determinaron aventurarlos por la parte que les pareció correr menos violentas las aguas, mas había de ser pasando alguno primero por aquella parte, llevando una soga que, doblada, alcanzase de la una a la otra banda del río, para que aquel que tomase la ribera tirase del un cabo de la soga con que había de atarle el caballo, y de la otra ribera no faltase quien lo defendiese de la corriente, recogiendo o alargando la otra parte de la soga sin soltarla de todo punto, ni de la una ni de la otra banda, hasta que el caballo estuviese asegurado de la corriente: traza muy ordinaria para esguazar semejantes ríos en las Indias, a que llaman pasar por aladera. De este único remedio sólo podía usarse en el estado en que se hallaban; pero ninguno de los soldados había que no temiese tentar el paso, si no era Diego Gómez, de nación portugués, hombre determinado y diestro nadador, que se aventuró con fin de remediar el daño de todos; mas apenas tocó en la corriente mañoso cuando a pesar de su tuerza venció como superior la del río, llevándoselo y golpeándolo de una peña a otra, de suerte que los compañeros hacían ya muy poca cuenta de su vida; mas su valor y destreza pudieron tanto en el riesgo, que sin soltar la soga de las manos, venció la pujanza de las aguas, dejándose primero llevar de ellas (traza bien pensada para seguida contra el curso de una mala fortuna) y tomó la ribera contraria, adonde, por el orden referido, lanzaron los caballos al agua, y animándolos con gritos los fueron pasando de uno en uno, siendo de sólo Diego Gómez conducidos: y concluído el esguazo, no sin pequeña fatiga de todos, die-

ron vuelta al puente para pasar por él las sillas y bagaje que llevaban para la jornada.

En tan arriesgada ocupación pasaron aquel día, y al siguiente se empeñaron a caminar adelante por tierras asperísimas y faltas de gente y comida, siendo los moradores que hallaban raros y poblados a largos trechos unos de otros. De esta suerte iban todos desconsolados, llevando por delante dos infantes para que descubriesen senda por donde pudiesen lo más cómodamente conducir los caballos; y encontrando éstos a otros dos indios con macanas y queriendo cogerlos para guías, ellos, sin asombrarse de la gente nueva, de quien no alcanzaban noticia por vista ni fama, previnieron sus armas y del primer golpe que el uno de ellos dio al español que más se le acercaba, le partió la rodela en dos pedazos, como si con alfanje la hubieran cortado (tan poca es la diferencia que le hace la macana). Pero el soldado, viéndose falto de una arma tan necesaria, dejó correr algo más de lo que imaginaba la mano de la espada, y de un revés lo abrió por los pechos, cuya herida apenas vio el compañero, cuando volviendo las espaldas dio muestras de su asombro con la fuga; y después de haber llegado la demás gente, a pocos pasos dieron en una casa donde cogieron quince personas, y entre ellas una india que en cualquier parte del mundo pudiera señalarse en hermosura (tan pródiga anduvo la naturaleza en la disposición de perfecciones de que dotó el sujeto). Era de aspecto grave, achaque de que adolecen todas aquellas que tienen confianza de su beldad y no la aplican a empeños ilícitos; a esta la llamaron la Cardeñosa, por el aire que daba su rostro al de otra dama que los españoles conocían en la costa de Santa Marta.

Buscaron por allí mantenimientos de que padecían mucha falta; pero no bastaron sus diligencias para descubrir grano de maíz, aunque suplieron por él algunas tortas de casabe amasadas con hormigas, que solas y tostadas es todo el sustento de cierta nación que habita aquel país, cuya brutali-

dad y dejamiento se contenta con ellas, y al tiempo de tostarlas para este efecto, dan el mismo olor que los quesillos que se labran para comer asados. Asimismo hallaron labranzas de maní, que viene a ser una mata que de las raíces tiene pendiente ciertas vainillas no mayores que las de los garbanzos, y dentro de ellas tienen unos granos que fuera de la cáscara parecen meollos de avellanas de las que propiamente son de buen gusto, aunque comidos con exceso causan dolor de cabeza: es ya semilla muy usada en confitura y turrón, a que no se aventaja el de piñones; y en los Llanos es increíble la abundancia que hay de esta semilla. Allí preguntaron a los indios por el camino de los Llanos, que ya se reconocían distintamente; y ellos en respuesta se tapaban los ojos, significando con aquella acción que jamás habían llegado a ver aquellas tierras, ni sabían camino ni vereda por donde poderlos guiar: mas no por eso desistieron los nuéstros de su pretensión, siguiéndola a tino por aquella derecera, que los empeñó la suerte en montes cerrados y profundos arroyos murados de peñas, imposibles de vencer, en que gastaron diez días faltos de comida y sin rastro ni señal que denotase haber habitación que no fuese de fieras y animales bravos, hasta que dieron en otro río mucho más impetuoso que el pasado y de más difícil tránsito, por lo inaccesible de los peñascos por donde corría; y viendo que impedimento tan grande quitaba la esperanza de poder pasar adelante su gente, determinó el capitán San Martín volverla (ya malcontento) por el mismo camino que abrieron para la entrada, cuya dificultad creció con el hambre, flaqueza y cansancio que padecían todos, habiendo sido de tan poco fruto como se ha visto la jornada en que gastaron cuarenta días de continuos trabajos, aunque la menos infeliz de las que se han hecho a los Llanos; pero no desfallecido el ánimo español, llegaron vivos todos los soldados a Lengupá.

CAPITULO III

EL CAPITAN SAN MARTIN TIENE NOTICIA DE TUNDAMA: DESCUBRE A SOGAMOSO Y VUELVE EN BUSCA DEL GENERAL QUESADA, QUE, NOTICIOSO DEL REY DE TUNJA, SE ENCAMINA A SU CORTE GUIADO DE UN INDIO QUE APRISIONO HERNAN VENEGAS.

PUESTOS ya en seguridad los treinta hombres que salieron de los Llanos, se reformaron a gusto, por ser aquel terreno sano y abundante, y remitieron al general Quesada entera relación de sus fortunas y de la intención con que estaban de entrar otra vez por diferente rumbo a los Llanos, a quienes dirigían todos sus deseos desde el punto que los divisaron, midiendo por las apariencias que demostraban los tesoros y poblaciones, que pintaban en su fantasía si llegaban a penetrarlos: y el capitán San Martín, más engañado que todos, y conducido por guías ignorantes del camino, fue calando a bulto por aquellas tierras pobladas de indios moscas, descubriendo buenas poblaciones y entre ellas la del valle de Baganique (después llamado de Venegas, por lo que se dirá adelante). Y habiendo ganado la cumbre de un páramo hasta la abra o puerto que hace la cordillera que llaman de Puerto frío, fueron descendiendo con gran penalidad hasta dar en la casería de Ciénega, encomienda que se conserva hoy en los sucesores de Paredes Calderón; pero los indios, alborotados de ver la nueva gente, se opusieron armados al encuentro con vana presunción de que podrían cogerlos a manos para hacer de ellos víctimas horrorosas a sus ídolos; y a causa de ser el día proceloso de lluvias y vientos, y los caminos deleznables y angostos, desfilaban tan separados

y desapercibidos los nuéstros, que llevaban sin sillas los caballos, guiando cada cual el suyo, y las sillas en hombros de cargueros; con que embestidos los primeros que llegaron abajo, se vieron apretados de los bárbaros, hasta que vista por el alférez Martín Galeano la osadía de los moscas, puesto a caballo, en un reventón que hacía temblar la tierra y blandiendo la lanza, detuvo el primer ímpetu de aquella nación cobarde, aunque para sosegar el acometimiento menos obró con el esfuerzo que con el espanto que concibieron los indios de ver aquel monstruo formado en su idea de hombre, caballo y lanza. Mas esta acción duró poco, porque luégo que resonó la guazabara en los oídos de los compañeros, lo socorrieron tan presto que tuvieron los indios por más seguro dejarles el lugar expuesto al saco con la fuga, que perder las vidas miserablemente con la resistencia.

No fue de tan poca sustancia el despojo que fuera de los bastimentos de que estaba bien proveído y aun con las viandas dispuestas para comer, no encontrasen muy buenas esmeraldas, cantidad de ropa, y a vueltas de ella quinientos pesos de buen oro: porción que no habían visto junta en ningún pueblo ni ciudad, por haber sido en ellas recibidos de paz y haberse hecho pundonor de no quebrantarla; y porque en las partes que no la habían admitido, se habían ocultado los bienes antes de saquearlas, y así remitieron toda la presa al general Quesada, cuya muestra no dio poco gusto a su gente, persuadida ya a que no dejarían de encontrar otras de mayor sustancia; reconociendo demás de esto por lo que tenían visto que la tierra de los moscas era mucho más dilatada de lo que habían imaginado, con que todo el campo determinó mudarse de Ubeitá a Ciénega, de donde ya el capitán Juan de San Martín, con el intento de entrar en los Llanos, había partido con su gente y pasado en continuación de su demanda por Siachoque, Ocabita y Toca, a quien dieron nombre de Pueblo Grande, porque lo merecía lo numeroso de sus casas y

moradores, y atravesando por la colina o serrezuela que está cercana a Toca, fue a dar al pueblo que llamaron de los Paveses, por los muchos con que salió una desordenada tropa de indios a darle batalla, en que hubo poco que hacer por la facilidad con que fue deshecha y ahuyentada por los españoles; pero sin hacerles más daño pasaron al pueblo de Iza, donde tenían noticias que habitaban gentes que comerciaban con otras confinantes de los Llanos.

Estando alojados ya, y procurando hallar guías que los gobernasen en su derrota, advirtieron que se les acercaba presurosamente un indio anciano, de buena presencia, ensangrentada la túnica o camiseta a causa de llevar cortada la mano izquierda y las orejas, que se manifestaban pendientes del cabello, y se supo ir huyendo de Tundama, por quien vulgarmente se llamó Duitama la ciudad principal de donde era cacique, y el más guerrero de los que se hallaron en la región fría; y apenas el gandul se vio delante de los españoles, en cuya demanda iba, cuando en alta voz les dijo estas palabras: *Hijos soberanos del sol, yo vengo de la corte de Tundama, donde vuestra opinión se ha extendido por relaciones verdaderas de los hechos heroicos que obráis con los que resisten a vuestro poder, y de la clemencia con que amparáis a los que solicitan vuestra amistad. Ofrecióse consultar la forma de proceder con vosotros, y hallándome hombre de canas, y no falto de las razones que aconseja una experiencia larga de las mudanzas del siglo, fui de parecer que os despachasen embajadores de parte de mi cacique, con presentes que os aplacasen y palabras que os inclinasen a la amistad de mi patria. No fue tan aprobado mi consejo que le faltasen contradicciones de parte de aquellos que por no haber visto la cara a la guerra desprecian la paz y con su poca edad abrazan el peligro que no han tenido a los ojos. Pero el que más agradecido debía mostrarse, que era Tundama, estuvo tan falto de razón y prudencia, que descom-*

poniendo la gravedad y modestia que los príncipes deben tener por regla, puso en mi rostro las manos, y cortándome una de las mías y las orejas, me dijo: Hállome tan obligado de tu celo, que te elijo por embajador de los ochíes, y quiero que siendo tú el presente que les remito, les digas que de esta calidad son los tributos que yo pago a extranjeros; y que lo mismo que hago en ti por cobarde, prevengo hacer en ellos cuando lleguen a mis tierras, y que me pesará lo dilaten, pues para que no lo hagan podrás ser tú la guía que más bien los encamine (y prosiguió el gandul en su queja) : *ésta mi afrenta, gente valerosa, la tengo por más vuestra que mía; y así porque me hallo sin bríos para el desagravio, será bien que vengúeis esta injuria para el escarmiento.*

Oídas las quejas del indio, y movido a compasión el capitán Cardoso, le curó las heridas, en que tenía particular gracia, debida a la experiencia y necesidad en que se había visto de hacerlo muchas veces en las guerras en que se había hallado. Y por otra parte, picado el San Martín de la arrogancia y atrevimiento del bárbaro Tundama (estímulo el más grave para irritar a la nación española más que a otra alguna), mandó aceleradamente que fuesen diez infantes y siete caballos, de quienes tenía confianza serían bastante para quebrantarle los bríos, a ejecutar el castigo de aquella ofensa: confianza propia de quien está enseñado a vencer y la gobierna por los encendimientos de su cólera. Pero habiendo llegado a Firavitoba y examinado a sus moradores acerca de la pretensión que llevaban, supieron cuán bien apercibido estaba el Tundama de gente de guerra bien disciplinada, y de lo demás necesario, de armas y bagaje, que como sagaz había prevenido para defenderse (como después le mostró la experiencia, y diremos a su tiempo), por lo cual determinaron dar vuelta al campo, algo más resfriado el coraje, y bien considerada la dificultad de la empresa que acometían, y no meditó antes el capitán San Martín, pues aun con

fuerzas dobladas fuera dudoso el combate; a que se añadía haber divisado desde Firavitoba campañas muy dilatadas y amenas, que daban señales de pujante copia de indios, sobre que hicieron diferentes preguntas, aunque sin coger el fruto de noticias ciertas, por ser de Sogamoso las tierras que se descubrían, tan veneradas de los naturales, que aun su nombre ocultaban.

Vueltos a Iza, pues, los diez y siete españoles, y recibidos bien los motivos de su resolución acertada, mandó el capitán San Martín a las guías los encaminasen al valle y tierra de que los compañeros daban noticia; pero ellas, guiando siempre a mano derecha por diferente parte de la que deseaban, los condujeron por los altos de Cuítiva y Guaquira, y bajando la laguna de Tota, sin llegar a Sogamoso ni pasar por el compás y términos de su tierra, que tenían por santa, revolvieron sobre Toca y Bombazá, y entreteniéndolos ocho días en vueltas y rodeos, cuando juzgaban salir de la serranía, se hallaron otra vez en Baganique con grave pesar del engaño, aunque de la pena resultó alegría y del yerro que tuvieron, el acierto que pudieran desear, que así usa de su condición la inconstancia de lo temporal; pues marchando por aquel valle descubrieron rastro reciente de caballos, porque otros españoles de su campo, de quien era cabo Fernán Venegas Carrillo, habían hecho por aquellos países algunas surtidas y presas de consideración. Pero reconociendo el capitán San Martín cuán vecino se hallaba de Ciénega, donde había de estar el general Quesada con el resto del campo, y cumpliendo con su obligación, dispuso que los infantes se anticipasen a dar aviso de su vuelta y viaje: los cuales, como llegasen cerca del pueblo y viesen humos sin aquel ruido acostumbrado que la gente española tenía en su alojamiento, creyeron que aún no había llegado a Ciénega y se estaba en Ubeitá, donde lo habían dejado al tiempo de su partida: con que temerosos de que si llegaban solos era muy verosímil que los indios de Ciénega quisie-

sen vengar en ellos las ofensas que tenían recibidas de todos, se resolvieron a ocultarse entre unas matas hasta que la oscuridad de la noche los amparase, para que libres del riesgo pudiesen dar vuelta a Baganique. Con este miedo se hallaban ocultos, cuando oyeron la voz de un asno llamado Marubane, cuyo canto era bien conocido de todos, y entonces les pareció más suave que de canario; porque, animados de su eco, desampararon las matas y llegaron a las casas, donde hallaron algunos españoles, que preguntados por la demás gente, respondieron haber ido en demanda de un rey que llamaban de Tunja, de que había dado grandes noticias un indio, que prendió Fernán Venegas, mas que no sabían el suceso en que había parado la empresa, aunque no podía tardar razón de la resulta, por estar poco distante la parte que el indio había señalado.

Para más claridad de lo que vamos diciendo, es preciso advertir que al tiempo que los españoles vacilaban sin determinación fija en sus conquistas, aunque estaba más valido el parecer de que las pasasen a los Llanos, en que hallaran su perdición por no saber quizá que los Lacedemonios no castigaban al soldado que en la guerra perdía la lanza sino el escudo, para dar a entender que es mejor conservar que adquirir, reinaba en Tunja (corte de aquellas provincias, que dijimos en el libro segundo ser blanco a que tiraba la ambición de los zipas) Quimuinchatecha, príncipe anciano, de gruesa y descompasada estatura, feroz en el aspecto, no menos por la inclinación del ánimo que por la fealdad del rostro; pero observantísimo en su religión, sagaz en las consultas, astuto en los medios y diligente a las conveniencias en que lo empeñaban la disposición de la guerra o el político gobierno de la paz. Todas estas buenas prendas se deslucían a vista de los sangrientos castigos que hacía en los suyos, llevado de su condición áspera y crueldad del ánimo: vicios que cuanto más se extreman en sembrar temor en los súbditos tanto

más se malquistan reconciliando odios, que son las basas mal seguras en que peligra la obediencia. De esta crueldad, que amaba, era efecto continuado tener poblada la Loma que cae a la parte del occidente y dominaba su corte, de muchos cuerpos muertos y pendientes de patíbulos diferentes, por cuya ocasión los españoles la llamaron la Loma de los ahorcados, demás de otros muchos castigos que usaba; con que amedrentados sus vasallos, tanto como él vivía receloso de la mala voluntad que reconocía en ellos, no tenían de temor más voluntad que la suya; y mucho más después que llegaron las primeras noticias de que gentes extranjeras andaban por sus tierras y habían invadido algunas provincias del Zipa.

Esta reverencia en los vasallos y aquel recelo en Quimuinchatecha (o más propiamente Quemuenchatoca) fueron causa de que los suyos, con fraude y cautela, se ocupasen en desviar a los españoles de la ciudad principal adonde este príncipe tenía su asiento, y era tan uniforme el desvelo que en ello ponían las provincias, que habiendo pasado muchas veces los españoles por sus países, así de Toca como de Turmequé, y hecho apretadas diligencias para alcanzar enteras noticias de la tierra con algunos indios (entre quienes, supuesta la condición del Tunja, no faltarían muchos agraviados), no fue posible encontrar quien falsease la llave del secreto con que Quimuinchatecha pretendía estar oculto. Pero como de los corazones lastimados con injurias siempre renacen memorias en que esculpir de nuevo el agravio, y la fidelidad en los indios sea hija del temor y su venganza duerma sólo mientras no hallan disposición de ejecutarla, aconteció salir de Ubeitá Fernán Venegas por cabo de alguna gente, en demanda de alguna población abastecida y capaz de que en ella se mudase el campo; y llegando a aquel valle de Baganique, en que dejamos al capitán San Martín, tuvo tan buen suceso, que habiendo saqueado algunas casas despobladas, encontró un templo entre ellas, en

que se hallaron seis mil castellanos de oro fino y otras preseas de estima.

Gobernaba aquel valle por el rey de Tunja un indio noble, capital enemigo suyo por haberle muerto a su padre; y éste, siendo dueño del templo, y viendo la forma con que los españoles lo despojaban de su hacienda, y hallándose entre dos extremos de dolor que lo apretaban a un tiempo, eligió la pérdida de su tesoro, por no malograr la ocasión de su venganza, y para conseguirla salió al camino a los nuéstros con rostro alegre y pacífico, y excusándose de testigos de su nación y fiando su sentimiento al intérprete de Fernán Venegas, le dijo estas palabras: *Capitán, pues te llevas la poca hacienda que tenía, no será bien que persona tal como la tuya se contente con tan poca presa, ni deje libre al dueño que la poseía, cuando puede servirte de mayor interés: llévame contigo y te asistiré en la forma que lo hacen los demás criados que te acompañan en buen traje, aunque de nación y calidad diferente que la mía. Ser tu esclavo me basta, y para no ser conocido de los míos, córtame los cabellos y desnúdame de la noble vestidura que me cubre, y te importará tanto aceptar esta oferta, que te prometo guiar donde halles innumerables tesoros; y si son de oro y plata los que estimas, yo soy quien única y fielmente te encaminará a la dicha de conseguirlos. Ninguno otro te revelará este secreto, temeroso de las órdones y rigores del Zaque de Tunja, que, como supremo señor de todos, lo tiene encargado: y aunque yo sea uno de los que han vivido debajo de su potencia, también soy uno de los que están ofendidos de su crueldad. Con tu amparo desterraré los miedos y me animaré a lograr la ocasión de tan justa venganza como la que emprendo de este tirano que quitó a mi padre la vida en dilatadas prisiones. Lo que te aseguro es que, si fiado en mi palabra, sigues tu fortuna, tendrás toda la riqueza que baste a colmar los deseos de tus compañeros; pero la condición sea que el asalto de la corte y palacio se eje-*

cute con buenas armas para los que intentaren oponerse; y con presteza, por que no tenga lugar el Zaque de ocultar sus tesoros con maña.

Oídas las razones del bárbaro, fue acariciado del cabo y gente española, vistiéndolo al uso de los indios de la costa: cortóle el cabello, púsole un bonete de grana, insignia que le pareció de grande estima, y dejando el valle de Venegas, llamado así después en memoria de este suceso, dio la vuelta a Ciénega, donde ya estaba el general Quesada, a quien comunicó las noticias participadas del indio, que repreguntado se afirmó en todo lo que tenía dicho; con que se determinó el general Quesada a tomar por su cuenta la empresa, yendo en persona con toda la gente escogida de su campo, menos cuarenta hombres que dejó a cargo del sargento mayor Pedro de Salinas, con orden de que al día siguiente lo siguiese con el bagaje; y para no malograr la empresa, comenzó luégo su jornada por la parte que lo llevaba la guía, cuya ansia al siguiente día era de que acelerasen el paso por ir declinando ya mucho el sol y haberles de ser gran inconveniente la oscuridad de la noche, si sobrevenía antes de llegar a la corte de Tunja. Pero como su rey tuviese por momentos avisos de los pasos que daba la gente española y la marcha apresurada que llevaba para entrar en ella, mandó que saliese al encuentro gran parte de la gente plebeya con mucho bastimento y telas de algodón de presente, para que, cebada la codicia en recibirlas, se detuviesen entre tanto que él ponía en cobro la mayor suma de sus tesoros, cuya cantidad de oro fue tan crecida como podrá colegirse de lo que dijéremos al capítulo siguiente.

Toda su pretensión hubiera logrado Quimuinchatecha, si ya cuando salieron los indios con el presente no llegaran los españoles a los primeros burgos de la ciudad y estuvieran a vista de su cercado a tiempo que la luz del sol solamente asegura-

ba dos horas del día, que fue de San Bernardo a veinte de agosto; y aunque desmayado el sol hería de fuerte en las casas principales, que de sus puertas repercutían los resplandores de las láminas y piezas de oro que tenían pendientes, y tan juntas, que siendo del aire acometidas y rozándose unas en otras, formaban la armonía más deleitosa para los españoles que, ya sin detenerse a mirar los presentes engañosos que les ofrecían, pasaron arrebatadamente, no sin gran turbación y sobresalto de aquella muchedumbre, que hallaron congregada junto al cercado, cuya grita y alboroto fue tan grande, que todo era confusión y espanto, sin que de una ni de otra parte se combatiese, aunque se hallaban los indios con las armas en las manos, así de dardos y flechas como de macanas y piedras, mas no para valerse de ellas, antes sí para servirles de confuso embarazo al asombro que concibieron de ver los caballos y la soberbia de los extranjeros. Entonces Quimuinchatecha, hallándose imposibilitado de poder salvar la persona de sus pies ni por los ajenos, respecto de su mucha corpulencia y edad, que sería de hasta sesenta y seis años, mandó a sus guardas cercasen las puertas del palacio, que se formaba de dos cercas fuertes y distantes doce pasos la una de la otra, teniendo ya en la menor casa de las que había dentro recogida mucha cantidad de oro en petacas (que son a manera de arcas pequeñas) liadas y dispuestas para trasponerlo en hombros de sus vasallos, y a esta causa solamente tenía cada carga aquel peso que bastaría un hombre a llevar sobre sí. Mas viendo sus guardas y criados el repentino avance de los españoles, fueron arrojando por la parte superior de la cerca la mayor parte de aquellas cargas, que recogían los indios de afuera, sin advertirlo la gente española, por haber ocurrido toda junta a ganar la puerta del cercado, con fin de hacerse dueños de lo interior, donde tenían la noticia de que estaba

el tesoro que buscaban: con que al mismo tiempo cuidaban los indios que recibían las petacas, de irlas trasponiendo de unos en otros, hasta donde no se ha tenido más noticia de ellas; descuido muy de notar en un caudillo que premeditó la empresa y no supo asegurarla como discurrirla.

CAPITULO IV

ASALTA QUESADA EL PALACIO DEL REY DE TUNJA, A QUIEN PRENDE, Y DESPUES DE UN BREVE COMBATE SAQUEA SU CORTE CON PRESA DE LOS TESOROS QUE NO PUDO OCULTAR.

LOS españoles trabajaban en romper las ligaduras y amarras de la puerta principal en que estaban detenidos, sin darse maña a conseguirlo, porque se embarazaban unos a otros, hasta que el alférez Antón de Olalla, sacando la espada, cortó de un golpe lazos y vueltas tan diestramente, que abrió paso por donde pudiesen cómodamente penetrar los infantes; que visto por el general Quesada, desmontó del caballo, y en compañía de Olalla y de otros diez compañeros, fueron los primeros que entraron dentro, siguiéndolos después toda la infantería con fin de hacerles espaldas; y como la segunda cerca no tenía puertas, y entre ella y la primera mediaba un patio en que podían muy bien formar escuadrón, con facilidad pasaron los doce hasta la casa que les pareció más autorizada de todas, que tenía otro patio semejante al primero, rompiendo por gran caterva de gente, donde hallaron a Quimuinchatecha asentado en un duho o silla baja, y puesto en pie en contorno del copioso número del gentilhombres de su casa y demás criados, que serían más de mil, todos con patenas de oro en los pechos, medias lunas en las frentes y debajo de ellas rosas de pluma, y recogido el cabello dentro del círculo de una guirnalda de las mismas plumas, las vestiduras matizadas de diferentes colores; y, en fin, así éstos como los demás que salieron a recibir a los nuéstros, y serían más de cincuenta mil tunjanos, iban tan

ricamente adornados, que no vieron semejante grandeza los españoles después, ni la oyeron, aunque les causaba siempre recelo verlos con sus armas a todos. Pero el zaque, sin embargo de reconocer a los españoles tan cerca de su persona y con tan sangrientas señales, se estuvo inmóvil y severo, sin dar muestra de sobresalto ni de movimiento alguno, fiado en la vana presunción de que ninguno sería tan osado que se atreviese a tocar su persona, profanando el respeto debido a las majestades humanas.

Tanta era la confianza de este príncipe, que se persuadía a que la veneración misma con que lo trataban los suyos sería de obligación forzosa en los extraños. Y aun esto no es de reparo respecto de la mentida divinidad que se apropian aquellos que por costumbre tienen el dominio y por herencia el obsequio, sin atención a las vueltas de la fortuna con que humilla lo más elevado, y de las ruinas de un edificio deshecho fabrica la grandeza de un monte desvanecido. Pero apenas reconoció el general Quesada ser aquel bárbaro rey el que buscaban por las señas, cuando se le acercó con fin de abrazarlo amorosamente: acción tan mal recibida de los uzaques, que, poniéndole las manos en el pecho, intentaron retirarlo con tal vocería, que no era posible entenderse unos ni otros; mas con todo esto, le instaba Quesada por su intérprete en que hiciese callar su gente mientras le hablaba de parte del vicario de Dios y del gran rey de España, que no tuvo lugar por los gritos y confusión que había entre todos, con que se embarazaba el intérprete; y así, valiéndose atropelladamente de algunas protestas para que lo recibiese de paz, que tampoco fueron oídas, se halló precisado a nuevas resoluciones acometiéndole con Olalla, y éste (que era caballero de gran fuerza y valor) le echó mano para sacarlo del cercado, con intento de asegurar su persona en prisión y guarda de los españoles, sin que pueda dudarse la valentía del arrojo, aunque le quitasen la gloria de singular los ejemplos re-

cientes de México y Cajamarca. Acción fue la obrada que turbó de fuerte el ánimo de Quimuinchatecha, que, descompuesta la gravedad del semblante y dando veces, representaba a su gente el atrevimiento de los extranjeros con un rey a quien privilegiaba la naturaleza de pasar por las fortunas de la gente común. *¿Quién ha visto* (decía) *que se precipite tanto la soberbia de unos locos, que se arroje a ultrajar la majestad de los reyes? ¿o qué vasallos tan cobardes ha visto el mundo, que permitan en el centro del reino y en medio de tanto concurso de gente armada, que sea aprisionado por dos forasteros el señor natural que obedecen? Sea desquite la violencia de nuestra parte, contra la que usan de la suya, pues ya tan grande agravio no tendrá más satisfacción que la muerte de estos atrevidos.*

Centellas fueron éstas que encendieron volcanes en su gente, pues luégo dieron principio a una confusa grita y alaridos, dentro y fuera del cercado, trabándose el combate por todas partes, sin que diese lugar el alboroto para percibir el orden de los cabos. Los infantes, que dijimos haberse detenido en el primer patio (conocido el peligro) entraron luégo en el segundo en socorro de su general, que, sin perder de vista al zaque, a quien ya tenía de nuevo asegurado el capitán Cardoso en compañía de Olalla, se defendía valerosamente de una escuadra obstinada que lo cercaba; y los de a caballo estuvieron resueltos a lo mismo, si el capitán Gonzalo Suárez Rondón no los persuadiera a que desistiesen de semejante error, representándoles ser tanto el valor de los que estaban dentro, que con seguridad se debían confiar de que serían bastantes para salir bien del empeño; que la ciudad y campos estaban llenos de gentes enemigas, y se necesitaba más de impedir le entrase socorro al Tunja, que asolar los que se hallaban dentro: que estando ellos de guarda a las puertas donde forzosamente habían de cargar las tropas contrarias, conseguían que el mismo cercado fuese res-

guardo a los españoles para que no se les aumentase el peligro: que puestos a caballo con facilidad resistirían los acometimientos externos, cuyo reparo y defensa consistía más en la ferocidad de los caballos y temor que les tenían que en la fuerza de los brazos españoles, que forzosamente habían de ceder al cansancio y a la muchedumbre. Y, finalmente, que desmontando para socorrer a los de adentro, se desarmaban voluntariamente para ser lastimosamente oprimidos de la fiereza bárbara.

Admitieron los jinetes el consejo, y el suceso confirmó los discursos del capitán Rondón, que sin necesidad de entrar en el cercado fueron bastantes los que se hallaron dentro para resistir la constancia de los enemigos con que batallaban por quitarles de las manos a su rey preso. Mucha sangre costó el combate, porque eran los más notables tunjanos los que peleaban dentro de la cerca, y no hay sangre ilustre que en el riesgo de su príncipe se pueda contener dentro de las venas. La flor de la caballería francesa se entregaba a la muerte quitadas las viseras en la batalla de Pavía, para escribir con sangre que no hay noble que estime la vida cuando no redime la afrenta de ver a su rey prisionero; pero lo que más reparo hace es que haya reyes de tan infausta estrella que las acciones todas de su vida, o sean de felicidad o desgracia, siempre corran bañadas en sangre de sus vasallos: vióse en el de Tunja no menos perjudicial a los suyos, cuando libre que cuando preso, cuando próspero que cuando mal afortunado. Por otra parte, la caballería obró tan vigilante, que no cesando de escaramuzar en torno del cercado, impidió a lanzadas los socorros de más de cincuenta mil indios que ocurrían al palacio, y asombrados de los caballos o escarmentados de los botes de lanza, se detuvieron hasta que sobrevino la noche, con que cesó la porfía, recatándose unos y otros de tener las sombras por enemigas; mas no por eso dejaron de trasladar a la lengua la venganza que no pudieron

tomar con las manos. Llamaban a los nuéstros vagabundos, sin más ocupación que la de robar haciendas ajenas y darse a la sensualidad, y en esto de la lascivia decíanles tantas injurias cuantas cabían en los excesos que de ellos relataban los indios del servicio del campo que se les pasaban cada día. Añadían que eran hombres perdidos, no hijos del sol ni de la luna, como al principio creyeron, sino del demonio o criatura peor si la había, y pudiera tener esto más de sensible en los nuéstros para la enmienda, cuanto tenía de verdadero para el oprobio.

Manifestóse, sin embargo, en esta ocasión la Providencia Divina en favor de los españoles, porque según el número de la gente que había ocurrido, sobraba mucha para oprimidos a puñados de tierra cuando no tuvieran armas; pero quiso Dios que la soberbia y cruel ánimo de Quimuinchatecha confesase en la esclavitud del desagrado con que los piadosos cielos miraban la falta de clemencia en los príncipes, y que su fe santa prevaleciese contra la idolatría, apoderada de aquella mayor parte del mundo por tantas edades, siendo fundamentos de tan alta fábrica y soberano edificio las hazañas de estos primeros españoles, los cuales, como reconociesen la molesta y confusa vocería de los indios, ya reducidos a silencio cuidadoso, aplicaron centinelas por la parte de afuera y dispusieron la gente de a caballo de suerte que velase con la vigilancia que su seguridad requería, lo cual ordenado, metieron en una de aquellas casas a Quimuinchatecha, encargando a files guardias su custodia, con la de algunas de sus mujeres que asistiesen a su servicio con la veneración debida a persona real, dándole buenas esperanzas de su libertad, mientras los demás que se hallaban dentro, con el deseo de hallar los tesoros que manifestaban las muestras exteriores de las pendientes láminas, andaban con lumbres averiguando si correspondía lo oculto con lo aparente, y en una petaquilla de las que estuvieron dispuestas para retirar del palacio

y no pudieron, encontraron ocho mil castellanos de oro y una urna en forma de linterna del mismo metal, que encerraba los huesos de un hombre muerto, y pesó seis mil castellanos, sin una hermosa partida de esmeraldas que estaba dentro de la misma urna, y en lo restante de la casa, de láminas, chagualas y otras joyas que le servían de arreo, se recogieron cantidades tan considerables como se verá después.

Hallaron también tres thytuas, que son cajas redondas, llenas de mantas y telas de algodón, de las que tributan sus vasallos al zaque; muchas sartas de piedras turquesas y de otras verdosas y coloradas de grande estimación para el ornato de los indios y que han llegado a ser de aprecio para los españoles, por hallarse virtud medicinal en las verdes para las ijadas y en la coloradas para restañar la sangre. Cañutos de oro obtusos que en sus fiestas solemnes servían de coronas o rodetes a los más nobles, para ceñirse las sienes, gargantas y muñecas de las manos. Caracoles marinos guarnecidos de oro, que usaban por trompetas o sordinas en sus regocijos y en las sangrientas lides, y que para este efecto se llevaban de la costa de una en otra nación, hasta que por vía de rescate iban a parar a los moscas, que los tenían por preseas de buen gusto. La priesa que se daban los españoles al saco era tanta, que en sus diligentes pasos llevaban escrita su codicia, y en favor de ella cuantas presas hallaban las trasladaban al patio, ufanos del pillaje y tan alegres que cuantas veces salían con alguna, vueltos a Quesada le repetían: Perú, Perú, señor general, que otro Cajamarca hemos encontrado. Y a la verdad si hubieran llegado con más días y copia de gente, que a un mismo tiempo cercase el palacio y saquease otras casas y templos principales, no desmintieran los efectos a las palabras y la suma hubiera sido grandísima: pero la poca gente ocupada en el cercado, falta ya de lo más sustancial, y la oscuridad de la noche,

dieron lugar para que cada cual de los indios pudiese escapar sus bienes de las manos españolas.

Las cargas del oro y joyas, que por todas partes se recogieron en el patio desde las seis de la noche, fueron tantas, que a cosa de las nueve, en que se acabó el saco (con no haber entrado en Tunja con quince mil castellanos cabales) se hizo de ellas un montón tan crecido, que puestos los infantes en torno de él, no se veían los que estaban de frente y los que se hallaban a caballo apenas se divisaban, como lo afirma el mismo Quesada en el capítulo nono del primer libro de su "Compendio Historial del Nuevo Reino", donde poco antes de lo referido pone estas palabras: Era cosa de ver ciertamente, ver sacar cargas de oro a los cristianos en las espaldas, llevando también la cristiandad a las espaldas, poniendo las cargas en mitad de aquel patio, y lo mismo en lo de las esmeraldas que entre las joyas de oro se hallaban. Y en fin del mismo capítulo remata diciendo que si los nuéstros hubieran guardado las mantas de algodón finas, y la infinidad de sartas de cuentas que hallaron, para rescatar con ellas después entre los indios, es cierto que les hubiera valido más oro que cuanto vieron junto en el montón del cercado, por ser aquellos dos géneros tan estimados de los señores moscas para el arreo de sus personas, que los tenían por su principal tesaro; pero que ignorantes de ello entonces los españoles, lo repartieron todo después entre los indios amigos; no excedió en fin la fama de las riquezas del Zaque de Tunja a lo que experimentaron los ojos aquella noche; y al día siguiente se hizo la diligencia de examinar los templos y casas de su corte; pero fue de muy poca consideración el despojo, aunque las esperanzas que tenían de satisfacer sus deseos con el rescate que imaginaban daría Quimuinchatecha por su persona, eran grandes; porque la guía afirmaba que cuanto habían hallado era mínima parte de las riquezas de aquel príncipe. Mas aunque se valieron

de halagos y promesas muchas veces y otras muchas de amenazas, jamás pudieron sacar de él cosa que conformase con sus deseos; antes estuvo siempre tan obstinado que rara vez respondía a lo que le preguntaban, menospreciando de una misma suerte los halagos que los rigores, aunque no fue bastante su contumacia para que maltratasen su persona ni se le embarazasen las asistencias de criados y mujeres, sin que español alguno se atreviese a levantar los ojos para mirar alguna: porque el general Quesada era entero en ejecutar sus órdenes, y tenía mandado le guardasen el decoro debido a príncipe prisionero todo el tiempo que lo tuviesen en guarda, y que lo mismo se observase con los demás indios nobles que lo acompañaban en su fortuna.

No tiene duda sino que estas prendas fueron muy dignas de estimar en un caudillo de pocos años, que se hallaba libre de otro más superior que lo gobernase; y aunque en ello se esmeró tanto para ejemplo de sus soldados, en lo que más se señaló para crédito suyo fue en observar las paces, que una vez asentaba tan constantemente, qué ningún cabo de los que gloriosamente se empelaron en la conquista de las Indias le hizo ventaja. Y fue mal informado quien depuso de él lo contrario, exceptuando lo que obró con Saquezazipa, como después veremos (desgracia común fabricada de la emulación contra los bienes quistos), pues si del sucesor de Quimuinchatecha se hizo justicia después con razón o sin ella, que fue lo cierto, poca culpa tuvo en la resolución el general Quesada, que a la sazón se hallaba en estos reinos de Europa, y la acción la ejecutó Hernán Pérez de Quesada, su hermano, que por aquel tiempo gobernaba el Nuevo Reino. Y aunque yo no califico circunstancias, pondré las palabras con que Castellanos más ha de ochenta años lo dijo en el sexto canto del cuarto tomo de su "Historia general de las Indias", que viene a ser el primero de la conquista del Nuevo Reino. Habla,

pues, de la muerte del Zaque de Tunja, sucesor de Quimuinchatecha, y prosigue:

> Hízola Hernán Pérez de Quesada,
> hermano suyo, no sin imprudencia,
> y estímulos de malos consejeros
> venidos del Perú, de cuya parte
> pandetur omne malum, Dios quisiera
> que nunca gente de él en esta tierra
> hubiera puesto pies a gobernarla;
> hubiéranse excusado pesadumbres,
> pues todos, o los más que vienen, traen
> un olor y un sabor de chirínolas.

CAPITULO V

MARCHA QUESADA A SOGAMOSO, SAQUEA LA CIUDAD Y QUEMASE SU TEMPLO.—VUELVE A TUNJA, Y DESAMPARANDOLA POR IR A LA CONQUISTA DE NEIVA, PELEA EN EL CAMINO CON TUNDAMA Y ROMPELO EN UNA BATALLA.

LAS palabras sencillas de Castellanos descubren que las experiencias con que las dijo siempre se acreditarán más en los tiempos futuros; pero volvamos a Quesada, que vista la gran riqueza que descubría la tierra, y cuán poco acertada resolución era seguir por entonces otra fortuna que la que se le mostraba propicia, mandó que tres jinetes fuesen a Ciénega por las demás gentes que había dejado en ella, y retardándose en seguirle contra la orden que les había dado. Obedecieron, y cuando llegaron a la mitad del camino hallaron de más al capitán Juan de San Martín, que, como dijimos, arribó perdido y engañado de malas guías; y sabida por él la buena suerte que había tenido su general, prosiguió en su demanda con el resto del campo que allí estaba, juntándose todos al quinto día en la ciudad de Tunja, alegres de la presa y con presunciones de aumentarla, por cuanto el gobernador de Baganique, que les dio la noticia del rey de Tunja, la daba nuevamente de que Sugamuxi, cacique de la provincia de Iraca y pontífice máximo de los moscas, tenía riquísimos tesoros en su cercado y en el templo mayor de aquel reino, que era el de su corte, y que por ser santa toda aquella tierra, otros muchos caciques tenían en ella particulares oratorios, en que aparte ofrecían cantidades de oro según la posibilidad de sus dueños. Que oído por el general Que-

sada, y escarmentado del malogro del pasado lance por su poco aceleramiento, prevenidos veinte caballos y buena infantería, caminó tan apresurado, que abrevió a un día de marcha ocho leguas que hay desde Tunja a Paipa; repartimiento que cupo en las conquistas a Gómez de Cifuentes, quien mereció por sus servicios que la mejestad católica le permitiese poner sus armas enfrente de las reales, como se ve en la casa con torre que labró en la plaza de Tunja, y goza hoy con el mismo repartimiento el capitán don Francisco de Cifuentes Monsalve, digno sucesor suyo, después de su tío Francisco de Cifuentes, que lo heredó al conquistador su abuelo, y por no tener hijos lo dejó al sobrino.

En Paipa tomaron algún descanso aquella noche los españoles, y otro día en seguimiento de su jornada entraron por el territorio del Tundama, que cavilosamente les envió al encuentro un regalo de mantas y oro, diciéndoles por su embajador se detuviesen en tanto que personalmente salía a presentarles ocho cargas de oro que se estaban ajustando entre sus vasallos: y como menos promesa sobraba para detenerlos, no queriendo perder aquella ocasión de aumentar el caudal con partida tan considerable, hicieron alto aquel tiempo que bastó para que el sol declinase del zenit más ardiente, en cuyo espacio se dio Tundama tan buena maña con los suyos, que traspuso todo el oro de los templos y casas, y guarneciendo de gente bien armada las colinas y partes altas, dando grita y voces a los españoles, con grandes oprobios les decía se acercasen y llevarían sobre las cabezas el oro que tenían para darles, porque a menos costa no podrían ganarlo. Sintieron tanto los españoles la burla, que se determinaron a invadir la ciudad, aunque salieron de ella sin fruto alguno y maltratados de las piedras y flechas que despedían de los altos que tenían tomados, sin que pudiesen los nuéstros corresponderles por entonces con las ballestas y arcabuces, por serles forzoso excusar la

contienda, a causa de ser ya tarde para arribar a Iraca, adonde los llevaba la guía, y distaba del sitio donde aconteció esto poco más de dos leguas; y así, por más priesa que se dieron, llegaron a tiempo que iba entrando la noche.

Hay un campo raso y ameno antes de llegar a Sogamoso, que anticipadamente dispuso la naturaleza para teatro en que se representase la tragedia de este suceso. En él reconocieron los españoles numerosas escuadras de indios que su cacique tenía prevenidas para oponerse valiente, dejando a la suerte de una batalla su buena o mala fortuna; y así, viéndolos cercanos, dieron la guazabara que acostumbraban en sus lides al atacar la batalla, que no excusó el campo español; porque convidados del buen terreno para los caballos, rompieron por lo más granado del ejército enemigo, sembrando los campos de penachos y coronas con daño de los dueños, aunque no muy considerable. Otras dos veces fueron acometidos de los veinte caballos unidos, y fue tanto el espanto que concibieron acobardados ya de las lanzas, que con facilidad fueron desbaratados y constreñidos a volver las espaldas con vergonzosa fuga, dejando libre la ciudad, y Sugamuxi su cercado, no menos magnífico que el de Tunja en los resplandores con que lo adornaban las láminas y platos de oro puestos en la fachada, que montaron cuarenta mil castellanos, y entre ellos hubo pieza que pesó arriba de mil, de buen oro; siendo la oscuridad también el amparo a cuya sombra sacaron los indios mucha parte de las riquezas que tenían en sus casas y adoratorios, aunque del templo mayor (que ya, o porque fuese religiosa atención, o por cosa común, y lo más cierto porque no fue posible) no pudieron sacar la riqueza que bastara para el remedio de muchos, si pudiera lograrse.

Buena parte de la noche había corrido, cuando convidados de la ocasión se fueron al templo Miguel Sánchez y Juan Rodríguez Parra, y para ver lo que se contenía dentro del suntuoso edificio, le

rompieron las puertas, y con luz de pajas encendidas en un hacecillo reconocieron sobrada riqueza con qué satisfacer sus deseos, y sobre muchas barbacoas gran cantidad de cuerpos difuntos, de ropas y joyas que manifestaban ser de personas calificadas. El pavimento del templo estaba cubierto de espartillo seco y blando, según la costumbre que se observaba allí y en las demás provincias de aquel reino, que participan de región fría: objetos todos que aumentaron la codicia de los dos soldados, para que sin advertencia de lo que obraban pusiesen en el suelo la luz que se cebaba en el hachón de paja, mientras ellos se ocupaban en recoger oro. ¡Qué poco discurre la codicia una vez empeñada! ¡Qué ciega atiende al peligro embelesada en que la arrastre el objeto! La llama fue prendiendo lentamente por los espartillos hasta dar en las paredes entapizadas de carrizos curiosamente puestos y trabados, donde se aumentó con tal fuerza, que cuando los dos compañeros atendieron al daño que de su descuido había procedido, no les fue posible apagarla; y aunque intentaron diligencias para ello, ninguna tan eficaz que les obligase a soltar de las manos el oro que cada cual tenía recogido, y así, para no verse en conocido riesgo de perderlo todo, desampararon el templo dejando la restante riqueza expuesta a la furia del incendio, que corriendo hasta la techumbre daba tan crecido resplandor que alumbraba toda la ciudad y campos, de tal suerte que Domingo de Aguirre y Pedro Bravo de Rivera montaron a caballo y acudieron presurosos al lugar del incendio, pensando haberse dispuesto ardilosamente por haber visto que algunos indios salieron huyendo del templo.

De esta opinión fue siempre Miguel Sánchez, afirmando no haber estado la desgracia da parte de su descuido, sino de la industria de los jeques y mohanes, que debieron de estar secretamente dentro del templo en guarda del insigne santuario, y viendo tan ocupados a los dos españoles o por quemarlos en venganza de haberlo profano, o por que

a la mañana no lo despojasen a sus ojos los demás compañeros, llevados del celo de su falsa religión, le pusieron fuego; pero ningún volcán se mostró más ardiente en el arrebatado curso de sus llamas que este edificio avivado de los soplos del viento, siendo lastimoso espectáculo de aquellos tiempos, considerada la majestad de su fábrica, la grandeza de sus tesoros y la curiosidad de sus arreos; y si a los ojos de los bárbaros fue objeto de lágrimas por el violento destrozo de lo más sagrado que veneraban, no fue menos lastimoso a los españoles por las esperanzas que entre las ruinas del fracaso dejaron sepultadas. Mucho tiempo duró el incendio, porque fue mucho lo que tuvo que gastar la llama; no me atreveré a determinarlo por no peligrar entre malos creyentes. Y aunque parece exceso (aun para ponderado) lo que refiere Castellanos, mucho lo defiende a su buen crédito, principalmente cuando otro ningún escritor contradice sus palabras; pondrelas aquí, y el lector hará el juicio que le pareciere. Dice, pues, en su "Historia General de las Indias":

El fuego de esta casa fue durable espacio de cinco años, sin que fuese invierno parte para consumirlo; y en este tiempo nunca faltó humo en el compás y sitio donde estaba: tanto grosor tenía la cubierta, gordor y corpulencia de los palos sobre que fue la fábrica compuesta.

Las maderas para aquel suntuoso templo se llevaron de los Llanos a Sogamoso según la tradición de los más ancianos de aquella provincia, con infinito número de gente que la piedad hizo concurrir de diversas partes para ocuparse en ministerio tan religioso; y no pudiera fabricarse de otra suerte respecto de no haberlas de su porte a menos distancia que la de los Llanos, ni hallarse de calidad tan durable en otro sitio, pues casi tiraban a incorruptibles a la manera del enebro de que refieren las historias haber durado los edificios que de él se hacían en España mil y setecientos años sin corromperse. Y como la intención de estas na-

ciones fuese hacer permanentes sus templos, es llano que siendo tantas las que habitaban aquel reino, las condujesen de términos tan dilatados; y aun se infiere por personas curiosas en descubrir antigüedades de aquella provincia, en que fue singular el licenciado Juan Vásquez, hijo de Pedro Vásquez de Loayza, que al tiempo de afijar en la tierra aquellos corpulentos maderos, los cimentaban sobre esclavos vivos, persuadiéndose a que fundados sobre sangre humana se conservarían ilesos: engaño que reconocieron en el asoleamiento y destrucción que hizo de ellos el fuego reduciéndolos a cenizas, sin que la engañosa potestad de su cacique acudiese al reparo con las lluvias de que se jactaba ser dueño.

Eralo al tiempo que hubo este incendio, Sugamuxi, como dijimos, de quien tomó nombre el pueblo principal y su provincia, el cual, persuadido después y convencido de la verdad de nuestra santa fe católica y bien instruído en ella, recibió el agua del bautismo, trocando el nombre de su gentilidad en el de don Alonso, a quien dice Castellanos haber conocido algún tiempo y ser muy liberal y mañoso en ganar las voluntades de los jueces; y refiere de él, que estando con una mujer viuda española y hablando con sentimiento de la muerte de su marido, por remate del pésame le dijo estas palabras: *Entiéndeme, señora, lo que digo. Yo quise bien a tu esposo, y en fe de esta amistad le permití se sirviese de algunos vasallos míos, y que de ellos cobrase los tributos. Estos vasallos están ahora en tu poder, y agregados al repartimiento que te dejó en su muerte; y si tú procedieres con reconocimiento a lo que le debes, no admitiendo compañía en tu lecho, de mi parte te ofrezco el mismo servicio que cuando lo tenías vivo; pero si en esto faltares, no formes queja de que yo también falte al agasajo que hice a tu marido y mi amigo, porque no será justo que mi hacienda pase a otro que sin haberlo trabajado quiera por tu elección errada gozar lo que no merece ni le costó fatiga. Y di-*

gotelo, porque acontece muchas veces llegar gentes ociosas a subrogar en el mismo lugar que tuvieron muchas canas honradas, y por el mal juicio de las mujeres malbaratan y juegan las posesiones y riquezas que no ganaron, dando en correspondencia de estos bienes muchos disgustos y heridas a quien los hizo dueños de todo; de suerte que lo que eligieron para gusto, permite el cielo se les convierta en pesar, y que en ellas se ajuste el adagio de quien tal hizo que tal pague.

Refiérese también de este don Alonso, que habiendo ido en cierta ocasión a la ciudad de Santafé, y estando en visita con un oidor, éste, para acariciarlo más en el amor del rey nuestro señor, le mostró un retrato suyo que tenía en la sala; y habiéndose quedado el cacique algo suepenso mirándolo, le dijo el oidor: ¿Qué os parece, don Alonso, de nuestro rey? A que respondió con sosiego: Muy bien, si tuviera su corte en Sogamoso. En que le dio a entender con prudencia lo que padecen los vasallos de las Indias, por tener el recurso del rey nuestro señor tan dilatado. En otra ocasión le dijeron que iba un juez o corregidor muy justiciero a Sogamoso, y volviéndose a los indios les dijo fuesen al río a ver cómo corrían las aguas, y si no iban para arriba sino para abajo, no se persuadiesen a que aquel juez había de correr por diferente camino que los otros. Bien se reconoce de lo que llevamos dicho la capacidad de aquel indio, y se desmiente el falso concepto que formó de todos don Fr. Tomás Ortiz en el memorial suyo, que refiere a la letra Fr. Pedro Simón, religioso franciscano, donde sin que se halle proposición universal que sea verdadera, se encontrarán algunas tan duras (por que hablemos con modestia) como la en que afirma no ser los indios capaces de doctrina ni castigo, no pudiendo negar que son hombres, y de las partes que con toda verdad refiere don Fr. Bartolomé de Las Casas, obispo que fue de Chiapa, en el principio del informe que hizo al emperador en crédito de los indios, como quien vivía sin temor

de que le aseasen el poco fruto que había hecho en ellos como misionero, y extorsiones que hubiese permitido como protector. Y volviendo a don Alonso se reconocerá por lo que dijo a la viuda el crecido caudal que gozaba en aquellos tiempos; pero a la sazón que los españoles saquearon a Sogamoso hallaron muy poco respecto de las grandes noticias que llevaban, y ése recogido y bien asegurado, dispusieron volver a Tunja antes que lo perdiesen necesitados de pelear con las gentes que todos los caciques comarcanos iban recogiendo para socorrer a Sugamuxi; y así brevemente ejecutaron su partida en demanda del campo español, que estaba en guarda de la presa hecha en Tunja, donde juntas las fuerzas consultaron la parte que sería más a propósito para que en ella se prosiguiese la conquista.

Prevaleció entre todos el parecer de los que sentían ser la provincia de Neiva la de más rica fama y nombre, de quien se decía tener el terreno próspero y abundante, y que en él había una laguna depositaria del más rico adoratorio, que fundó la antigüedad sobre columnas de oro y en quien se cifraban innumerables riquezas de sus contornos: rumores que esparcían los moscas con fin de que los nuéstros desamparasen su tierra; y a la verdad si dijeran que los ríos y los arroyos que la riegan son caídos de mineros de oro y que sus arenas sobran para haber hecho a muchos hombres ricos y sirven de depósito en que consiste el caudal de los belicosos coyaimas que la habitan, no excedieran en nada de ella ni adelantaran la relación de lo que hoy se experimenta. A esta buena noticia se añadió la nueva que tuvieron del bosque en que se ocultaba el Zipa Thysquezusha, a cuyo retiro había mudado la grandeza de los tesoros que solía tener en Bogotá: estímulos fueron éstos que compelieron al campo español a salir de Tunja, dándole primero libertad a su rey anciano; y ya que no pudieron obligarle a que la consiguiese por rescate, quisiéronle granjear con generosidad, dándole a enten-

der quedaban satisfechos con que guardase amistad con los españoles, pues si antes hubiera salido a ellos de paz, hubiera excusádose de los pasados lances, aunque ya podía seguramente gozar de su quietud y reino, en el cual sería fielmente defendido y amparado. Pero como a un ánimo real no combate más la injuria del enemigo que el menosprecio de los propios vasallos, y éstos colocasen luégo en la silla a Quiminzaque su sobrino, sin hacer más caso de él, bastó esto solo a quitarle la vida privada que había elegido, con más rigor que pudieran las armas españolas.

Despedidos, pues, de Quimuinchatecha con agasajos corteses y puestos en orden con más de doscientos gandules, que llevaban otras tantas cargas de oro de las que se habían cogido, marcharon a Paipa, hasta donde se detuvieron el tiempo que diremos adelante; y aunque la mira del viaje era a Bogotá, y Paipa esté tan extraviada, la ignorancia de los caminos que había entonces obligaba a seguir las jornadas por los mismos rodeos que las habían hecho a tino. Tenía puesta la mira Quesada en valerse de todos los medios pacíficos para reducir las provincias del reino que le parecía tener ya en buen estado si el cacique de Duitama no embarazara este buen progreso, no queriendo admitir la paz que le había ofrecido y pasado a maltratarle los embajadores que le había enviado, cosa que por el mal ejemplo no parecía conveniente se disimulase, y más habiendo sabido lo esperaba de guerra; y así, por ver si con el espanto de algunas escaramuzas ligeras lo podía reducir a mejor medio, dispuso que se trabasen algunas, que sólo sirvieron de que Tundama le enviase un trompeta al tercer día haciéndole saber que pues le había esperado con toda su gente y no había querido ir, él vendría a buscarlo al día siguiente en su alojamiento de Paipa; y cumpliólo tan puntualmente, que habiendo salido los nuéstros al romper del día, vieron a la parte de oriente bajar la serranía más cercana sobre doce mil combatientes en bien orde-

nados escuadrones, y prevenidos de armas efensivas, como dardos, flechas, hondas, picas y tiraderas, y de paveses fuertes en que libraban la defensa de las lanzas españolas: hacían vistoso alarde de plumas y coronas de oro en las cabezas, petos y brazaletes de lo mismo, que usaban los indios más nobles, con otras joyas que deslumbraban la vista de los españoles, ignorantes hasta entonces de aquel ejército, que tan pujante se movía, y aquí fue donde los nuéstros vieron las primeras banderas entre los moscas. Era Tundama el general de todos los coligados, que venían a ser aquellos caciques que le daban la obediencia y dominaban hasta Chicamocha tierras fértiles y abundantes de las mejores de todo el Nuevo Reino. Iban por cabos los mismos caciques, como eran Onzaga, Cerinza, Sátiva, Susa, el valeroso Soatá y el fuerte Chitagoto, con otros capitanes y oficiales que por impulso de Tundama marchaban con airoso denuedo.

Descendían de lo alto de la sierra en demanda del campo español, que bien ordenado y dispuesto a la batalla esperaba a sus contrarios, ya más bien reconocidos en los fértiles campos de Bonza, pueblo que poseyó Pedro Núñez de Cabrera, uno de los que se hallaron en esta ocasión, y heredó después un hijo suyo del mismo nombre, a quien sus émulos persiguieron sin causa, haciéndolo llamar a estos reinos de Castilla con el pretexto ordinario de que los bien quistos en Indias tienen contra sí la sospecha de que intentan movimientos indignos de su calidad: error que vive impreso en quien busca ocasiones leves para deslucir méritos de aquel nuevo mundo, sin atender a que serán los que mejor conserven aquellos reinos los hijos de la lealtad, que supo ganarlos. En fin, en la parte más llana que se avecina al río Sogamoso esperaron los españoles abrigándose de sus aguas por un costado contra el ejército enemigo, que viéndolo ya más cercano el general Quesada y que la ocasión era la más apretada en que le habían puesto los moscas, vuelto a los suyos, les dijo: *Fuertes compañeros*

míos, la fortuna nos tiene puestos en lance de que no es posible escapar sin una sangrienta batalla. Verdad es que el número de los enemigos es grande: pero también lo es que la muchedumbre entre bárbaros siempre engendra confusión, y en ella se ha de fundar la victoria, que espero conseguir por medio de tan valerosos españoles: y pues Tundama nos provoca sin que de nuestra parte se le haya hecho ofensa alguna, conozca este bárbaro en el escarmiento su locura, y cada cual de mis soldados combata en defensa de la honra, pues de ella pende su vida. Lo que conviene es dejarlos bajar de la cumbre de las colinas hasta que lleguen a tener bien cogido el llano, por que puedan servir mejor los caballos y guerrear los infantes sin fatiga, cuando yo diere la señal del avance.

A este tiempo no distaba ya la mayor parte del ejército enemigo un tiro de ballesta del campo español, desembrazando a un tiempo flechas y piedras mas espesamente que cuando las graniza lá nube ó cuando sacuden de sí enjambres de langostas los aires, con notable enfado del ánimo colérico de los nuéstros; que visto por su general, y la conveniencia del sitio en que se hallaba, apellidando Santiago, dispuso que los infantes y caballos de la vanguardia acometiesen de suerte que el enemigo se rindiese más al espanto que al destrozo. Iba también con el ejército español un buen escuadrón de indios amigos y parciales, así bogotaes como tunjanos, y empeñáronse en esta ocasión en auxiliar a los nuéstros y militar a las órdenes del general Quesada, tan voluntaria y cautamente, que para diferenciarse de los contrarios y ser reconocidos en la batalla, se pusieron coronas verdes en las cabezas. Con esta señal iba y sobresalía peleando entre todos aquel gobernador de Baganique que dio noticias de Tunja y Sogamoso; el cual, como viese entre los cuerpos que batallaban con la muerte, atravesados de las lanzas españolas, el de un hermoso mancebo adornado de un capacete de vistosas plumas y coronas de oro, pareciéndole que semejante

presea sería despojo digno de estimación que acreditase sus bríos, quitóse la guirnalda verde en que aseguraba su vida, y trocándola con la corona de oro, se encontró con la muerte; porque en el confuso encuentro, donde todo era horror, sangre y espanto, viéndolo con insignia diferente de la que llevaban los demás indios amigos, y reputándolo por parcial del Tundama, quedó muerto entre los demás a manos de los españoles. Quesada quiere que haya sido a las de un hombre rústico, que por intercesión de algunos consiguió aquel día pasar de infante a soldado de a caballo, sin merecerlo; pero no se le hará extraño el suceso de cualquier modo que fuese a quien sabe que la muerte del traidor corre por cuenta de quien recibe el beneficio de la deslealtad: lo extraño fuera no quedar este ejemplo más en el mundo para convencer delito que aun no goza indulto en los acasos. Esta desgracia sucedió sin que de ella se tuviese sospecha, hasta que puesto en huída el Tundama (después de una breve batalla), y recogido el escuadrón de los indios amigos, se halló menos aquél, con sentimieuto general del campo, que a sus avisos se hallaba obligado y satisfecho de la valemía con que se había portado en las ocasiones; pero haciendo diligencia por la campaña se encontró el cuerpo atravesado de un bote de lanza, y por la corona de la cabeza vinieron en conocimiento de la causa de su infelicidad.

En esta ocasión fue cuando en una de las escaramuzas que precedieron a la batalla, y no en la que dieron después a Baltasar Maldonado, y llaman del pantano, estuvo muy a pique de ser muerto el general Quesada, porque empeñado en escaramuzar solo contra una tropa de duitamas, y sirviéndole de embarazo el caballo al romperlos, porque le hurtó el cuerpo al tiempo de acudir al reparo de un macanazo que le dieron en un muslo, cayó en medio de sus contrarios; y aunque se defendía con su acostumbrado valor a brazo partido con el gandul que lo derribó, hubiera importado poco para que no lo matasen los demás duitamas que iban

cargando, a no ser socorrido de Baltasar Maldonado, que a lanzadas lo sacó de todo el batallón, y con su ayuda recobró el caballo, para que juntos saliesen con victoria de aquel empeño. En fin, conseguida ya sin daño alguno de los españoles, recogieron los despojos de los muertos, que fueron muchos, y pasados tres días, que gastó el cacique de Paipa en ajustar las paces entre los españoles, duitamas y sogamosos, con que se sosegó toda la tierra, se partieron en demanda de Neiva, donde los moscas afirmaban haber lo que llevamos dicho de las columnas de oro y montones de él en las casas, a la manera que ellos los tenían de maíz y fríjoles. Llegaron, pues, a Suesca, distante doce leguas de Bogotá, con el carruaje que va referido, donde haciendo alto el campo, pasó el general Quesada muy a la ligera con aquellos infantes y caballos que le parecieron bastantes para la empresa, dejando los demás a cargo de Hernán Pérez, su hermano, y arribando con brevedad al pueblo de Pasca, puesto a la entrada del monte que media para los sutagaos y tierra que había pisado otras veces, dejó en él para resguardo suyo al capitán Albarracín, natural del puerto de Santa María, con alguna gente, y siguiendo desde allí su derrota con buenas guías, que lo llevaron por regiones calidísimas y tierras despobladas, fue atravesando por los confines de los sutagaos (siempre peleando con ellos) y por las serranías de Cunday hasta llegar a la provincia de Neiva, a quien pusieron el Valle de la Tristeza. Allí se les huyeron las guías, dejándolos en grave desconsuelo por ser aquel país poco poblado y sumamente caluroso, de que se originó que de la mayor parte de los vivanderos y de los españoles tres o cuatro muriesen al rigor del hambre y calenturas, sin que se hallase remedio contra daño tan grave: si bien éste se debe atribuir más a la falta de víveres que al mal temperamento; pues aunque es así que la tierra es calidísima y que la baña el río grande de la Magdalena y otros mu-

chos, la experiencia ha enseñado que su temple es de los más sanos de las Indias

Alojáronse, pues, los españoles a orillas de aquel río, por haber hallado en ellas casas pequeñas donde vivían algunos naturales de la provincia, que temerosos de la entrada de gentes extrañas se habían pasado a la otra banda, desde donde (como es costumbre entre ellos) los amenazaban en cada alborada con gritos y alaridos. En esta confusión se hallaban un día, cuando reconocieron que de la otra banda del río un mancebo de gallarda disposición se conducía nadando hacia ellos, puesta la proa de su intención a la parte donde estaban alojados los nuéstros, y que después de ganada la ribera se fue para ellos sin recelo alguno, y en llegando sacó de un zurroncillo que llevaba catorce corazones de oro fino, que pesaron dos mil y setecientos castellanos, y los entregó al general Quesada; de que así él como los demás compañeros, aunque tristes y afligidos, se recobraron a nuevos bríos con aquella muestra que recibieron de su mano con buena voluntad, regalando y tratando al bárbaro tributario con el agasajo que demostraron en la recompensa de algunos cuchillos, tijeras y cuentas de vidrio que le dieron: de que bien satisfecho el mancebo, y habiéndose vuelto a los suyos, asegundó al siguiente día con otra partida de oro tan grande como la primera, que fue también satisfecha con cuentas de vidrio y un bonete colorado, rogándole continuase las visitas con aquellos corazones; pero no volvió más ni supieron la causa, aunque lo esperaron tres o cuatro días.

Viendo, pues, el general cuán faltos de salud y mantenimientos se hallaban los suyos, y reconocido el engaño con que le habían tratado los moscas, determinó volverse a gozar de mejor temple; pero al momento de cargar el oro cada cual lo rehusaba como la muerte: tanta era la flaqueza que padecían, así los castellanos como los indios que habían escapado vivos, pues apenas podían sustentar los cansados cuerpos en bordones; de que resultó

estar determinados a enterrarlo en parte conocida y oculta hasta tanto que más bien reformados pudiesen conducirlo sin tanto peligro y trabajo.

Mas, pareciéndole a Pedro de Salazar y a Juan del Valle que no cumplían con su obligación aventurando la presa al riesgo de perderla, cuando los dos se hallaban con más aliento que los compañeros, la repartieron entre sí llevándola a cuestas hasta llegar a Pasca, donde hallaron al capitán Albarracín y a la gente que quedó con él, con buena prevención de víveres para que, refrescados todos, fuesen derechamente al cercado del Zipa de Bogotá, donde los esperaba ya Hernán Pérez de Quesada con lo restante del campo; lo cual pusieron luégo en ejecución, reconociendo en la mejoría que sintieron de sus dolencias, ser el asiento de aquella corte el más a propósito para convalecer, así por el buen cielo de que goza como por la excelencia de víveres de que abunda.

CAPITULO VI

REPARTESE LA PRESA ENTRE LOS ESPAÑOLES: ASALTAN DESPUES EL CERCADO DE UN BOSQUE DONDE MATAN A THYSQUESUZHA SIN CONOCERLO. USURPA EL REINO SACREZAZIPA, Y DESPUES DE VARIOS REENCUENTROS ASIENTA PACES SUJETANDOSE AL REY DE ESPAÑA.

JUNTOS, pues, todos en el palacio de Bogotá, acordó el general Quesada que se repartiese la presa, dando a cada cual aquella parte que le correspondiese según su puesto y méritos, cuya tasación había de pender del arbitrio de tres jueces que, para este efecto, nombraron las partes: y fueron Juan de San Martín por los cabos y oficiales; Baltasar Maldonado por la gente de a caballo; y Juan Valenciano, caporal de rodeleros, por los infantes. Hecho esto, se sacó de toda la masa de oro y esmeraldas la parte de quinto perteneciente a su majestad, que llegó a más de cuarenta y seis mil castellanos y trescientas y sesenta esmeraldas; lo cual hecho, se separó de toda la gruesa restante otra cantidad muy considerable para que, por votos del general y de los tres jueces, se aplicase a los que más se hubiesen señalado en la conquista: acción digna de ser imitada, y de que resultó salir algunos con más interés de la mejora que de la repartición general. De las esmeraldas se hicieron cinco diferentes suertes, y sumado el número de ellas y de la gente, con toda la cantidad de oro que restaba, se hicieron las divisiones y tasación a quinientos y doce castellanos de oro fino cada división, con más ciento de oro bajo y cinco esmeraldas, sacando una de cada suerte: con que tantean-

do aquel número de divisiones, aplicaron nueve al adelantado don Pedro Fernández de Lugo, siete al general Quesada, cuatro a cada cual de los capitanes, sargento y alguacil mayor, una a cada infante y duplicadamente a los oficiales y caballos y algunas partes más considerables a muchos otros que, según el voto de los jueces, lo merecían por sus hazañas; pero no tan justificadamente, según el parecer de otros, que no quedasen agraviados muchos buenos soldados viendo preferir con ventajas a los que menos lo habían trabajado: desorden bien común en las Indias, donde los malsines y plumarios (como lamenta Castellanos) suelen llevarse las mejores rentas; y los que fueron y son columnas que sustentan el peso de aquella monarquía con sus hazañas, no salen de empeños para tratarse con decencia, aunque ya he visto que todo el mundo es uno, y que el desvalido en la repartición de los premios, sólo tiene razón de vivir quejoso. Mas, digámoslo con la sencillez de estilo en que se queja este cronista al canto séptimo de la cuarta parte de su "Historia Indiana", donde, después de referir el desorden que siguen los jueces de las Indias, añade:

> Aunque ya todo va tan corrompido,
> que si en nombre del rey hacen mercedes,
> las vende para sí quien tiene mando,
> a quien trae mayor ganizobaco,
> sin atenciones de merecimientos:
> y es este desahogo tan usado,
> que ya parece ley establecida.

Los más agraviados en la repartición que se hizo, fueron el maese de campo Orjuela y el general Gallegos, porque ni aun para premiarlos como a soldados particulares hicieron memoria de lo capitulado ni de sus méritos. En las esmeraldas se reconoció también más fraude que en el oro, contra los que sudaron en ganarlas; pero como hombres de sana intención, fieles y obedientes a sus cabos,

no formaron queja del agravio y obraron cuanto pudo enseñarles el arte del disimulo contra ofensas de superiores. Y aun el general Quesada, hombre mañoso con suavidad, tuvo tales ardides, que so color de venir a Castilla a pretender mercedes para todos, consiguió que cada cual de los soldados le diese buena parte de lo que le había cabido en suerte. Violencia amorosa es ésta de quien manda, y con razón, pues se descubre en ella que no desnuda más al hombre el huracán deshecho, que con furia le acomete, que el blando calor del sol, que lentamente lo embiste. Y como ya a diligencia de los tormentos ejecutados en algunos bogotaes tuviesen guías ciertas que condujesen a Quesada al bosque donde el Zipa Thysquesuzha se ocultaba (cuya prisión le prometía riquezas que excediesen a las adquiridas), acordó acometer la fuerza en que estaba en la oscuridad de la noche; empresa que facilitaba, por ser el bosque uno de los que están a la vista de Facatativá, distante poco más de dos leguas de Bogotá. Y así, bien apercibido de infantes y caballos los más escogidos del campo, cuando ya la noche descogía el manto de sus oscuridades salió de la corte; y cuando con silencio tenía ya en su regazo la mayor parte de los mortales, dio en el fuerte retirado y guarnecido de innumerables gentes, aunque desprevenidas, para que con turbación desordenada se fuese tendiendo por aquellos campos el confuso ruido y alboroto del repentino asalto.

Ventajosamente pelea quien vive armado de prevenciones, y vanamente batalla el que empieza con sobresaltos. Estos fueron los primeros enemigos que tuvieron para su daño los indios; y aunque reconocieron la cautela de los españoles, importó poco, porque la discurrieron turbados. Volver quisieron en sí las soñolientas escuadras, y en las demostraciones solamente opusieron la flaqueza de los reparos con que intentaban curar su inadvertencia; porque arrojando a los españoles tizones encendidos, piedras, palos y otros instrumentos

menos nocivos, ¿de qué oposición podían servir contra enemigos tan ventajosos como los que apellidando Santiago para ahuyentar la muchedumbre sembraron el campo de cuerpos muertos a los filos de espadas y lanzas? Cuyo rigor y los alaridos de los que perdían la vida compelieron a los demás a desamparar la guarda de la fortaleza, buscando su seguridad en el abrigo de aquellos montes, donde asombrados del susto que no previnieron cuando más intentaban elegir camino para salvarse, ninguno elegían con el temor que no fuese atajo para perderse.

El infeliz Thysquesuzha, que vio sobre sí la impensada tempestad de Marte, y tenía discurrido que en la majestad de los reyes es menos sensible rendir el ánimo a la muerte que el cuello a la sujeción, pretendió escaparse saliendo disfrazado por uno de los postigos de la fortaleza con algunos caciques y muchos de los uzaques que le asistían; pero en tan desgraciada ocasión, que Alonso Domínguez, caporal de ballesteros, lo atravesó con el pasador de una ballesta, como dice Quesada, a que se debe estar, y no a que fue la herida de estoque, como advierte mal informado Herrera; ni saeta disparada a bulto de sus mismos indios la que lo atravesó por las espaldas, como refiere Castellanos, pues las armas españolas eran las que ya prevalecían en los soldados que habían cogido las puertas y no las tiraderas, por haberse ya retirado temerosos y destrozados los indios. Mas comoquiera que ello fuese, mostró el acaso el rigor con que las desdichas se burlan de las coronas, y los cortos privilegios que gozan contra los infortunios y desastres, como el que se le siguió a este príncipe, que heredero de la fatalidad y cetro de Neméquene, y derribado a influjos de su mala estrella, midió la tierra en aquellos campos, dando la postrera señal de vida los últimos paroxismos de su grandeza. Pero los uzaques que lo seguían, tomando el

cuerpo en hombros a paso presuroso, lo metieron por lo más áspero de la maleza, donde, según el aprieto de los tiempos, debieron de darle sepulcro; porque después Gaspar Méndez, soldado español, haciendo diligencia en rastrear sepulcros, dio en uno recién labrado y halló en él un cuerpo muerto arreado de buenas joyas, que pesaron ocho mil castellanos de oro; mas en cuanto a ser el cuerpo del Zipa, no vino el sentir de los indios ni españoles, por la falta que hallaron de señales y reales aparatos que lo verificasen, y ser la cantidad de oro gasto ordinario de la pompa fúnebre de señores de menos calidad; antes prevaleció la opinión de que era alguno de los uzaques hombre señalado, que debió de morir en el asalto, y que el cuerpo del Zipa se ocultó donde no se ha tenido más noticia de él.

Este fue el fin lastimoso de Thysquesuzha, por quien todos sus reinos hicieron doloroso sentimiento. Tan agradable y bien quisto fue para sus vasallos; y como éstos no tienen otro desahogo de sus trabajos sino la vista de un príncipe bueno (pues aun entre bárbaros resplandecen las virtudes morales para ser amadas), nunca será novedad que su falta la confiesen los ojos más enjutos con lágrimas. Su persona no causó deslustre a la majestad que gozaba: su muerte sí pudo amancillar su corona, pues acabó con el descrédito de morir huyendo quien vivió reinando. Los españoles ignoraban la desgracia, porque sus intentos fueron siempre de tenerlo prisionero para asegurar sus intereses, y sentían como infelicidad grande que se les hubiese escapado venciendo sus artes, aunque dejase en sus manos la fortaleza inerme. Saqueáronla, y aunque pocas, se hallaron en la recámara del Zipa algunas preseas de oro, y en particular un vaso o totuma llena de tejillos del mismo metal, que pesaron mil pesos, poco más o menos, y, según pareció después, se los había dado en tributo aquella misma noche de su infortunio uno de los caciques que le estaban sujetos. Halláronse muchas mantas

y túnicas de algodón, y en la despensa real gran cantidad de alimentos de caza, y entre ellos cien venados recién muertos, que sus monteros le habían llevado aquella misma noche; pero todo causó poco gusto a los españoles, viéndose faltos de aquel grande tesoro que verdaderamente publicaba la fama, y aun de noticia alguna que de tantos millares descubriese la mínima parte. Desconsolados, pues, dieron la vuelta a Bogotá, donde supieron de las mujeres del Zipa su muerte violenta y la forma de su ejecución, de que recibió más fuerza el desabrimiento que llevaban.

El general de sus ejércitos, llamado propiamente Saquezazipa, aunque siguiendo la corrupción del vocablo lo nombraremos como hasta aquí Sacrezazipa, caballero bien acreditado entre los más ilustres de aquel reino, varón astuto y liberal en la guerra, bien quisto en la paz, de agradable presencia y autoridad, a quien obedecían generalmente las provincias, hallándose con las armas en las manos a tiempo que le llegaron las noticias de la muerte del Zipa, maquinó luégo levantarse con el reino, a que no tenía derecho hereditario, aunque dotado de la sangre real de los Zipas como primo hermano que era de Thysquesuzha. Y como en las mudanzas de gobierno siempre se introdujeron novedades, y a éstas jamás faltó parcialidad que las apoyase, convocó los hombres de armas, que son las bases fundamentales en que estriban las tiranías: dióles a entender que su principal intento era vengar la muerte del Zipa, medio eficaz de que se valió para reconciliar los corazones de aquellos en que vivía impresa la injuria común que recibieron en la muerte de un rey amable. Declaróse luégo enemigo de los españoles, y publicóles guerra mostrándose formidable en las campañas. Continuaba los asaltos al campo español, fortificado en el palacio de Bogotá, con tal muchedumbre de gente y obstinación implacable, que ni de día ni de noche les permitía dejar las armas de las manos. La mortandad

de su gente, aunque poca, mostraba cuán ventajosamente guerreaban los forasteros, pues ninguno moría en el curso de asedio tan apretado; pero ningún mal suceso templaba su ira, pues por cada muerto de los suyos parece que brotaba hombres la tierra: tanta fue la conmoción que entre sus vasallos hizo la desgracia del Zipa, teniéndose por más feliz el que primero moría por vengarla; hasta que viéndose apretados los nuéstros del hambre y desconfiados de hacer daño considerable en los moscas por el resguardo que hallaban en los pantanos vecinos para no ser ofendidos de los caballos y para continuar el asedio, se hallaron precisados a desamparar a Bogotá por otro lugar que tuviese más firme y desembarazada la campaña, y éste fue Bosa, donde se pasó la guerra con mejores sucesos de nuestra parte.

Grande número de días (y algunos de ellos del año de treinta y ocho, que ya era entrado) gastó Marte en ejecutar su enojo con peligrosos combates, sin que ya de todos sacase esperanzas Sacrezazipa para lograr la pretensión de acabar con los españoles o necesitarlos a desamparar el reino, a quienes (como además de su valor favorecía superior auxilio) no bastaban diligencias humanas para rendirlos, ni toda la multitud de más de cien mil indios para que echasen pie atrás de sus cuarteles: constancia digna de eterna fama, pues aunque los moscas de su naturaleza sean poco guerreros, aquí peleaban desesperados, diferenciándose ellos mismos de sí mismos cuando guerreaban por intereses en que tenían por mayor el de la vida, y cuando entonces se empeñaban por amor en que miraban como premio la muerte. En todo lo demás era Sacrezazipa varón grande y de partes tan cabales, que ninguno podía juzgarlo indigno del cargo y cetro que se había puesto en la mano, en cuya posesión estaba introducido sin que alguno imaginase que fuese tiranía, respecto de hallarse ausente y con pocos años el príncipe de Chía, y no hallarse

descontento el reino con el gobierno de pariente tan cercano del Zipa muerto, como lo era Sacrezazipa, que suele ser el reparo en que tropieza el discurso para examinar los derechos de quien manda; pero como no hay felicidad humana sin emulación oculta o descubierta, habíase apoderado ésta de dos insignes caballeros de la sangre real, que abiertamente contradecían su tiranía. Llamábase el uno Cuxinimpaba y el otro Cuxinimegua, entrambos muy venerados no menos por lo militar de sus acciones que por el esplendor de su sangre.

De éstos vivía receloso Sacrezazipa, porque para la seguridad de su reino no podía tener otro contraste; y respecto de ser personas de tanto séquito, no hallaba camino de quitarlos de por medio sin causar movimiento en sus parciales, que forzosamente habían de poner en peligro su corona; y así determinó suspender la guerra con los españoles, y, aceptando la paz que le ofrecían, valerse de ellos para afirmar su dominio, dándoles a entender ser legítimo sucesor de los Estados del Zipa difunto. Las artes suelen muchas veces templar la fuerza y atropellar la justicia, principalmente cuando las perfecciona el oro y así acompañado de los más nobles caciques y uzaques del reino y bien prevenido de ropas preciosas, joyas de oro y esmeraldas (habiendo precedido el salvoconducto de su persona para tratar de paces, de que se alegró mucho el campo español), salió de su corte para Bosa, donde, como dijimos (por mejorar de sitio para el manejo de los caballos), se habían mudado los nuéstros, de los cuales salieron a recibirle algunos capitanes enviados por Quesada, de quien fue recibido con el aplauso y atención debidos a príncipe aunque bárbaro, y con el gozo de reconocer su liberalidad por el presente, y los buenos deseos que llevaba, por la buena gracia y majestad de palabras con que se explicaba: de suerte que ninguno pudiera juzgarlo según las apariencias por indigno de la grandeza que representaba.

Estando, pues, prevenidos Solís y Pericón, que eran los dos indios intérpretes, que ya bien industriados declaraban los idiomas, le propuso Sacrezazipa al general Quesada cuán notoria le era la satisfacción que había pretendido tomar de la muerte de Thysquesuzha, ejecutada en la sorpresa del cercado del monte, a que lo llamó la obligación de fiel vasallo suyo. Que no habiendo excusado medio alguno de conseguirla, le habían salido todos tan fatales que ni sus bríos ni gentes habían sido poderosos a contrastar la buena fortuna que amparaba las armas españolas, no sólo en aquellas provincias sino en las demás regiones pobladas de hombres guerreros y más feroces. Que la experiencia le obligaba a que venerase por invencibles los corazones criados en España; y así cuanto había crecido aquel odio con que siempre miró sus armas, tanto más solicitaba que fuese el amor con que sencillamente pretendía su amistad. Que no había industria para detener el curso de las victorias a quien soplaba el viento de las felicidades; ni había trabajo tan vanamente perdido como el que se gastaba en oponerse a los que favorecía el cielo con prodigios. Que, pues, la paz era el centro de los mortales, y él como sucesor legítimo de los reinos del Zipa, su hermano, estaba obligado a procurar el bien de sus vasallos, la ofrecía de su parte y la pedía con tal que en los aprietos y guerras que se ofreciesen se auxiliasen recíprocamente contra los enemigos de cualquiera de las dos coronas.

Bien enterado el general Quesada de los intentos de Sacrezazipa, y pareciéndole la mejor coyuntura para conseguir los suyos, le dio a entender el gozo que recibía en haberle oído y reconocer la prudencia con que se movió a semejante propuesta, pues descubría en ella ser verdaderamente nacida del sucesor de aquella grandeza que representaron sus mayores, la cual se acreditaba más bien con su generosa presencia, en que leían los ojos la sencillez del real ánimo con que lo dotó el cielo. Que,

pues, era su intento asentar paces con el campo invencible de los españoles, debía ser firme en los tratos, estando cierto de que en los suyos no faltaría la debida correspondencia; pero que para asegurarse los españoles, y que fuese fijo el restablecimiento de las paces, había de prestar obediencia y vasallaje al invicto rey de España, monarca único a quien viven sujetas las naciones más retiradas. Que al dominio de sus leyes rendían la cerviz muchos príncipes tan poderosos como él y contentos de tener por necesidad lo mismo que pudieran apetecer por elección. Que ellos, como vasallos suyos, habían sido enviados a descubrir y sujetar nuevos imperios, y como tales no podían hacer paces si no fuese con aquellos reyes que le confesasen soberanía de príncipe en sus Estados. Y, finalmente, que cumplida aquella condición, podría gozar de su reino con seguridad, y ellos asistirle con las armas en todo cuanto fuese conveniencia suya, pues en ella libraba la exaltación de la monarquía española.

Suspendióse algún tanto el bárbaro, y representada brevemente la diferencia de la libertad y la sujeción, y las distancias que hay de mandar a obedecer, no es dudable que rehusara el partido, a no ser tiranizado su dominio. Faltábale el derecho legítimo, y contentándose con cualquier interés seguro, respondió afable que su intención no era de tener más privilegios que otros reyes del mundo, aunque no los conocía mayores; y que pues tantos confesaban supremo señor al rey de España, él quería también entrar en el número de sus iguales; y midiendo siempre sus respuestas con las preguntas y condiciones puestas por Quesada, frecuentaba el alojamiento de los españoles, a quienes trataba ya como amigos, proveyéndolos de cuanto necesitaban con tal magnificencia, que no había soldado del campo a quien no fuese grata la persona de Sacrezazipa: colmo a que se suele llegar lo bien quisto, para declinar a diligencias del odio. Con este fin glorioso, en que todos, al parecer, asegura-

ban sus intereses, terminó la guerra de los españoles, infausta siempre para los reyes gentiles de aquel Nuevo Reino, por cuyo medio llegaron a sujetarse a la corona de Castilla, formidable tantas veces a los enemigos de la fe.

CAPITULO VII

ACOMETEN LOS PANCHES LAS FRONTERAS DE BOGOTA, Y ENTRAN QUESADA Y EL ZIPA AL CASTIGO CON MAL SUCESO EN EL PRIMER ENCUENTRO.—DISPONEN LOS NUESTROS UNA EMBOSCADA, Y LOGRASE CON ESTRAGO DE LOS ENEMIGOS.

A POCOS días después de ajustarse las paces, acaeció entrarse algunas tropas de panches por la frontera de Cipacón, causando a sangre y fuego, en los moscas, todas aquellas hostilidades que su bárbaro furor tenía por costumbre. Los estragos fueron muy considerables, y más en tiempos que tan calamitosos se mostraban a los bogotaes por los encuentros pasados de los españoles, y por diez años continuados de guerra anterior con las naciones confinantes, que tenían tan exhaustas de gente las provincias como faltos de milicia los presidios de las fronteras del Zipa, y entonces más que nunca con la presa grande de gente que hicieron para cruel desperdicio de sus viandas. Sintióse el real ánimo de Sacrezazipa con la lástima que le representaron los suyos. Maquinó, empero, la venganza a costa del menor riesgo, y para ejecutarla le representó al general Quesada la invasión de los panches con enojo, y el destrozo de sus gentes con ternura. Añadía a esto que la ofensa no tiraba tanto a la nación mosca como a la española. Que a los panches, sabedores de lo más secreto, no se les ocultaba que si los españoles hallaban víveres era en las provisiones de Bogotá, fáciles de retirar, a no pretender, los unos y otros coligados, la ruina total de su nación. Que procedían sagaces en acometer primero

a los moscas, como a parte más flaca, para que destruídos éstos quedasen los españoles expuestos al rigor del hambre, contra quien aprovecharía muy poco el valor. Que de los bogotaes no habían recibido injuria alguna reciente, y del campo español lloraba la derrota que recibieron sus armas en los confines de Tibacuy, y así buscaban para despique de su afrenta la muerte de los que amaban a sus contrarios. Pero que siendo ya tan amigos, debían recibir aquella ofensa por propia, pues en menosprecio de su amparo acometían a los que estaban a su sombra. Y, finalmente, que pues era condición de las paces auxiliarse recíprocamente en las guerras, ya se había llegado el caso en que los moscas necesitaban de las armas españolas para buscar la satisfacción de sus agravios.

Representada así la pretensión del Zipa con aquella eficacia de voces que enseña el aprieto aun a los más bárbaros, y consultada por Quesada con sus cabos, convinieron todos en que era justa la demanda y debido el socorro que pedía; pues además de estar obligados a ello a consecuencia de las paces capituladas, interesaba ganar crédito entre aquellos infieles para que con menos resistencia y más firme voluntad admitiesen la ley evangélica y dominio español. Diéronselo a entender a Sacrezazipa para que también de su parte previniese ejército, a que asistirían ellos, ofreciéndose hallar en la facción el mismo general en persona: oferta que agradeció con demostraciones grandes; y así, para no malograr la buena ocasión que le ofrecía el tiempo y su fortuna, dispuso en pocos días veinte mil combatientes de sus tercios viejos, que sujetos al general Quesada, como supremo cabo que los gobernaba a todos, entraron en pos de los españoles por el monstruoso territorio de Tocarema, de la provincia de los panches, los cuales, desvelados en su defensa, no perdían punto en las entradas de la montaña, por donde no podía penetrar un solo hombre sin que de él tuviesen noticia. Y si como tenían

experimentada la aspereza de las entradas, supieran aplicarle defensas, no le fuera posible al campo español pisar sus provincias sin el riesgo notorio de su pérdida, por la valentía reconocida en los contrarios.

Enterados, pues, los panches de la entrada de los nuéstros con tan lucido ejército de moscas (aunque se recelaban poco de ellos), y escarmentados de la derrota pasada, en que reconocieron las ventajas con que los caballos peleaban en la tierra llana y limpia, dispusieron sustentar la guerra ocupando las asperezas más altas de los montes, donde ningún buen efecto ejecutasen, y ellos pudiesen a su salvo ofenderlos. Gran parte de su nación se había convocado a la fama de la guerra, y era número crecidísimo el que se había fortalecido en los picachos, aunque no igualaba al de los moscas, nación más dilatada; pero como la gente española, deseosa de probar las manos, llegase a darles vista a tiempo que iba faltando el día, se hizo señal de embestir con las trompetas, a que correspondieron los panches con su bárbaro estruendo de bocinas y gritos, en señal del rompimiento de la batalla, que luégo fueron atacando los caballos, mas con ventaja conocida de los panches, por no poder aquéllos ganar las eminencias ni subir los peones maltratados de la flechería y piedras que despedían de arriba, de donde se defendían y ofendían tan valerosamente, que tuvo a bien cejar más que de paso el campo español, receloso de verse totalmente desbaratado.

Por otra parte, animando sus tropas Sacrezazipa cerró fieramente con los enemigos, que soberbios con el buen suceso de los españoles lo recibieron con tal coraje y ventaja, que sin daño casi de los suyos hicieron formidable estrago en los primeros, y tanto, que ya el ejército mosca desconfiaba de tener más fortuna que la de una lamentable ruina. A los muertos despedazaban los panches, y en el calor de la pelea les bebían la sangre, de que su

apetito voraz se hallaba sediento. El combate se mantenía de parte de los nuéstros, más con la muchedumbre que con la resistencia, y el daño de los bogotaes fuera más crecido a no ser socorridos de una escuadra española, que en riesgo tan crecido hizo aquel día proezas dignas de eterna fama, tanto más grandes cuanto salieron más costosas, pues quedaron doce mal heridos, aunque tan firmes, que rechazaron la bárbara furia y sostuvieron el peso de la batalla. Señalóse mucho Antón de Olalla, atravesado el brazo izquierdo de un flechazo, Hernando de Prado y Juan Ramírez de Hinojosa, que fueron también de los doce, hasta que cerrando la noche se retrajo el ejército panche a las cumbres más fortificadas, y el de los moscas a la parte más baja, en que se habían recogido los caballos. Allí se curaron los heridos y por las partes más dispuestas para ser asaltados de los panches se pusieron centinelas; aunque los españoles, no menos recelosos de los contrarios que de los parciales se velaban de unos y otros, pasando lo más de la noche en consultas sobre el modo que tendrían de acometer al enemigo en su alojamiento, o sacarle a parte donde valiéndose de los caballos pudiesen pelear todos más a gusto, en que prevaleció el parecer de que se les pusiese emboscada y con buenos ardides se procurase sacarlos de las fortificaciones ásperas que tenían.

Mediaba entre los dos campos un arroyo pobre, cuyas orillas estaban bien pobladas de un espeso bosque, que a poco trecho remataba por las dos bandas en tierra limpia y llana y aseguraba la mejor comodidad para los intentos del general Quesada, si el ardid se lograba como lo tenía dispuesto. En este bosque, pues, se ocultaron en lo más silencioso de la noche el mismo general, Hernán Pérez, su hermano, Gonzalo Suárez Rondón, Juan del Junco, Lázaro Fonte, Juan de Céspedes, Gozalo Martín Zorro, Gómez del Corral, Pedro Fernández de Valenzuela, Juan de San Martín, Antonio de Lebri-

ja y Martín Galeano, todos dignos por sus hechos y trabajos de mejor fortuna que aquella con que desengañados acabaron sus días. Allí pasaron lo restante de la noche dejando en el campo las órdenes que se habían de ejecutar en rompiendo el día; y así, luégo que amaneció, dieron orden para que Sacrezazipa (a quien todo se le había comunicado) pasase la otra parte del arroyo con su ejército bien ordenado y acometiese a los panches en su mismo alojamiento. El cual, bien industriado en lo que debía hacer, pasó sus escuadras, y puestas en la parte que para el intento había elegido, mandó tocar sus fotutos y tambores avanzando sus tropas y dando principio a subir a los altos en que los panches estaban acuartelados, los cuales, como viesen que los moscas sólo se empeñaban en la facción arriesgada de asaltarlos, y descubriesen los caballos retirados de la otra parte del arroyo, y el resto del campo español distante de ellos en lo más alto de una colina, donde industriosamente se mostrabo como que su intento fuese hallarse neutral en la batalla y verla dar solamente entre las dos naciones, tuvieron por afrenta suya que los moscas, gente cobarde en su opinión, tuviesen atrevimiento de acometerlos sin el amparo y favor de los forasteros, y embravecidos como leones desampararon las asperezas y bajando por las laderas en confianza de que tenían segura la victoria, fueron cargando inconsideradamente sobre los moscas, que, recibiendo con tibieza la primera carga, y fingiendo temor del avance, se iban poco a poco retirando para empeñarlos más en su alcance; de tal suerte que, haciendo rostro unas veces con tiraderas y dardos que arrojaban, y otras apresurando el paso, procedieron tán diestramente, que los sacaron a la tierra llana, como pudiera haberlo hecho el ejército más bien disciplinado.

Apenas los panches ocuparon la campaña cuando, visto por los españoles de la colina, tocaron una trompeta, que fue la señal para que los doce de la

emboscada acometiesen; y así como rayos despedidos de pavorosa nube, salieron del bosque rompiendo por el numeroso ejército de caribes, poblando de sangre y espanto la campaña. Turbado entonces el bárbaro gentío del repentino encuentro, en tiempo que más vanaglorioso iba en seguimiento de sus contrarios, aumentó su turbación al estruendo de los crueles golpes de las lanzas, que fieramente indignadas no perdonaban cuerpo desnudo en que no ejecutasen heridas mortales. A este tiempo habían ya llegado los demás españoles que se mostraron en la colina y dieron la señal de la trompeta, con que en breve tiempo se ejecutaba la venganza por todas partes a satisfacción de los indios amigos, hallándose los panches desbaratados y confusos, rodeados de sus contrarios, sin que pudiesen volver los ojos a parte que no encontrasen el temeroso semblante de la muerte, y con esto los más libraban su seguridad en los pies, aunque pocos la hallaron en la fuga, y los que escaparon se entraban por los bosques, donde aun en las cavernas más retiradas no pensaban estar libres de la cruel furia de los moscas, que, como nación cobarde, ensangrentó más su venganza cuando halló ocasión, aunque no se mostraron menos valerosos que los españoles en la batalla: tanto puede la fuerza de la emulación de las naciones aunque caiga en las menos guerreras; si no es que fuese la confianza que hicieron de la española, a cuya sombra pelearon; y así unos y otros, viéndose dueños del campo, volvieron a su alojamiento ufanos y victoriosos, que celebraron a su modo los indios con bailes y cantos que duraron la mayor parte de la noche; aunque la gente española se velaba de ellos, no con menos cuidado que lo había hecho de los vencidos.

El día siguiente, habiéndose juntado las reliquias del campo de los panches y reconocido el menoscabo y destrucción de sus gentes y capitanes valerosos, entraron en consulta de lo que debían ha-

cer los cabos y señores que habían escapado; y pareciéndoles que de proseguir la guerra amenazaba la total ruina de su nación, determinaron pedir paces a Quesada, y para el efecto eligieron embajadores a cuatro indios principales que fuesen a capitularlas, llevando un buen presente de guamas, aguacates y algún oro, que es el mejor tercero de voluntades; y el bárbaro más antiguo de ellos, en lengua chibcha, que hablaba bien, le dijo al general Quesada cómo la nación de los panches, invencible hasta entonces, temida y respetada con general espanto de todos los que habían osado penetrar su provincia, juzgó, engañada de sus victorias, que no serían poderosos millones de enemigos a quebrantar sus bríos, amedrentar sus corazones y oprimir su libertad; pero que ya vencida y hollada de las armas españolas, confesaba las ventajas que hacían los castellanos a los panches y las conveniencias que tendrían con su amistad, si dejando la guerra comenzada los admitían debajo de su amparo con las condiciones que les fuesen más agradables. Bien admitida fue la embajada del general, que se hallaba deseoso de poner fin a tan sangrienta guerra, de que forzosamente habían de resultar los daños que produce una obstinada defensa; y como por el semblante les traslucía los buenos deseos con que se inclinaban a la paz que pedían, dióles a entender cómo debían ante todas cosas dar la obediencia y reconocer vasallaje al católico rey de las Españas.

Prometiólo el embajador en nombre de aquellos señores que lo acompañaban, y ningún autor expresa, aunque según la tradición parece haber sido el Tocarema, el Síquima, el Matima y Bulundaima su confinante; y porque el general Quesada les mandó parecer delante de Sacrezazipa y que le rindiesen las armas con todas las ceremonias que usaban los vencidos con los vencedores, dieron muestras de grave sentimiento, manifestando bien por ellas que uno de los más sensibles golpes de una

mala fortuna es que haya de rendir obsequios el que se aventajó siempre con su esfuerzo propio, a quien sólo pudo parecer más valiente con el amparo ajeno. Todos los demás tormentos caben en el disimulo de un ánimo cuerdo; éste no puede ocultarse en los retretes del pecho más cauto, porque no hay arte para que los bríos y alientos se humillen donde no reconocieron ventajas. Grandes monarcas no rehusaron sujetar la cerviz a las altiveces de Roma porque los vencieron sus armas; pero Aníbal, sin haber ceñido corona, tuvo por menor pena quitarse a sí mismo la vida que rendirse al arbitrio de quien tantas veces supo triunfar victorioso. Sin embargo, el aprieto hizo forzoso el rendimiento en los panches, aunque después de aquellas primeras ceremonias entraron algunos capitanes españoles de por medio y los redujeron a capitular paces, de que ambas naciones quedaron agradecidas; y así al día siguiente se partieron los panches gustosos y los españoles y moscas dieron vuelta a sus tierras con aquel placer que llevan los vencedores después de una victoria no imaginada. Llegaron a Bogotá, donde hallaron innumerables gentes congregadas a fin de celebrar aquel triunfo y a darle aclamaciones a Sacrezazipa de hazaña tan singular, que aplaudieron muchos días con juegos y banquetes, cuyo remate lastimoso dirá el tesón con que las dichas temporales terminan en dolorosas tragedias.

LIBRO SEXTO

PRENDE EL GENERAL QUESADA A SACREZAZIPA Y VALESE ESTE DE ALGUNAS TRAZAS PARA SALIR DE LA PRISIÓN, QUE NO TIENEN EFECTO HASTA QUE EN ELLA PIERDE LA VIDA ATORMENTADO.—FUNDA QUESADA LA CIUDAD DE SANTAFE Y DETERMINA PASAR A CASTILLA.—ALTERASE EL CAMPO POR LA SENTENCIA QUE DA CONTRA LAZARO FONTE Y SOSIEGALO CON ARTE.—ENTRAN A UN TIEMPO EN EL REINO NICOLAS FREDERMAN POR LOS LLANOS Y BENALCAZAR POR NEIVA.—CONVIENENSE LOS TRES GENERALES Y VIENEN JUNTOS A ESPAÑA.—FUNDA EL CAPITAN GALEANO A VELEZ Y GONZALO SUAREZ RONDON A TUNJA. — JERONIMO LEBRON FORMA EJERCITO PARA SUBIR AL REINO, PELEA SU ARMADA CON LA DE MOMPOX, SAQUEA A TAMALAMEQUE Y VENCE EN LA BATALLA NAVAL DE CESARE CON ESTRAGO Y MUERTE DE ALONSO JEQUE.

CAPITULO I

PRENDE QUESADA A SACREZAZIPA POR LOS TESOROS DEL ZIPA MUERTO Y PROMETELOS CON ENGAÑOS HASTA LOGRAR LA MUERTE DE SUS EMULOS: VALESE DE NUEVAS TRAZAS PARA PONERSE EN LIBERTAD Y QUITALE LA VIDA A TORMENTOS.

NO porque los hombres se vean mejorados de fortuna aseguran la conservación de su felicidad, pues ninguno de los engaños humanos tiene menos consistencia que las dichas. Su movimiento es tan continuo, que sin detenerlo crecen aceleradamente o apresuradas descaecen. El mejor aforismo para no perderse en ellas es gozarlas con temor, por que al echarlas menos tenga la prevención mitigado el dolor de que falten. En los varones cuerdos pocas ruinas hicieron las baterías de su inconstancia; pero en quien se creyó de que tenían firmeza, raras veces se halló valor para escapar del sobresalto con que miran trocada en tormenta la serenidad de sus buenos sucesos. Bastante desengaño dará el último Zipa de Bogotá de esta turbación inconstante de vientos con que navegaron sus dichas; pues cuando, vencedor de los panches sus enemigos y aclamado por los vasallos de quienes lo habían hecho monarca, introdujo sus ardides con el amparo de los españoles, y cuando, entre banquetes festivos, pensaba tener clavada la rueda de sus fortunas, mal sufrido Quixinimpaba, émulo suyo, de verlo en el trono y pareciéndole que siendo él también de la sangre real de los Zipas, era descrédito de su autoridad darle obediencia a quien era su igual, le dijo a Hernán Pérez de Quesada que Sacreza-

zipa no era señor natural de aquel reino, sino primo solamente de Thysquesuzha, como hijo que era de un hermano de Neméquene y de hermana del cacique de Guatavita, sin que por este derecho le perteneciese la sucesión de Bogotá, sino a quien fuese sobrino, hijo de hermana del Zipa, como lo era el príncipe de Chía, que andaba oculto; y que si Sacrezazipa se había introducido en el reino era fundado en la tiranía, que como más cauteloso había ejecutado con maña y atrevimiento, teniendo en sus manos las armas y apoderándose de los tesoros del rey difunto, con que había conseguido con sobornos lo que no había podido por naturaleza. Lo cual, entendido por Hernán Pérez y otros no menos codiciosos, y pareciéndoles que hallaban camino para la mayor riqueza, pidieron por escrito ante el general Quesada que atendiendo a la relación y noticias que daba Quixinimpaba, mandase prender aquel Zipa intruso, asegurando su persona en la cárcel que le fuese señalada hasta tanto que manifestase las riquezas de Thysquesuzha, que perdió por haber sido rebelde no sujetándose al rey de España (fiera propuesta de hombres, debiendo saber el más bruto que no puede caber rebelión en quien no ha sido súbdito) y porque, según leyes de milicia, después de entregarle a su majestad su real quinto, pertenecía lo restante a los soldados del ejército.

No busca más derechos que éstos una pretensión ciega, cuando de su parte tiene el apoyo; y así presentado este requerimiento y admitido por el general, que por ventura fue el autor de todo, como lo confiesa él mismo a folio cuarenta y tres del "Epítome Historial" que dejó manuscrito, dio mandamiento y fue preso Sacrezazipa, y asegurado con guardias, con general escándalo y alboroto de sus vasallos, que, temerosos de ver ejecutado otro tanto en los uzaques y caciques, desampararon la corte, sin que de multitud tan numerosa alguno acompañase al Zipa, alivio que no

suele faltar aun al más desvalido; aunque los españoles le hacían urbano y amigable trato, sin que su prisión se estrechase a más que a la continua asistencia de las guardas, y de la misma suerte lo sacaron de Bogotá para llevarlo a Bosa, donde el campo español tenía su asiento, y donde Quesada le señaló casa junto a la suya con doce ballesteros de guarda que lo trataban con respeto, a quienes él, como liberal, correspondía con dádivas y preseas de las que le llevaban sus criados, porque después que reconocieron que los españoles no pasaban a darle más disgusto que el que podía causarle la detención de su persona, iban a todas horas con regalos y cosas de precio, que luégo repartía con los ballesteros que le asistían y con los demás españoles que le visitaban.

Con ocasión de hacerle el mismo agasajo fue también el general Quesada, acompañado de sus amigos, queriendo por este medio darle parte de las causas y motivos por que lo tenía preso, y aconsejarle lo que debía hacer para gozar de libertad y reino, y así, mediante intérprete, le dijo: que no ignoraba los tratos y malos medios con que tiranizaba aquel señorío; pero aunque fuese así, no excusaría guardarle su real decoro como el suyo propio, si excusándole otras diligencias más apretadas, se resolvía a entregarle todo el oro de Thysquesuzha que paraba en su poder; pues siendo, como eran, bienes de un vasallo rebelde, no tenía duda pertenecerle a su rey por derecho. **Porque has de saber** (decía) **que el Papa, monarca soberano, que por el poder de Dios tiene suprema autoridad sobre todos los hombres y reinos de la tierra, tuvo por bien de darle al rey de España este nuevo mundo, para que en él sucediesen sus herederos, con el fin de que las gentes bárbaras que lo habitan y tan ciegas viven en sus idolatrías, fuesen instruídas y doctrinadas en nuestra santa fe católica, reconociendo sólo un Dios Autor de todo lo criado, de cuyo poder pende el pre-**

mio y castigo eterno; y así por cumplir las órdenes de nuestro rey, que son en conformidad de la voluntad del Papa, hemos venido descubriendo varias provincias, ofreciendo toda amistad a sus moradores, aunque los efectos han sido muy diferentes con aquellos que no han querido admitir la paz. Por esta causa, pues, cuando nos ponen en aprieto moviéndonos guerra, la hacemos también nosotros, no con intento de ofender persona alguna, sino solamente por defender las vidas a que naturalmente nos hallamos obligados; y a éstos que nos constriñen así a tomar las armas, los despojamos, y a los que de paz nos reciben, jamás les hemos hecho ofensa alguna, antes libremente los dejamos gozar de sus bienes y hacienda con toda quietud, de lo cual ninguno podrá ser mejor testigo que tú lo eres después que profesaste amistad con mis gentes; ésta se procuró siempre con Thysquesuzha, tu antecesor; pero como su obstinación no quiso doblarse a los intereses de la paz que se le propusieron, fue causa su rebeldía de que, con las armas en las manos, muriese a las nuéstras en la batalla del cercado, como es notorio, por cuya razón todos sus bienes y Estados nos pertenecen como despojos ganados en guerra lícita. Y así, restituyendo tú los tesoros que él tenía, como es justo que lo hagas, tendrás la libertad y reino que deseas por toda tu vida, sin que de él seas desposeído por causa alguna, y te cumpliré esta palabra, no faltando tú a tan justificada demanda, con advertencia de que si en ella procedieres con engaño, tú mismo serás el autor principal de tu ruina.

Oídas por el Zipa estas razones, dichas por Quesada con toda la eficacia que pudo aplicar a su pretensión, mostró risueño semblante a todas, y en pocas palabras respondió que todo el tesoro del rey su hermano (llamaban así los moscas al primo) que paraba en su poder, podía tener por cierto lo pondría en sus manos con puntualidad, y que

en fe de sus buenos deseos podía asegurarse de ello como si lo tuviese ya presente; pero que por haberse partido entre sus gentes para que lo guardasen dividido, no era posible recogerlo con tanta brevedad como quisiera, y así le pedía de término cuarenta días, en cuyo espacio de tiempo se obligaba a llenar de oro y esmeraldas el bohío en que lo tenía preso, desde el suelo hasta la mitad de él, que a su parecer sería la cantidad de que tenía noticias. Con menos liberal oferta se prometieran montes de riqueza los españoles; ¿qué sería, pues, con una tan excesiva? Y así, alegres todos, y más que otro alguno el general, le hicieron repetidos obsequios y halagos, que el interés es gran conciliador de cariños, considerándose ya cada cual dueño de otro rescate tan memorable como el que sonaba haber dado Atahualpa por su persona.

Por los efectos se reconoció haber procedido Sacrezazipa con fraude para entretener la codicia española y ver si el tiempo le daba alguna disposición para escapar de sus manos; porque, en la realidad, poca noticia debía tener de los tesoros del primo, en cuya guarda tienen por costumbre matar aquellos mismos de quien los fían, por asegurar el secreto. Pero como el aprieto era grande y pensaba vencer su mala fortuna con trazas, llamó de sus vasallos los más confidentes, y comunicado con ellos su pensamiento y el orden que pretendía guardasen en conducir el tesoro prometido, dispuso que cada día llevasen una carga de joyas y láminas de las que él tenía suyas, envueltas en mantas; mas de tal manera que, pasando por delante de los españoles, el movimiento del cuerpo de quien las cargaba formase tal ruido que los asegurase de la promesa y les diese la consonancia más dulce que apetecían. A cada cual de estas cargas acompañaban treinta y seis indios arreados de mantas y camisetas de algodón, y después que llegaban a la presencia de Sacrezazipa mandába-

las depositar en el retrete para este fin señalado, donde el carguero las dejaba caer de los hombros al suelo, para que el sonido asegurase más a los españoles, atentos siempre a la menor de aquellas acciones, a quienes pedía el bárbaro que hasta que su promesa tuviese entero cumplimiento no tratasen de ver el oro, por ser de suyo tan apetecido, y talvez menoscabado aun de los ojos de los más dormidos que lo manosean, de que podría resultar justamente defecto en su real palabra; y así, por no desabrirlo, venían en lo que les proponía con mucho gusto.

Por otra parte, los indios que habían acompañado la carga de oro la recogían en piezas, y dividiéndolas entre todos en mochilas, que llevaban para el intento, volvían a sacarlas con todo disimulo debajo de las mantas con que se cubrían, sin que se barruntasen los engaños con que un día y otro continuaban aquella traza, esperando ocasión de algún descuido en las guardias para valerse de él Sacrezazipa y conseguir la libertad deseada. Pero era tanta la vigilancia que tenían con él los ballesteros que le asistían de día y de noche, que no le fue posible hallar medio de facilitar sus intentos, o porque ya la fortuna le había desamparado, y es tan dificultoso volver a ser feliz quien cayó de su gracia, que las diligencias más prudentes que se hacen para conseguirlo sólo sirven de apresurar los pasos para arruinarle; y así, cumplidos ya los cuarenta días del término señalado, se determinó Quesada y los demás a entrar a ver aquel caudaloso tesoro, porque cada cual ideaba en su fantasía Estados grandes de que se imaginaba señor en Castilla, a precio de la parte que en la división había de tocarle, por corta que fuese. Con estas esperanzas entraron en el bohío, que hallaron pobre y sin rastro ni señal del tesoro imaginado, quedándose todos con el suceso tan pasmados como los varones ricos que despertaron del sueño que durmieron, y con nada se hallaron en las ma-

nos; y más que todos agraviado el general Quesada de burla tan sensible, mandó doblar las prisiones a Sacrezazipa, y destemplándose de su acostumbrada modestia con palabras y obras indignas de su sangre y oficio, trató mal de todas maneras a aquel rey, que aunque bárbaro y aprisionado, representaba la dignidad más venerable. Hacíale cargos de fementido, inicuo y falso, y añadiendo a las obras amenazas más crueles, le preguntaba por el oro que le habían llevado sus vasallos: ¿quién lo había traspuesto de la casa? ¿Qué se había hecho? Pues él y los que le asistían eran testigos de haberlo visto encerrar en su retrete; pero, pues, no parecía, él era sin duda quien por artes del demonio lo había desvanecido.

A todo esto, dándose el bárbaro por desentendido de injurias tales, y maquinando más cautelosamente nuevos engaños, le respondió que él no podía saber dónde lo habían puesto los indios que lo llevaron, pues a todas sus acciones se habían hallado las guardas que le tenían puestas, y pues ellas lo ignoraban, menos razón podía él dar de lo que se le preguntaba; mas que si no era engañado de sus discursos, sin duda todo lo sucedido se había dispuesto por orden y trazas de Quixinimpaba y Quixinimegua, sus contrarios, con el fin de desacreditarlo con los españoles, y aprovecharse ellos y sus consejeros, y que sin duda había sido el engaño de ellos, y por verle muerto en las prisiones en que le tenían, se habían concertado con los indios que cargaban el oro para que, después de cumplir la orden de encerrarlo en la casa señalada para aquel efecto, lo volviesen a sacar repartido entre todos debajo de las mantas, como él tenía imaginado y lo había colegido de las acciones con que entraban y salían los cargueros y los que los acompañaban; por lo cual no sería justo que maldad tan grande se pasase sin castigo, pues era cierta su presunción, y solamente de

aquella suerte podían haber logrado sus malos deseos, hallándose libres los delincuentes y castigado quien les había sido amigo tan verdadero.

Donde la codicia reina no se ejecuta acción que no vaya errada; porque la primera diligencia que hace es cegar el entendimiento para que el discurso falte, y desordenado el apetito repruebe cuanto la razón aconseja. Y así, teniendo el general Quesada por sencillas estas disculpas, que a poca luz descubrían su malicia, convirtió el odio y enojo contra los dos Uzaques inocentes que prendieron al siguiente día, y puestos en el tormento, después de algunas preguntas a que no respondieron a gusto, como quienes se hallaban ignorantes de las máquinas del Zipa, y sin más prueba que la sospecha manifestada por él, determinó condenarlos a muerte, como con efecto lo hizo, mandando que fuesen ahorcados con general escándalo de los naturales y aun de sus más confidentes, porque a un principio errado siempre le siguen desaciertos muy considerables, como lo fue éste, por parecerle a Quesada que faltándole a Sacrezazipa aquellos dos enemigos, y viendo que por aquella parte aseguraba el reino, no excusaría entregarle el tesoro que le tenía prometido.

Bien manifiesta vio su venganza el bárbaro por mano de los que más debieran reprimirla, mas no por eso facilitó el cumplimiento de su palabra; antes con más astucia propuso no ser posible cumplir su promesa a causa de no hallarse obedecido de sus vasallos, que lo despreciaban viéndolo oprimido con tan ásperas prisiones y maltratado como esclavo, inconveniente que no podía repararse si no era poniéndolo en libertad para que le obedeciesen y entonces se asegurase la entrega de las riquezas que le pedían y tenía ofrecidas. Sobre esta propuesta llamó a consulta el general, y aunque de ella resultó que le quitasen las prisiones, no se le concedió la libertad; antes se puso más desvelo en guardarlo, recelando que hiciese fuga.

Importunábanle por instantes a que cumpliese su palabra como rey, pues con sólo mandarlo desde la prisión en que estaba sabían todos que sería obedecido de sus vasallos, y con mayor respeto y obediencia que antes solían mostrarle, por haber faltado los émulos que tenía a su corona.

A todo esto no daba ya Sacrezazipa más respuesta que su silencio, porque, como tenía el ánimo tan diferente de lo que hasta entonces había manifestado el semblante, vencía la natural obstinación a la afectada apariencia, convirtiendo aquella dulzura y agrado que solía mostrar en sus respuestas en desabrimiento y señas que daban señales evidentes de los odios y rencores que guárdaba represados en el corazón, por la prisión y agravios que en ella había recibido continuados por cinco meses. Por esta causa lo hallaban a todas horas desabrido y melancólico, sin querer dar respuesta a ninguna pregunta de cuantas le hacían, de que resultó hacer nuevas instancias Hernán Pérez de Quesada al general su hermano para que lo apremiase más, obligándolo con tormentos a que descubriese el tesoro que no había querido manifestar con halagos: y era esto siendo defensor nombrado al Zipa en la causa criminal que fulminaba contra él su hermano, quien debiera saber, para no condenarlo a tortura, que por ningún delito, por enorme que sea, como lo haya cometido antes de recibir voluntariamente el bautismo, puede ser punido por semejante juez un gentil, y más siendo príncipe, cuya infidelidad fue según pura negación, y que no impedía directamente la predicación de la fe. Pero diéronle tormentos y ejecutáronse con tanto rigor que en muy poco tiempo le quitaron la vida, dejando a todos, ya que no faltos de codicia, a lo menos de la esperanza de haber a las manos aquella riqueza que tantos afanes había costado a los que la poseyeron y a los que la pretendían.

No expresa Quesada el género de tortura con

que abreviaron la muerte del Zipa; pero en la información que hizo después el gobernador Jerónimo Lebrón de Quiñones contra los Quesadas y primeros capitanes del Nuevo Reino, que se guarda en el archivo de Simancas, parece por las deposiciones de algunos testigos que después de haberlo tenido preso por más de seis meses y atormentándole con cordeles, le fueron dando fuego a dos herraduras que le tenían puestas en las plantas de los pies hasta que murió, y aunque la información sea sospechosa por haberla dispuesto quien se hallaba sentido de que no lo admitiesen al gobierno del Nuevo Reino, con todo eso la comprueban mucho las palabras de Quesada, que son éstas: "entonces los españoles pedían muy ahincadamente que le tornasen de nuevo a reiterar los tormentos, pedido con tanta porfía que el licenciado se lo entregó y que allá se lo hubiesen, lo cual visto por ellos le dieron buenos tormentos, sin los dados por el licenciado; y yo fío que debieron de ser buenos porque lo volvieron maltratado al real, donde de allí a dos meses, según la más común opinión, acabó de los tormentos." Hasta aquí es Quesada, y lo menos que se debe admirar en este suceso es el valor con que el Zipa sufrió tal género de muerte, pues no se hallará que rey alguno indio haya dejado de obrar lo mismo en las tragedias semejantes a ésta que se han representado en los teatros de México y el Perú. Y verdaderamente será flaca disculpa cualquiera que se alegare para dar color a tan imprudente acción, ni tendrá más causa haberla ejecutado que la facilidad con que la flaqueza humana inclina el ánimo más recatado a obrar en abono de sus apetitos rebeldes, siendo muy raro el varón grande que por la parte del interés no haya aventurado los aplausos que le merecieron otras heroicas virtudes. Y quien leyere este suceso en el "Compendio Historial" que escribió el mismo adelantado, tendrá bien que lastimarse del sentimiento y dolor con que confiesa

haber cooperado a la injusticia con el fin de complacer a su gente, de suerte que la obligase a informar con tanto aplauso de sus hazañas, que por ellas consiguiese el gobierno perpetuo del Nuevo Reino.

Los más culpados, sin el general, en la muerte del Zipa, fueron Hernán Pérez de Quesada, Gonzalo Suárez Rondón y Gonzalo Martín Zorro, y los sucesos futuros de todos cuatro manifestaron su culpa. Baste saber por ahora, por si no hubiere lugar de referirlo a su tiempo, que al capitán Zorro en un juego de cañas que se hizo en la plaza de Santafé lo mató de un cañazo (atravesándole la adarga y las sienes) don Diego Venegas, nieto por parte de madre del cacique de Guatavita, en cuya hermana hubo a Sacrezazipa, aquel hermano de Neméquene que murió peleando en el peñol de Ubaque, como dijimos en el capítulo cuarto del segundo libro; y al fin a este desgraciado Zipa le quitó la vida su secreto o su desgracia, y lo más cierto su tiranía, a quien raras veces falta en esta vida el castigo, y con su muerte cayó de todo punto el imperio y grandeza de los Zipas, continuado por tantos años hasta éste que fue el último rey de Bogotá, pues desde entonces sus sucesores (que aun todavía se conservan por sangre) no extienden su dominio más que a los términos de aquella población, que todos los indios reconocen por cabeza del reino. Pero como el supremo gobierno consiste en los ministros de su majestad, y el inmediato se lo han usurpado los encomenderos, cada cual de los caciques gobierna muy limitadamente en su pueblo y el tiempo tiene olvidada aquella antigua veneración y respeto que se daba al rey de Bogotá, estrechado ya a un señorío aparente y a pasar con muy corto tributo y una dehesa bien limitada.

CAPITULO II

REPARTE QUESADA OTRA PRESA DE ORO Y ESMERALDAS. DA PRINCIPIO A LA FUNDACION DE SANTAFE. PRETENDE PASAR A CASTILLA Y, VUELTO DEL CAMINO, CONDENA A MUERTE A LAZARO FONTE. ALTERASE EL CAMPO, Y DESTIERRALO A PASCA, DONDE UNA INDIA LO LIBRA DE LA MUERTE.

DESCONFIADOS ya los españoles de lograr las esperanzas que fundaban en la prisión de Sacrezazipa, repartieron entre sí veinte mil castellanos de oro y algunas esmeraldas, que después de las primeras particiones se habían recogido, y de esta cantidad dio el general porciones aventajadas a los dos capellanes qué había llevado consigo, que el uno era Juan de Lescames, clérigo (como dijimos), y el otro Fr. Domingo de Las Casas, hombre reputado por docto, aunque los autores no dan razón de que lo mostrase en predicar a los indios. Este, pues, hallando buena ocasión, y queriendo lograrla antes que los soldados dispusiesen del oro que les había cabido en suerte, jugándolo a los dados o naipes (achaque de que adolecen todos los ejércitos), les hizo una dilatada oración que en sustancia contenía lo mal que parecía en hombres y caballeros tales que se mostrasen ingratos y olvidados de tantos compañeros dignos de eterna fama, como los que habían muerto entre los peligros del hambre y de la guerra en las montañas del río grande, sin ver conseguidó el premio de tan inmensos trabajos, teniéndolo ya bien merecido por ellos, pues ninguno de los presentes ignoraba que aquellos que habían sido los primeros a las fatigas de alla-

nar los caminos por montes y ciénagas, eran ya despojos de la muerte, sin que ésta pudiese hacerlos incapaces ni indignos de entrar a la parte con todos; y que para excusar nota que bastase a desdorar sus hechos, sería justo que las almas de aquellos héroes fuesen las herederas de los trabajos del cuerpo, disponiendo que fuesen socorridos con sacrificios y buenas obras, fundando para este fin una memoria perpetua de misas, que según la limosna que se les aplicase, sirviesen dos capellanes, cuya disposición tomaría él a su cargo, dando cuenta y satisfacción de todo al general y capitanes, que presentes se hallaban, obra que, además de ser por sí misma grande, les daría para con Dios muchos méritos, y acrecentaría gloriosa fama para con los hombres, siendo el ejemplo de lo que ellos hiciesen con los amigos muertos una ley inviolable, para que otros obrasen lo mismo con ellos.

Aun en los más rebeldes ánimos hace batería la memoria de la muerte, y motiva compasiones la necesidad que se representa han de tener de socorros ajenos los que, faltos de vida, no pueden valerse de propias obras; y así no fue mucho que la propuesta hiciese impresión en aquella gente, por ser toda de sana intención y Fr. Domingo muy respetado y de grande autoridad y crédito para con ella, a lo menos todo el tiempo que no tuvo ocasión de perderlo, que es el toque en que se descubren y aquilatan las buenas y malas inclinaciones. Y por esta razón, considerando todos la piedad de obra tan santa, apoyaron su demanda tan generosamente, que le dieron tres mil castellanos de buen oro, con poderes e instrucciones del orden que debía guardar en la fundación de la capellanía, que no tuvo efecto por causas que habiendo primero corrido con desdoro de Fr. Domingo de Las Casas (respecto de haber pasado a Italia y dejado el hábito profesando vida libre), se averiguó después no tener culpa en que no se funda-

se la capellanía y haber sido autor de todo el general Quesada, que la mandó fundar en su muerte, restituyendo la cantidad asignada, como se dirá a su tiempo.

Viéndose ya ricos los referidos capellanes y algunos capitanes y hombres ilustres del campo, pusieron la mira de bajarse a la costa de Cartagena para comprar en ella navío y pasar a estos reinos de Castilla con su general Quesada, antes que supiese de su llegada y sucesos el adelantado don Pedro Fernández de Lugo, con cuyo poder y dineros había descubierto el Nuevo Reino, huyendo de verse con él por no darle parte y doceavo de los quintos que le pertenecían en conformidad de las capitulaciones asentadas con su majestad y de los poderes que dio a Quesada cuando lo nombró cabo del ejército que salió de Santa Marta; y como esta pretensión se fundaba en mala correspondencia, acompañábala de recelos, como ignorante que se hallaba entonces de la muerte del adelantado. Pero antes de hacer el viaje, pareciéndole que no sería conveniente desamparar lo descubierto a precio y costa de tantas fatigas, sin dejarlo asegurado en alguna forma, determinó buscar asiento en que estuviese recogida la gente que dejaba para conservarlo, dando principio a una población nueva de españoles, que tuviese comodidad para la defensa, agua y leña a la mano, y que en ella pudiesen permanecer hasta tanto que se les proveyese de nuevo socorro de gente.

Para este fin nombró por caudillo a Pedro Fernández de Valenzuela, y no a Gómez del Corral, como dice Castellanos, y habiendo tanteado por el Valle de los Alcázares lugar a propósito, a la parte de oriente, hasta llegar al pie del monte que hace frente a Techo, en que estaba fundado Thybzaquillo, pueblo pequeño, y pareciéndole aquel terreno fértil y dispuesto para plantas y legumbres, jardines y huertas, porque abunda de claras aguas, que reparten dos arroyos despeñados de la cordi-

llera, y ser sus cumbres y faldas montuosas, teniendo por frente y costados grandes y llanas dehesas llenas de numerosas poblaciones, que todas gozan la dicha de buen cielo y saludables aires, puso los primeros cimientos a la nueva villa que pretendía fundar, llamándola Santafé, a contemplación de la que en Granada fundaron los reyes católicos, así por la disposición y apariencia del campo, que es muy parecido a su vega, como por ser el general Quesada natural de Granada (como dijimos), y en memoria de su patria, después del nombre que dio a la nueva población, llamó todas las tierras y provincias descubiertas por su gente, el Nuevo Reino de Granada, que es el que hoy tiene y con el que ha corrido este libro. Fue esta primera fundación que hemos dicho, a seis de agosto del año en que vamos de 1538, rigiendo la nave de San Pedro, en el cuarto año de su pontificado, Paulo III, y teniendo el imperio y reinos de España el invicto y máximo Carlos V.

Fabricáronle luégo doce casas cubiertas de paja, semejantes a las que usaban los naturales, que pareció bastaban por entonces para recogerse en ellas toda la gente, siendo el número a imitación de las doce piedras que del río Jordán fueron sacadas y puestas en Galgala para memoria de los descendientes de los israelitas y en señal de las grandes maravillas que obró Dios por ellos, de que no estaban olvidados aquellos españoles por las muchas que habían experimentado de la poderosa mano de Dios, donde permanece hasta los tiempos presentes la nueva ciudad, tan adelantada y engrandecida como se dirá en su lugar. Y en hallándose ya el general Quesada con todo su campo, no quiso hacer nombramiento de regidores ni puso más juez ni superior que a su hermano Hernán Pérez, en quien sustituyó su cargo; y él con hasta treinta compañeros de los más nobles y ricos, caminó al norte cargado de riquezas, en demanda del río del oro, por donde pensaba salir al río gran-

de de la Magdalena en balsas o canoas, que se podrían fabricar con las herramientas que llevaba.

Habiendo seguido su viaje a pocos días después de su partida, o pareciéndole dificultoso el áspero rumbo, o porque algún mal intencionado le dijo que el capitán Lázaro Fonte había jurado que después que llegasen a la costa había de denunciar de él, porque sabía que llevaba ocultas esmeraldas en gran cantidad, sin haber pagado quintos reales, se determinó a dar vuelta al Valle de los Alcázares y nueva población donde había dejado su campo, que con su presencia tuvo mucho placer, porque el respeto con que miraban el cargo y valor de su persona había engendrado en todos amor y temor, que le tenían. Y aun fue en esto tan singular que, hallándose después libres de su mando, y muchos de ellos autorizados con honras y cargos, le tenían la misma reverencia que acostumbraban tenerle siendo cabeza, correspondiendo él tan fino, que si por accidentes se le ofrecía a cualquier conquistador algún negocio que le importase, salía a él y lo defendía como propio, de que dio bastantes experiencias en el tiempo de su vida.

Así había procedido el general Quesada, cuerdo y afable, que se hallaba sobradamente bien quisto; pero después que derrotado, dio la vuelta de la demanda que llevaba al río del oro, mudó algo de su natural, faltando a la templanza que siempre hallaron sus gentes en él, pues muchas veces lo vieron descompuesto, y demasiado, con el capitán Lázaro Fonte, en que intervenían chismes y malas intenciones de algunos, entre los cuales cierto soldado persuadido del mismo general, y por industria suya, denunció contra Lázaro Fonte, diciendo haberle visto rescatar una esmeralda de gran precio, después que por bando se había prohibido con penas capitales que ninguno rescatase de indios esmeraldas, sin que fuese presente dicho general o la persona que nombrase, por que no fuese defraudada la real hacienda de sus quintos.

Y fue lo peor que sin estar convicto de la culpa, ni guardar en la causa los términos que disponen los derechos al reo, aceleradamente le sentenció, condenándole a que le fuese cortada la cabeza: fiero rigor contra un héroe tan grande y capitán famoso, a quien debieran disimularse mayores delitos en satisfacción de servicios tantos hechos a la corona. Pero la ira es pasión que no admite rienda, y con ella siempre se precipitará todo juez interesado en el daño ajeno o mal aconsejado del enojo. Lázaro Fonte apeló de la sentencia para el rey nuestro señor, y, sin embargo, mandó ejecutarla Quesada, y cuando ella por sí no fuera tan rigurosa, negarle recurso tan natural bastaba para acreditarla de injusta; mas este estilo es tan corriente en las Indias, y hállase tan apadrinada de las distancias la tiranía que envuelve, que se castigan por delitos las súplicas y parece ley la ejecución de la sentencia de cualquier juez inferior que arbitre sobre las vidas.

Mucho sentimiento causó en el campo ver a su general determinado a ejecutar acción tan arrojada, y con deseo de templarle los capitanes y caballeros del ejército le rogaron con instancia admitiese la apelación interpuesta por Lázaro Fonte, y no diese lugar al enojo que le tenía ofuscado con desconsuelo grande de todos, en cuyo nombre el capitán Gonzalo Suárez Rondón le propuso el descrédito que se le recrecería a su fama, preciándose más de severo que de piadoso. Que el intento de su campo no era de ocasionarle disgusto sino de tratarle con intención sana, poniéndole delante de los ojos el error con que suele proceder la confianza humana mientras la gobierna la pasión, de que se sigue no otorgar los recursos que a los reos concedió la naturaleza, cuando de admitirlos se reconoce que el juez no falta a la obligación de su oficio, aunque después, por tribunal superior, se falte a la justicia. Que la poca inteligencia de su gente por falta de letrados que le diesen

a entender la justificación de la sentencia y denegación de la súplica, concebiría haber sido dictada del odio y pasión, pues en los motivos que había tenido lo miraban más como a parte que como a juez. Que hallándose cercados de tantas y tan bárbaras naciones, necesitaban de hombres valerosos para su defensa, como lo era el capitán Lázaro Fonte; y aquel era el caso donde, cuando tuviera cometidos muchos delitos, debía un general prudente disimularlos en conveniencia del bien común, y no desflaquecer el cuerpo de un ejército debilitado con más daño que pudieran sus enemigos. Que bien le constaba ser Lázaro Fonte caballero muy conocido y de parientes tan ilustres, que no disimularían la venganza de su muerte sin pretender la satisfacción por todos los medios, y que hallándose no haber sido justificada, sería mal vista en el real pecho, donde sólo tiene asiento la razón. Que supiese vencerse a sí mismo quien tan gloriosamente había triunfado de las más bárbaras naciones; y pues que sus gentes le habían sido siempre tan obedientes, y en su gobierno las tenía bien experimentadas, les diese favorable respuesta en premio de sus trabajos, y esta fuese de suerte que no los desconsolase en súplicas tan piadosas.

Ninguno procede tan ciego en sus determinaciones, que de todo punto pierda la vista para las propias conveniencias. Oyó el general Quesada las palabras del capitán Suárez con disgusto, porque la pasión lo apremiaba, pero veía todo un campo convenido en un parecer, y aunque lo manifestaba con rendimiento no ignoraba su sagacidad que lo más tiene hecho la desobediencia, cuando se conforman los súbditos en sentir mal de los superiores; que ningún motín dio los primeros pasos con desacato, y que toda rebelión afectó con humillaciones la causa, antes que se determinase a declarar el intento. De estas consideraciones combatido, estuvo por algún rato suspenso, meditando en la pre-

tensión de su gente y en las palabras del capitán Suárez; mas al fin, con reportadas apariencias, dijo que bien satisfecho se hallaba de que la sentencia que había pronunciado era justa, y que asimismo conocía que el movimiento que veía en su gente era con toda buena intención de no adelantarlo a más que hasta donde alcanzase el ruego, acción muy propia de la nobleza, y que en su pecho tendría siempre la estimación debida. Y así, para que se desengañasen de que la pasión no hallaba lugar en su ánimo, y por darles gusto en lo que le pedían, aunque pudiera justamente pasar al rigor de la ejecución, le otorgaba la apelación a Lázaro Fonte; mas que había de ser con el requisito de salir del ejército desterrado a la parte que le señalase, sin atreverse a salir de ella hasta que su causa fuese determinada.

Oyó su campo con placer la respuesta, y aunque la condición podía templarlo, pensaron que lograda la primera súplica conseguirían cualquiera que fuese segunda, después que mitigado el primer enojo diese lugar el tiempo al discurso para ver la luz de la razón y permitiese a la voluntad se inclinase a los ruegos; y así, después de agradecerle con el rendimiento justo el agasajo que había hecho a su gente, le preguntaron la parte que señalaba a Lázaro Fonte para su retiro, juzgando sería alguna población de las más cercanas de los moscas, gente menos guerrera que otra alguna y más bien inclinada a los españoles por la comunicación continuada que tenía con ellos. Pero después que entendieron de su respuesta haber de ser el destierro en la provincia de los panches, nación fiera y detestable y que no sería menos cierta su muerte que lo fuera en un cadaloso, volvieron a interponer nuevas súplicas y por gran favor consiguieron que se mudase la prisión y destierro al pueblo de Pasca, distante siete leguas de Santafé, donde, aunque los naturales eran de la nación mosca, eran guerreros y entonces capitales

enemigos de los españoles. A este sitio, pues, llevaron al capitán Lázaro Fonte, con orden del general Quesada para que allí lo dejasen desarmado y en prisiones, y sin más compañía que la de una mujer natural de Bogotá que le servía y había cobrado amor, como se vio por los efectos, pues le aseguró la vida cuando más arriesgada la tuvo. Llegados, pues, a los burgos de Pasca los soldados que lo llevaban aprisionado, y vista por los vecinos la tropa de caballos que entraba en su tierra, se retiraron con todas sus familias a la montaña que tienen vecina, dejando sus bienes al arbitrio de los que imaginaron entrar en su pueblo en guerra, que fueron veinticinco montados; pero éstos, como personas que no iban a otro fin que al de llevar a Lázaro Fonte, no hicieron daño alguno en el pueblo; antes trataron luégo de dar la vuelta a Santafé, no sin lágrimas de compasión que les causó ver a un capitán de tanto valor expuesto a peligro tan manifiesto de la vida, de quien se despidieron teniendo por cierto que no lo verían más.

Puesto Lázaro Fonte en aquel sitio y con varonil ánimo expuesto a los accidentes de cualquier fortuna, pasó aquella noche sin más compañía que la de aquella india que se quedó en su servicio y no quiso desampararlo, y teniendo por infalible su muerte, vuelto a Dios, en quien únicamente libraba ya su defensa, se disponía para morir arrepentido de sus culpas; pero apenas amaneció el día siguiente, cuando la india, compañera de sus trabajos, se vistió de la mayor gala que pudo, conforme al uso de aquella tierra y como pudiera la más principal de sus cacicas; y como era de hermoso rostro, poca edad y mucho aire, disposición y gallardía, pareciole haber conseguido la traza de que pretendía valerse para su intento. Encaminose, pues, así, a la entrada del pueblo por donde sospechaba volvería la gente que se había retirado a los montes, en cuya elección no se engañó,

pues apenas llegó al sitio cuando apareció un escuadrón de gente bien armada, que viendo a la mujer forastera en traje y disposición de señora de las de Bogotá, a que se añadía la hermosura del rostro, paró el escuadrón, alterados y confusos los indios con la sospecha de que todavía ocupaban su pueblo algunas tropas de caballeros españoles. Pero ella, conociendo la causa que los detenía, en un razonamiento bien ordenado y cariñoso (porque la necesidad y el amor son los retóricos más eficaces), les dijo: que llegasen sin recelo de encontrar quien pudiese hacerles daño en sus tierras, antes hallarían en ellas un hombre hijo del sol, que más deseaba defender sus vidas de peligros y ampararlos en su libertad. Que allí lo verían aprisionado en la casa más vecina (proseguía cautelosa) porque contradecía y se oponía al capitán general de los españoles, que pretendía destruírlos, de que, sentido, había dispuesto lo llevasen preso a aquel sitio, diciendo que quien tan amigo era de Pasca fuese a verlo y allí vería que el agradecimiento que hallaba en la canalla vil que defendía sería darle la muerte luégo que lo encontrasen, y que así lo habían llevado desarmado veinticinco caballos con designio de saquear y quemar el pueblo de Pasca, a que el hijo del sol no dio lugar ni lo permitió, aunque se hallaba sin armas y aprisionado, porque su valor era tañ grande que aun en aquel infeliz estado lo respetaban, y que con esto hallarían sus casas seguras y sus bienes libres, como podrían certificarlo con la vista; y después de haberlo hecho considerasen si beneficios tan grandes serían dignos de mala correspondencia y hombre tal merecedor de que lo sirviesen y honrasen como a defensor de la patria y vidas. Que todos los vicios juntos parece que no hacían a un hombre malo, si no los acompañaba con la ingratitud, el más detestable de todos. Que no diesen lugar a que ésta les ocupase el corazón sino la clemencia y amistad que debían tener de

justicia. Que entrasen a verlo seguros de que estaba confiado de tenerlos por amigos y de que los demás españoles no les harían daño alguno mientras lo tuviesen consigo, por la veneración que le tenían de que ella era el más fiel testigo, pues siendo de su misma nación no había de ser tan cruel que los tratase con engaño.

Tanto arte y buena gracia juntó la india a sus palabras, que sin sospecha de que en ellas pudiese haber engaño, fue creída de todos; y aquel señor, que se llamaba Pasca, con los capitanes más principales de su Estado (que llaman Utas), entraron desarmados en la casa donde estaba el capitán Lázaro Fonte, a quien hallaron preso, y asombrado de verse en medio de aquellos bárbaros tan inclinados a ejecutar cualquier crueldad en hallando ocasión de manifestar su natural cobarde. Pero el Pasca (siendo intérprete fiel la india) le dijo: que no se alborotase, que bien sabía era capitán de los más principales del campo español, y la causa por que le habían tratado mal los de su misma nación, y así tuviese entendido que cualquiera obra buena tenía correspondencia si quien la recibía era noble y se manifestaba tal con el agradecimiento; de que podía inferir cuán obligado le tenía a él, y que en fe de aquella verdad, todo el tiempo que asistiese en su pueblo podía estar cierto que le guardaría amistad y se haría su gusto en todos los demás pueblos de su señorío, donde sería obedecido como su misma persona. Con este ofrecimiento salió Lázaro Fonte de la borrasca de sus recelos al puerto de seguridad, y agradecido lo manifestó por medio de la india, a cuya industria debió su buen suceso, que se continuó por espacio de treinta días que duró el destierro y se alzó por la variedad de los accidentes que sobrevinieron.

CAPITULO III

DANLE NOTICIA A QUESADA DE LAS ENTRADAS DE BENALCAZAR Y DE FREDERMAN EN EL REINO: DESPACHA A HERNAN PEREZ A RECONOCER LA GENTE DEL PERU Y AL CAPITAN SUAREZ LA DE VENEZUELA. Y DASE RAZON DEL ESTADO A QUE LLEGARON HASTA CONVENIRSE LOS TRES GENERALES

MIENTRAS pasaba en Pasca lo que va referido, llegaron a Santafé algunos indios del país de Tena con noticias de que por la provincia de Neiva habían entrado otros españoles con gran copia de indios cargueros, buenos vestidos y famosos caballos, y que se iban acercando a los términos de la tierra fría, de cuya novedad certificada la gente de Santa Marta, ordenó el general Quesada a Hernán Pérez, su hermano, que con diez caballos siguiese la ruta que los moscas y panches amigos le señalasen, y procurase tomar lengua de qué gentes fuesen aquellas, qué intentos llevaban y el número de caballos e infantes de que se componía su ejército, para lo cual escribió una carta al general, cualquiera que fuese, dándole noticia del estado de su conquista y remitiéndole un presente de esmeraldas y piezas de oro, pues sería cuerda advertencia estar apercibidos, por si acaso intentasen pretender por de otra gobernación aquel reino, que estaba descubierto por la de Santa Marta, y que si aquella fuese la intención, diese vuelta con brevedad para tener tiempo de ponerse en defensa, pues ya era cosa tan ordinaria en las Indias romper las amistades y hacerse guerra por esta causa los capitanes de su nación. Lo cual sucediera de la manera que lo discurrían, si el caudillo que

guiaba la gente del Perú, se moviera siempre con el viento de algunos soldados inquietos que le seguían.

No faltó con todo esto entre ellos quien le aconsejase después, como veremos, que por armas quitasen a los de Santa Marta la tierra y las haciendas; como si los que las habían ganado fuesen hombres de tan poco valor que no supiesen defenderlas. Pero Sebastián de Benalcázar, a quien dejamos en el valle de Neiva siguiendo su ruta al mar del norte por la otra banda del río grande, que era el cabo que los gobernaba, caballero sagaz y prudente y uno de los más famosos y leales caudillos que tuvo el Perú, templó en sus principios aquellos malos consejos con reprensiones graves, dándoles a entender que para ser grande Scipión ni mancilló la fama ni derribó la estatua de Alejandro colocada en Cádiz, ni para ganar el renombre de ilustre necesitaba de usurpar ajenos servicios, sino de continuar heroicas hazañas, como las que le habían visto hacer en las conquistas de todo el Perú y Nicaragua. Y a la verdad ello era así, y la causa de aportar al Nuevo Reino cuando tenía descubiertos los de Quito y Popayán, no había sido tanto por ambición de sujetar nuevas provincias como por desviarse con fines honestos de las iras que contra él había concebido el marqués Pizarro, pues con el fin de prenderlo lo había seguido por su orden el capitán Lorenzo de Aldana hasta Cali, como dijimos, de que Benalcázar no se hallaba ignorante y pretendía desvanecer las trazas del marqués, descubriendo embarcación por el mar del norte para pasar a Castilla y pedir remuneración de sus servicios sin que dependiese más de los Pizarros.

Esta era la pretensión con que caminaba Benalcázar sin embarazarse en hacer guerra a los pantagoros, por más que lo provocaban en su provincia, y Hernán Pérez de Quesada, entrado ya el año de 1539, partió con los diez caballos y la or-

den que tenía, tan bien dirigido, que a los cinco días dio vista al campo de Benalcázar, acuartelado en sus tiendas de la otra banda del río grande de la Magdalena, y habiéndose dado rehenes, como estilan algunos caudillos recatados, llegaron a verse todos sin que faltasen repiquetes, ni desgarros de parte de los capitanes del Perú y de Céspedes y San Martín, de los del reino, que son las bizarrías de los soldados, y que finalmente remataron en comunicarse hidalgamente, porque Benalcázar llevaba gente muy ilustre y que se había empleado con gran crédito en todas las conquistas del Perú y aun aventajádose a los que después fueron más bien premiados; y así recibida y vista la carta de Quesada con el presente que le dio su hermano, a que correspondió Benalcázar con otro igual de vajillas de plata, lo despidió con la cortesana respuesta de que no trataba de embarazarle sus buenas fortunas, de que le daba el parabién deseoso de que lograse con premios crecidos los méritos de la conquista de reino tan poderoso, pues sólo trataba de la prosecución de su viaje y descubrimiento de El Dorado y Casa del Sol y otras cosas semejantes. Con lo cual y con las noticias que adquirió Hernán Pérez de aquella gente, como fue la de las competencias de Pizarro y Almagro que empezaban, y aun después no fenecieron con sus muertes; la del rigor con que el licenciado Badillo, juez de residencia, procedió en Cartagena contra el adelantado don Pedro de Heredia, remitiéndolo preso a España con secuestro de bienes (que son las primeras bizarrías por donde muchos jueces letrados de Indias tiran a ganar crédito en Castilla); y finalmente con la de la muerte del adelantado don Pedro Fernández de Lugo, dio vuelta a Santafé, donde sabido todo, no se sospechó ni pensó más en ver aquellos hombres, que tan esquivamente huían de la comunicación de otros de su misma tierra.

Aun no había sosegado dos días después de lle-

gado Hernán Pérez, cuando suena otro rebato nacido de que ciertos indios del pueblo de Pasca habían ido a continuar el comercio que tenían con otras naciones que demoraban al oriente, y habiendo vuelto de su viaje dijeron al Pasca y a Lázaro Fonte que por el camino de los Llanos habían entrado otros hombres forasteros, con barbas como los españoles, y habían subido lo más alto de la sierra, de suerte que se hallaban tan cercanos que no distarían ya siete leguas de sus tierras, y que caminaban bien proveídos de caballos y de perros (los primeros que entraron cebados en indios, para destrucción del reino), novedad que los puso en mucha confusión. Pero certificado Lázaro Fonte de que todo lo que referían era verdadero, según las respuestas que dieron a las preguntas que les hizo la india de Bogotá, determinó dar cuenta de lo que sabía al general Quesada, remitiéndole un indio de Pasca por correo, con una piel de venado bien bruñida, donde con bija, que es a manera de bermellón, le escribió la noticia que tenía el cacique, y como, según la relación de sus indios, estarían en su pueblo los nuevos españoles al día siguiente, de que le avisaba para que se previniese con tiempo, supuesto que no se sabía la intención con que habían penetrado por aquellas provincias.

Era el caudillo de aquella gente Nicolás Frederman, a quien dejamos marchando por la provincia de Barquisimeto, donde después se pobló la ciudad de Segovia, que dista ciento veinte leguas de Santafé, el cual habiendo arribado por el rumbo que seguía el río Apuri, cuyo nacimiento se forma de las quebradas de Aricagua, que llaman de Bravo, en la provincia de Mérida, y teniendo allí noticia de cuán cercano se hallaba su gobernador Jorge Spira (que iba de tornavuelta retirándose de los choques con quienes había perdido mucha gente) y recogiendo quince hombres que desde Coro le llevaba el capitán Juan Gutiérrez de Agui-

llón, torció el camino a los Llanos, cargando a mano izquierda, por no encontrarse con su gobernador y arriesgarse a que le quitase la gente, por cuya ruta, atravesando los dos ríos de Apurí y Sarare, y las dilatadas ciénagas de Arechona y Caocao, huyendo siempre de la cordillera, llegó a la ribera de un río profundo en que se conservaban las ruinas de muchos pueblos destruídos por una serpiente de muchas cabezas que habitaba en sus márgenes, según relación de los naturales y de algunos españoles, que afirmaron haber oído sus bramidos, desde donde pareciéndole estar ya seguro de encontrarse con su gobernador, determinó volver a la cordillera para invernar en tierra alta, como lo hizo en ciertas poblaciones abundantes de víveres que estaban sobre el río Pauto, de las cuales salió pasado el invierno, y esguazado el río Meta con balsas, llegó a la provincia de Marbachare, en que después se fundó la ciudad de San Juan de los Llanos, en el pueblo mismo que Frederman llamó entonces de La Fragua, por una que en él armó su gente para reparar las armas que iban maltratadas; y como allí tuviesen muy especiales noticias del reino de Bogotá, dadas por los indios operiguas, de un pueblo que llamaron los nuéstros Salsillas, por la forma en que estaba fortalecido, resolvió atravesar la cordillera por aquella parte, ordenando a Pedro de Limpias que con dos guías de los operiguas, diez caballos y treinta infantes, fuese delante allanando el camino al ejército, que lo iba siguiendo, como lo hizo venciendo el rigor de los páramos y despeñaderos hasta llegar al pueblo de Fosca, y de allí a Pasca, por desengañarse de la noticia que le daban los foscas de que había otros españoles en la tierra, y habiendo hallado al capitán Lázaro Fonte, esperó a Frederman, que después de tres años y medio de jornada, desde que salió del cabo de La Vela, por el mes de junio del año de treinta y seis, con cuatrocientos hombres, sin los que se le

agregaron de Alderete y Nieto, y los quince que le llevó el capitán Aguillón, aportó al reino con treinta caballos y ciento treinta y tres infantes, habiéndosele muerto los demás al rigor de las guerras y enfermedades.

El indio que despachó Lázaro Fonte llegó brevemente a Santafé con el despacho, y vista por el general Quesada la noticia que se le daba, y agradecido a la fineza de quien la escribía, mandó prevenir toda su gente, y dispuso que partiesen luégo once caballos a las tierras de Pasca con Gonzalo Suárez, Juan del Junco, Pedro Fernández de Valenzuela, Diego de Paredes Calderón y otros de quienes tenía confianza, para que reconociesen qué gentes eran aquellas y qué intentos llevaban, poniendo primero en libertad al capitán Lázaro Fonte, a quien alzaba el destierro, arrepentido de lo que había obrado con él, y deseoso de favorecerlo como merecía, en lo adelante, que cumplió con demostraciones que dieron a entender su amistad verdadera. Con esta orden y el deseo de poner en libertad al compañero, llegaron a Pasca a tiempo que pudieron reconocer la gente de quien llevaban noticias, pues poco antes había llegado al mismo sitio el capitán Pedro de Limpias, que había ido sobresaliente del campo de Frederman, con la tropa de caballos e infantes que dijimos, y al día siguiente vieron el resto de la gente de aquel campo, que, sin embargo de reconocer que otros españoles le habían ganado por la mano en aquellas conquistas, se alegró después que vio ser gente de Santa Marta la que encontraba, y porque presumía hallar socorro en sus malas fortunas, pues casi todos iban desnudos y maltratados en tanto grado, que muchos de ellos se cubrían las carnes con pieles de venados, de que también iban calzados, a causa de haber pasado más de cuatro años, desde que salieron de Venezuela, como se ha visto.

Por esta causa los soldados de Quesada trata-

ron luégo de socorrerlos, movidos a compasión, principalmente viendo en tan mísero estado a Ortuño Ortiz con otros compañeros de los que conocían antes, y fueron presos sobre el río Macomite, siendo su capitán Juan de Rivera, que también iba en compañía de Frederman, y se quedó en el Nuevo Reino, donde dio bastantes muestras de su valor, con más fortuna que Pedro de Limpias, a causa de haberse vuelto a Coro, y continuado la misma jornada con Felipe de Utre, hallándose después de tantos trabajos en las revueltas y alevosías del licenciado Carvajal, que después pagó con la vida. Además de los referidos iban en el campo de Frederman los capitanes Diego Martínez y Juan de Avellaneda; Alonso de Olalla Herrera, natural de la villa de Agudo, y marido de Juana Miguel de Mayorga; Cristóbal de San Miguel, natural de la villa de Ledesma, que casó con doña Francisca de Silva, y encomendero que fue de Sogamoso; Alonso Ramírez de Poveda; Andrés de Ayala, vecino que fue de Tunja; Cristóbal Gómez Nieto, natural de Villasbuenas, que casó con doña Leonor de Collantes y Silva, y fue encomendero de Tabio; Bartolomé González; Bartolomé Hernández de León, que se avecindó en Vélez; Diego Rodríguez de Valderas, encomendero que fue de Ubaté, y casado con doña Leonor Maldonado; Bernabé Méndez, que fue vecino de Tocaima; Diego Franco en Vélez; Domingo Ladrón de Guevara, natural de Arrieta, y marido de doña Catalina de Figueroa; Francisco Ortiz, vecino de Tocaima; Diego de Huete y Diego Ortiz, en Vélez; Diego de Espinosa, en Mariquita; Francisco Alvarez de Acuña, en Santafé; Francisco de Monsalve, natural de Zamora, y casado con doña Catalina de Pineda; Francisco Dorado del Hierro, que casó con Ana de Avila y fue encomendero de Sasaima y Bituima; Hernando Montero, que se avecindó en Tocaima; el bachiller Juan Berdejo, primer cura que fue de Santafé; Juan Fuerte, sol-

dado que fue de Jerónimo de Hortal, y en la batalla que Alonso de Herrera hubo el año de treinta y cinco con los caribes de Guayana, fue herido con siete flechazos; Domingo Lozano, que se halló en el saco de Roma y fundó en el reino las ciudades de Buga y San Vicente de Páez; Juàn de Villanueva, casado con Mary Sáenz de Morales y encomendero de Ocabita; Juan de Castro; Juan Quintero; Juan Martín Hincapié, vecino que fue de Vélez, y en la sobrina del cacique de Moniquirá tuvo descendencia, que se conserva en Santa Marta; Juan Gascón, vecino de Vélez; el capitán Luis Lanchero, natural de Simancas, que casó con doña Francisca Ruiz Mansipe, hija del conquistador Pedro García Ruiz, también de Simancas; Mateo Sánchez Rey, de nación genovés, que casó con Casilda de Salazar; Fr. Vicente de Requejada, de la Orden de San Agustín; Melchor Rodríguez de Figueredo; Miguel Holguín de Figueroa, que se avecindó en Tunja; Miguel de la Puerta, en Tocaima; Pedro de Porras, en Tunja; Pedro Sánchez Valenzuela, en Ibagué; Pedro de Aranda, en Vélez; Pedro Rodríguez, de Salamanca, que dejó hijos fuera de matrimonio; Sebastián de Porras, vecino que fue de Ibagué; Cristóbal de Angulo, que lo fue de Vélez; Cristóbal de Miranda, que fue encomendero en los panches; Cristóbal de Zamora en Tocaima; Maese Juan, que casó con Florentina de Escobar en Santafé; Antón Flamenco; Sebastián de Almarcha, que fue alcalde mayor de la ciudad de Santafé; Antonio Ruiz, encomendero de Foscauzaque; Juan Alemán y otros de quienes no tenemos noticias.

En efecto, reconocida la gente y número de ella por los dos capitanes de Quesada, dieron aviso de todo, remitiéndole para este fin a Paredes Calderón y a uno de los soldados de Frederman, que lo fue Fernando Montero, a quien recibió con agrado y le dio algunas telas de algodón para vestirse y una chaguala de oro que pesó más de doscientos

castellanos; aunque el Frederman no acababa de resolverse en las propuestas que le hacían los capitanes Suárez y Juan del Junco, pareciéndole algunas veces más acertado volver a Coro, receloso de que se hiciese alguna extorsión a su gente fatigada, y otras resolviéndose a no aventurarla por tan arriesgadas provincias, ofreciéndose algún medio de ejecutarlo con reputación. Pero estando así las cosas, un nuevo accidente pudo alterar no solamente el ajuste de que se trataba, sino la paz de todo el reino, porque, persuadido o instigado Benalcázar de algunos de los suyos y olvidado por esto de su primera resolución con la esperanza de apropiarse la conquista que no había hecho, pasó el río de la Magdalena, tomando la vuelta de Santafé por la provincia de los panches, con tanta celeridad que casi a un tiempo le llegó a Quesada la noticia de haber esguazado el río y la de haber entrado por los Llanos a Bogotá, deseoso de coligarse con la otra gente española que había arribado a Pasca, según las relaciones que también tuvo de algunos indios panches. Extraño dictamen el de abrazar por lícita contra otro la misma culpa, que después halló digna de muerte en el mariscal Jorge Robledo cuando la obró contra él.

Esta nueva por no esperada de Quesada, porque lo cogió sin haberse convenido con Frederman, lo alteró tanto cuanto se le representaba mayor el riesgo de perderlo todo si la gente del Perú y Venezuela se ligaba en perjuicio suyo; de que ya empezaba a tratar Benalcázar, acuartelado en Bosa, dos leguas de Santafé, según que a cada paso se lo avisaban con repetidos correos desde Pasca los capitanes Junco y Suárez, que estaban con Frederman; y así, resuelto a no permitir que lo echasen del reino los dos caudillos para dividirlo entre sí a título de que caía en los términos de la gobernación de cada uno, que era el punto sobre que se carteaban, juntó toda su gente española

con más de veinte mil indios que le acudieron voluntarios, con determinación de presentar al uno de los dos campos la batalla antes que lo buscasen unidos, por que el tiempo gastado en justificar su posesión no fuese el mayor enemigo que le sacase de las manos la presa, pues si al gran capitán no le dieran tiempo para representar el derecho que tenía su rey a la Basilicata en la partición de Nápoles, no lo hubiera perdido todo monsieur de Aubèni; y por muy digno de reparo en el lance presente, es de saber que en cada cual de los tres campos había el mismo número de combatientes, ni uno más ni menos, que fue a ciento sesenta y tres, un clérigo y un religioso, con la diferencia de que el religioso del campo de Quesada era de Santo Domingo, el de Frederman Agustino y el de Benalcázar de La Merced, y también la que hacía la gente del Perú abastecida de armas, caballos y demás pertrechos a la de Venezuela, falta casi de todo y de salud, como salida de parte más remota; y es cierto que hubiera logrado su pretensión Quesada, si los sacerdotes, considerado el deservicio que de semejante resolución había de resultar al rey y los graves daños que de no ajustarse habían de seguirse a todos, no tomaran la mano para convenirlos a tiempo que Frederman y Benalcázar no distaban cuatro leguas, y así iban y volvían de un campo a otro proponiendo medios, y por último dijeron a Quesada se ajustarían los dos caudillos contrarios con que del reino se hiciesen tres partes con jurisdicción indivisa, hasta que el rey declarase en cuya gobernación estaba comprendido.

Este partido era el que más despreciaba Quesada, y abominaba que de él se tratase sobre un reino que tenía descubierto y conquistado; y con no querer dar oídos a semejante demanda, se temía por parte de los eclesiásticos que el negocio llegaría a rompimiento. Pero los capitanes que tenía Quesada en el campo de Frederman se dieron tal maña, que los convinieron en que se uniesen,

con cargo de que le diesen al alemán cuatro mil pesos de oro, graciosamente, y en que, dejándole vender sus caballos y armas en lo que pudiese, pondría su gente y persona a la disposición del general Quesada y se vendría con él a Castilla, donde su majestad determinase si caía o no el Nuevo Reino en la gobernación de Venezuela. Lo cual, firmado de ambos, tomó el campo de Frederman la vuelta de Santafé, donde, habiéndosele recibido ostentosamente y héchosele algunas dádivas, metió su gente debajo del estandarte del Nuevo Reino, lance en que libró Quesada su seguridad contra los del Perú, que, sabido el ajuste de Frederman, despachaban las embajadas menos soberbias que hasta allí, y acaeció que llevando una de ellas el capitán Juan de Cabrera, pretendió de secreto (a lo que después se dijo en público) que Frederman convocase otra vez toda su gente por los medios que él propondría, para lanzar del reino a Quesada, y aunque de parte de Benalcázar no se presumió intervención por lo que después afeó la propuesta, lo cierto sí fue que el Frederman, como buen caballero, la despreció, lo cual, sabido por Quesada y enterado de que la embajada de Cabrera se enderezaba a que diese paso libre a la gente del Perú por el reino, como tierras que eran del emperador, para proseguir en el descubrimiento de El Dorado y Casa del Sol (de que ya los del reino tenían noticia), lo trató ásperamente, representándole la fealdad de proceder con cautela, diciéndole, por último, que no hablase su general en pasar por el reino de guerra, pues en caso que porfiase en ello, se lo sabría impedir a lanzadas, a que no satisfizo mal el capitán Cabrera, respondiendo que cuando así fuese podía estar seguro de que a su general ni a su gente se las darían por las espaldas; de que alterado Quesada le respondió ordenándole no volviese más a proponer medio alguno. Pero, sin embargo, de allí a dos días, interviniendo en ello los dos religiosos dominico y mercenario, con poderes de los dos genera-

les, asentaron que Benalcázar dejase toda su gente debajo de la jurisdicción del Nuevo Reino y de quien lo gobernase, con calidad de que, enviando por ella el marqués Pizarro, el dicho Quesada o sus tenientes la dejasen sacar; y al capitán Juan de Cabrera se le diesen luégo sesenta hombres de los suyos, para que en la provincia de Neiva, de la otra banda del río grande, tierra descubierta por él, fundase un pueblo sujeto a la gobernación del Perú, como lo hizo, aunque a pocos días se despobló, y el Juan de Cabrera con su gente dio vuelta al reino.

Además de lo referido se convinieron en que se le permitiese a Benalcázar vender lo que llevaba para hacer dineros y con ellos pasar a Castilla con el mismo Quesada y Frederman, a dar cuenta al emperador de los servicios que le había hecho, sin otra capitulación más que las referidas, pues aunque la primera que le propusieron fue darle otros cuatro mil castellanos de oro, respondió como quien era, que no vendría jamás en ello, por no dar motivo a que se dijese vendía la libertad de su gente entregándola por dinero a diferente caudillo, acción con que justificaría el marqués Pizarro el enojo que con él tenía; y a la verdad, el Benalcázar obró en esto con la grandeza de ánimo de que lo dotó el cielo, y tanto fue más aplaudido por ello, cuanto más deslució la contraria resolución que tomó poco antes Frederman; y así, concluído el convenio se encaminó a Santafé con su gente, donde se le hizo tan plausible la entrada, como pedía el suceso. Y porque ha sido estilo de esta historia nombrar aquellos héroes primeros de quienes se ha podido adquirir noticia, sin que se pueda atribuir a cuidado el silencio con que paso los nombres de otros conquistadores famosos, será bien referir aquellos que nombran Castellanos, Herrera y Quesada, aunque tan limitadamente que se reducen a veinticuatro, habiendo sido otros ciento sesenta y tres entre infantes y caba-

llos los que llevaba Benalcázar, de quienes iba por maese de campo Melchor de Valdés, que se avecindó en Ibagué, y por capitanes Juan de Cabrera, que después murió en la batalla de Añaquito, siendo maese de campo del virrey Blasco Núñez Vela; Pedro de Puelles, teniente que fue de Quito, que se halló en esta entrada, aunque mal informado el inca Garcilaso en el capítulo segundo del tercer libro de la segunda parte de sus "Comentarios", dice que Gonzalo Pizarro, en este año en que vamos, dejó en Quito por su lugarteniente a Pedro de Puelles mientras pasaba a la conquista de la Canela, pues lo cierto es haber estado por el mismo tiempo con Benalcázar en el Nuevo Reino, de donde bajó a Cartagena como veremos, y después dio vuelta al Perú, y le estuviera mejor no haberla dado.

Otro de los capitanes era Juan de Ampudia, que volvió a Popayán, y con él Luis Daza y Juan de Arévalo, encomendero que fue de Tibacuyas; y de los que se quedaron en el reino fueron Hernando de Rojas, que se avecindó en Tunja, donde casó con doña María de Montalvo, de quienes se conserva ilustre familia; Antón de Esquibel, natural de Sevilla y encomendero de Foáca en Tunja; Antonio Luján; Francisco Arias, encomendero de Sora; Juan de Avendaño, alférez de a caballo, conquistador de Cubagua, Quito y Popayán, y encomendero que fue de Tinjacá; Francisco de Céspedes, encomendero que fue de Nemza y Tunjaque; Gonzalo de la Peña, que se avecindó en Tunja; Juan Díaz Hidalgo, encomendero de Tocaima; Juan de Cuéllar; Luis de Sanabria, que sirvió al rey en la provincia de Cubagua, natural de Palos de Moguer, que casó en Tunja con Leonor Macías y fue encomendero de Firavitoba; Juan Burgueño; Lope de Horozco, natural de Córdoba, vecino que fue de Tocaima y Pamplona, y padre de don Lope de Horozco, gobernador perpetuo de Santa Marta; Martín Yáñez Tafur, natural de Córdoba,

alcaide que fue de la fortaleza de Paria, conquistador después de Cartagena y Popayán, de donde pasó al Nuevo Reino con Benalcázar y casó con doña Inés Jimeno de Bohórquez; Cristóbal Rodríguez; Juan Muñoz de Collantes, que de Santa Marta pasó al Perú y en esta ocasión al reino, marido que fue de doña Mencía de Silva, naturales ambos de la Alhambra y ciudad de Granada, y que tuvieron dos hijas legítimas y el Juan Muñoz fuera de matrimonio, y estando en el Cuzco tuvo por hija en doña Francisca Coya a doña Mencía de Collantes, que casó con el capitán Alonso de Soto, natural de Valladolid, que se halló en la batalla de Chupas en favor de Baca de Castro, y acudió después en favor del virrey Blasco Núñez Vela, y por hallar caída con su prisión la parte del rey, pasó huyendo de Goñzalo Pizarro al reino, donde casó con la dicha doña Mencía, de quienes, por línea materna, desciende el autor de esta historia; García Arias Maldonado, que entró en Santafé treinta días después que Benalcázar, en cuyo socorro iba y fue encomendero de Gámeza; Juan de Horozco; Pedro Vásquez de Loayza, natural de Málaga, que uno y otro pasaron con García Arias y otros, de cuya nobleza y más por ostento tratará el secretario don Juan Flórez de Ocariz en los "Nobiliarios" que tiene para imprimir.

CAPITULO IV

PERSUADE A QUESADA BENALCAZAR A QUE FUNDE CIUDADES, Y REFIERESE EL ESTADO Y CRECIMIENTO A QUE HA LLEGADO LA CIUDAD DE SANTAFE.

AL fin comunicadas bien las intenciones de todos y con bastantes noticias para tratar de sus intereses, marcharon juntos, y entrando el mes de febrero se vieron los tres cabos en Santafé, donde, comunicándose más amistosamente y habiéndose divertido en fiestas y cazas y en el continuo ejercicio de hacer mal a caballo, de que cada cual de los caudillos llevaba excelentes y diestros hombres, y en que fue el hombre más señalado Benalcázar, como en su fidelidad y buen trato; bien considerada por este capitán la esperanza y grandes intereses que aquel reino prometía a la monarquía española, y tirando al fin de que se le facilitase la embarcación y viaje a Castilla por el mar del norte, en que libraba su quietud, es fama común que estando juntos los hombres más señalados de los tres campos, les habló de esta manera:

Bien conocido tengo, ilustres caballeros, por las experiencias que me han dado las conquistas en que me he ocupado y por otras de que tengo noticias claras, que no se hallarán provincias tan ricas en las Indias, que basten a satisfacer después de conseguidas las ansias con que los españoles quisieran adelantar sus conveniencias más allá de las esperanzas. Ayer vimos, para ejemplo de lo que digo, a don Francisco Pizarro y a don Diego de Almagro sobradamente acomodados en una casa de un lugar tan estéril como Panamá; y hoy ve-

mos que no caben en setecientas leguas del imperio más rico que hay en el orbe. Y también es cierto que cuando tantas veces se vieron los presentes con la muerte a los ojos en desiertos que han peregrinado para tan dichosos fines, se contentaran con suerte menos venturosa que la que miran; pero es achaque común de nuestra naturaleza no pagarse de bienes humanos, por grandes que sean, por que en su desestimación se conozca lo poco que montan las grandezas del mundo o se descubra la más cierta señal de nuestra instabilidad y mal contentadiza inclinación.

Mas habiendo de correr como todas las fortunas mudables de esta vida, sé deciros que si yo hubiera sido el capitán en cuya suerte ha caído reino tan poderoso y opulento, como lo es este de Bogotá, yo tuviera fundadas en él tres o cuatro ciudades y hechos los repartimientos de los naturales con graduación legítima de los servicios de tan valerosos soldados; y el señor gobernador Nicolás Frederman, por lo mucho que ha peregrinado, será el mejor testigo y el que afirme que si desamparáis lo descubierto engañados de falsas esperanzas, no será posible ni mejor suerte ni recuperar la pérdida.

Son las ciudades que se fundan la seguridad de los reinos adquiridos, por ser el centro donde se recoge la fuerza para aplicarla a la parte que más necesitare de ella. Y siendo este reino de tanta consecuencia, será en los ojos de su majestad servicio muy acepto el conservarlo; y si acaso el tiempo diere noticias ciertas de mejores países (cosa a mi ver imposible), no sé que haya inconveniente alguno en la ejecución de mi advertencia; antes pienso que entonces habrá sido el mejor acuerdo dejar asegurados los pasos y la retirada en caso que las conquistas no sucedan con la felicidad que hasta ahora.

Conservar los indios reducidos lo tengo por uno de los mayores intereses, pues a la noticia de que sois dueños de vasallos, y que sus tributos son

tan considerables, os acudirán pertrechos y caballos con que, reforzados, podáis acometer empresas más arduas; y es tanta verdad, que a la codicia del comercio os buscarán de todas partes, que muy brevemente veréis en este reino tantos españoles baldíos, que os embarace la sobra que hubiere de ellos; pues aunque más retirado sea este reino como lo es de la Europa, en corriendo en ella la fama de su descubrimiento, minerales de oro y esmeraldas que en él se crían, serán poco embarazo los mares para que no se arrojen muchos a él con el fin de gozar lo que no trabajaron. Y lo que será más reparable, que estando ya cada nombre de los vuéstros sepultado en el olvido, a sólo el sonido de los apellidos os hallaréis con tantos parientes que no baste el caudal de todos para contentar a cada uno.

De aquí será que se acreditarán las ciudades con damas y cortesanos, y con muchos que pasarán a ellas fiados en los méritos de caballeros y que sin manifestarlos en los trabajos, conseguirán el premio de ser vuestros herederos, entrándose en las haciendas cuando más dispuestas se hallen. Llenaránse las provincias de mercaderes que, pasando del cambio al mando, fundarán mayorazgos y casas grandes; y de letrados que, empezando a volar con las plumas, se hallarán brevemente con todos los premios debidos a la espada, a que no podrá resistir la providencia humana, pues no hay camino para que el mundo pare en el curso de sus vueltas, y sólo podrá oponérsele el prudente juicio de aquellos que haciendo asiento en lo ganado fundaren haciendas fijas con qué resistir las baterías continuadas que habrán de asestarles de tantas partes.

Yo, siguiendo este dictamen y confiado en la liberal mano de su majestad (que Dios guarde) de quien espero remuneración condigna a mis servicios, dejo fundadas las villas de Quito, Cali, Popayán, Pasto y Timaná, donde presto concurrirán tantas gentes como a este reino; y porque la di-

lación siempre me será dañosa, y desde aquí hallo la comodidad que he deseado para pasar a los reino de España, embarcándome en la mar del norte, he querido manifestar lo que yo hiciera, y dar parte de mis designios, para que si algunos de los muchos caballeros beneméritos que se hallan presentes quisieren hacer el mismo viaje, podamos hacerlo juntos; y así dejo a la disposición del señor general don Gonzalo Jiménez de Quesada el orden y elección de la parte por donde podremos bajar con más seguridad a la costa de Cartagena, aunque mi parecer es que teniendo tan cercano el río de la Magdalena, será este camino el más seguro, por la disposición que en él hallaremos para hacer bergantines en qué embarcarnos; y porque para este intento pudiera ser de embarazo el tocar forzosamente en las costas de Santa Marta, hoy se nos facilita todo por haber tenido carta en que me avisaron de la muerte del adelantado don Pedro Fernández de Lugo, que venía a ser el impedimento que podía recelar nuestra pretensión; y así meditadas mis palabras, si fueren ajustadas a la razón, poblad ciudades con día, mes y año del asiento, para que en España conste; y si algunos quisieren acompañarme, determínense luégo, para que, sabido el número de los compañeros, se disponga la prevención para los medios.

Esta fue la sustancia de lo que dijo Benalcázar viendo la tibieza de los capitanes y soldados de Quesada en lo que más les convenía, y con sus palabras reconocieron el engaño en que vinierón los primeros conquistadores de Santa Marta, Venezuela y Cubagua, cuyas populosísimas provincias talaron, destruyeron y arruinaron, dando los indios por esclavos contra toda ley, y contentándose con el saco que hallaban a mano, no reparando en la fertilidad y abundancia de las tierras, donde si se hubieran conservado se vieran ciudades muy famosas, desorden que no puede referirse sin lástima de los corazones, así por el rigor y cruel-

dad con que acabaron tantas naciones como por la imprudencia con que a la corona de Castilla privaron de señoríos tan poderosos por la multitud de indios que en ellos había. Y como hubiera sucedido en el Nuevo Reino de Granada si la advertencia cuerda de Benalcázar no diera luz a sus conquistadores para asegurar sus propias conveniencias.

Considerado, pues, por el general Quesada cuánto le convenía poner en ejecución consejo tan saludable fundando ciudades que se perpetuasen con lustre en los siglos venideros, y más después de sabida la muerte del gobernador de Santa Marta, Lugo, por cuyo fin presumía sucederle en el puesto, y tanteadas bien las ciudades que podría fundar entre los indios más belicosos según el número de su gente, y determinado a continuar con más fineza la fundación de la de Santafé, dio traza a la disposición de las calles y solares, iglesias y plazas que parecían más convenientes a la ciudad que había de ser cabeza de aquel reino. Hízose nombramiento de regidores entrado el mes de abril, de los cuales fueron Antonio Bermúdez, encomendero que fue de Choachí y oficial real de Cartagena; Hernando de Rojas que ya nombramos, natural de Córdoba; Juan de San Martín, Lázaro Fonte, Juan de Céspedes y Antonio Díez Cardoso, marido de doña Felipa de Almeyda, de quienes fueron herederos y sucesores Luis Cardoso y doña Felipa de Almeyda, sus nietos, hijos de doña Marquesa Cardoso y de Juan Suárez Home, ascendientes de muchas nobles familias del reino; alguacil mayor fue Baltasar Maldonado, y por alcaldes de aquellas primeras elecciones salieron el capitán Jerónimo de Inza y Juan de Arévalo, personas de mucho lustre, y primer escribano de cabildo Juan Rodríguez de Benavides. Nombrado, pues, Cabildo, Justicia y Regimiento por los nuevos moradores y vecinos, dieron principio a labrar casas con más ostentación que las prime-

ras; y quien se adelantó a fabricarla de tapias fue Alonso de Olalla, padre que fue de Francisco de Olalla y del capitán Juan López de Herrera, doña Juana, doña Isabel, doña María y doña Ana de Olalla, ascendientes de muchos caballeros que hoy viven. Y el que hizo la primera casa de teja fue Pedro de Colmenares, padre del capitán Luis de Colmenares, sucesor suyo en las grandes poblaciones de Bosa y Soacha, que de presente goza don Nicolás Osorio, su nieto. Por cura beneficiado de aquella primera iglesia fue elegido el bachiller Juan Berdejo, que fue capellán de la gente de Venezuela, siendo por algún tiempo su coadjutor Fr. Vicente de Requejada, de la Orden de San Agustín, por haberse determinado a venir a Castilla Fr. Domingo de Las Casas, que tenía mejor derecho.

Y porque no será fuera de propósito ni de estilo referir aquí el crecimiento y estado a que ha llegado esta villa, que ganó título de ciudad en 27 de julio de 1540, y con decirlo por escrito se excusarán muchas preguntas que hacen los que de estos reinos pretenden pasar a aquéllos, es de advertir que como Santafé de Bogotá está a las faldas de dos montes por donde pendientemente extiende su población, tiene de longitud poco más de dos millas, y como una de latitud; sus calles son anchas, derechas y empedradas de presente todas con tal disposición, que ni en el invierno se ven lodos, ni fastidian polvos en el verano; sus edificios altos y bajos son costosos y bien labrados a lo moderno, de piedra, ladrillo, cal y teja, de suerte que no los exceden los de Castilla, no corriendo a comparación con los reales, ni de príncipes y señores poderosos, que en su fábrica prefieren generalmente a los que hay en las Indias; las casas son tan dilatadas en los sitios, que casi todas tienen espaciosos patios, jardines y huertas, sin mendigar los frutos y flores de las ajenas. Hermoséanla cuatro plazas y cinco puentes de arco sobre los dos ríos que la bañan, de San

Francisco y San Agustín, para la comunicación de unos barrios con otros, y el de San Francisco es tan provechoso a la ciudad, que, además del agua que reparte a muchas fuentes particulares, forma una acequia con que dentro del círculo de la población muelen ocho molinos.

Los vecinos españoles que la habitan, y cada día se aumentan, son más de tres mil al presente, y hasta diez mil indios, poblados los más en lo elevado de la ciudad que llaman Pueblo viejo, y en otro burgo que tiene al norte, y llaman Pueblonuevo. Fueran muchos más los vecinos españoles, si no fuera tan continuada la extracción que de ellos se hace para socorrer las plazas de Cartagena, Santa Marta, Mérida y la Guayana. Repártense los que la habitan, así españoles como indios, en tres parroquias, y en lo perteneciente a la Catedral, que viene a ser lo más granado y numeroso, y los que vulgarmente se llaman criollos son de vivos ingenios; hablan el idioma español con más pureza castellana que todos los demás de las Indias; inclínanse poco al estudio de las leyes y medicina, que sobresale en Lima y México, y mucho al de la sagrada teología, filosofía y letras humanas; extrémanse en la celebración ostentosa del culto divino, y en agasajar forasteros; son generalmente famosos hombres de a caballo, buenos toreadores y diestros en la esgrima y danza, y hacen pundonor de ajustar sus duelos en desafíos de uno a uno y dos a dos, sin intervención de armas de fuego. Las mujeres son generalmente hermosas, con buen aire y discretas con agudeza cortesana, especialmente las nobles, y exceden a los hombres en la puntualidad de no faltar a sus palabras.

La fábrica de la iglesia Catedral, que es hermosísima, tiene tres naves cuya techumbre carga sobre arcos y pilares gruesos de piedra blanca que dividen unas naves de otras, y la capilla mayor y bautisterio son obras vistosas y labradas a lo mosaico. Sobre el bautisterio se levanta una torre de

piedra bastantemente elevada para darle hermosura, a que se sube por un artificioso caracol, y para mayor majestad de la fábrica fórma por la parte que la principal de sus puertas mira a occidente, un altozano o cementerio, que sin afear la plaza mayor se extiende más de diez varas, con sus gradas repartidas en tres partes proporcionadas para subir al templo. Este edificio costearon los conquistadores de aquel reino, y quien lo sacó de cimientos y levantó fue D. Fr. Juan de los Barrios, su primer arzobispo, si bien por dejarlo cubierto de paja tuvo el Cabildo eclesiástico el mérito de cubrirlo de teja en sede vacante. Dedicose a la Concepción purísima de María Nuestra Señora; y por estar en él la cabeza de Santa Isabel, reina de Hungría, con que lo enriqueció D. Fr. Luis Zapata de Cárdenas, segundo arzobispo, es esta gloriosa santa patrona de todo el reino, por voto especial de las ciudades; y quien hizo el altozano y fortaleció los cimientos de la torre fue el doctor don Bernardino de Almansa, séptimo arzobispo, a quien imitó el celo del presidente don Diego de Egues y Beaumont, que la perfeccionó y acabó.

El coro está fabricado en el cuerpo de la iglesia, a la manera que lo tienen las catedrales de España; es labrado de muy buena sillería de nogal con embutidos de amarillo y blanco de finas maderas. Tiene dos órganos españoles, y el trascoro está cubierto todo de retablo dorado en que de buen pincel está pintada la vida de Nuestra Señora, ajustada a los blancos que dejan tres altares o nichos curiosos de entierros particulares. Otras capillas tiene de costosa obra: la más antigua de todas, dedicada a Santiago, patrono de España, la hizo el capitán Gonzalo Martín Zorro, dotándola de buenas rentas, de que al presente gozan sus descendientes. De las modernas, la de San Pedro es obra verdaderamente real: tiene bóveda interior con muchos sepulcros de piedra repartidos por nichos, que sirven a las difuntas cenizas de

hermandad tan ilustre como la que hizo toda la costa. Hay otra capilla a la mano derecha del altar mayor, dedicada a Santa Ursula, por la devoción de don Fernando Arias de Ugarte, auditor que fue del ejército de Aragón, que condujo don Alonso de Vargas, y oidor de Lima, después obispo de Quito, arzobispo de Santafé, Charcas y Lima, donde murió lleno de años y de virtudes. Fue este prelado natural de dicha ciudad de Santafé, hijo de Hernando Arias Torero y de doña Juana Pérez, que fue hija de Mariana del Postigo y de Hernán Pérez, uno de los primeros conquistadores de aquel reino.

En lo interior de la sacristía mayor, que es fábrica bien hermosa, hay capilla consagrada a Santa Catalina de Sena, con una memoria de misas, que tiene de fundación ochenta mil pesos de principal; sírvela el Cabildo eclesiástico, y dotola Simón de Sosa Soroa, natural de San Sebastián, en la provincia de Guipúzcoa, gobernador que fue de los muzos y colimas. A la mano izquierda, como se sale de la iglesia por la puerta que mira al mediodía, se encuentra con una curiosa fábrica que sirve de urna a los huesos de todos los fieles que se han enterrado en aquel templo, y tiene una buena capilla que llaman osario. Costeolo todo la piedad del licenciado don Cristóbal de Villa y Arellano, natural de Valladolid, deán que fue de dicha iglesia y varón singular en repartir en vida su hacienda en limosnas. Por esta capilla se forma el tránsito de la Catedral al Sagrario, templo que, aunque no está acabado, será maravilloso. Las demás capillas, repartidas en proporción, no tienen particulares fundadores, y entre todas es la más frecuentada de los fieles la de la imagen de Nuestra Señora del Topo, hoy aclamada del patrocinio, así por especial elección de su majestad, como por ser el refugio que hallan milagrosamente los hombres en sus necesidades.

Es esta iglesia la metropolitana de todo el reino, sigue la erección de Sevilla y tiene por sufra-

gáneas las de Cartagena, Santa Marta y Popayán. Su arzobispo tiene de jurisdicción, con cargo de visitarla, más de trescientas leguas de caminos ásperos, y de renta en los diezmos, una cantidad que no baja de veinte mil pesos, ni pasa de veintidós, sin la cuarta obvencional, que llega a seis mil pesos. La renta capitular, que viene a ser la cuarta parte de diezmos, como la arzobispal, se reparte en trece prebendas que tiene de presente la iglesia, llevando el deán a razón de quince, cuatro dignidades a razón de trece, la magistral y doctoral y cuatro canonjías con la suprimida, que se aplicó a la inquisición de Cartagena, a razón de diez, y dos raciones a razón de siete, sin las capellanías y manuales, que son muy considerables. Tiene para el servicio de la iglesia dos epistolarios o medios racioneros, maestro de capilla, mayordomo de la fábrica, pertiguero, contador y tesorero de las rentas decimales, con rentas señaladas de a quinientos pesos; seis capellanes de coro, apuntador y maestro de ceremonias, de a doscientos cincuenta, sin lo que se reparte en músicos, organistas y otros ministros, que es mucho.

Además de lo referido hay en la Catedral dos curas rectores, con renta muy corta en los diezmos, sin que haya alcanzado la razón para que oficios de tanta autoridad y trabajo gocen de fruto tan limitado. Y según se van aumentando las rentas, podrán acrecentarse más prebendas, hasta llenar el número de diez canonjías, que son las que pide la erección, pues no siendo más crecidos los frutos de la metropolitana de México, las tiene. Las parroquias (que como dijimos son tres) se reducen a la de Nuestra Señora de Las Nieves, cuyo templo fabricó de nuevo y cubrió de teja (habiéndose quemado el primero) Cristóbal Ortiz Bernal, de quien hemos hecho memoria. La de Santa Bárbara y la de San Victorino, que tiene inmediata a sí la casa de divorciadas y hospital de niños expósitos, con renta en los diezmos. Además

de las iglesias parroquiales, tiene sobre la cumbre del monte que domina la ciudad, por la parte de Las Nieves, un templo y convento dedicado a Nuestra Señora de Monserrate, donde algunos religiosos descalzos de San Agustín viven retirados. Y sobre la cumbre del monte que mira a la Catedral, otro templo de Nuestra Señora de Guadalupe; y en la ladera que media entre éste y la ciudad, hay una casa y ermita consagrada a Nuestra Señora de Egipto, donde la religión de La Merced ha dado principio a fundarse; y como los montes son limpios y tan altos que tienen más de media legua de subida, forman hermosa vista a los ojos, y son muy frecuentados de los devotos de María Santísima.

La religión de Santo Domingo, que fue la primera que en aquel reino promulgó el Evangelio, está fundada en el corazón de la ciudad y principal de sus calles, con hermoso templo y convento; tiene casa de recolección nuevamente erigida en la parroquia de Las Nieves, con advocación de Nuestra Señora de Las Aguas, cuya fábrica y conveniencias que de ella resultan, se deben a la devoción del licenciado Juan de Cotrina, sacerdote ejemplar y de mucha calidad, como el sitio del principal convento al capitán Juan de Penagos, señor de la casa de Estaños en las montañas de Burgos y de los primeros conquistadores del reino. La religión de San Francisco está en la parroquia de Las Nieves, a orillas del río de su nombre, junto al principal de sus puentes; la fábrica de su convento es de dos claustros, en que habitan de ordinario cien religiosos; su templo es antiguo, pero el adorno interior el mejor de las Indias. Tiene incorporado otro templo hermoso de la Santa Veracruz, y diole sus casas y sitio para todo el capitán Juan Muñoz de Collantes, y al éxito de la ciudad por la parte que se va a Tunja tiene otro convento de recoletos descalzos de San Diego, donde viven retirados ilustres varones de

aquella religión seráfica. La de los ermitaños de San Agustín se fundó en la parroquia de Santa Bárbara, tiene acabado su templo, lo fabricado es de muy costosa obra, con dos torres muy buenas; los descalzos de esta religión, que es provincia separada, están fundados tres cuadras más arriba de la Catedral y en el convento de Monserrate, como dijimos.

El colegio de la Compañía de Jesús, donde a porfía florecen virtud y letras, hace esquina con la plaza mayor; su fábrica de templo y casa es tan buena que no tengo noticia de otra mejor de su religión, no sólo en Indias, sino en Flandes, España y Francia (fuera del de Jesús de Roma); veneráranse allí cinco cuerpos enteros de los santos mártires Mauro, Fortunato, Dionisio, Euthimio y Anastasio. Tiene casa de noviciado aparte, en la calle mayor de la parroquia de Las Nieves, a quien el autor de este libro el año de 1662 donó el milagroso crucifijo que tenía y con que murió San Francisco de Borja. La religión de San Juan de Dios está fundada y tiene a su cargo el hospital general de San Pedro, incorporado en la misma cuadra que está la iglesia Catedral; y en los términos de su feligresía hay cuatro conventos de monjas, ilustrados con buenos templos y rentas. El más antiguo seminario de virtudes es el de la Concepción Purísima de María, Señora nuéstra, que fundó Luis López Ortiz, varón virtuoso y de muy conocida piedad. El de Santa Clara, fundación que fue del doctor don Fernando Arias de Ugarte, arzobispo de dicha ciudad, como dijimos. El de Carmelitas descalzas, que dotó en sus principios doña Elvira de Padilla y perfeccionó su majestad, aunque le hizo nueva iglesia y portería la devoción que tuvo a Santa Teresa Pedro de Arandia, hombre piadoso y limosnero. El de Santa Inés de Monte Policiano, que dotó y labró a sus expensas doña Antonia de Chávez, mujer que fue de Lope de Céspedes, heredero de la nobleza y ser-

vicios del capitán Juan de Céspedes, y cuyo hermoso templo ha fabricado y enriquecido la generosa humildad del maestro D. Fr. Juan de Arguinao, arzobispo que hoy es de aquel reino.

Hay tres colegios en dicha ciudad, el principal de todos es el Mayor de Nuestra Señora del Rosario, con los mismos privilegios que tiene el Mayor del arzobispo de Salamanca; fundolo el fervoroso celo del maestro D. Fr. Cristóbal de Torres, de la Orden de Predicadores, natural de Burgos. El seminario de San Bartolomé, que en virtud del decreto del Santo Concilio de Trento erigió el doctor don Bartolomé Lobo Guerrero, natural de Ronda en Andalucía, arzobispo que fue de aquel reino y de Lima, donde murió; concediole su majestad cuatro becas reales, en que prefieren los hijos de ministros. El Colegio de Santo Tomás, de religiosos de Santo Domingo, cuyo patrón y fundador fue el licenciado Gaspar Núñez, cura beneficiado de la parroquia de San Victorino; y en todos ellos como en los conventos de religiosos, florecen ventajosamente las letras de filosofía y teología, que son las ciencias a que más se aplican los que nacen debajo de aquel clima, como dijimos; y, finalmente, hay dentro de la ciudad más de doscientas ermitas, capillas y oratorios, que es la prueba más clara del religioso afecto de sus moradores.

En lo temporal se gobierna aquel reino por una Cancillería Real, que se compone de cinco plazas de oidores y alcaldes de corte, un fiscal y alguacil mayor, canciller y dos relatores, dos escribanos de cámara y mayores de gobernación y dos porteros, adonde ocurren todos los negocios de justicia y de quien es cabeza su presidente, gobernador y capitán general de aquel reino, con regalías y exenciones de virrey. Es la primera presidencia de las Indias y la de más reputación. Provee, en el ínterin que su majestad nombra en propiedad, los gobiernos de Cartagena, Popayán, Antioquia,

Mérida, Santa Marta y la Guayana y los dos corregimientos de Tunja y Mariquita. Además de los referidos provee, en propiedad, con cargo de ocurrir por confirmación al rey, los gobiernos y capitanías generales de la ciudad de Neiva, que fundó Diego Martínez de Ospina, hijo del maese de campo don Francisco Martínez de Ospina, natural de la provincia de Alava, y de doña María Cardoso; el de San Juan de los Llanos, que fundó Juan de Avellaneda; el de la ciudad de Caguán, que fundó Juan López de Herrera; el de las ciudades de Santiago de la Atalaya y San José de Cravo, que fundaron el capitan Pedro Daza y el gobernador don Adrián de Vargas; el de San Agustín de Cáceres, que fundó el capitán Domingo Fernández de Soto, natural de la villa del Cubo de la Bureba y abuelo del autor de este libro por línea paterna; mudó esta ciudad el nombre antiguo en el de San Martín del Puerto, que hoy tiene, por nueva fundación que hizo el gobernador Juan de Zárate; el gobierno de la ciudad de San Juan Girón, que fundó el capitán Pedro Mantilla de los Ríos, y el de San Justino de la provincia de los chinatos, que yace entre la ciudad de La Grita y Villa de San Cristóbal, que posee el capitán Antón de los Ríos, su primer fundador y natural de la ciudad de Utrera.

Además de los gobiernos referidos, nombra el presidente cinco alcaldes mayores, que son: el de Salazar de las Palmas, el de los coyaimas, el de las minas de esmeraldas de Muzo y los de las minas de oro de las vetas de Pamplona y de plata de Las Lajas y Bocaneme, que son los tres mejores y de más provechos. Los oficios de protector general de los indios y de administrador de los mitayos.

Diez y ocho corregimientos, los ocho en jurisdicción de Santafé y los diez en la de Tunja, sin otro que hay de los indios de Pamplona, de los cuales son los mejores por el orden que van es-

critos: los de Sogamoso, Turmequé, Zipaquirá, Guatavita, Ubaté, Sáchica, Chita y los panches. Acreciéntase a esto la provisión de las encomiendas que vacan y suelen ser muchas, respecto de haber más de setecientos pueblos de indios dentro de los términos del Nuevo Reino, y los más a provisión de su presidente y capitán general, sin otros cargos políticos y militares que da, y la presentación de todos los curatos y oficios eclesiásticos de su gobierno. Dase esta plaza por tiempo de ocho años, y tiene de sueldo seis mil pesos de ensayado, y a dos mil los oidores y fiscal de la audiencia. Comprende la jurisdicción de ésta (fuera de las ciudades, villas y lugares de las gobernaciones de Cartagena, Santa Marta, Mérida, Antioquia, Guayana y las demás que proveen de por vida los presidentes) las de Anserma y Arma, que fundó el mariscal Jorge Robledo en la provincia de Popayán, y otras once ciudades y tres villas en la jurisdicción de Santafé, que son Tunja, Vélez, Pamplona, Muzo, La Palma, fundada en la provincia de los colimas por don Antonio de Toledo; las tres ciudades de Mariquita, Ibagué y Tocaima; Salazar de Las Palmas, que pobló Alonso Rangel; Altagracia, en la provincia de los Sutagaos, que fundaron Pedro Ordóñez Ceballos (1), Juan López de Herrera y el capitán Soleto; las villas de Nuestra Señora de Leiva, San Cristóbal y las dos de San Bartolomé de Honda y de San Miguel, fundadas la primera en la provincia de los marquetones y la segunda en la de los panches.

El tribunal inmediato a la Real Audiencia es el de Mayor de Cuentas, a que están sujetos todos los oficiales de la Real Hacienda, que se comprenden dentro de la jurisdicción de dicha Audiencia

(1) El que escribió la otra titulada: "Historia y viaje del mundo: el clérigo agradecido." Lo ordenó en Santafé el P. Zapata, y da razón de las novedades de esta ciudad en aquel tiempo.

y de la gobernación de Popayán; compónese de tres contadores de cuentas, con los mismos honores y regalías que los oidores; un fiscal, que lo es de la Andiencia, y dos contadores de resultas, a quienes preside asimismo el presidente del reino; el salario de los contadores de cuentas es de a mil quinientos ducados, y el de los contadores de resultas de a setecientos. El tribunal de la Santa Cruzada consta de comisario general, que lo es una dignidad o canónigo, sin salario; el oidor más antiguo, el fiscal de la Audiencia y un contador mayor, exento de cualesquier jueces reales, y solamente sujeto al comisario general, con mil ducados de renta y asiento con los oidores; es el supremo del reino y uno de los tres de las Indias. El de bienes de difuntos se compone del oidor, que nombra el presidente, el fiscal de la audiencia y un contador nombrado por su majestad, con asiento como los demás, facultad de nombrar él solo los jueces de comisión que despacha su tribunal, y mil quinientos ducados de renta; tiene sala de audiencia aparte. Hay también tribunal de jueces oficiales que administran la real hacienda, como son: contador, tesorero y fator, con trescientos mil maravedises de salario cada uno; y las ejecuciones competen al alguacil mayor, por haber su majestad suprimido el de la caja real. Un contador de azogues y corregimientos, a quienes únicamente pertenece admitir las fianzas de ellos, tomar cuentas y hacer ejecuciones en lo tocante a su oficio, con sujeción al tribunal mayor de cuentas; tiene asiento con los demás contadores y de renta mil pesos. Y, finalmente, goza la ciudad de Santafé del título de muy noble y leal, por especial merced del rey Felipe II, en veintisiete de agosto de 1565, habiéndole dado antes por armas un águila negra en campo de oro, coronada del mismo metal, y en las garras de cada pie una granada roja asida del mástil, y por orla algunos ramos de granadas de oro en campo azul.

CAPITULO V

EL GENERAL QUESADA BAJA A CARTAGENA CON BENALCAZAR Y FREDERMAN, DEJANDO POR TENIENTE GENERAL DEL REINO A HERNAN PEREZ, SU HERMANO.—EMBARCANSE PARA CASTILLA LOS TRES GENERALES, Y LOS CAPITANES MARTIN GALEANO Y GONZALO SUAREZ FUNDAN LAS CIUDADES DE VELEZ Y TUNJA.

FUNDADA la villa de Santafé, como dijimos, y puestas ya en orden todas las cosas que miraban a su conservación en cuanto a repartir solares, tierras y encomiendas, según la calidad y servicios de los vecinos, en que entraron los capitanes y soldados de Frederman y Benalcázar, que eligieron quedarse a lograr méritos de conquistadores de aquel reino, determinaron que para premiar a los que no alcanzaron repartimiento en la jurisdicción de Santafé se fundasen otras dos ciudades, una de ellas a la falda del monte por donde entró Quesada en el reino, de quien eran confinantes las naciones y provincias de Chipatá, Sorocotá, Ubazá, Saboyá, Guanes y Muzos, a quien llamasen Vélez, para que por aquella parte, rompiendo la montaña de Opón por diferentes rutas, se procurase abrir camino al río grande de la Magdalena, porque para el trato y comercio de la costa parecía aquel rumbo el de menores inconvenientes, como lo es si se pusiera en práctica con el celo de atender al mayor alivio de los indios en la navegación. La otra ciudad en la jurisdicción y tierras de Quiminzaque, por ser aquel príncipe muy poderoso y convenir el tener a raya sus gentes, y que esta ciudad se llamase Tun-

ja, en memoria de Hunzahúa, que dio nombre a la provincia, para cuyo fin fueron elegidos por cabos dos caballeros cuerdos y sagaces, que el uno fue el alférez Martín Galeano, en quien el general Quesada deseaba hacer mucho por lo que estimaba el valor singular con que se había empleado en servicio del emperador, militando debajo de la mano del señor Antonio de Leiva, y el otro el capitán Gonzalo Suárez Rondón, que fue soldado del capitán don Luis de Avila en la toma de Pavía y sitio de Florencia, y uno de los españoles que entonces vencieron en batalla a los italianos que pretendían destruírlos, de donde, vueltos los dos a Castilla y graduados el uno de capitán y el otro de alférez, pasaron a Santa Marta y de allí al reino, donde se señalaron tanto en su conquista.

Dispuestas así las fundaciones de Vélez y Tunja, y despachados por Quesada los títulos como teniente general que se nombra en ellos del adelantado don Pedro Fernández de Lugo (por donde se desvanece el falso rumor que ha corrido de que en la entrada del reino dispuso cautelosamente que lo eligiesen por general por aclamación del campo, sin dependencia del adelantado, como dijimos en el capítulo tercero del cuarto libro), trataron luégo Frederman y Benalcázar de vender sus armas y caballos, como lo hicieron, de que cada uno hizo hasta treinta mil castellanos, por haberse pagado cada caballo a dos mil y algunos a tres, y a este respecto los demás géneros que llevaron, y luégo apretó Quesada en ejecutar su viaje a Castilla, que había dilatado en tanto que en el río de la Magdalena se labraban dos bergantines para bajar a la costa y disponer embarcación por el mar del norte; y así dispuestas todas las prevenciones para su partida, y deseoso de que las nuevas tierras y señoríos quedasen con la forma de un buen gobierno aseguradas, llamó a los capitanes, caballeros y soldados que con él habían entrado, y les dio cuenta de ella, asegurándoles

que su primer motivo era representarle a su majestad los señalados servicios que a su real corona habían hecho, con especial relación de cada uno, para que en atención de ella premiase sus méritos, como de su liberal mano debían esperar, disponiendo las cosas de aquel reino de suerte que los que en él quedasen tuviesen logro de sus trabajos. Dilatóse encargándoles la conformidad que debían tener con los soldados del Perú y Venezuela para estar seguros; y apartándose con los alcaldes y regidores empezó a discurrir sobre la elección de persona que como teniente suyo le sustituyese en ausencia, mientras el rey disponía lo más conveniente.

Ventilada la propuesta por la junta y reparando en que eran muchos los capitanes y caballeros que se hallaban dignos del puesto, y que de hacer elección de alguno en quien no concurriese calidad singular que lo diferenciase de todos, se daría ocasión a disgustos y enemistades, o porque es muy fácil de penetrar la inclinación del superior que propone, acordaron que nombrase al capitán Hernán Pérez de Quesada, su alguacil mayor, pues además de tener partes para el oficio, se reconciliaba el respeto de todos por hermano suyo, en cuya persona, representada la de su general, hallarían sobradas calidades para obedecerlo gustosos. Asentado esto, y como ya supiese Quesada la muerte del adelantado Lugo, aunque no constaba, pidió que le entregasen a él las partes que en las distribuciones le habían aplicado, diciendo que si era difunto, podía libremente el ejército, en quien recaía el derecho a ellas, darlas a quien fuese su voluntad; y así conformes todos renunciaron en él cualquiera que a ellas podían tener, que no poco embarazo y disgustos le ocasionó en la corte. Conseguida aquella pretensión, que fue de mucho interés para sus intentos, se fue un día a caza por disimular que nacía de él

la acción que dejaba comunicada a su hermano y a otros amigos suyos, de que propusiesen y rogasen a los capitanes y demás gente, que pues les era notoria la poca codicia con que había gobernado y el aprieto del viaje a Castilla, le ayudasen con algo de lo que cada cual tenía adquirido, que fue el último medio de que se valió para sus conveniencias; y fue tal el agrado que tenía ganado con su gente, que consiguió una buena ayuda de costa, aunque no todos cumplieron la oferta que hicieron al ruego. Y porque los capitanes Juan de San Martín y Antonio de Lebrija, que eran oficiales de la real hacienda, iban con Quesada a Castilla, habiendo nombrado otros en su lugar y recibido fianzas, les entregó la caja, sacando primero de ella once mil castellanos de oro y quinientas setenta y dos esmeraldas, algunas grandes y de mucho valor, de lo perteneciente a los quintos reales, para que el emperador viese la muestra de la riqueza de aquel reino.

No restándoles otra diligencia, partieron de la ciudad de Santafé a doce de mayo de este año de treinta y nueve los tres generales Quesada, Benalcázar y Frederman, conformes en pedir a su majestad la única resolución en sus diferencias y pretensión al gobierno del Nuevo Reino, y con ellos otros oficiales y soldados hasta el número de treinta, y entre ellos Pedro de Puelles, Pedro de Limpias, Jerónimo de Aguayo y Pedro Blasco, y siguiendo su viaje por el monte de Tena y tierras de Anapoima y Tocaima, se fueron a embarcar a Guataquí, pueblo de panches, que yace a orillas de aquella banda del río donde estaban a punto los dos bergantines, el uno para Quesada y Frederman y el otro para Benalcázar, y navegando hasta treinta leguas los hizo reparar el ruido de un raudal furioso (que al presente llaman el salto de Honda) y lo hace el río acanalado por la angostura que le dejan libres unas peñas. Pero arribando antes a tierra, y sacando la carga que condu-

jeron por la orilla hasta pasar el salto, fiaron los bergantines a las aguas y algunos buenos nadadores que los guiasen por el raudal, diligencia que se logró con mucho trabajo y peligro, aunque ya la experiencia de tan mal paso ha obligado a tener el puerto más abajo del salto, en frente de la villa que al presente hay fundada de San Bartolomé de Honda, con más de trescientos vecinos, donde se hace el comercio y con que se excusa este riesgo a los que navegan. Libres ya los bergantines y vuelta a su embarcación la gente, fueron prosiguiendo su navegación siempre con las armas en las manos, a causa de que los indios de aquellas costas no cesaban de perseguir los bajeles con sus canoas, obligando a cada paso a los españoles a ponerse en defensa para que no abordasen a los bajeles, si bien los bárbaros, atemorizados de las ballestas, se acercaban poco, remitiendo toda su hostilidad a una grita confusa, y al poco efecto que causaba la flechería en los bergantines. Este trabajo les duró doce días que gastaron en llegar a la boca del río que desagua en el mar del norte, y queriendo ir a Santa Marta (pretensión que les estuviera mal haberla logrado), corrienon tan fuertes las brisas que los llevaron a Cartagena, donde fueron bien recibidos del licenciado Santa Cruz, que allí era juez de residencia contra el adelantado don Pedro de Heredia, y contra el licenciado Juan de Badillo, primer juez, que lo suspendió del gobierno y lo remitió preso a estos reinos.

En Cartagena marcaron todo el oro que llevaban, y se detuvieron esperando ocasión de embarcarse en una nao que salió para Castilla a los ocho de julio. Por este tiempo y desde el año antecedente gobernaba en Santa Marta Jerónimo Lebrón de Quiñones, a quien la Audiencia de Santo Domingo proveyó por muerte del adelantado don Pedro Fernández de Lugo, que había dejado por su lugarteniente a Juan Ruiz de Orjuela, su maese

de campo, y no tuvo dicha de ver logrados sus gastos con el descubrimiento del Nuevo Reino; antes persuadido él y todos los de la costa a que habían perecido Quesada y su ejército en la trabajosa jornada que emprendieron, pues en tan dilatado espacio de tiempo no se había tenido noticia de ellos, y las que dio el licenciado Gallegos persuadían más a esta sospecha, combatido de penas, pobreza y melancolía, acabó sus días muriendo como buen cristiano por el mes de añosto del año de treinta y seis, con la opinión de haber gobernado con singular crédito. Fue caballero digno de eterna memoria, y a quien debe el Nuevo Reino de Granada toda la grandeza que goza, no debiéndole él más que siete pies de tierra en la ciudad de Santa Marta, y esos tan ocultos a la noticia, que hasta hoy se ignora el sitio en que lo enterraron. Era Jerónimo Lebrón hombre capaz de tratar negocios de más peso, y gobernaba sin buscar ocasión de alterar el curso ordinario con que corrían las conquistas de Santa Marta, teniendo siempre a raya la audacia de los tayronas y bondas, sin pasar a más que haber dispuesto corriese la tierra hasta el cabo de La Vela el capitán Alonso Martín, y que después el capitán Luis de Manjarrés, con Antón Pérez de Lara, Juan de Angulo, Hernando de Santa Ana, Melchor de Loranca y otros, hasta cuarenta, fuese a descubrir, como lo hizo, los valles de Pestegua y Guicagare; y lo que fue más, a que abriese camino por tierra desde Santa Marta a Cartagena, siguiéndolo por la costa del mar hasta la Ciénaga, atravesando su boca, y de allí por la isla del Caimán hasta esguazar la otra boca, que llaman de Salamanca, desde donde por otra isla mayor que hacen el mar y el río grande, venciendo tantas malezas y atolladeros como encuentros tuvo con los indios isleños, consiguió hallar camino hasta las barrancas del río grande, que hacen frente al pueblo de Malambó, de la provincia de Cartagena, aunque poco después se dejó de todo punto por haber fa-

cilitado más el mismo capitán Manjarrés el que hoy se hace por la Ciénaga en embarcaciones.

Habiendo llegado, empero, a Cartagena, los tres generales cargados de oro y esmeraldas, y vestidos de aquellas telas de algodón extrañas a las naciones de la costa, y empezádose a divulgar la fama de su riqueza con voces, que adelantaba la ponderación a la verdad, que decían los tres generales, y siendo Jerónimo Lebrón de los primeros que tuvieron la noticia, y sabiendo que el Nuevo Reino se había descubierto por el gobernador de Santa Marta, a quien había sucedido (sin discurrir que fue merced particular separada del gobierno, en virtud de capitulaciones), determinó subir a él personalmente como tal gobernador, a quien pertenecía regirlo. Tanta era la ambición, y tal es la ceguedad con que algunos ministros han procedido en las Indias. Sabidos por Quesada los intentos de Jerónimo Lebrón, que mal pudieron ocultársele donde no faltan hombres inclinados a cumplir con ambas partes, por más contrarias que sean, hizo luégo las protestas y requerimientos que le parecieron convenir, disponiendo con los parciales que tenía en Santa Marta, que se los notificasen o hiciesen saber con cualquier arte al gobernador, para que no intentase subir al reino ni se moviese a ejecución tan peligrosa con los fundamentos flacos que podía alegar para disculpa de su desacierto; y porque en el Nuevo Reino no habían de recibirle ni obedecerle, por ser aquellas provincias distintas y separadas de la gobernación de Santa Marta, como parecía de los despachos que el mismo Lebrón tenía, en los cuales le nombraban gobernador, restringiéndole el título a sola la jurisdicción de Santa Marta, sin hacer relación de las provincias y reinos que desde allí, como escala de la tierra firme, se conquistasen; mas no haciendo caso de sus protestas, Jerónimo Lebrón dispuso con más veras su jornada al Nuevo Reino, y apremiado del tiempo Quesa-

da, con testimonios de la contradicción y otras diligencias hechas, partió para Castilla. Baste esto por ahora, mientras volvemos a referir lo que pasaba en Vélez y Tunja.

Con la orden que tenía el capitán Martín Galeano del general Quesada, salió de la ciudad de Santafé inmediatamente, y encaminándose al septentrión, dentro de seis días dio vista a la gran población de Tinjacá, fundada a las orillas de la laguna de Siguasinza, que vulgarmente llaman de Fúquene, de que hicimos memoria en el primer libro, y porque en todas las villas y lugares del contorno de Tinjacá había primorosos artífices de vasos y figuras de barro, fueron llamados de los españoles los pueblos de los olleros. De allí, tomado algún refresco, atravesaron por las pedregosas jurisdicciones de Suta, Sorocotá y Turca, hasta llegar a las barrancas altas de la quebrada honda, asiento conocido en los términos de Ubazá desde la entrada de los primeros españoles y sitio muy cercano al río de Suárez; y habiendo elegido una campiña rasa, que pareció la más acomodada para poblarse, trazaron la ciudad, que fue la segunda que se fundó por la gente de Quesada, en tres de junio del año en que vamos de treinta y nueve, a quien llamaron Vélez a contemplación de su general, con términos bien dilatados de muchas provincias que en aquellos tiempos abundaban de infinidad de bárbaros, y puestos los primeros fundamentos trataron de dilatar la población cuanto pudiesen, en fe de que las muestras y riqueza de la tierra daban esperanzas grandes de aumentarse más en lo venidero; y así, mirando a este fin, hicieron la elección del regimiento en personas calificadas, que fueron Baltasar Moratín, Diego de Huete, Antonio Pérez, Marcos Fernández, Juan de Prado, Francisco Fernández, y para alguacil mayor Miguel Seco Moyano, y para escribano Pedro de Salazar. Nombrado regimiento, procedieron a elegir alcaldes, y fueron los prime-

ros Juan Gascón y Juan Alonso de la Torre, padre que fue de Lorenzo Martín de Benavides, cura beneficiado de dicha ciudad de Vélez. Pero duró poco esta primera fundación, porque, reconociendo después que más adelante, pasado el río de Suárez, muy cerca de la montaña, en la provincia de los chipataes, treinta leguas al norte de Santafé, había disposición donde con más comodidades podían poblarse, de común sentir de todos mudaron allí la ciudad a catorce de septiembre, y en el sitio señalado a la iglesia parroquial exaltaron la cruz santísima, por cuya causa permanece hasta hoy el templo que le dedicaron; repartieron solares por cuadras, según el número de los vecinos, y con ayuda de los indios cargueros y de los que se agregaron de paz, hicieron casas de paja en que alojarse, en tanto que disponía el tiempo que con propios vasallos las edificasen más suntuosas. Erigiose hospital y fundáronse después conventos de Santo Domingo y San Francisco; mas esta ciudad, que tan buenas esperanzas dio de su crecimiento, por varios accidentes de fortuna y falta de naturales, apenas conserva hoy doscientos vecinos. Gobiérnala el corregidor de Tunja, que también lo es de los indios que llaman del rincón de Vélez, y fúndase su comercio en el trato de conservas y azúcar, de que es muy abundante, como en los demás géneros que proceden del beneficio del algodón.

Por otra parte, el capitán Gonzalo Suárez Rondón, a quien se le había encomendado la fundación de otra ciudad en las provincias de Tunja, a que le instó con segundo despacho Hernán Pérez de Quesada, salió de Santafé treinta días después que se fundó Vélez, y bien prevenido de gente de la más granada de los tres campos, se condujo a la corte de Quiminzaque, de cuyo sitio y calidades dimos bastantes noticias en el capítulo sexto del segundo libro, y pareciéndole el más a propósito para el intento, por la elección que de él tenían hecha los naturales (aunque a siete leguas

lo había mejor en Bonza), lo eligió para asiento de la nueva ciudad que llamó Tunja, como le estaba ordenado; fundose a seis de agosto, día de la Transfiguración de Cristo Nuestro Señor, y destinado para exaltación de su santísimo nombre y fe católica, por haberse puesto en él un año antes los primeros fundamentos a la ciudad de Santafé, antes que Benalcázar entrara en el reino. Procediose luégo a elegir regidores, que lo fueron el capitán Gómez del Corral, el capitán Juan del Junco, Hernán Venegas Carrillo, Juan de Salcedo, Diego de Segura, Pedro de Colmenares, Fernando de Escalante, alguacil mayor, Antonio Bermúdez y Francisco Rodríguez, y el escribano de Cabildo fue Domingo de Aguirre, de quienes salieron nombrados por primeros alcaldes Jorge de Olmeda y el capitán Juan de Pineda, hombres todos escogidos por el dictamen de Gonzalo Suárez, cabo de la gente, y cuyo nieto, don Juan Suárez de Figueroa, vive de presente sin premio alguno que acuerde las hazañas del abuelo.

Hechas, pues, todas las diligencias en obediencia de los reyes de Castilla y trazada la ciudad con buen orden, como las tierras sujetas a Quiminzaque mostraban gran fertilidad y el saco de su palacio había puesto a los españoles en grandes esperanzas de riqueza de las provincias, a que se añadía la multitud de indios que las habitaban, se avecindaron en ella muchos caballeros de los más ilustres que entraron en el reino con Quesada, Frederman y Benalcázar, juzgando que aquella nueva ciudad había de ir en tanto crecimiento que fuese el emporio del Nuevo Reino; y vista la facilidad con que la tierra ofrecía materias para edificios, malcontentos de las casas que hallaron y en que habitaban desde el principio de la fundación, lo dieron a nuevas fábricas tan costosas y bien labradas, que son de las mejores de Indias; y con aquella vanidad que obliga a los hombres a eternizar su fama en la posteridad, sembraron las portadas de costosos escudos de armas de que

al presente se ven muchos de las ilustres familias que la habitan.

Pero esta ciudad que dio señales de ser la mayor del reino, ya sea por la sequedad y frío, ya por la falta que padece de agua y leña, o porque los comercios se hacen con más comodidad en Santafé y en las demás tierras vecinas al río grande, que es la garganta por donde se comunican los frutos de aquel reino y el de Quito a Castilla y los de Castilla a aquellas partes de Indias, ha llegado a tal disminución, que apenas se conservan en ella quinientos vecinos. Divídese en tres parroquias, la principal de Santiago, su patrón, con buen templo y de mejor portada; y las de Santa Bárbara y Nuestra Señora de Las Nieves. Tiene tres ermitas, la de San Laurián a la entrada de la ciudad, como se va de Santafé; la de Santa Lucía y Nuestra Señora de Chiquinquirá, fundada en lo alto de la Loma de los Ahorcados y pertenecientes a la parroquia de Santa Bárbara. En la iglesia de Santiago hay una capilla de costosa fábrica, rica de ornamentos y dotada de buenas rentas para los capellanes y patrón, que fue fundación de Pedro Ruiz García, encomendero de Toca, padre de Antonio Ruiz y abuelo de doña Isabel Ruiz Lanchero, que casó de primer matrimonio con Francisco Suárez de Villena, corregidor de Tunja y natural de Ocaña, en La Mancha, y de segundo matrimonio con el general don Fulgencio de Meneses, natural de Talavera de la Reina, dejando de uno y otro matrimonio ilustres familias en estos reinos de Castilla.

Dijimos la falta de agua y leña que padece la ciudad, inconveniente grande que no le ocurrió a Gonzalo Suárez siendo tan patente, que para tener leña es necesario conducirla de más de ocho leguas de distancia, aunque la cantidad de indios que asisten a este ministerio disimula su falta. Pero en la del agua es mayor el trabajo, pues la más cercana que goza se coge de dos fuentes que llaman la chica y la grande, bien apartadas de los

burgos de la ciudad, y como ésta se fundó en alto y las fuentes están en lo más bajo, son menester caballos y asnos para conducirla, con daño general de la gente pobre, que es mucha. Y aunque algunos años después, en el de quinientos y ochenta, siendo corregidor Juan de Zárate Chacón, labró en la plaza mayor una fuente con agua encañada por la loma de los ahorcados, que había dispuesto mucho antes Juan Quiralte, soldado ingenioso, sin haber tenido logro de su trabajo, duró poco tiempo aquel beneficio común por descuido de los ministros reales que le sucedieron, aunque me acuerdo haber visto correr la fuente por el año de 1642, siendo corregidor don Antonio de Silva y Mendoza, natural de Jerez de los Caballeros, si bien duró poco también este alivio a sus vecinos, hasta que de presente el corregidor don Juan Baptista de Valdés la ha puesto corriente.

Están fundadas las religiones de Santo Domingo, San Francisco, San Agustín, la Compañía de Jesús y San Juan de Dios, con buenos templos; y el de la Compañía con una media naranja y crucero, a imitación del Colegio Imperial de Madrid, aunque el cuerpo de la iglesia está por hacer. Hay dos conventos de religiosas, el de la Concepción de Nuestra Señora, erigido el año de noventa y nueve por el arzobispo don Bartolomé Lobo Guerrero y fundado por doña Beatriz y doña Catalina de los Ríos y doña María su sobrina; y el antiguo y real de Santa Clara, donde ordinariamente hay más de cien monjas de velo negro; y ya sea porque las cortas haciendas de sus vecinos no basten para dotar las hijas conforme a su calidad, ya por la oposición que tienen unas familias con otras, y lo más cierto por la inclinación y devoción que se tiene a seminario tan copioso de virtudes, son tantas las doncellas ilustres dedicadas a él, que discurren algunos curiosos ser ésta una de las causas que dichosamente tiene la ciudad de Tunja para su declinación. Fundáronla el año de sesenta y tres Francisco Salguero y Juana Macías, su mujer,

que fue la primera monja, que profesó en manos de Fr. Sebastián de Ocando, guardián del convento de San Francisco de aquella ciudad, con su compañera Juana de la Cruz, a quien siguieron cuatro hermanas suyas, Ana, Catalina, Isabel y Brígida, llamada como su madre, y todas cinco hijas de Gonzalo García, vecino que fue de Vélez y después de Tunja.

Tiene la ciudad buenas casas de Cabildo y gobiérnase en lo temporal por un corregidor y justicia mayor nombrado por su majestad por cinco años, con el salario de dos mil pesos. Tiene sujetas a su gobierno las ciudades de Muzo, Vélez, Pamplona y la Villa de Leiva, donde el regimiento de Tunja pone alcaldes como en Chiquinquirá, poblado al presente de indios y españoles en los confines y fronteras de Saboyá y Muzo, a causa de la frecuencia con que acuden allí de todas las partes del Perú y Nuevo Reino a visitar el templo de la Madre de Dios que en él hay, donde se venera un milagroso retrato suyo que en un pajar halló maltratado de las injurias del tiempo María Ramos, mujer virtuosa y natural de Guadalcanal, aunque milagrosamente ha vuelto a su primer ser la pintura, sanándose las roturas del lienzo, que colocado en lugar más decente obra tantas maravillas que de ellas se podrán escribir libros enteros, no siendo el menor de sus prodigios haberse mudado con su asistencia el temperamento, de suerte que, siendo antes lugar de nieblas, como lo significa el nombre de Chiquinquirá, y tan frío que se tenía por inhabitable, al presente goza del claro cielo y buen temple en que se mira la suntuosidad de la fábrica del templo de esta Señora y la riqueza interior, pues, además de los ornamentos, blandones y lámparas que tiene de gran precio, todo él está hecho una ascua de oro, y a cargo de la religión de Santo Domingo, que para asistir a su culto ha labrado claustro y convento de igual grandeza.

Debajo del altar mayor, en que está colocada la

imagen, hay una pequeña bóveda en que se ve una fuentecilla de agua milagrosa para todas las dolencias, y ella, y la tierra que de allí se saca, son tan obradoras de prodigios por influjo de quien las secunda, que son infinitos los milagros que con ambas se experimentan; y en el que más se repara es que habiéndose sacado de aquella bovedilla tanta tierra, que fuera bastante para levantar montes de ella, apenas se halla la concavidad que pudieran dejar catorce o diez y seis arrobas. Fuera de este milagroso santuario hay en la jurisdicción de la ciudad de Vélez, a cargo de la misma religión, el del Santo Ecce Homo, de quien se dice haberlo pintado San Lucas: causa temor afectuoso el mirarle; llevolo al reino Juan de Mayorga, uno de los que se hallaron en el saco de Roma, donde lo hubo. En los términos de Ráquira hay otro religioso y antiguo convento de agustinos descalzos, que con doctrina y ejemplo ha criado singulares varones dedicados a la veneración de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de La Candelaria, que pintó Francisco del Pozo Milanés, a devoción de Domingo de Anaya y Francisco Rodríguez, ermitaños de los que moraban en aquel sitio antes que se consagrase en convento. La imagen de Nuestra Señora del pueblo de Monguí se venera también y frecuenta por los muchos milagros que hace en la jurisdicción de Tunja; pintola de su mano, según la común tradición, nuestro máximo emperador Carlos V, y por ser aquel pueblo el primero que del reino se puso en su real corona, lo dotó de un rico ornamento y de aquella milagrosa pintura tan celebrada por sus prodigios.

CAPITULO VI

JERONIMO LEBRON FORMA EJERCITO Y ARMADA; SALE DE SANTA MARTA PARA EL REINO.—ALONSO MARTIN PELEA EN EL RIO CON LA ARMADA DE MOMPOX, SAQUEA A TAMALAMEQUE Y OCUPA UNA ISLA POR FUERZA DE ARMAS, DONDE HALLA CANTIDAD DE ORO BAJO.

EL gobernador Jerónimo Lebrón, hallándose firme en su propósito de subir al Nuevo Reino, como tenía resuelto antes de la partida de Quesada a los reinos de España, hacía todas las prevenciones necesarias para la entrada: disponía armas, municiones y víveres para los soldados; solicitaba gente de todas partes y labraba bergantines para la armada, que por el río grande había de convoyar al ejército de tierra, y juntos ya trescientos soldados viejos, cien caballos y tres bestias de carga, puso a punto siete bajeles bien artillados, que siguieron el mismo rumbo que llevó la armada del licenciado Gallegos; y porque sabía que la gente del reino carecía de vino y pan en tanto grado, que por falta de aquellos géneros no se celebraba el santo sacrificio de la misa, cargó los bergantines de buena cantidad de vino y harina y ropa de Castilla, y fue tan curioso, que dentro de los sacos de harina se previno de trigo y otras semillas, que después no extrañaron las tierras de Santafé y Tunja. Y porque el camino de tierra que había de seguir el ejército estaba sujeto a invasiones, malos pasos y trabajos inçomportables para las mujeres, y el de los bergantines por agua sería menos molesto a su flaqueza, embarcó en ellos las primeras españo-

las que pasaron de la costa al Nuevo Reino, de quienes hay generosas descendencias y de cuyos nombres faltan noticias, aunque de ellas fueron Isabel Romero, casada con Francisco Lorenzo, y María Romero, su hija, que fue mujer de Lope de Rioja, y por haber muerto Francisco Lorenzo casó después la Isabel Romero con el capitán Juan de Céspedes, de quien ya tenía por hijo a Antonio de Céspedes y después tuvo a Lope, que sucedió en el repartimiento de indios del padre. También subió entonces Catalina de Quintanilla, mujer que fue de Francisco Gómez de Feria, a quien acompañó Leonor Gómez, casada con Alfonso Díaz, encomendero que fue de la Serrezuela.

Dispuestas, pues, todas las cosas para la jornada, nombró Jerónimo Lebrón por su teniente general a Ortún Velásquez de Velasco, caballero ejercitado en las guerras de Italia y de Alemania desde edad de quince años, donde se halló en la de Viena contra el turco, en la del río Albis contra el duque de Sajonia, y en el infeliz saco de Roma ejecutado contra la voluntad del César por la desobediencia del ejército imperial y mala estrella de Borbón; éste fue vecino después de la ciudad de Pamplona, y de él descienden los Velásquez de Velasco que hay en ella, y los Salazares, señores de Sáchica en la Villa de Leiva. Por cabo de la armada, que constaba de siete bergantines y tres canoas de indios amigos, que confinaban con Malambó, fue nombrado el capitán Alonso Martín, uno de los caudillos más experimentados en las guerras de Santa Marta, a quien obedecían cien arcabuceros y ballesteros que iban embarcados, y dos caciques que gobernaban las canoas, llamado el uno de ellos Malabú, de donde tomaron la denominación los indios malabúes; y el otro Melo, que, aficionado al portugués Jerónimo de Melo, que había entrado por aquel río, se puso su apellido por nombre. Maese de campo fue Jerónimo de Aguayo, que había vuelto a la costa, y el primero

que sembró trigo en el Nuevo Reino, y de la cosecha repartió entre los vecinos, de que ha resultado la abundancia que se experimenta, y el primero que fabricó molino fue el tesorero Pedro Briceño, capitán antiguo y señalado, de que se siguió ser Elvira Gutiérrez, mujer del capitán Juan de Montalvo, la primera mujer que amasó pan. Por capitanes del ejército fueron elegidos Luis de Manjarrés, de cuyas hazañas diremos algo, y cuya ilustre descendencia se conserva en la gobernación de Santa Marta; Gregorio Suárez de Deza, natural de Galicia y señor de la villa de Tebra, padre que fue del capitán Alvaro Suárez, doña Isabel, doña Catalina y doña Leonor, que casó con Juan de Novoa Sotelo; Juan Ruiz de Orjuela, de quien hemos tratado, y casó después en Santafé con Catalina López, y tuvo en ella siete hijos varones: Esteban, el mayor, Juan, Pedro y Andrés, seculares, y los tres restantes sacerdotes, y de tan gallarda y robusta disposición como el padre todos siete. Capitán de macheteros fue Pedro Millán, de los antiguos conquistadores de Santa Marta, y por cabo de escuadra de Guzmanes otro conquistador antiguo, que lo fue Diego Paredes Calvo, y vivió tantos años que, consumida la naturaleza del curso del mucho tiempo, murió sin otro accidente, que son los oficiales de quienes he podido adquirir noticias.

Y por seguir el estilo de hacer lista de las personas que en las primeras jornadas entraron al Nuevo Reino, diré las que ocurren a la memoria, y siguieron a Jerónimo Lebrón: don Pedro García Matamoros, maestro de escuela de Santa Marta y primer provisor de Santafé; Diego García Matamoros, su hermano o primo hermano; Francisco Melgarejo, después casado con doña Isabel de Leguízamo; Hernando de Santa Ana y Antonio de Santa Ana, encomendero de Chiquinquirá y marido de Catalina García de Irlos; Juan Barrero de Cárdenas; Diego Rincón, hombre de méritos

y experiencia por haber acompañado al general Quesada sirviéndole de guía hasta el pueblo de La Tora, de donde volvió a la costa y repitió la entrada en esta compañía, fue señor de Busbanzá y marido de doña Luisa de Porras; Pedro García Ruiz, vecino que fue de la ciudad de Tunja, de quien hicimos memoria en la fundación de esta ciudad; Diego García Pacheco, de los primeros conquistadores de Santa Marta, que casó con doña Francisca de Carvajal y tuvo por hijos a Pedro Pacheco y Alonso de Carvajal, que nos darán materia sensible a la historia; Juan de Angulo, vecino que fue de Vélez y marido de Isabel Juan de Royo, donde dejó noble descendencia; Juan Martínez de Angulo y Campo, natural de las montañas de Burgos, que casó asimismo en la ciudad de Vélez con María Cadera, con sucesión ilustre; Pedro Niño, que de primer matrimonio fue casado con doña Ana de Velasco, y después con doña Elvira Zambrana, hija del capitán Bartolomé Camacho, en quien tuvo por hijos al capitán Pedro Niño, que le sucedió en los pueblos de Morcote y Boavita, y a doña Elvira, mujer que fue del capitán don Jerónimo Donato de Rojas, señor de Firavitoba y originario de Antequera, donde tenía mayorazgo.

Además de los referidos, iban con Jerónimo Lebrón, Lorenzo Martín, aquel capitán y famoso poeta, que después por fines del año de cuarenta y cuatro o por el de cuarenta y cinco dio principio al primer asiento de la ciudad de Tamalameque; el capitán Morán, que desde el reino pasó a Chile, donde, con elegante estilo lo celebra don Alonso de Ercilla en su "Araucana"; Antón Pérez de Lara y otro Antón Pérez, portugués de nación; Pedro Téllez; Juan de Moscoso; Juan de Vivas; Francisco Muñoz; Alonso Pérez; Pedro Carrasco; Sancho Vizcaíno; Pedro Machetero; Gonzalo de Oyón, hermano del tirano Alvaro de Oyón, que se rebeló en la gobernación de Popayán; Gonzalo de

León, natural de Badajoz, encomendero que fue de Simijaca y marido de doña Luisa Venero, viuda de Francisco Gutiérrez de Murcia, progenitores de muy nobles familias; Hurtado; San Millán; Peñaranda; Alonso Vicente; Cristóbal Roldán, natural de Utrera; Juan de Tolosa, que se avecindó en Vélez; Juan Vicente, en la misma ciudad; otro Alonso Martín, criado en Santa Marta, que servía de intérprete para los indios y españoles; Diego Hermoso; Andrés de Valenzuela; Pedro Estévez, vecino que fue de Vélez; Palomares; Pedro Mateos y Pedro de Miranda, en Vélez; Andrés Martín, que se avecindó en Santafé; Ambrosio del Campo y Antonio Portillo, en Tocaima; Hernando de Mora, en la misma ciudad; Gaspar Delgadillo; Juan de Gamboa, que se avecindó en Vélez; Diego de Partearroyo y Francisco Alvarez de Acevedo y Francisco Hernández Hermoso, en Tunja; Francisco Lorenzo, en Santafé; Francisco de Chinchilla, en Tunja; Juan Alonso, en Santafé; Lázaro López de Salazar, encomendero que fue de Motavita; Gaspar Rodríguez, que habiendo servido cuatro años en el puerto de Nombre de Dios, volvió a Castilla y a la isla de Tenerife, de donde pasó a Santa Marta con el adelantado don Pedro Fernández de Lugo y de allí en esta ocasión a Vélez, donde casó con Isabel Galeano; Miguel de Oviedo, vecino que fue de Ibagué; Pedro de Ardila y Lorenzo Martín de Benavides, en Vélez, con otros.

Uno de los soldados del ejército de tierra era Pedro Blasco Martín Labrador, basto en el lenguaje pero valeroso en sus hechos, natural de Cabeza del Buey en el maestrazgo de Santiago, de quien da larga noticia Castellanos, y refiere que era mediano de cuerpo, airoso, de buen rostro y bien amasado de proporciones; fue caudillo diestro y excelente, y de los de Santa Marta uno de los más antiguos y tal, que pocos o ninguno se le adelantó en las disposiciones de la guerra, y en penetrar los engaños que so color de paz usaban

los indios. Era hombre singular en tantear y demarcar los sitios y en elegir sendas que lo condujesen a ellos, ya fuese por tierra llana, ya por montañas ásperas en tal grado, que no discrepaba un solo paso en el rumbo que seguía de la demarcación que había hecho y de los caminos que otra vez había visto, aunque hubiese intervenido mucha distancia de tiempos. Aconteciole acerca de esto que, caminando un día por los confines de Tamalameque, que son de tierras abarzaladas, dijo: "diez años, antes más que menos, ha que corriendo por esta derecera tras un venado, porque los hay buenos, se me quebró la ación de una estribera entre estas matas, y se me cayó entre ellas. Y caminando algunos pasos más adelante, prosiguió: "Y veisla aquí, qué buen termeño tengo"; que era la voz de que usaba para decir tino. Alzola del suelo, y estaba de suerte con el tiempo que no fue de provecho; pero sí de admiración para los circunstantes.

Era tan diestro, mañoso y valiente con la espada y con la lanza, que ni los jinetes ni los infantes le excedían. Sus hechos admirables en las guerras, si cayeran en persona de más autoridad, fueran dignos de referirlos mejor pluma que la mía; y si me detengo en ellos más de lo que acostumbro, es por que no me acuse la razón de que me pago más de la nobleza heredada que de la virtud adquirida, aunque juzgo que ninguna le faltó a este caudillo, porque si bastó ser de los godos que conquistaron a España para ser nobles ellos y sus descendientes, ¿por qué no bastará para ilustrarse ser de los primeros conquistadores de Indias, siendo éstos del mismo o mejor origen que los godos? Fue, además de lo referido, Blasco Martín, hombre tan dichoso en batallas y encuentros, que habiendo sido muchísimos en los que se halló, jamás salió herido y siempre victorioso, como se refiere del coronel Mondragón en la historia de Flandes; y señalose en el que tuvieron mucho

después los españoles con los guanes, nación noble y belicosa. Era virtuoso, y de tan sana intención y humilde, que sufría sin airarse los menosprecios que de su persona hacían algunos soldados imprudentes que pretendían excederle por el esplendor de la sangre, cuando no le igualaban en la fortaleza del ánimo; esta es la condición de los que quieren apropiar a sus vicios la veneración y nobleza que se debió a la virtud de sus antepasados.

Así procedía Blasco Martín, bien quisto con los que no envidian nada; y en una jornada después de ésta, que el capitán Melgarejo iba convoyando unas vacas al Nuevo Reino, donde servía de guía el Blasco Martín, sucedió que estando en su rancho quieto y ocupado en hacer unas alpargatas (calzado de que usan los más poderosos en los descubrimientos), se llegó a él, colérico, Antón García, mancebo soberbio y acreditado con todos de valiente, y sobre algunos chismes en que Blasco Martín no tenía culpa, lo trató mal, de palabra, sin respeto a sus canas, que eran muchas; pero él, cuerdamente, le dijo por dos o tres veces lo dejase y se fuese con Dios, razones que en vez de mitigarlo encendieron más a su contrario, pues no contento de las injurias dichas, puso mano a la espada para maltratarlo de obra, a que no pudo resistir ya la ira de Blasco Martín, y así, dando un salto afuera, con la ligereza que tuvo en sus primeros años, sacó un puñal, que siempre traía en la cinta, y tan buena maña se supo dar con él, que a pocos lances del combate mató a Antón García. Quisiérale prender el cabo, mas él, ganando la montaña, se engolfó en ella, y sin más socorro que el del cielo y su industria, caminó más de cien leguas hasta llegar al Nuevo Reino, cosa que parece imposible, considerados los peligros de malos pasos, indios de guerra, hombres y animales feroces, que son tales, que no hay memoria capaz de referirlos. Pero al fin escapó de todos, y ha-

biéndose presentado y seguido pleito en tela de juicio, salió libre de la culpa del homicidio que le imputaban, y vuelto al Valle de Upar, donde por sus servicios le habían dado un mediano repartimiento de indios, vivió muchos años, y cargado de méritos dignos de mejor fortuna, murió como bueno y católico cristiano.

Dispuesto, pues, el ejército, en la forma que se ha dicho, salieron de Santa Marta, en demanda del Nuevo Reino, Jerónimo Lebrón por tierra, siguiendo los pasos del general Quesada, y Alonso Martín guiando su armada a la boca del río grande de la Magdalena. Pero fueron tan recios los oleajes del río que hace al romper las aguas del océano, que necesitaron a los bergantines a que se alijasen de muchas cosas para escapar del riesgo, y se hallaron forzados a no poder todos seguir una misma ruta, pues divididos con el temporal subieron los unos por el río y los otros volvieron a la ciénaga para entrar por ella y la boca de Pestague al río grande, por ser aquélla la parte por donde le comunica sus aguas y cae en frente de las barrancas de Malambó; mas de tanta estrechez y malos pasos respecto de haberse de hacer por la angostura que forman los muchos manglares que allí hay, y el riesgo que causan las raíces y maderos que se ocultan en la canal o caño, que a cada paso encallaban los bergantines, y se perdieran, sin duda, si de esta dificultad y otras no los sacara la buena maña de cierto vizcaíno llamado Sancho, tan diestro y atrevido buzo, que sin temor de los caimanes, que eran muchos, se entraba debajo del agua, cortaba y apartaba los tropiezos, hasta que, libres los bajeles, salieron a la madre del río.

Allí hallaron el resto de la armada que los esperaba, y juntos dieron principio a su navegación, ayudados de velas y remos, y en las partes menos fondeables de palancas, que viene a ser el instrumento de más provecho y menos trabajo, hasta que dieron vista al asiento alto y bien conocido,

donde pocos días después el licenciado Santa Cruz (pensando que por aquella banda de Cartagena podría encontrar reinos iguales a los que halló Quesada) dispuso la fundación de la villa de Mompox. Llegados a este sitio, recibieron la armada con buen semblante tres caciques principales de la tierra, que noticiosos ya de su navegación tenían prevenidos a sus vasallos para que so color de una firme paz acometiesen a los españoles, cuando más divertidos se hallasen, como lo habían hecho los señores de la otra banda con la armada del licenciado Gallegos. Acompañaban a los tres caciques en el recibimiento que hicieron a Alonso Martín, cien gandules escogidos y armados de flechas y macanas, con orden de que al tiempo que la demás gente suya bajase por el río en su armada de canoas, para acometer a los bergantines y a los españoles, acudiesen a defenderlos, y les acometiesen por las espaldas para facilitar de todo punto la victoria. Ejecutárase el ardid de los bárbaros con mal suceso de los nuéstros, si los rostros de los caciques, fieles intérpretes del corazón, no descubrieran la malicia interior por las señales externas: además, que la guía que llevaban los españoles coligió la maldad premeditada por algunas palabras inadvertidas que oyó a los indios, y apartando muy en secreto a Alonso Martín, le dijo:

Capitán, cuida de ti y advierte que estos caciques tienen diferente intención de la que piensas, y sin duda se valen de tener su gente emboscada para ejecutar alguna traición; yo no la he visto, mas cáusame recelo el ver que indios que se muestran de paz, parezcan armados y con tal desahogo hablen, como si no estuvieran en tu presencia; experimentado eres en estos lances, considera, pues, lo que debes hacer, que yo con haberte declarado mis sospechas he cumplido. El capitán, que de suyo era sagaz con recato, y no tenía menos recelos que el intérprete, disimuladamente fue advirtiendo a cada uno de los suyos lo mal que le parecían aquellas señales y cuánto importaría estar preve-

nidos, para que si viesen bajar muchas canoas por el río, pusiesen todo cuidado en aprisionar aquellos caciques y matar los gandules de su guarda, que sería el principio de la victoria que después esperaba conseguir en el río.

Apenas había hecho esta prevención cautelosa, cuando los centinelas vieron salir montando una punta del río tan gran muchedumbre de canoas, que le ocupaban toda la travesía, extendiéndose de suerte que aun no se divisaban las aguas en buena distancia, y en ellas multitud de indios pintados y coronados de plumas, como acostumbran en la guerra, que entonces pretendían hacer con arcos y flechas venenosas, que son las armas más temidas de aquellas riberas, y daban bien a entender la pretensión de su armada con el estruendo de voces y cornetas de que se valían para presentar la batalla a los españoles; mas éstos, ordenándose con buena diligencia y no olvidados de la orden que tenían de su capitán, acometieron aceleradamente a los de tierra, y Alonso Martín, Diego Rincón, Pedro Niño, Moscoso y Pedro Téllez echaron mano a los caciques, mientras los demás con buen denuedo y en poco tiempo no dejaron gandul que no pasase por los filos de las espadas, y con la misma presteza se entraron en los bergantines con los tres caciques prisioneros a esperar, puestos en armas, el bárbaro encuentro de aquella numerosa multitud de bajeles. Serían las once del día cuando, acercándose la primera escuadra de canoas a los bergantines, y viéndola a buena distancia los españoles, dieron fuego a ciertos pedreros que llevaban, y tal carga de arcabuces que, destrozados en poco tiempo los pequeños bajeles y muertos los más valerosos indios que se adelantaron al riesgo, tiñeron las aguas de sangre y coronaron las espumas de penachos divididos de los cuerpos muertos, que nadaban para pasto de los caimanes y horror de los compañeros. Repitiose la carga en las segundas escuadras con igual destrozo y grande admiración de las restan-

tes, que viendo espectáculo tan horroroso como el que se representaba a los ojos en el teatro de las aguas, y que los tiros no cesaban para su daño, ni los tres caciques desde tierra acudían al socorro, sospechosos de mayor mal, volvieron las proas río arriba confusos y turbados, y convertida la gala en luto y la grita en llanto, despacharon a la tarde cinco indios ancianos que desarmados parecieron en presencia de Alonso Martín, y le ofrecieron paces y sencilla amistad en lo futuro.

No era este el principal intento de los bárbaros, sino saber qué se habían hecho los tres señores y la demás gente que había quedado en su guarda; aunque sin preguntarlo consiguieron la pretensión, viendo con los ojos el destrozo de los más valientes de los suyos, y a sus tres caciques en el mísero estado de una prisión rigurosa, con quienes hablaron y supieron de ellos ser voluntad suya que dejasen las armas y por ningún modo moviesen guerra a los peregrinos, pues de su quietud pendía la seguridad de sus vidas, y de lo contrario tenían anticipada la muerte. Con esta orden volvieron los ancianos a darla a sus pueblos, y los españoles de allí a tres días salieron de Mompox en prosecución de su viaje, que lo llevaron próspero a causa de que continuamente salían al camino con vituallas de maíz, aves y frutas, los vasallos de aquellos tres señores, de los cuales el uno, con deseo de conseguir libertad y acreditarse con Alonso Martín, de quien pensaba que su viaje era con el fin de castigar la maldad ejecutada con la gente del general Gallegos, le dijo estas palabras: **Capitán, no pienses que en la traición cometida el año pasado tuvimos parte ni concurrimos los habitadores de esta banda del río, sino aquellos de la otra costa que viven sujetos a Alonso Jeque, autor único de las cautelas y daños que debajo de amistad y halagos fingidos cometió su alevosía; y si acaso la pretensión que llevas es de castigar sus delitos, yo me ofrezco a servirte de guía por**

esta misma ruta que sigues, hasta ponerte en Tamalameque, que es la población en que habita, donde no sólo pagarán su culpa los agresores y reconocerás no haberlo sido nosotros, pero cobrarás todos los bienes y armas que robaron al tiempo que mataron a tus parientes y amigos. Gustoso Alonso Martín de lance tan deseado como el que se le iba a las manos, y satisfecho de las razones del bárbaro, le respondió: que si cumplía lo que le aseguraba, no solamente olvidaría el delito de haberle querido matar, pero le sería tan fiel amigo como vería por los efectos, dándole libertad cuando conviniese.

Asentado este trato, guió el cacique los bergantines con tanto acierto que dieron en el pueblo de Tamalameque cuando más descuidados estaban sus moradores de asalto tan repentino; prendieron muchos hombres y mujeres, y aunque el principal deseo era de haber a las manos la persona de Alonso Jeque, él supo darse tan buena maña entre la confusión de las armas, que con los más principales de su gente se les escapó por las corrientes del río en algunos barcos que tenía surtos a las orillas, y aunque es muy verosímil que se llevasen las preseas de más sustancia, con todo esto no faltó pillaje de consideración y de gusto, porque hallaron cantidad de ropa y armas perdidas por los españoles en aquella infeliz batalla que tuvieron el año antecedente a la vuelta del general Gallegos, en que, peleando esforzadamente (aunque enfermos y acometidos a traición por Alonso Jeque), coronaron gloriosamente sus hazañas con la muerte de más de treinta de los nuéstros, desdicha por donde hubieran pasado los restantes a no ser tan bien socorridos de su general, que perdió un ojo del tiro de una flecha, cuyas espadas y arcabuces recobraron ahora los nuéstros con gran cantidad de herramientas a propósito para la empresa que seguían.

De allí salieron con buen tiempo, y a pocos días

de navegación dieron en una isla poblada de innumerable copia de indios que, en su defensa, se mostraron constantes por más de una hora, en que la resistencia bárbara resultó en daño de Juan Vivas, soldado brioso, a quien su osadía en el combate entregó en manos de la muerte, de que, sentidos los españoles, se convocaron de suerte a la venganza, que rompieron las tropas de indios que guerreaban unidas, degollando los más atrevidos, hasta que dejaron las casas al arbitrio de los nuéstros, y temerosos tomaron por resguardo las aguas del río por escapar de los vencedores, que no cuidando de seguirlos más, se ocuparon en el saco, que no fue de tan corta cantidad que no importase diez cargas de joyas y argollones de oro bajo de quince o diez y seis quilates, procedido de los comercios y rescates que hacían por los ríos de Nare y la Cimitarra, de que ninguno de los soldados hizo caso, pareciéndoles con la poca experiencia que tenían de este metal, ser cobre puro; y así, contentos con otras preseas, lo dejaron en la isla con menosprecio, que no hubieran hecho en estos tiempos en que su valor es tan conocido, que la carga de más peso se hace ligera.

CAPITULO VII

ALONSO MARTIN PRENDE EN EL RIO A ALONSO JEQUE, Y OBLIGADO DE UNA ARMADA ENEMIGA, VENCE LA BATALLA NAVAL DE CESARE. TRATASE DE LO QUE OBRABA EL LICENCIADO SANTA CRUZ EN CARTAGENA Y JORGE ROBLEDO EN POPAYAN.

TARDABASE el ejército de tierra en llegar al sitio señalado para juntarse con la armada, porque las dificultades y trabajos del camino no permitian más priesa, y Alonso Martín, por no tener ociosa su gente (cuidado en que debe instar quien tratare de tenerla sujeta), se ocupaba en correr las costas del río, haciendo diferentes surtidas en los bárbaros que las habitaban, unas veces entrando por ciénagas y caños, y otras por esteros y brazos del río, y en continuación de este ejercicio dieron vista a Zompallón, uno de los sitios más altos y anchurosos de aquellas partes, y que yace en la costa del río de la parte de Santa Marta, tan cercano a su ribera, que bebe de sus aguas, y como el asiento es elevado y goza de algunas sabanas y dehesas, no solamente fueron habitadas sus tierras de muchos indios guerreros sino que por los fines del año de cuarenta el capitán Hernando de Valdés, que de la conquista del Nuevo Reino había vuelto a Santa Marta, hizo alguna gente con orden que para ello tuvo de Jerónimo Lebrón, y subiendo el río arriba por tierra pobló la ciudad de San Miguel de las Palmas, y en este sitio la de Santiago de Zompallón, en cuya jornada se hallaron Alonso Juárez, teniente nombrado de lo que se poblase; el capitán Luis de Villanueva, que después casó en Car-

tagena con doña Inés de Heredia; Juan Maldonado, que casó con doña María, hija de Ortún Velasco, y Alonso Díaz Portugués, de quien se ha hecho memoria. Pero aquella nueva fundación no pudo sustentarse mucho tiempo a causa de la guerra continuada de los indios y porque la despobló el adelantado don Alonso Luis de Lugo, aunque después, por el año de noventa, reparando Fernando Alvarez de Acevedo (el primero que entró ganado vacuno en el Nuevo Reino por el río, como Cristóbal Rodríguez, vecino de Coro, que lo entró del Tocuyo por los Llanos) que aquel sitio, por causa de su elevación, era menos sujeto a las inundaciones, y que las sabanas de que goza eran de toda conveniencia para crías de ganado, mudó a él la ciudad de Tamalameque, a quien de las reliquias de San Miguel y Zompallón había dado principio el capitán Lorenzo Martín, por fines del año de cuarenta y cinco, como diremos, de que me ha parecido anticipar esta breve noticia para claridad de la historia, con que volveremos a la jornada de Lebrón que llevamos entre manos.

Habiéndose detenido Alonso Martín en Zompallón los días que bastaron para que Alonso Jeque maquinase su venganza, como éste generalmente era obedecido en aquellas costas, luégo que se escapó en sus canoas despachó avisos a todos los indios de la comarca en diferentes barquetas que cada día pasaban a vista de nuestra armada, sin que los españoles presumiesen la causa, pero sí los caciques Malambú y Melo, que luégo penetraron la trama de Alonso Jeque y la liga general que hacía de los señores de la costa y sus parciales contra los nuéstros, y así manifestaron al capitán Alonso Martín las sospechas que habían concebido de ver aquellas embarcaciones tan diligentes en subir y bajar el río, advirtiéndole que para más seguridad de su armada convendría estar en vela y prevenir de suerte las tres canoas que llevaban, que pudiesen tomar alguna barqueta enemiga, de

quien se tomase noticia de la pretensión de Alonso Jeque. No desagradó el consejo de los caciques, fundado en tan legítimos recelos; y así, viendo pasar tres canoas de indios armados, salieron las nuéstras con seis arcabuceros cada una y buenos bogas de los indios amigos, que a sombra de los españoles siguieron con tanto aliento el alcance, que lo dieron antes de poder las contrarias llegar a tierra, para donde pusieron las proas a boga arrancada; mas embarazados los nuéstros en apresar las dos de ellas, tuvo lugar la otra de escapar huyendo.

Rendidas las dos canoas y asegurados los gandules que iban en ellas, guiaron adonde esperaban los bergantines el suceso de su fortuna, que fue mucho mejor que pudieran pintarla, porque apenas mudaron los prisioneros a la embarcación en que estaban los tres caciques de Mompox, cuando reconocieron y manifestaron ser uno de ellos Alonso Jeque, que bajaba de convocar la tierra y prevenirla para que aquella misma noche, con la mayor armada que se pudiese juntar, acometiesen los bergantines y pusiesen en libertad los prisioneros. Así lo confesó él mismo y los gandules, que separadamente fueron repreguntados, conformando todos en que al romper del día cargarían todos los bajeles del río que había desde Zompallón a Cesare sobre nuestra armada, y que la prisión de Alonso Jeque no sería parte para mudar la resolución en que habían convenido todas las naciones de la una y de la otra ribera. Alonso Martín, con estas noticias, llamó a consulta sus cabos sobre si convendría más bajar a la boca de Cesare, donde tenía orden de esperar a su gobernador, o conservar el puesto aguardando la armada enemiga para pelear con ella.

Eran los más de los suyos bisoños en la forma de guerrear en las Indias, y llevados más del aliento que de la razón, decían: **que no convenía desamparar el sitio en que se hallaba la armada, porque cuanta reputación perdiese con la retirada,**

tanto más atrevimiento cobrarían los enemigos para embestirla como bárbaros, que sin discurrir por los dictámenes de la prudencia, piensan que son efectos de la cobardía cuantos no son arrojos de la inconsideración. Que aquellas naciones enseñadas a ser vencidas con el desprecio de sus armas, perderían de suerte ya el miedo, oponiéndose a la navegación del río, tan precisa para las entradas del reino, que imposibilitasen los comercios o forzasen mayores armadas a pelear cada día sin la ventaja del espanto que habían concebido del nombre español. Que era muy posible que la armada enemiga se deshiciese por sí misma o retirase viendo descubiertos sus designios, y sabida la prisión de Alonso Jeque, de que ya le habría dado noticia la canoa que escapó huyendo, y no era bien que por excusar un daño contingente se cayese en un descrédito cierto. Que cuando no sucediese así y se hallasen obligados a pelear, era lance que debían apetecer, pues les aseguraba una victoria cierta la ventaja que tenían asegurada en la grandeza de las bajeles, y la que siempre se reconocía haber hecho los españoles a los indios, gente bárbara que combate con vocería y confusión, con armas ligeras y flacas, y con cuerpos desnudos y siempre expuestos a las golpes y heridas. Y, finalmente, que aunque se hallaban obligados a pajar a la boca de Cesare para pasar el ejército de tierra, no era bien anticipar la ejecución que podían hacer con tiempo, y cuando después de una ilustre victoria pareciesen con más glorioso renombre, donde su gobernador participase de tan buenas fortunas.

Así discurrían los de este parecer, a que se oponía vivamente Alonso Martín, pretendiendo hacerles evidente su riesgo con las razones que persuadían lo contrario. Decía: Que, pues, se habían alargado tanto con la codicia de saquear los pueblos y necesitaban de bajar a Cesare para pasar el ejército de tierra, sería más acertado ejecutar-

lo luégo, en que se conseguían dos fines, ambos útiles: el uno de acudir a obligación tan precisa como la de allanar el paso al ejército, y el otro de burlar a sus contrarios cuando más unidos concurrían a una facción tan meditada. Que los intereses de que la gente de tierra se aliviase con la asistencia de la armada, debían preferirse a cualquiera victoria del enemigo, por grande que fuese, pues de ella no podían esperar otro fruto que heridas, ni se les aumentaba más gloria que la adquirida. Que el fin con que se labró la armada había sido para convoyar el ejército y facilitar los pasos de los esteros y ríos, y éste se malograba ocupándola en guerrear con los indios, no siendo en lance que se opusiesen a estos designios. Que las victorias que se prometían contra la desnudez de aquellos bárbaros no estaban tan aseguradas de la fortuna que no se hubiesen visto las armas españolas sujetas a su variedad algunas veces, como se reconoció en el mal suceso de un cabo tan ejercitado como el general Gallegos. Que toda la defensa de los bergantines consistía en las armas de fuego, imposibilitadas de hacer buen efecto en la oscuridad de la noche en que pretendían acometerlos, por la incertidumbre con que se hacían los tiros; y, por lo contrario, a la armada enemiga siempre ayudarían las tinieblas, y facilitarían buenos sucesos; porque sus bajeles, diestros en salir y entrar por cualquier parte, acometerían por la que eligiesen, y siendo los españoles tan grandes no jugarían sus flechas con la incertidumbre de nuestras balas. Que acudiendo primero a la boca del Cesare, y teniendo preso a Alonso Jeque, autor único de aquellos movimientos, se templaría tanto, que por sí sola se disolvería aquella máquina difícil de unirse segunda vez para nuestro daño; y que en caso que con la ausencia de Alonso Jeque subsistiese la resolución de los bárbaros, no podían a la vuelta encontrar más pujante armada de canoas que la que ame-

nazaba aquella noche. Que una buena retirada siempre fue seguridad de una victoria, y nunca puede engendrar temor cuando el que la ejecuta sabe que lo hace para disponer más bien los medios de un triunfo. Que con el retiro que afectó hacer Aníbal de dos cónsules romanos, supo triunfar de muchos en la batalla de Canas; y a no retirarse el marqués de Pescara de los muros de Marsella, no hubiera conseguido los triunfos de Pavía. Que aquello era lo más conveniente a su armada, y ejecutarlo de noche sería lo más seguro, pues cuando la siguiesen no sería de suerte que le diesen alcance antes de aclarar el día, en cuyas luces podían fiar la resulta de un buen suceso.

La autoridad del cargo de Alonso Martín y la experiencia que tenía en la guerra de Indias hicieron prevaleciese su parecer contra el común, y así sujetos los cabos a sus órdenes, levaron las anclas en la oscuridad de la noche, y puestas las proas al Cesare, guiaron los bergantines con el mayor secreto que les fue posible y con tan dilatado viaje, que gastaron la noche navegando, pero abriendo el día se hallaron en el paraje a que se encaminaban, y porque el mayor riesgo que les amenazaba era el de aquella parte de Santa Marta, surgieron y saltaron en tierra a la banda de Cartagena, parte más limpia y escombrada para alojarse y esperar cualquier invasión de indios, en tanto que el ejército de tierra llegaba por la costa de la otra banda a la boca del Cesare que tenían en frente. Pasa este río una legua distante de la ciudad de los reyes del Valle de Upar, donde se junta con Guataporí, que baja de las sierras nevadas. Llámase en el idioma de los naturales Pompatoo, que quiere decir señor de todos los ríos. Así discurren los que hablan de las cosas propias o los que han visto poco mundo, pues a tan corta distancia del río grande tiene este nombre Cesare, aunque lo hacen caudaloso muchos ríos que entran en él, como son Socuiga, a quien dio su

apellido el gobernador Pedro Badillo, y el que llaman río de las Auyamas, que lo acompañan hasta que, extendido por la gran laguna de Zapatosa, forma los cuatro brazos que junta en un cuerpo para entrar en el río grande, después de haber corrido setenta leguas al poniente. Pero apenas dieron principio los nuéstros a disponer sus tiendas y barracas, cuando vieron salir por la boca del Cesare más de quinientas canoas en que habría hasta tres mil indios de guerra bien armados, que, persuadidos de que volvían los españoles derrotados de la armada de Zompallón y faltos de armas de fuego, navegaban con muestras de acometerlos; pero al mismo tiempo que Alonso Martín disponía sus bajeles para resistir a las canoas, divisaron los centinelas la poderosa armada de Zompallón, que habiendo llegado al paraje donde el día antecedente estuvo afondada la nuéstra, y echádola menos, se determinó a seguirla río abajo hasta pelear con ella. Era innumerable la cantidad de canoas y barcos de que se componía, y mirada al respecto de otras en que habían contado los vasos, pasarían los de ésta de mil quinientos, en que iban prevenidas de armas todas las milicias de ambas riberas.

La armada del Cesare, que se hallaba más cercana y pretendía ganar la gloria de ser la primera al combate, sin esperar a la otra ni consultar la forma de acometer, se fue alargando a fuerza de remos en demanda de la nuéstra, en que ya embarcados los españoles que saltaron a tierra y cubiertos los bergantines de popa a proa con toldos de mantas de algodón, esperaban los unos en los bordos con espadas y rodelas, y los otros con chuzos y armas de fuego prevenidas para su tiempo. Los indios, pues, viéndose a distancia de poder jugar su flechería, dieron tan espesa carga a los bergantines, que a no estar defendidos de las mantas, en que se quedaban pendientes sin pasar adelante las flechas, fuera el daño muy con-

siderable en los nuéstros; mas como el efecto fue ninguno y las canoas enemigas estaban ya poco distantes, dada la señal por Alonso Martín, se disparó la artillería y arcabuces a tan buen tiempo que, volcando muchas, haciendo pedazos otras y dejando algunas limpias de gente, fue tal el estrago de la primera rociada que, turbados los indios, ya fuese del temor de los arcabuces, ya del espanto de ver en tan breve tiempo muertos tantos de los suyos, buscaban seguridad en lo más profundo del agua con la fuga que ejecutaron tan sin orden, que no bastó para detenerlos el socorro de Zompallón, que tenían vecino.

Así fue desbaratada esta primera escuadra de bajeles brutos; pero como el escarmiento no sea muy eficaz cuando no se estudia en cabeza propia, no por ver el mal suceso de los compañeros desmayaron los que iban de refresco; antes, más atrevidos entonces y pensando que la fortuna que desamparaba a los del Cesare se guardaba para los de Zompallón, puestos en forma de media luna cercaron y acometieron tan osadamente a los bergantines, que, encontrándose con las canoas que huían, volcando las primeras y animando las restantes a volver a la batalla, abordaron con ellos y trabaron uno de los más fieros combates que se han representado en el teatro de aquel río, porque los bárbaros por entrar los bajeles, y los españoles por impedir la entrada desde los bordos, no perdían instrumento de guerra de que no se valiesen para salir con su intento; pero como los vasos contrarios eran de menos porte y sus armas tan flacas como su defensa, y por el contrario, tan aventajadas las nuéstras, hacían tal destrozo en los miserables indios que el agua se representaba golfo de confusiones y sangre. Por otra parte, vuelta a disparar la artillería y dando cargas continuas los arcabuces, eran tantas las canoas que, rotas y desamparadas de gente, se dejaban llevar de las aguas entre los cuerpos muertos, que

reconociendo su total ruina los bárbaros después de hora y media que duró la batalla, desatracados de los bergantines se dieron a huir con pérdida de trescientas canoas y de ochocientos gandules, sin que de los españoles quedase alguno herido de riesgo.

Tanto vale en semejantes encuentros la prudencia de un capitán sagaz y valiente, pues con la disposición que le dictaron sus experiencias consiguió una victoria que fuera muy contingente perder, a dejarse llevar de los consejos precipitados de su gente. No siguió al alcance por no desabrigarse de la tierra ni desunir su armada, y porque el fin principal era sustentar el puesto para socorrer el ejército de Lebrón, y no seguir a quien iba destrozado y sin más apremio que el de sus temores, le dejaba libre el paso para sus designios; y porque uno de ellos era ya castigar los delitos de Alonso Jeque y las traiciones de los demás caciques presos, no bastó el buen suceso de la batalla para que Alonso Martín olvidase aquéllos y perdonase éstas, pues luégo que se halló libre de enemigos hizo cabeza de proceso contra ellos, y constando por sus declaraciones y las de otros ser ciertas las conjuraciones presentes y las demás en que habían concurrido con daño de los nuéstros y perjuicio de la navegación del río, los condenó a muerte, que se ejecutó en aquel sitio, pagando Alonso Jeque con una vida cuantas había quitado, rompiendo la promesa que hizo de ser fiel muchos días antes al tiempo que recibió el agua del bautismo. Y porque nos llaman las novedades acaecidas por este año en diferentes partes del Nuevo Reino, dejaremos a Alonso Martín con su armada, esperando a Lebrón, mientras damos noticias de ellas, tomando principio de las que se originaron en Cartagena con la provisión de nuevo juez sobre la causa de los Heredias.

Dejamos el año de treinta y ocho al licenciado Juan de Badillo con resolución de pasar a estos

reinos y en ellos al adelantado don Pedro de Heredia, a quien había remitido suspenso del gobierno de Cartagena; pero habiendo éste representado a su majestad los agravios que de aquél tenía recibidos, y consideradas en su Consejo de Indias las quejas que daba el obispo don Juan Fernández de Angulo del relajamiento con que algunos clérigos vivían en la provincia de Santa Marta, se le mandó al licenciado Alanís de Paz (juez nombrado contra el adelantado don Pedro Fernández de Lugo y don Alonso, su hijo, y contra los gobernadores Jerónimo de Hortal y Antonio Cedeño, sobre ocultaciones de quintos reales) que exterminase de Santa Marta todos los clérigos que el obispo señalase, y se proveyó asimismo que el licenciado Santa Cruz pasase a Cartagena, y si hallase que los excesos del licenciado Badillo fuesen tales que por ellos mereciese que lo remitiese preso a estos reinos, lo ejecutase, y si no le permitiese pasar a Santo Domingo a servir la plaza que allí tenía de oidor, bastando para ello que diese la residencia por su apoderado, y si hallase asimismo que los excesos de los Heredias y Alonso de Montes, su sobrino, fuesen de calidad que les correspondiese pena ordinaria, los remitiese presos a esta corte con los autos conclusos que había principiado el licenciado Badillo, y si no fuesen tan calificados los delitos como se daba a entender por los informes del obispo Toro y otros vecinos de Cartagena, los dejase venir sobre fianzas; y que para el mayor servicio de Dios, luégo que llegase a Cartagena fabricase junto a su iglesia Catedral una casa o colegio en que los hijos de los caciques y de otros indios principales fuesen instruídos en los misterios de nuestra santa fe católica; que si tuvo efecto debió de durar muy poco, como beneficio común para indios, que resultaba en perjuicio temporal de encomenderos.

Con estos despachos llegó a Cartagena por el año de treinta y nueve el licenciado Santa Cruz,

y sabiendo que su antecesor Badillo había ya salido de San Sebastián de Buenavista para la jornada de que tratamos en el capítulo segundo del cuarto libro, mandó luégo hacer gente, y habiendo levantado hasta cien infantes y cincuenta caballos, nombró por su teniente a Juan Greciano, con poderes amplios para que, como juez de la gente que había conducido el oidor Badillo, lo prendiese y a buen recaudo lo remitiese a Cartagena; pero como el deseo de pasar de la escuela de letrados a la de conquistadores estuviese por aquel siglo tan arraigado en las togas, cometió el error de nombrar a Luis Bernal por capitán de aquella gente, con facultad de que pudiese mover guerra a las naciones que encontrase, pues el fin de sus comisiones no era guerrear a los indios sino castigar los excesos que hallase en el oidor Badillo. Pero tomada la resolución que va referida, salieron su teniente y capitán de Cartagena, y llegados a Urabá comenzaron a marchar tan opuestos en los dictámenes, que a pocas jornadas se dividió aquel pequeño campo en dos parcialidades, siguiendo la una a Graciano y la otra a Bernal, sembrando discordia tan perjudicial en los miembros, que los pusieron en riesgo de perderse todos. Con todo esto, aunque mal avenidos, llegaron a las montañas de Abide, que pasaron sin mucho trabajo por haber cargado la mayor parte sobre el ejército de Badillo, que dejó abierto camino cuando pasó, sin que en ellas sucediese otra cosa que la de haber muerto algunos soldados una culebra, en cuyo vientre hallaron un venado entero con sus ganchos; y finalmente, después, con grandes trabajos y diferencias, arribaron a la provincia de Anserma, donde, refrescados de víveres, alojaron algunos días sin que cesasen los encuentros, hasta que, más encendidos que nunca, y apellidada por cada cual la voz del rey para prenderse el uno al otro, se pusieron todos en armas a tiempo que sobre la colina de Umbia asomó con veinte caba-

llos Ruy Vanegas, que por orden del capitán Jorge Robledo iba descubriendo tierra, con cuya vista, apaciguados los de Cartagena y gozosos los de Popayán, convinieron en que se diese aviso de todo a Jorge Robledo, que a la sazón estaba en Guarina, donde acudieron los cartagineses de una y otra parcialidad a darle obediencia y los dos cabos a representar sus quejas, sobre que resolvió desterrarlos del campo, remitiéndolos con alguna escolta a San Sebastián de Buenavista.

Reforzado de su gente Robledo, iba sojuzgando con mansedumbre algunos caciques; y pareciéndole que por aquel medio se encaminaba felizmente la pacificación de las provincias, mandó al capitán Suer de Nava que con cincuenta infantes y caballos reconociese la de Caramanta y poblaciones que en ella había, volviendo lo más breve que pudiese, con relación especial de todas; en cuyo tiempo él personalmente fue a Ocusca, y tanto persuadió a su cacique, que le salió de paz y acompañó voluntariamente algunos días, aunque después se le desapareció de suerte que no lo pudo ver más, y vuelto Suer de Nava con relación de haber pacificado la provincia de Caramanta, resolvió salir a visitar la que tenía descubierta, dejando en la villa de Anserma por su lugarteniente a Martín de Amoroto; pero apenas tuvo noticia el cacique Ocusca de que Robledo había desamparado la villa, cuando con poderoso ejército determinó dar sobre Amoroto, a quien valió mucho el aviso que una india le dio a Pedro de Cieza de León, pues con él se previno de suerte con la poca gente que tenía, que Ocusca, también noticioso de que no podía cogerlo desprevenido, hubo de retirar sus tropas mientras, coligado con Umbruza, otro principal cacique, las aumentaba de manera que por más prevenido que hallase al teniente Amoroto, lograse el deseo de destruir la villa de Anserma y lanzar de la tierra a los nuéstros; pero como por este tiempo Ruy Vanegas, con doce

mil castellanos de oro que halló en un adoratorio de Guarina, y el capitán Nava, con las noticias de Caramanta, se le hubiesen juntado a Robledo en los farallones de Apía, que estaba pacificando, y allí tuviese nueva de la conjuración de los caciques Ocusca y Umbruza, corrió al reparo tan diligente que bastó un embajador que les despachó para que dejasen las armas y pagase después por todos un indio que le salió de paz en el valle de Santa María, fingiendo ser Umbruza, a quien engañado, agasajó mucho, y, desengañado, hizo quemar por la cautela de que había usado.

Sosegadas estas naciones y deseoso de reconocer las tierras que había pasada la cordillera que yace al norte de Anserma, ordenó al capitán Gómez Fernández que con cincuenta ballesteros y rodeleros descubriese la provincia de Chocó, no conocida entonces como ahora por la más abundante de oro entre las equinocciales, y al capitán Ruy Vanegas que partiese a la pacificación de Pirsa y Sopiá, lo cual no fue tan fácil por haberse puesto en armas los de Pirsa, valiéndose de hoyos y púas contra la ventaja de los caballos, en que cayeron algunos, aunque, conocido el ardid y castigado el atrevimiento en algunos encuentros que precedieron, hubieron de admitir forzadamente la paz, en que no fue tan dichoso Gómez Fernández, pues llegado a la aspereza de las montañas de Cima, albergue inculto de los más rústicos salvajes que se vieron entre aquella gentilidad, después de varios trabajos se encontró con las corrientes profundidades de un caudaloso río, que por correr al mar del norte se reconoció ser el Darién, en que no hallaban los nuéstros más alimento que el de aquella fruta que en otras provincias llaman cachipaes y allí pisbaes, que les fue de gran socorro, hasta que, arribando a ciertas montañas de tierra baja, dieron en una extraña población de casas fabricadas sobre barbacoas (que, como dijimos, son a manera de zarzos), puestas sobre hor-

cones de árboles, donde luégo que la gente española fue sentida de los bárbaros que las habitaban, tocaron al arma por diferentes partes con sus fotutos y tambores, y juntándose aceleradamente cuantos había en aquella región de sombras, jugando su flechería y dardos con tanta ventaja (por el accidente de haberse roto a los nuéstros algunas cuerdas de las ballestas y no dar lugar la maleza del monte al manejo de los caballos), que a pocos lances se hallaron mal heridos Berrobi y Santiago, soldados briosos, a quienes María Santísima libró de la muerte por haberla invocado en su favor, pues atropellados de la bárbara tropa, y sin ser vistos pasó sobre ellos retirando a los nuéstros, hasta que, unidos, hicieron tal resistencia en la retirada, que satisfechos los contrarios con la gloria de haberlos lanzado de su pueblo, dieron vuelta a él, y los nuéstros, recogidos los heridos a la villa de Anserma, donde el capitán Jorge Robledo, no solamente dando ejemplo a los mejores caudillos de Indias sino a los que justamente se emplean en la promulgación del Evangelio, iba por medios suaves reduciendo todas las provincias de los contornos.

Así corrían los descubrimientos de las provincias equinocciales, mientras el teniente Juan Greciano, vuelto a Cartagena, representaba sus quejas al licenciado Santa Cruz, que mal escarmentado del infeliz suceso de la jornada persistía en pretender ganar el renombre de conquistador, aunque la diversión de semejante empleo se costease con el perjuicio de los interesados en la residencia que tenía a su cargo. Con este fin ordenó al capitán Alonso de Heredia que con ciento cincuenta infantes y cincuenta caballos saliese de Cartagena para Malambó, y subiendo por aquella banda sesenta leguas de costa del río grande arriba, fundase en el sitio de Mompox una villa que llamase de Santa Cruz, por la conveniencia que de semejante población se le seguiría a la comunica-

ción y comercio de la costa con las provincias que recientemente se habían descubierto en el reino de Bogotá. Obedeció Heredia, y como capitán de reputación que lo era en aquella provincia, levantó con facilidad los doscientos hombres, entre quienes fueron muchos buenos soldados y con ellos el capitán Cogollos, el doctor Martín Rodríguez, Andrés Zapata, los dos Cedeños hermanos, Ayllon, Retes, Rentería, Juan Gómez, Alonso de Carvajal, Juan Martín de Urista, Villafañe, de quien hay sucesión, Cerezo y Cano, que son los que han llegado a mi noticia, con los cuales salió de Cartagena, y con varios trabajos ocasionados de la oposición que halló en los indios de Morrohermoso y otros de la tierra adentro, que siempre se mostraban belicosos, acometiéndole en aquellas partes que menos pudiese aprovechar los caballos, arribó a la boca del Cauca, que esguazó en balsas, y de allí a Mompox por fines de este año de treinta y nueve.

No fue su llegada tan repentina, que muchos días antes no la tuviesen prevenida los indios; pero hallolos de suerte escarmentados del castigo y destrozo que en ambas costas había hecho pocos días antes la armada de Jerónimo Lebrón, que sin ponerse en resistencia le salieron de paz los caciques Talahigua, Tacaloa, Menchiquexe y Tacalazaluma, y con su ayuda dio principio a la fundación de una villa que llamó de Santa Cruz de Mompox, por la orden que llevaba y sitio que eligió, y es el más alto de aquella ribera, aunque también sujeto a inundaciones como la que padeció por mayo del año de 1662, en que necesitaron los vecinos de salirse en canoas de la villa por haberla inundado el río de la Magdalena. Distará de la ciudad de Cartagena setenta leguas al sudoeste; fueron sus primeros alcaldes Andrés Zapata y el doctor Martín Rodríguez, y repartidos entre los pobladores los indios que demoraban aquella banda, y las dos costas del río Cauca que tiene la villa a las espaldas, fue creciendo la población

de suerte que aunque las lagunas y ríos estrechan mucho aquella parte más elevada, tiene de presente tres calles de longitud, con la latitud de casi tres cuadras, que sobre la ribera del río correrán con buenos edificios media legua, en que habrá cuatrocientos vecinos. El temple es muy saludable, aunque sumamente cálido y húmedo; y por razón del trajín de la navegación para los reinos de Bogotá y Quito, en que siempre la villa es interesada con la escala y mansión que allí hacen las canoas, se compone de vecinos afables y ricos, como lo muestra la fábrica de la iglesia parroquial y la de los templos de San Francisco y San Agustín, y los principios del colegio de la Compañía de Jesús, en que se trabaja bien en doctrinar la juventud.

LIBRO SEPTIMO

EL CAPITAN MARTIN GALEANO PACIFICA LA PROVINCIA DE LOS AGATAES Y PASA DESPUES A LA DE GUANE: MUEVE GUERRA EN CHALALA HASTA VENCER EN BATALLA A MATAREGUA; PELEA DESPUES CON GUANENTA Y RINDE OTRAS NACIONES.—REBELANSE THISQUIZOQUE Y SABOYA Y MATAN A JUAN GACON.—AVISADO HERNAN PEREZ SOCORRE LA CIUDAD DE VELEZ, Y VUELTO GALEANO DE GUANE ROMPE LA GUERRA CON LOS REBELDES, CON PROSPEROS Y ADVERSOS SUCESOS.—EL CACIQUE TUNDAMA FORMA EJERCITO Y SE FORTIFICA: VA CONTRA EL BALTASAR MALDONADO, Y A FUERZA DE ARMAS LO SUJETA DESPUES DE PORFIADA RESISTENCIA.—LLEGAN A CASTILLA LOS TRES GENERALES QUESADA, FREDERMAN Y BENALCAZAR, DONDE CORREN VARIAS FORTUNAS.—LOPE MONTALVO DE LUGO ENTRA EN EL REINO SIGUIENDO A FREDERMAN, Y EL CAPITAN LUIS LANCHERO EN LA PROVINCIA DE MUZO.—PROSIGUE LEBRON HASTA LA CASA DE LA SAL, Y JORGE ROBLEDO SUS DESCUBRIMIENTOS HASTA FUNDAR LA VILLA DE CARTAGO.

CAPITULO I

TRATASE DE LA ENTRADA QUE HIZO MARTIN GALEANO EN EL TERRITORIO DE COCOME Y AGATA, Y DE LA QUE DESPUES HIZO JUAN ALONSO DE LA TORRE, A QUIEN ACOMETEN HASTA RETIRARLO A VELEZ.—VUELVE GALEANO AL CASTIGO, Y EJECUTALO CON ESPANTO DE LOS INDIOS.

ALIMENTASE la obediencia de los súbditos del agasajo del superior; y como es la libertad tan amable a los hombres, nunca el rendimiento será seguro, si el arte no lo reduce a voluntario. Muchas veces con el temor o la conveniencia suele admitirse el dominio, pero si éste elige por ministro al rigor, no hay cordero que por sacudirlo de sí no se transforme en león. Un pueblo puesto en servidumbre es arco que se gobierna con la cuerda templada del poder para que aproveche al dueño; pero si ésta se extiende a todo lo que alcanza el brazo, no hay cuerda que no peligre con resentimientos del arco. No pocas veces alegaron falsamente esta máxima los Países Bajos para paliar su rebeldía, y ¿cuántas se oyeron los estallidos del yugo romano hasta que falsearon las coyundas? Por eso fue tan fácil a muchos tiranos colocarse en el trono; y por eso también fue permitido a pocos morir con el cetro. En un medio donde son extremo la vejación y la muerte, aunque más cobarde parezca un espíritu, siempre elegirá la muerte apresurada donde la libertad es contingente, antes que la sujeción infame donde la muerte es dilatada. Ninguna nación pareció menos guerrera que la mosca; sus armas fueron su desnudez, y por eso los temores

fueron consejeros que la redujeron con facilidad a dar obediencia a los españoles, después que alguna defensa los acreditó racionales, intentando conservarse libres; mas en llegando a desenfrenarse el dominio, veremos rebelados los más pacíficos de las provincias de Vélez, Tunja y Santafé, los campos bañados en sangre por más de treinta años, y la obstinación tan firme, que solamente pueda poner fin a las guerras el asolamiento de las provincias.

Fundada, pues, la eludad de Vélez por el capitán Martín Galeano, determinó correr la tierra y hacer el apuntamiento de las encomiendas a poco más o menos, por que desde luego tuviesen los vecinos con qué sustentarse decentemente. Pero antes de salir, a este efecto dispuso dejar cubierto, y con la perfección que permitían aquellos tiempos, el nuevo templo que había erigido, para lo cual, por ser cacique comarcano el Saboyá, se le dio cargo de que lo pusiese por obra, lo cual hizo con mucha presteza, acudiendo con gran número de gente a darle fin a todo, y aun a la paz que falsamente había admitido, como veremos, aunque en tanto que se declaraba en guerra abierta y pensando lo dejaba pacífico, salió el capitán Galeano para la provincia de Misaque y para las encumbradas sierras de Agatá, que en aquel siglo estaban pobladas de muchos naturales, a quienes dominaban dos caciques, Cocomé y Agatá, y de quienes heredaron el nombre las sierras, que por la mayor parte son limpias de montañas, pero de campiñas altas y barzales estériles, a causa de no tener agua y necesitar el verano sus moradores de las que deja rebalsadas el invierno en algunas partes, aunque, vistas por las vertientes que hacen al ocaso, se hallan caudalosos ríos que nacen en la misma sierra, y corriendo precipitados se encuentran en un valle dilatado, montuoso y llano, que media entre esta sierra y otra de grandes arboledas, donde se represan las aguas del in-

vierno en diferentes lagos que abundan de peces, después que, anegados los confines y montes, recibe el río grande de la Magdalena sus desperdicios.

Subidos, pues, a la primera sierra, llamaron a sus moradores, que acudieron con demostraciones de paz, mantenimientos y algunas piezas de buen oro, y teniendo presentes a sus caciques Cocomé y Agatá, les dio a entender Galeano cómo debían reconocer señor particular que los mandase, a quien habían de acudir a sus tiempos con tributo, fuera de los servicios ordinarios, y aunque se les hizo de mal trocar el señorío por el vasallaje, sin embargo de ello, consultado y resuelto el negocio entre sí (quizá para paliar con el semblante las últimas resoluciones del ánimo), dieron palabra de ser vasallos fieles del rey de España y obedecer al dueño que en su real nombre les fuese dado. Con lo cual, satisfecho Martín Galeano, dio vuelta a la ciudad de Vélez, pareciéndole buen principio para llevar adelante sus intentos, que eran de buscar minas y sacar oro con los indios repartidos a los conquistadores; y así, poco después, con las noticias que dieron algunos de haber ricos minerales a las vertientes del río grande de la Magdalena, acordó la justicia y regimiento que aquella entrada se le cometiese a Juan Alonso de la Torre, con treinta españoles y doscientos indios amigos, el cual siguió el mismo camino que Martín Galeano hizo a los agataes, donde fueron hospedados con mucho agasajo; y porque en la subida, que tiene más de dos leguas ásperas y pobladas de pajonales, con la fuerza del sol perecía la gente de sed, la socorrieron con agua y chicha, que fue beneficio de mucha estimación, y con que se aliviaron y subieron los nuéstros a verse con el cacique Cocomé, que poseía aquella parte de sierras que está a la diestra del poniente, porque Agatá las demoraba a la siniestra.

Cocomé les hizo un festivo recibimiento con que

disfrazar las determinaciones del ánimo ya resueltas a sacudir el yugo español, y siguiendo su jornada Juan Alonso, entró con su gente en el valle de Sapo, cuyos caminos y veredas por entre peñas y riscos son muy dificultosos de hollar con plantas humanas; pero siguiéndolos, dieron en un paso de peña tajada que tenía prolijo y peligroso el repecho por el riesgo de caer en la profundidad del duro suelo que había de recibir al que deslizase de tan arriesgada subida, pues aun para emprenderla los naturales se valían de escalas de bejucos asidas a troncos de árboles que había en la cumbre, a la manera que se ve en las jarcias de los navíos. A la mano derecha de la peña nace en lo más elevado una fuente caudalosa, que desde su origen, y sin tocar en otra piedra, se precipita por el aire hasta la profundidad de la tierra más vecina, donde la reciben los troncos desatada en rocíos, respecto de ser tan dilatado el espacio del viento por donde corre. Al fin, valiéndose los españoles de la misma traza que los indios, subieron por las escalas de bejuco de uno en uno, aventurando notoriamente las vidas, riesgo que no teme la codicia cuando se atraviesa el interés; y de allí, bajando por otros despeñaderos casi iguales, dieron en aquel llano y montaña que yace entre las dos sierras, donde se ve una quebrada guarnecida de peñas y coposos árboles en cuyas ramas se reconoció tanta multitud de guacamayas que los atormentaban con sus graznidos anunciadores de tempestades, que por esta causa pusieron a la quebrada el Río de las Guacamayas, donde, llegados, sintieron luégo tal ruido de truenos y lluvias que temieron anegarse, consideradas bien las avenidas de agua que de aquellas cumbres descendían a lo llano; pero pasó con brevedad y sin daño considerable de los españoles aquel turbión proceloso, a causa de correr la parda nube a las montañas vecinas; y así, aunque mojados los indios amigos, salieron a la quebrada y,

trajinando las peñas por donde había corrido el ímpetu de las aguas, hallaron buena cantidad de peces con qué reparar el hambre.

Al siguiente día, Luis Fernández, García Calvete, Diego Ortiz, Gonzalo de Vega, Pedro de Salazar y Juan de Eslava, yendo por una senda mal seguida dieron en ciertos maizales sazonados y en algunos indios descuidados del asalto y prisión que padecieron; y hallose entre ellos una mujer de quien afirmaba Diego Ortiz, testigo de crédito, ser tan hermosa y bien repartida en la disposición y gallardía del cuerpo, que ninguna dama de las que había visto la aventajaba, especialmente por haberla privilegiado el cielo en aquellas regiones con la blancura del rostro y rojo color de las mejillas; tenía ceñida la garganta de cuentas y canutillos de oro, arracadas del mismo metal en las orejas y otras joyas repartidas por el cuerpo que manifestaban ser principal señora de aquellos países. Con esta presa volvieron en demanda del capitán para descubrir de los prisioneros alguna noticia de las minas que buscaban; pero preguntados por los intérpretes, no supieron dar más respuesta que decir no ser criado en aquellas tierras el oro que tenían, sino adquirido por rescate de otras más retiradas. Después de estos sucesos, gastaron quince días rompiendo por aquellas malezas de monte que hay entre los dos ríos de Horta y Carare, hasta llegar al de Mapóriche, que de la parte del norte se derriba, y después de largos rodeos junta, mezcla y confunde sus aguas con las del río grande, pero fue trabajo perdido, por no descubrirse minas, aunque de los pequeños lugares que se saqueaban recogían alguna porción considerable de oro labrado en joyas; y así, viéndose oprimidos de tantos afanes, y desesperados de conseguir el fin que los había sacado de Vélez, determinaron dar la vuelta por aquel mismo camino por donde habían hecho la

entrada, por hallarse ignorantes de otro alguno que fuese menos peligroso.

Determinado a retirarse de la empresa el capitán Juan Alonso, y ejecutado el intento, al tiempo que llegaron a la sierra de Cocomé no hallaron vecino alguno a causa de estar todo el país levantado y oculta la gente en cuevas y cavernas de las muchas y grandes que hay por aquellos contornos, donde acostumbra meterse cuando toma las armas para guerras declaradas, y donde, como nación dura y obstinada, por ser las asperezas de la tierra inaccesibles, jamás guardaron perfectamente la paz, ni excusaron trance de batalla, hasta que, obligados a retirarse al abrigo del río grande y del Carare, desde donde interrumpieron la navegación española por muchos años con asaltos y robos ejecutados en los navegantes, experimentaron la última ruina, pues fabricado el fuerte del Carare que hoy permanece, y guarnecido de infantería para recorren la tierra y el río, y, por otra parte, acometidos de diferentes cabos, llegaron a tal extremo en nuestros tiempos, por diligencia y valor de los capitanes Perdigón y Juan Bernal, que quedaron destruídas aun las últimas reliquias de aquellas naciones obstinadas. Alojóse la gente de Juan Alonso aquella noche en el pueblo desamparado, con el recato y centinelas necesarios, como quien tenía largas experiencias de aquellas demostraciones, y cuando ya empezaba a romper el día dio principio a su jornada encaminada a Vélez, y prevenidos sus infantes de que llevasen embrazados los escudos por el recelo en que (como tenemos dicho) los había puesto el retiro de los naturales, señal cierta por donde reconoció la necesidad que habían de tener todos de valerse de las manos; y no le salió vana la sospecha, pues apenas habían caminado un cuarto de legua bajando la cuesta de Cocomé, cuando vieron cubiertas las cumbres y lomas de los belicosos agataes, ostentando su fiereza en la vanidad de

los penachos, los unos prevenidos de arcos y aljabas y los otros de lanzas y macanas, y como la maldad y rebelión había sido tan premeditada, comenzaron la primera hostilidad precipitando por las laderas grandes piedras que a trechos tenían repartidas en las partes más altas, cuyo estruendo y el rumor de las cornetas y voces que resonaban fue tal, que el más valiente de los españoles reconocía la dificultad de poder salir sin daño notable de aquel peligro.

Viendo, pues, Juan Alonso, que el riesgo era irreparable, haciendo alto y rostro al enemigo alentaba a los suyos persuadiéndolos a que ganasen la aspereza de una cuchilla que corría por la loma que tenían por delante, y fueron tan eficaces sus palabras que aun parece tardó más en pronunciarlas que su gente en repechar a lo alto hasta fijar los pies en aquel sitio donde las piedras no pudiesen encontrarlos juntos sino divididos; pero el atrevimiento de los agataes fue tal, que descendieron algunos escuadrones de ellos hasta medir las macanas con las espadas, especialmente con las de la retaguardia, donde fue necesario que los españoles mostrasen el valor de sus personas haciendo suertes tan admirables con las espadas, que pasaron por milagrosas, efecto que suele producir la última desesperación de hallar otro remedio al peligro. Con la desigualdad, pues, de las armas (porque la ventaja de las piedras había cesado desde que se mezclaron los enemigos con los nuéstros) y recobrados nuevamente de valor los españoles, fueron tantos los indios que mataron en el encuentro, que vista por la bárbara hueste su desgracia y cuán infatigables se mostraban sus contrarios al manejo de las armas con ventaja de sus lanzas, se fueron retrayendo a las cumbres de la sierra, y los españoles entonces prosiguiendo su camino lo más aceleradamente que les fue posible, así por no caer en nuevos peligros como

porque muchos de los infantes estaban lastimados, aunque no de heridas mortales.

Libres ya de estas tormentas, en que sobresalieron en constancia y valor Alonso de Ledesma y Alonso Gómez Hiel, llegaron a la ciudad de Vélez, donde dieron cuenta de todo a su cabildo, y conociendo el capitán Martín Galeano no convenir dilatar el castigo de aquella osadía, partió luégo con gente descansada y algunos perros cebados en matar indios, crueldad introducida en la tierra desde que la pisó la gente de Fredermán y Benalcázar, pues antes de su entrada no sabían de ella ni la habían usado los soldados de Quesada, aunque después llegó a tal extremo el desorden y estimación que de los perros hacían todos, que raro o ninguno de los vecinos del reino había que no los tuviese por grandeza, y algunos con tanto perjuicio que pasaba de términos humanos, pues como gente ajena de piedad castigaba las culpas de los miserables indios, ya fuesen leves, ya graves, con destrozos ejecutados por la ferocidad de los perros; y de esta demasía tuvo tanta parte Martín Galeano, que con haber sido en las demás acciones compuesto y digno de estimación por su valor y prudencia, no le resultaron pocos disgustos y gastos en su vejez por algunos jueces que le hicieron cargo de aquellos excesos que tanto sentía el corazón piadoso del rey nuestro señor, como se vio por las demostraciones que hizo para el remedio. Llegado, pues, con su gente a las poblaciones de los agataes sin que hubiesen sentido su entrada, y valiéndose de la oscuridad de la noche, la dividió en dos tropas, reteniendo la una consigo y dando la otra a Juan Fernández de Valenzuela, con orden de que a un mismo tiempo diesen en dos pueblos, distantes media legua el uno del otro, donde, según las noticias que daban los guías, estaba recogido buen número de aquellos bárbaros, confiados en que las asperezas de aquellos sitios eran insuperables; y como a este juicio errado

amparaban las sombras, más confiados que nunca descansaban con seguridad, a tiempo que, diligentes los españoles, valiéndose de pies y manos con grave fatiga y riesgo, y puestos los escudos en las espaldas, vencían aquellos repechos, acción que solamente pudo emprender nación tan valerosa como ésta ha mostrado serlo siempre, que fuera de la propia región la han visto codiciosa de fama y libre de resabios las murallas extranjeras.

Vencida al fin la cumbre y tomado algún refresco, se partieron los soldados por sus cuarteles, bien cerca de los pueblos que habían de ser acometidos, y hecha señal con una trompeta a la media noche invadieron los dos lugares con tal estruendo de voces y arcabuces, que juzgando los indios ser muchos más los invasores, quedaron tan turbados del intempestivo asalto que sin determinación fija, ocurriendo los unos a las armas, aunque tarde, y los otros confusamente a las puertas, pensando con la fuga escapar del furor de la guerra, encontraban a un mismo tiempo la muerte en los umbrales, atravesados del duro temple de los aceros españoles. Crecía la mortandad y conflicto en las dos partes con el estrago común, siendo muy raros los que entre la confusión y tinieblas pudieron salvar las vidas. Trescientas personas quedaron prisioneras entre los nuéstros, que fueron luégo entregadas a otros más bárbaros, pues sirviendo de ministros del rigor, les cortaron las narices y pulgares, mandándoles que con aquella señal fuesen por mensajeros a las naciones rebeladas, haciéndoles saber que su pertinacia había de reducirlos a pasar por calamidad semejante. Tiembla la pluma con el recuerdo de estas acciones, y vuelta la memoria a los siglos pasados, contempla cuántas veces exaltaron su nombre muchas naciones con el dominio y cuántas lo perdieron a la violencia de otras, pasando por el mismo rigor que usaron con ellas y tuvo reservado la Providencia divina para escarmiento de todas.

Reducidos ya y bien castigados aquellos pueblos por Galeano y Valenzuela, un día de mañana de los que allí descansaban, descubrieron en los collados vecinos multitud de bárbaros ostentando señales de regocijo con la indecencia de palabras que pronunciaban en menosprecio de los españoles, y aunque ignorantes de la causa, percibieron por las voces poco distantes que oían, ser toda la fiesta por haber aprisionado a uno de los nuéstros; pero certificados más bien por los intérpretes de lo que aquellos bárbaros blasonaban, llamó Galeano su gente y habiéndola reconocido halló que faltaba Juan de Cuéllar, uno de los soldados desvanecidos de Benalcázar, y averiguada la causa de aquella desgracia se supo que habiéndose apartado de los compañeros hacia una parte oculta del monte, aunque no lejos del cuartel, acaeció estar tres o cuatro gandules puestos en asechanza, los cuales, por no perder tan buen lance, le acometieron de golpe y del primero de macana que le dieron en la cabeza le hicieron saltar los ojos y los sesos; y como vanagloriosos de la presa cargaron con el cuerpo llevándolo por aquellas cumbres donde estaba congregada la mayor copia de salvajes, que recibiéndolo con señales de descompuesta alegría hicieron lastimosos desprecios con el difunto cadáver.

Compasión grande causó en los compañeros la desgracia de Juan de Cuéllar, y especial disgusto en Galeano, por ser el primer hombre que le mataban en aquella guerra; y así, en compañía del capitán Valenzuela, corrió la tierra haciendo ejemplares castigos en aquellos indios, sin dejarlos descansar noche ni día, con emboscadas, asaltos y sorpresas, hasta obligarlos a buscar por seguro lo más profundo de las cuevas y la eminencia de los más levantados riscos; con que visto que era ya imposible darles alcance por aquellas asperezas, a causa de las fatigas que padecía la gente española con las trasnochadas, determinó dar

vuelta a la ciudad de Vélez con la mayor cantidad de prisioneros que pudo encadenar; mas viendo los indios obstinados la forma con que llevaban sus hijos y mujeres, y obligados de aquel afecto natural que rompe con los inconvenientes del mayor peligro, bajaron de las cumbres precipitadamente, y acometiendo valientes (aunque sin orden) al campo español, que no pudo rechazar el primer avance, atravesaron por medio hasta echar mano de las colleras en que iban los prisioneros: tanto valor comunica el deseo y ansia de poner en libertad aquellas prendas en que se empeña el amor. Aquí recobrados del primer ataque los españoles, encendieron de suerte el combate, que remató en una ardiente batalla, llevando la peor parte los indios, pues menoscabados al rigor del acero y cediendo al encuentro de las lanzas, no se acercaban después tanto a la retaguardia, aunque continuamente la inquietaban con la batería de los arcos y hondas.

Para desembarazarse de esta fatiga con que marchaba el campo, ordenó el capitán Galeano que de los primeros que iban en la vanguardia se emboscasen en buena parte Diego Franco, Bartolomé González, Alonso de Poveda, Pedro Gutiérrez, Francisco de Murcia, Alonso Gómez, Juan Mateos, Alonso Domínguez, Pedro Fernández Bolegan, Bartolomé Fernández de León, Francisco de Aranda, Herreño y Fernando Gallegos, soldados buenos y experimentados en la guerra de las Indias, y ejecutado el ardid sin detenerse en su disposición la vanguardia, y dándose mayor priesa la retaguardia amenazando a los prisioneros para que acelerasen el paso, como que huían del peligro en que los incautos bárbaros los ponían, dieron motivo a que creyesen ser verdaderas señales de temor las que en la realidad eran engañosas trazas del arte, con que, acelerados confusamente en el alcance de los nuéstros, avanzaron tan ciegos que cayeron en la emboscada, de la cual sa-

lieron los trece infantes que se habían ocultado, y dada señal los embistieron por un costado al mismo tiempo que revolviendo el campo sobre la mal ordenada muchedumbre, la pusieron en tal aprieto con muertes y heridas, que los más de los enemigos tenían a buena suerte poner las espaldas por blanco de sus contrarios, como si en ellas no se recibieran más fácilmente los golpes; que vino a ser el freno y único reparo para que no se atreviesen a molestar más el campo español, dejándolo que victorioso marchase con el despojo de los prisioneros.

Puestos ya en la ciudad de Vélez, licenciaron sin preceder castigo a muchos de los prisioneros para que fuesen a sus pueblos, habiéndolos persuadido a que admitiesen la paz que les ofrecían, procurando reducir a sus parciales para que debajo de aquella fe pudiesen ir seguramente a la ciudad a tratar de la libertad de sus hijos y parientes, sin dar por ellos otro rescate que el de una paz firme y sencilla, según y en la forma que la prometieron a los principios, a causa de que no admitiéndola sería preciso que en las guerras futuras experimentasen las daños que habían sentido en las pasadas. Industriados así los mensajeros y llegados a sus tierras, hicieron notorias las promesas del capitán Galeano, que fueron bien admitidas de todos aquellos cantones, pues luégo acudieron a Vélez los capitanes más principales, donde se ajustó la paz no con tanta firmeza que faltasen muchos movimientos y alteraciones después del ajuste, hasta que las guerras y extracciones de gente dejaron aquellas provincias tan faltas de fuerza y habitadores (como dijimos) que al presente se miran desiertas; pero en aquellos tiempos no excusaban lance ni encuentro de guerra, poniendo muchas veces en tal aprieto a los españoles que alguna de ellas obligaron a Galeano a retirarse más que de paso por socorro a la ciudad de Tunja, aunque después lo tuvo en Vélez bien

cumplido de la costa, cuando aportó a ella Jerónimo Lebrón, de que trataremos a su tiempo, pues ahora nos llaman nuevas conquistas de Guane, donde pasó el estruendo de las armas después de ajustarse las paces con los agataes.

CAPITULO II

SALE GALEANO A LA CONQUISTA DE GUANE: MUEVE LA GUERRA EN CHALALA, Y SIGUELA CON MATAREGUA HASTA VENCERLO EN BATALLA. PELEA CON GUANENTA, ROMPE LAS TROPAS DE BUTAREGUA Y A LA FAMA DE SUS VICTORIAS SE LE RINDEN OTRAS NACIONES.

VEINTE días corrían del mes de enero del año de 1540, cuando bien prevenido de armas y gente, salió de la ciudad de Vélez el campo español, gobernado por el capitán Martín Galeano, en demanda de Guane, de que tenían bastantes noticias. Yace esta provincia a la parte del oriente de dicha ciudad, con distancia de veinte leguas; tendrá de circuito poco más de treinta y seis millas, aseguradas por la parte de oriente con la muralla que labró la naturaleza de una peña tajada que vulgarmente llaman la Singla, corre norte-sur algo torcida y por más distancia de la que ocupa la provincia; por la parte a que hacen frente los guanes la divide el rápido curso del río Sogamoso, que, corriendo arrebatadamente por aquellos términos, se junta con el de Suárez y el de Chalalá, hasta que, mezclados, se confunden con la grandeza del río de la Magdalena; de suerte que por la parte baja de la Singla, al ocaso, tienen su asiento los guanes, y en lo alto de la peña hay campiñas rasas, excepto la más cercana, que llaman la mesa de Jerira, que sola ella tendrá de circunvalación veinte millas de tierras limpias, fértiles, llanas y apacibles, que son bien dilatadas dehesas y gozan de tan favorables influjos, que si allí hubieran poblado los españo-

les conservando los naturales de la provincia, hubieran ejecutado un acierto de que resultaran grandes conveniencias.

Aunque la mayor parte del país de Guane es pedregosa, todo lo demás del suelo que se habita es de admirable temperamento, ni caliente ni frío; está limpio de montañas, y como lo bañan vientos saludables, nada contrarios a la fertilidad, se hallan en él todas las frutas y flores de buen gusto y olor y se conservan por las cuatro estaciones del año trasplantadas a huertas de riego que por acequias conducen sus moradores de los arroyos que se despeñan de aquellas cumbres. Danse con facilidad las semillas y frutas de Castilla, y produjeran con abundancia las viñas si hubiera poblada ciudad de españoles o los que lo habitan se aplicaran a tenerlas, especialmente en Jerira. Confinan con esta provincia las arenas del río del oro y los veneros de las vetas de Pamplona; y así Guanentá, rey de aquellas tierras, a quien los demás capitanes y señores reconocían por el superior de todos, tenía su palacio en aquella mesa, por gozar de más apacible cielo que la parte inferior. Vestían los naturales telas y lienzos de algodón de diferentes colores, y tienen dos calidades que singularmente los diferencian de las otras naciones del Nuevo Reino. La primera, exceder las mujeres en belleza, blancura y disposición a las demás que se han visto, y la segunda, acomodarse con tanta facilidad al idioma español que son las que más clara y perfectamente lo hablan, en que las imitaban los varones entonces más diestros en manejar las armas de que usaban, como son dardos, lanzas, hondas y macanas.

Con estas noticias, que los obligaron a prevenirse de escudos, morriones y celadas, entraron en aquella provincia cincuenta españoles, de los cuales eran los seis de a caballo, y después de esguazar a Conatuba, río rápido, se encaminaron a la parte de arriba por un valle que corría hacia don-

de comenzaba la población de los guanes, con intento de sujetar la corte de Guanentá la primera, para que con el ejemplo de la cabeza o los menores pueblos se diesen de paz o recelasen el estrago más grande donde la resistencia fuese más flaca, siendo cualquiera de los dos efectos medio seguro para proseguir el allanamiento de la provincia, dando vuelta hacia Vélez y sujetando con menos costo y fatiga las naciones que pretendiesen ponerse en defensa. Las primeras casas que descubrieron fueron las de Poazaque, pueblo que gobernaba el capitán Corbáraque, retirado entonces a los montes con el temor que engendraban en el país las noticias derramadas de la invasión de los extranjeros. Mas diéronse tan buena maña éstos, que lo hubieron a las manos, y enterados de que era hombre de valor y mucha fama entre aquellas naciones, asentaron paces con él, con promesa de ser guardadas fielmente por ambas partes, con que el indio reconociese vasallaje al rey de España, militase debajo de sus banderas y admitiese al español que le diesen por encomendero, cuya obligación era ampararlo en su real nombre; mas no suele conformar siempre el sonido de la protección con las obras del protector, antes de ordinario andan reñidos en los encomenderos, como que no caben en un sujeto. Con el mismo trato y promesas fueron recibidos en otro valle que confina con Poazaque, y antes de él en Poima, que les dio telas bien labradas de algodón y ricas joyas de oro. De allí pasaron a Chalalá, donde se detuvieron ocho días a causa de mostrarse más animosos sus naturales en defensa de la libertad y en resistir los tratados de la paz con las armas en las manos, obligando al campo español a que en muchos reencuentros y alcances prendiese a muchos de los contrarios, especialmente mujeres por todo extremo hermosas, y corriendo las riberas del río Sogamoso pasó por grandes lugares desamparados ya de sus vecinos, porque el temor de la gue-

rra los obligó a dejar sus casas al arbitrio de los españoles, en que hallaron mucha ropa de algodón y algunas partidas de oro.

Así, talaban los pueblos y sembrados, cuando revolviendo sobre el país de Guane se les dio noticia de Mataregua, capitán belicoso y rico, en cuya demanda partieron luego, inciertos de la paz y asegurados del saco y pillaje por la fama que corría de sus riquezas, y porque los caballos no hallaban senda para ir derechamente por la parte más baja que los guías mostraban, a causa de las grandes asperezas, cuchillas y despeños que se descubrían, fueron los infantes por aquella parte con los anaconas (que viene a ser cierto género de indios amigos y de servicio, que con el abrigo de los españoles se muestran valerosos en la guerra y con la codicia de las presas la apetecen) y el capitán Galeano, llevando siempre a la vista su infantería, hubo de marchar por lo alto de la cuchilla donde está formada una loma limpia de piedras y montaña; pero cuando los infantes dieron vista a la población de Mataregua, fundada entre aquellas peñas (donde no podían servir los caballos ni pudieron bajar cuando los llamó la ocasión, por no encontrar senda que no fuese precipicio), acometieron con valor y destreza a tomar la puerta de la principal casa (que por su grandeza mostraba ser el alcázar del capitán) aunque no con tanto silencio y dicha que no fuese el asalto sentido; y así, aunque sobresaltadas las guardas de Mataregua, que se hallaban dentro, salieron a resistir la entrada con un bien dispuesto escuadrón de picas, obligando con ellas a detener el paso a los nuéstros y a valerse de los escudos para reparo de los botes contrarios, no menos peligrosos que los del batallón más diestro de suizos. Ibase encendiendo la refriega cuanto se aumentaba más el coraje de los unos por la defensa propia y el de los otros por conservar la fama adquirida, de que resultaba batallar tan igua-

les, que si talvez ganaban puesto los españoles luégo lo perdían obligados de las picas, siendo por muchas horas alternados los buenos y malos sucesos, hasta que Pedro Vásquez, joven acelerado y valiente, deseoso de lograr el corte de su espada en uno de sus contrarios, se desunió de los compañeros descuidado del abrigo de la rodela a tan mal tiempo que el golpe de una tostada pica regido del impulso de Matarregua, le rompió las arterias y dio con su muerte el último desengaño de su fatalidad. Luégo asieron los indios del cuerpo difunto, arrastrándolo hasta los umbrales de la puerta, donde encendieron más vivamente el combate, y tal, que los nuéstros no pudieron recobrar el cadáver, aunque estimulados de la honra acometieron dos veces a romper el escuadrón de picas que otras tantas los rechazó con valentía.

Rebosaba la cólera en los españoles con la provocación de la afrenta que padecían viendo los bríos de sus contrarios, y resueltos a probar el último trance determinaron, puestos en ala, morir con gloria o vencer con valor, a que, además de lo referido, les obligaba el reconocer que al ruído de la batalla acudían nuevas tropas de bárbaros de los burgos vecinos con lanzas, piedras y otras armas que el aprieto les suministraba, y que si la brevedad de la victoria no los sacaba de aquel peligro, habían de perecer con la dilación oprimidos de sus contrarios. Puesta, pues, la esperanza en Dios y en la fuerza de sus brazos, así cierran confiados que rompen por las picas con tal denuedo, que de los primeros encuentros cayeron trece de los enemigos que se mostraban más valerosos, sin otros heridos, con que, desflaquecidos los indios y amortiguado aquel valor y constancia con que se mantenían firmes, comenzaron a retirarse con orden, aunque embestidos de nuevo acabaron huyendo desordenados, de tal suerte que nuestros españoles quedaron por dueños del pueblo y alcázar, y bien necesitados de alivio, y más Pedro de

Salazar, que habiéndose señalado, sacó dos lanzadas de que padeció muchos días. Ya entonces Galeano, que miraba la batalla con envidia y el aprieto de los suyos con dolor, había encontrado senda para los caballos, impaciente de no haber podido bajar al tiempo que resonaba la guazabara de los indios y el estruendo que percibía de las armas españolas, aunque en caso que lo hubiera conseguido no fuera posible hacer efecto (como dijimos) por las peñas, que de cualquiera parte hacían estorbo. Pero finalmente, pasada la refriega, llegaron a la parte donde vieron muerto al desgraciado. Pedro Vásquez, a quien dieron el sepulcro más decente que permiten las campañas, y luégo discurrieron por las casas dándolas a saco, aunque de muy poca consideración, por haberse ya ocultado lo más sustancial con prevención anticipada; y así, desconsolados con la falta de presa y luz del día, se alojaron en la casa de Mataregua, dispuestos a resistir cualquiera invasión impensada a que los provocasen los centinelas.

Apenas comenzaron a descansar los fatigados cuerpos de los infantes, cuando Martín Galeano, que no paraba visitando los centinelas, considerando por una parte el sitio arriesgado en que se hallaba su campo, y por otra el valor y disciplina que había reconocido en Mataregua, como quien estaba bien ejercitado en aquellas lides, al tiempo de rendir el primer cuarto despertó sus cabos, y en pocas palabras les dio a entender la poca seguridad del puesto que ocupaban, en caso que los indios se determinasen a acometerlos con el amparo de la noche, pues siendo, como era, el terreno que hollaban tan áspero y embarazado de piedras, siempre ventajoso a los contrarios, enseñados a guerrear desnudos, y el que dominaba al pueblo en la parte más alta, páramo llano y limpio, de más comodidad para mandar los caballos, en que consistía la fuerza más principal, tenía por desatino notorio no desamparar lo más presto que pudiesen el pueblo, porque si no lo engañaba el discur-

so, habían de tener sobre sí aquel bárbaro gentío al romper del alba, tiempo de que se valían aquellas naciones para sus contiendas, aun cuando no tenían tan favorables los sitios, y que así juzgaba por lo más conveniente valerse del descuido del enemigo y del amparo de las sombras para ganar la cumbre, donde, aunque ocurriese la muchedumbre de bárbaros, asegurarían con la resistencia las vidas. Conformes los soldados entonces con el acuerdo de su cabo, marcharon con silencio hasta lo más elevado de aquella parte por donde bajaron los caballos, y en lo raso del páramo se acuartelaron, deteniéndose por espacio de tres días en reformar los caballos, a quienes por falta de herraduras se las hicieron de oro bajo, porque sin ellas no era posible caminar sin despearse en tan pedregosas sendas de aquella provincia ocupada de innumerable gentío, pues solamente en el ámbito de lo que propiamente se llama Guane había treinta mil casas habitadas de a dos y tres vecinos, con mujeres y familias, de suerte que aquella provincia parecía el manantial de los indios, y así, por ser número tan corto el de los españoles y el terreno de la manera que va referido, y que por haberse desunido Pedro Vásquez del cuerpo de la infantería perdió la vida, tomaron la empresa con más recato, valiéndose de la prevención posible para cualquier accidente.

Firmes permanecían los españoles en su puesto, advirtiendo en que de todas partes se mostraban ejércitos de indios armados y se escuchaba el estruendo de cornetas y tambores, que sin cesar de día ni de noche (a que añadían fieros y amenazas) tenían en continuo desvelo todo el campo; mas, viendo Galeano que de parte de los bárbaros se excusaba el rompimiento, y que a la comodidad de su gente y crédito de las armas españolas era perjudicial tanta detención, resolvió salir en demanda de ellos con el fin de reconocer sus poblaciones, y la primera en que dio fue la corte de

Guanentá, mayor que las demás y donde, aunque era infinita la gente que la habitaba, asombrada de ver la forastera, la desamparó con vergonzosa fuga, como si fueran miembros de más confianza los pies que los brazos, en cuyo seguimiento los nuéstros, sin más consejo que el que dictaba la codicia de los despojos, se partieron en dos tropas, la una de ocho infantes y dos caballos y la otra del resto de la gente que seguía a Galeano, empeñado por diferente rumbo en seguir el alcance; pero los diez que eligieron dividirse dieron impensadamente con una escuadra de gandules, que, puestos en una colina, los aguardaban, prevenidos de hondas y lanzas, y aunque pocos los españoles, no por ver el cercano peligro detuvieron el paso que llevaban; antes bien, con valeroso denuedo determinaron acometerlos en su puesto.

Con este fin llegaban ya cerca de sus contrarios, y ellos, con todo sosiego, los miraban, cuando de repente se hallaron sobre una quebrada imposibilitada de darles paso por la profundidad que formaban sus barrancos y por las muchas piedras que se mezclaban entre el curso de las aguas, con que, forzados del embarazo, hicieron alto infantes y caballos, a cuyo tiempo los gandules de la otra banda, confiados en la seguridad que les ofrecía tan bien dispuesto foso, valiéndose de las hondas disparaban tan espesa munición de piedras, que, reconocido el intento por los diez españoles, dispusieron que los vivanderos que los seguían con sus arcos se pusiesen en la ceja de la quebrada y frente de los enemigos para que con las flechas se correspondiese a los tiros de las hondas, asistiéndoles dos infantes que los animasen mientras los seis, arrastrando los cuerpos por la tierra, se deslizaban a la profundidad de la quebrada, por la cual caminaron a la parte de arriba hasta hallarse bien apartados del sitio de la refriega. Los guanes, entonces, puesta toda la atención en el combate, no sintieron el ardid de los españoles hasta

que se vieron asaltados y heridos por las espaldas de tan diestros enemigos, que no malograban golpe, de cuyo sobresalto así fueron ocupados del temor, que no acertaban a valerse de las armas, y mucho menos después que los caballos pasaron por lugar acomodado; y hallándose en campo llano Alonso Fernández y Gonzalo de Vega, padre de otro de su mismo nombre, que los regían, corrieron sin impedimento poniéndolos en huída y siguiéndolos con estrago de los que se mostraban más animosos.

Logrado este lance, dieron vuelta con algún despojo en demanda del capitán Galeano, cuyo suceso no fue menos feliz, y más sangriento el alcance, sin que su gente padeciese daño alguno; y así juntos y vanagloriosos de la buena suerte, pasaron a Butaregua, pueblo poco distante de la Singla, limpio y llano de asiento, y abundante de frutas y mieses, porque sus moradores tenían tal disposición en la tierra que se regaba toda con acequias antiguas, con que se lograba bien el trabajo de la agricultura. No tenía gente el pueblo, porque al sonido de la guerra se habían retirado los indios a las cuevas que tiene la Singla de altas y dificultosas subidas, aunque por el uno y otro lado tenían sendas soslayadas, que guiaban a las puertas y bocas de las grutas, porque derechamente era imposible el repecho, y aun por donde lo tenían parecía temeridad emprenderlo, por tener más de doscientos estados de precipicio. Pero como los españoles reconociesen el rastro reciente de los indios en las sendas, repartiéndose por ambas partes los más atrevidos y resueltos, subieron advertidos de que en caso que los acometiesen saliendo de las cuevas los que estaban en ellas, volviesen las espaldas como que huyesen, para que, empeñados los bárbaros en su alcance, pudiese la industria sacarlos a tierra llana, ardid que salió más favorable de lo que se imaginaron, porque viendo los indios que subían los extranjeros con

ánimo de oprimirlos en la estrechez de las grutas, las dejaron con aquella desesperación que suele producir el último aprieto, y opuestos a la invasión arriesgada, acometieron a los nuéstros, que, cambiando entonces los escudos a las espaldas y retirándose a buen paso, bajaron a lo llano, y los indios, ignorantes de la estratagema, en su alcance, que visto por los españoles que ocupaban los mismos sitios, cargaron sobre ellos con el estrago acostumbrado de las espadas, y como al acontecimiento se reparasen los indios delanteros, y los que iban en pos de ellos no pudiesen hacerlo por no estar a su arbitrio la detención, a causa de que el movimiento apresurado de los cuerpos era de alto a bajo y por sendas estrechas y limpias, dando de encuentro unos con otros, confusos y revueltos, y talvez asidos de las manos y pies, se despeñaron los más, donde con lastimoso espectáculo quedaron hechos pedazos.

Los que escaparon de aquel peligro por no haber desamparado las cuevas, viendo la derrota miserable de las mejores tropas y siendo persuadidos de los intérpretes, se dieron de paz, medio que eligieron para evadirse de las calamidades de la guerra. Y como el uno y otro suceso de Guanentá y Butaregua, señores los más poderosos de la tierra, se divulgó por la provincia, tuvieron por bien los naturales rendir sus armas a las extranjeras, siendo de los primeros Mataregua, cuyo espíritu belicoso se había hecho respetar de los indios y admirar de los españoles, siendo lo primero que hizo restituir las armas del soldado que mató en su alcázar, con un presente de mantas y oro, que mitigase la sed de los vencedores; y puesto debajo del católico dominio este capitán, pasaron los nuéstros a Bocare y Guajite, dos poblaciones o ciudades que sin movimiento de armas ni maquinar engaños, admitieron el yugo de la obediencia y manifestaron su liberalidad con preseas de estima; pero Cacher, malcontento de sujetar el cue-

llo con tributos, dejó de acudir al campo español aun siendo llamado. Conocido el desprecio y arrogancia de este capitán, discurrió Galeano que no le convenía pasarlo en disimulo, por que su ejemplo no turbase el buen progreso de sus armas, y así, despachó veinte infantes y algunos caballos al castigo de su atrevimiento; éstos entraron por su pueblo con semblante pacífico, como se les había ordenado, para tentar si podían sin sangre conseguir lo que se pretendía; pero en acercándose al cercado de Cacher salieron cuarenta gandules con bastones gruesos en las manos y determinación bárbara de matarlos a palos, intención que manifestaron en las acciones, pues apenas se ajustaron cuando empezaron a valerse de los bastones contra los que no iban descuidados del reparo, y como mal sufridos correspondieron con tales heridas y botes de lanza, que de los cuarenta quedaron rendidos los unos y muertos los otros, y sujeto Cacher a los reveses de su mala fortuna, acompañó a los vivos en la prisión, con quienes dieron vuelta los nuéstros a Bocare, sin ser parte la gente que acudió al socorro de su capitán para quitarles la presa de las manos ni mudar el paso de la marcha, llevando en la retaguardia los caballos para reprimir la furia de los que la inquietaban.

Así llegaron a donde Martín Galeano los esperaba con el resto de su gente, que luégo mandó soltarlos de la collera en que iban, tratándolos bien y advirtiéndoles la forma que habían de guardar en lo venidero para gozar pacíficamente de sus casas y tierras sin causar novedades; y como entre lo afable de las palabras mezcló algunas amenazas fáciles de poner en ejecución, dada la obediencia que pretendió de los indios, les puso en libertad para que, vueltos a su pueblo, sosegasen la gente de Cacher, que por su prisión había tomado las armas. Esto ejecutado así, pasó Galeano con su gente a Sicotá, donde fue recibido con aplauso,

cantidad de mantas y algún oro, sin repugnar la sujeción que les fue notificada; y despedido de aquel país, entró en Cotisco y Caraota, y pasando por el valle de Sancoteo y Usamata (entonces bellas ciudades, no menos fértiles que populosas) asentaron la paz y dominio católico sin que se necesitase de armas, temidas ya de todas aquellas naciones. Allí hizo Galeano el apuntamiento de todos los señores y capitanes que tenía la provincia de Guane, para hacer de ellos repartimiento entre los conquistadores, en remuneración de tantos afanes padecidos en servicio de su rey, reservando la determinación que se debía tomar para la ciudad de Vélez, donde más bien considerado el apuntamiento saliese menos sujeto a quejas.

Dábale priesa a su vuelta y a ejecutarla con brevedad, el recelo que tenía de algunas novedades ocasionadas con la ausencia de cuatro meses, que había ocupado en aquellas conquistas, y por esta causa no sosegaba, temeroso de algunos movimientos que amenazaron en su partida, intentados por el furor bárbaro de los indios confinantes de Vélez, que había dejado con encomenderos nombrados, a qdienes diesen el tributo de las demoras, carga insufrible para naciones criadas en libertad; además, que se acrecentaban las ocasiones de alterarse con la infame servidumbre en que los tenían sus dueños, faltando los términos de la templanza de parte de los cobradores, que ni tenían límite ni se ajustaban a tasa en lo que pedían; antes, con desafuero y extorsiones repetidas, sobre el tormento del servicio personal cobraban más de aquello que la razón permitía; y de aquí era que no pudiendo sufrir tantos daños aquellos miserables, o desesperados se mataban, o desflaquecidos del trabajo morían. Con que esta última miseria a que se hallaron reducidos fue la principal causa en sus principios, para que, ayudados de la necesidad, y con el fin de redimir tantas vejaciones, sacudiesen el peso de aquel yugo, obligando a los

cobradores a que pagasen con el tributo natural de la muerte el violento, de por vida, que les pedían, como aconteció a los dos meses de la partida de Galeano para la conquista de Guane, que para referirse será necesario traer los sucesos desde su origen.

CAPITULO III

AGRAVIADO THISQUIZOQUE DE LA TIRANIA DE JUAN GASCON, HACE LIGA CON EL SABOYA, TOMA LAS ARMAS Y LE QUITA LA VIDA.—HERNAN PEREZ DE QUESADA SOCORRE A VELEZ, MIENTRAS VUELTO GALEANO Y AUXILIADO DE CESPEDES Y RIVERA ROMPE LA GUERRA CON LOS REBELDES.

EL tiempo que salió el capitán Martín Galeano con su gente para las empresas referidas, dejó por caudillo de la restante, para asegurar la nueva ciudad de Vélez, al capitán Juan Fernández de Valenzuela, persona a propósito para la guerra, aunque para excusar ocasiones de encenderla poco vigilante; pues en vez de castigarlos disimulaba los desafueros de los dueños de indios, que a título de defensores que se apellidan, procuraban únicamente sacar jugo de donde ni había sustancia ni virtud para satisfacer la sed de su codicia. De estos encomenderos era uno Juan Gascón, aquel primer alcalde nombrado en la fundación de Vélez, y el que con más importunidad violentaba por instantes a que le llevasen oro los indios que por suerte le habían caído, que fueron los de la capitanía de Thisquizoque, repartimiento entonces de consideración, aunque para su mal. Estos, pues, siendo llamados por Gascón para que le diesen más tributos sobre los dados, que no habían sido pocos, acudieron con puntualidad, y después de presentarle Thisquizoque joyas tan buenas que merecían corresponderle con mucho agasajo, no solamente no consiguieron dádiva alguna, pero irritado Gascón más que otras veces, y menospreciando el tributo, le dijo al ca-

pitán palabras tan injuriosas que la más decente fue llamarle infame, y que como tal daba los tributos sacados por alambique, y que se persuadiese a que si no entregaba la guaca que tenía oculta, había de quemarlo vivo. El capitán, con rencor disimulado y apariencia humilde, le respondió que lo que había dado era cuanto podía haber hecho por entonces, pero que si pretendía que en lo futuro fuesen más crecidos los tributos, sería muy conveniente que la paga no se hiciese en Vélez, sino en su mismo pueblo, porque los vasallos en ausencia del dueño siempre andarían cortos con las contribuciones, inconveniente que no se hallaría teniéndolo a la vista, pues imponiendo respeto su presencia, aun en los más parcos, y representado por él lo que debía darse, siempre sería considerable el donativo o tributo, pues cada cual desearía señalarse para ganar su agrado.

Alegre Juan Gascón de la respuesta, halagó a Thisquizoque con promesa de serle amigo si cumpliese la suya. Piensan los que mandan que con un agrado sobrepuesto borran los agravios de marca que hacen en los súbditos, y juzga la codicia que no hay peligro donde se propone el interés; y así, con aquel hidrópico anhelo que ahoga los corazones humanos y no les consiente avisar con latidos los riesgos que nacen de la imprudente confianza, pidió licencia al capitán Valenzuela, pareciéndole error conocido no aprovecharse de aquella ocasión que se le venía a las manos; y tantos fueron los ruegos que interpuso, que lo consiguió, con advertencia de que fuese con aviso y recato de la traición, que tan de ordinario se viste de la capa del agasajo. Apercibido, pues, Gascón, de sus armas y caballo, y estimulado de su codicia, salió de Vélez con seis amigos suyos, muy buenos soldados, con espadas y rodelas, de los cuales eran los dos de Santa Marta, que fueron Benito Sarco y Bartolomé Sánchez, y los cuatro de Venezuela, a quienes seguían algunos anaconas con gusto, y

con el mismo llegaron a la casa de Thisquizoque, donde, entre obsequios fingidos, les hizo muchos regalos que sirviesen de disfraz a los malos intentos que tenía ocultos; y viéndolos alojados, se despidió diciendo que para más festejo suyo disponía salir a caza de venados con los monteros más diestros de aquel país, donde se deleitarían mucho con ver el gamo herido de la volante flecha o prisionero de la engañosa red, y que concluído aquel cortejo cumpliría la promesa que tenía hecha, ordenando que sus vasallos les diesen tanto oro que todos quedasen satisfechos de su liberalidad. Despidiose con esto a ejecutar el sangriento enojo que tenía esculpido en el corazón; pero no de suerte que entre los españoles faltase quien tuviese el suyo combatido de sospechas, y así, Benito Sarco, vuelto a los demás compañeros, dijo que temía mucho aquella caza de ciervos, que a su entender había de convertirse en la de sus vidas, pues tan sin acuerdo se habían encerrado al arbitrio de unos bárbaros quejosos, que era muy posible que todos los pasos estuviesen cogidos, cuando ellos con tanto descuido trataban de entregarse al sueño; y que, pues, ya no podía discurrirse otro remedio, velasen todos y al caballo no le quitasen la silla, ni se descuidasen con un perro que llevaban de ayuda.

No pareció mala advertencia a los compañeros, y considerado más bien el riesgo en que estaban, velaron toda la noche, y Thisquizoque, por su parte, no se descuidó en dar aviso a los capitanes y caciques comarcanos, especialmente al Saboyá, que se hallaba deseoso de encontrar ocasión semejante, y aun por ventura fue el principal autor de la rebelión y primer consultor del engaño. En fin, después de amanecer, al tiempo que los españoles estaban a la mira vacilando entre las ondas de varios discursos, unas voces de los que ocasionaban el riesgo que corrían entre gente agraviada y bes-

tial, con quien la razón ni el ruego tienen cabida, y otras de los que proponían la esperanza de no ser ofendidos, por haberse pasado la noche sin acometimiento enemigo, vieron bajar por una loma rasa que tenían de frente más de seiscientos indios bien armados de dardos, flechas y macanas, sembradas las cabezas de plumas, uso común que observan cuando salen a guerras, cazas y ejercicios en que concurren todos, causa por que los españoles no podían certificarse de la intención que los movía; pero según la muestra y denuedo que llevaban, se inclinaron a creer lo peor, y fue lo cierto; y así, bien apercibidos y montado a caballo Juan Gascón, salieron al encuentro no mostrando alteración alguna, antes bien, fingiendo adelantarse a recibirlos hasta que hicieron alto sosegados en sitio donde el caballo pudiese obrar sin embarazos.

Desatose brevemente la duda, porque llegando los indios a poca distancia de los españoles, resonaron sus cornetas y dieron la guazabara que acostumbran en el rompimiento de las batallas, disparando al mismo tiempo tan densa nube de flechas envenenadas, que no dejaron en los escudos y escaupiles lugar libre para repetir nuevos tiros, amenazando con todos fin desastroso a los nuéstros, de que sin particular socorro del cielo era imposible escapar; y así, viéndose Juan Gascón en el centro de aquellos peligros a que su destemplanza lo había arrastrado, con voz turbada pedía a sus compañeros le perdonasen haber sido la causa de la perdición de todos. Díjoles que, pues sus desafueros habían dado el motivo justo para vengarse aquellos bárbaros, se arrepentía verdaderamente de sus yerros y le pesaba de hallarse en ocasión que para librarlos no tuviese la seguridad en sus brazos o en su muerte la esperanza de redimir las vidas de los que peligraban sin culpa, que sólo confiasen en el poderoso brazo de Dios y se portasen de suerte que cumpliendo con la obligación de buenos españoles, no llegasen vi-

vos a manos de aquellos infieles, donde su fiereza con dilatados tormentos les diese muchas muertes. Esto dicho brevemente, mandó soltar el perro y dando de espuelas al caballo y siguiéndole los seis camaradas, no se mostraron leones y tigres más feroces entre corderos que aquellos siete españoles entre las escuadras de seiscientos enemigos; porque desesperados de la vida a causa de hallarse heridos de las venenosas flechas que de todas partes disparaba aquella canalla embravecida, presumiendo cogerlos vivos en confianza de su ligereza y fuerzas, cortaban cabezas, destrozaban cuerpos, y en los más abrían puertas por donde la última respiración los desamparase; pero nada bastaba donde por su contrario que moría sustituían ciento en su lugar. Encarnizado el perro, despedazaba tantos enemigos él solo como los siete españoles, y sobresalía de fuerte Juan Gascón en desbaratar tropas, que acreditó bien lo que en valor y armas se aventajaba a los compañeros. Crecía el alboroto, le sangre inundaba, la grita y la confusión cobraban fuerzas, y cuanto más se iba trabando el ardor de la pelea tanto más se encendían las iras, indignaciones y espanto; porque los unos, ya que no pueden redimir las vidas, quieren, vendiéndolas caras, que compren sus enemigos a toda costa la victoria; y los otros, viendo tantas pérdidas, no desisten de coger a más precio el fruto de sus venganzas.

Hallábanse ya los siete españoles cercados por todas partes y no menos formidables a la vista que fieras acosadas de garrochas; la sed era insufrible a causa del trabajo y sol ardiente que padecían, y el mayor remedio que esperaban consistía en la certidumbre de la muerte que temían y llegaba por todas partes, pues en todas encontraban nuevos peligros en que estrenar su valor desalentado. Tales se hallaban ya los infelices guerreros, que los cansados brazos no correspondían al esfuerzo invencible del corazón; antes, acreditados de remisos, daban señales de que los vasos

mortales rotos por diferentes partes caminaban a toda priesa a una quiebra lastimosa. Atravesado el perro a flechazos, había muerto, y el caballo, abiertos los ijares, fue despojo leal de un campo bruto, cayendo a tiempo que Juan Gascón, desamparando los estribos, hizo a pie con la lanza cuanto pudo admirarse en Alejandro. Mas ¿para qué esfuerzo tan malogrado? ¿Y de qué sirve barajar diligente quien tiene contra sí echada la suerte de una mala fortuna? Por todas partes peleaba combatido de enemigos, hasta que el golpe de una macana le quitó de la cabeza la celada borgoñona y de otro rindió la vida, remate último de su codicia. La lanza quedó por despojo principal de los indios, y el capitán que la hubo en suerte la apreció tanto, que siempre usó de ella en los encuentros que después se siguieron a éste, como de presea que podía comunicarle valor y fortaleza invencible. Pero engañose su presunción humana, pues guardó para su mal el instrumento, con que le atravesó el pecho el capitán Juan de Rivera a tiempo que, perdiendo su propia lanza, se la quitó a este bárbaro con valentía y aseguró su vida después de un fiero combate en que se halló cercado de quince mil indios muzos, con solos dos infantes y el uno estropeado de una pierna, de cuyas hazañas trataremos a su tiempo; y volviendo al hilo de la historia, fueron muertos en la batalla de Thisquizoque, además de Juan Gascón, los seis españoles de su compañía, después que valerosamente acreditaron su nación invencible, aunque se dijo que el uno de ellos había escapado con algunos yanaconas y por estar tomados los pasos solamente logró la diligencia en dilatar algo más su fin lastimoso; mas lo cierto fue que murieron todos, sin que de ellos llegase más de un indio a la ciudad de Vélez, que reservó el cielo para correo del infortunio.

No causó la muerte de Juan Gascón y sus compañeros poca turbación en los vecinos de la ciudad de Vélez, a causa de hallarse con flaca defen-

sa para la invasión que amenazaba el principio de tan mal suceso y la avilantez que habían cobrado los indios rebeldes y parciales de Thisquizoque, que forzosamente renovarían los trabajos padecidos en vez de permitirles descanso, necesitándolos a volver a la conquista con mayor riesgo y dificultades que a los principios. Sospechaban que las provincias todas habían de concurrir unidas a la conspiración, pues a todas tocaba el interés de la libertad y a todas era odioso el nombre de los encomenderos, introducidos más para su ruina que para su amparo; y para asegurarse de este peligro cercano, ocurrieron a Santafé a pedir socorro de gente a Hernán Pérez de Quesada, que por aquel tiempo gobernaba el Nuevo Reino de Granada por nombramiento de su hermano don Gonzalo, que ya había partido para la costa en compañía de Frederman y Benalcázar, como dijimos. Enterado, pues, Fernando Pérez del riesgo en que se hallaba aquella ciudad, y discurriendo que un remedio acelerado, aunque pequeño, suele talvez preservar de grandes enfermedades, que pueden introducir la dilación o el descuido, mandó salir con toda brevedad cincuenta infantes y caballos gobernados por los capitanes Juan de Céspedes y Juan de Rivera, que apresurado el paso llegaron a Vélez un día antes que Martín Galeano arribase de Guane; con que, asegurada la ciudad, y resolviendo conformes cuán acertado sería proceder luégo al castigo, por que la remisión no aumentase bríos al atrevimiento de los indios, apercibidos setenta infantes, de quienes fue cabo Galeano, y nueve caballos solamente, gobernados por Céspedes, Rivera y el capitán Zorro, por no ser a propósito para la guerra que emprendían en tierras tan ásperas, pues la noticia que ya tenían era de qué el concurso de las naciones rebeladas se había entrado a fortificar en los montes de Orta y Cocomé, en los confines de Agatá, donde pensaban defenderse y aun dar batalla a los españoles, sin dejar las armas hasta lanzarlos de sus

provincias, determinaron anticiparse en el acometimiento, prevenidos de espadas, rodelas y ballestas.

Ya era entrado el mes de mayo cuando Martín Galeano empezó a marchar por las altas sierras de los agataes, cuyas aldeas y lugares vieron desiertos, sin hallar en ellos cosa de qué poder echar mano, ni señal por donde pudiesen saber la parte en que estaban ocultos. Pero como bien experimentados los capitanes y algunos soldados en descubrir las sendas y retiros de los indios, hicieron algunas diligencias hasta dar en una vereda mal hollada y tan estrecha, que más parecía de fieras que de hombres; mas la perseverancia que tuvieron en seguirla, descubrió que cuanto más se dilataba tanto más se reconocía trillada, hasta dar en un camino abierto, que mostró ser el que tenían los indios para recogerse a la maleza de los montes; y así lo siguieron hasta encontrarse con la singla de unas peñas que se les puso delante, desde donde descubrieron otra de no menos elevación y tan poco distante de la primera, que alcanzaban las flechas de una singla a otra; porque, puestos en la segunda muchos esenadrones de gandules armados, y viendo a los que esperaban en aquel sitio ventajoso, con la noticia que ya tenían de su entrada, tocaron los instrumentos roncos de sus cornetas y fotutos y les dieron una grita confusa de amenazas, o (por hablar en su idioma) la guazabara, que mezclan con el rompimiento, pues sucesivamente prosiguieron dando cargas densas de flechas envenenadas.

Sobresalía entre los bárbaros uno de gallarda disposición, mostrándose en todas sus acciones buen capitán del ejército que gobernaba, y siendo el que en las palabras y tiros del arco embebía la ofensa más sensible del campo español, pues había herido un valiente lebrel y muerto otro. Señalábase también entre los nuéstros en el manejo de la ballesta Alonso Martín, soldado viejo de los de Frederman, que malsufrido del valor de aquel in-

dio, puso un duro harpón en la cureña, y eligiéndolo por blanco de su destreza le tiró de suerte que atravesado por el costado izquierdo y muerto del golpe, que lo cogió en la extremidad de la peña, cayó precipitado por más de cien estados, hasta dar en el camino de abajo, por donde habían de pasar los nuéstros para ganar la singla en que estaban los contrarios. Pero viendo éstos la impensada muerte de Agatá, capitán el más práctico en las guerras anteriores, cuyo corazón obstinado ni guardaba fe ni excusaba peligro, y otras muchas que, además de ésta, hicieron los ballesteros con sus jaras, y que la munición de su flechería faltaba, se fueron retrayendo a buen paso para ganar otras cumbres inaccesibles en que fortificarse de nuevo. Mas conocida la intención por la sagacidad de los nuéstros, siguieron aceleradamente el alcance, en que los perros eran las armas más ofensivas, haciendo en los miserables indios tan fiero estrago que, obligados de aquella impía hostilidad, se derramaban por diferentes caminos sus escuadras, procurando cada cual hallar abrigo en la aspereza de los montes o en la soledad de las grutas, para ampararse de su dureza contra la de los españoles que, gozosos de la victoria y saqueando los alojamientos, hallaron no menos abundancia de víveres que de otras preseas de estimación.

Lograda esta suerte, en que el Saboyá fue el menos perjudicado, descansaron dos o tres días y luégo marcharon a Thisquizoque, donde había dispuesto Galeano que lo esperasen los capitanes Céspedes y Rivera con los caballos, por ser aquella tierra más dispuesta para valerse de ellos. Pasaron por el país de Popona, y habiéndose alojado en un pueblo sujeto al capitán Cappa, se les juntaron los caballos y al siguiente día siguieron el camino de Thisquizoque, distante poco más de una legua; y como fue forzoso ir marchando a media ladera, y los indios esperaban aquella ocasión, dieron tal carga de flechería y piedras, que pare-

ció milagro no perecer todo el campo por no haber podido ganar la cuesta; con que, pareciéndole a Galeano el medio más seguro para escapar su gente dividirla en tropas y que apresurasen el paso, de que resultaría el menor daño, lo dispuso así; pero al tiempo que llegaban al principal lugar de Thisquizoque, se encontraron con un buen trozo de flecheros que, haciendo ostentación de los despojos de Juan Gascón y de los suyos, como eran la lanza y las espadas, trabaron la pelea; y aunque en ella hacían maravillas los nuéstros, no fue posible recobrar aquellas armas españolas, que por escarnio les mostraban, a causa de irles cargando nuevas tropas de enemigos, que no menos soberbios que valientes, rompían el aire a voces publicando su enojo con el silbo marcial de los arcos, y mostrándose tan bravos en el primer ataque, que hubiera perecido el campo español a no disponer la fortuna que se mejorasen de puesto, pues como llegasen a verse en parte menos áspera para el manejo de los nueve caballos, se dieron tan buena maña en romper las tropas del enemigo, que, desordenadas, dieron lugar a reobrarse del aprieto en que se hallaban nuestros infantes.

Señalábanse en valor y destreza Céspedes, Rivera y el Zorro, los mejores jinetes que entraron en las conquistas del Nuevo Reino; ejecutaban muertes y heridas en los contrarios que más sobresalían, y amparada ya de los caballos, obraba la infantería española hazañas ajenas de toda esperanza, porque la quiebra de una reputación perdida no puede soldarse si no es con los desquites nobles de un corazón avergonzado, siendo uno de aquel número Gonzalo García, vecino que fue de Vélez y después de Tunja y padre de Sebastián García, que le sucedió en los méritos y corto premio del repartimiento que le dieron. Los más gallardos enemigos fueron los primeros trofeos de las armas españolas: así acaban siempre los valerosos, y no sé que sea mérito salir con vida de lance

en que los mejores perecen. Viéndose tan quebrantados los escuadrones de Thisquizoque, tocó a retirada con orden a partes dispuestas para defenderse con el abrigo que hacían ciertos hoyos sutilmente cubiertos de espartillo, ardid que usan para la caza de venados y otros animales. Los de a caballo, en sintiendo la retirada, se empeñaron en seguir el alcance, de que resultó que uno de los jinetes que remitió Fernán Pérez al socorro cayese en uno de ellos, y visto por los indios cargaron tantos a quitarle la vida que fue necesario todo el valor de los españoles para que no lo consiguiesen. Allí se renovó fieramente la batalla con dobladas muertes que en el primer encuentro, pero los ánimos enseñados una vez a volver las espaldas, casi siempre peligran en su primera infamia. No llegaban los nuéstros a ciento y los indios parecían innumerables, sin que pueda negárseles el espíritu guerrero que habían cobrado en la escuela militar del Saboyá y Thisquizoque, y, sin embargo, cedió el número al valor; porque a corazones enseñados a vencer, los mayores números sólo sirven de aumentar despojos gloriosamente.

CAPITULO IV

LOS TRES GENERALES PRETENDEN LA GOBERNACION DEL NUEVO REINO Y NINGUNO LA CONSIGUE. BENALCAZAR CORRE EN LA CORTE CON MEJOR FORTUNA QUE FREDERMAN Y QUESADA.—LEBRON PROSIGUE SU JORNADA POR TIERRA Y ALONSO MARTIN POR AGUA HASTA LA TORA, Y DE ALLI JUNTOS HASTA LA CASA DE LA SAL.

ES alma de las historias la verdad, y debe ser norte a que mire la pluma su resplandor, porque, como el cuerpo necesita de espíritu para no padecer los efectos de la mortalidad y el bajel de la estrella para no salir de los rumbos que lo dirigen al puerto, así la historia verdadera, aunque se halle desnuda de las otras calidades que admite, se conserva inmortal y venerada; y la pluma que se guía por el norte que debe, arriba feliz al puerto, aunque se haya engolfado en las más extrañas tempestades del tiempo. A esta empresa anhelaron muchos escritores, pero empeñados algunos en los escollos del odio y gobernados otros por la ceguedad del amor, dejaron sin alma sus obras y perdieron en el golfo de sus escritos el norte. Parecioles quizá que si con los aplausos de la virtud que celebraban mezclaban los vicios, o con la relación de ellos recordaban virtudes, caerían en el defecto de no consiguientes, y dieron en el de apasionados: como si no fuera valentía del pincel de la pluma poner a los retratos de grandes héroes las sombras de sus defectos, y dar a la pintura de los más formidables los lejos de sus virtudes. Pocos varones ilustres celebran los mejores historiadores sin darnos

bastante materia para el vituperio en algunas de sus obras, y sobrado asunto para el aplauso en los más de sus hechos; y como no se libró de estas alternadas acciones el general Quesada, y haya de seguirse la pluma por el impulso de la independencia, será forzoso que cuando relata lo heroico de sus hazañas, no disimule la fealdad de sus desaciertos, para que cuanto más sus virtudes animaren a la imitación, tanto más se retire de la sombra de sus defectos quien aspire a las glorias de la virtud. Además, callando sus desacuerdos y viendo adelantarse en los premios a Benalcázar, pudiera pensar quien lo atendiera que fue desfavorecido de su príncipe después de tantos servicios, o que se halló desigualdad o pudo caber ingratitud en los espacios de aquel imperial ánimo, acostumbrado a no detener el curso de su liberalidad, si no fue cuando dentro de los términos de la justicia lo represó la fuerza de la razón.

Cos próspero viaje tomaron puerto en Sanlúcar le Barrameda los tres generales: Quesada, Benalcázar y Frederman; y como la mudanza de regiones suele serlo también de fortunas, luégo se dispusieron los medios de su inconstancia. Divulgose con su llegada a la corte el descubrimiento del Nuevo Reino de Granada, la riqueza de los tres capitanes que aspiraban a su gobierno y la muerte del adelantado don Pedro Fernández de Lugo, a cuya costa se hizo. Hallábase en la corte don Alonso, su hijo, en quien recaían los derechos del padre, y con el favor que tenía por estar casado con doña Beatriz de Noroña, hermana de doña María de Mendoza, mujer del comendador mayor de León, pidió al rey el gobierno en virtud de las capitulaciones hechas con su padre, y en atención a los grandes gastos y servicios hechos a su corona, que reconocido todo por el Consejo, no fue dificultoso concederle los cargos y títulos del padre, con calidad que llevase a su costa doscientos hombres al reino; aunque no dejó de hacerles mu-

cho contrapeso a los principios la gran fama y noticia que se había derramado de don Gonzalo Jiménez de Quesada, que desvaneció don Alonso con el arte de adicionarle las mejores acciones en materia de intereses reales, que es la batería más bien recibida en los Consejos, aunque de ella hayan resultado tantos desengaños de que la juega la malicia contra los más ajustados, por que no la castigue el rigor de los que administran justicia.

Sebastián de Benalcázar, que no reducía sus pretensiones ni su derecho a un solo gobierno, luégo que llegó a Castilla pasó a la corte en tiempo que el emperador estaba de partida para Flandes, atravesando la Francia al rebato que le dieron los movimientos de Gante; y como los servicios de este capitán eran tan señalados, lo empezó luégo a favorecer personaje superior, sin que bastasen las contradicciones comenzadas por Hernando Pizarro en nombre del marqués su hermano, en que hubo de ceder al favor que tenía Benalcázar, de que necesitaba para negocios de más peso; y dándose el emperador por bien servido, y con el fin de moderar la jurisdicción del marqués Pizarro y dar medio en las pretensiones del Nuevo Reino, le dio en gobernación todo lo de Popayán y provincias que llamaron equinocciales hasta los términos de Quito, con título de adelantado; porque, a la verdad, todo aquello y mucho más había descubierto; con que quedó contento hallándose sin depender de otro que del rey y Audiencia de Panamá, y volvió al año siguiente de cuarenta y uno con orden para que Gonzalo Pizarro no entrase en su gobernación aunque llevase poderes del hermano; y porque Pascual de Andagoya había conseguido por muerte del licenciado Espinosa, poblador que fue de Panamá, el gobierno del río de San Juan, que empezaba desde los términos de la gobernación de tierra firme, corriendo la costa del mar del sur hasta incluir el dicho río de San Juan, que es muy nombrado (aunque se tuvo después

por supuesto), y se decía que estaba en Panamá, donde era veinticuatro, haciendo gente para introducirse en la gobernación de Cali, Anserma y Popayán, con pretexto de que aquellas provincias se comprendían en la del río de San Juan, se ordenó a la Audiencia de Panamá que en caso que hubiese entrado en ella lo lanzase, dejándosela libre a Benalcázar, donde lo buscaremos al tiempo de proseguir con sus conquistas.

Nicolás Frederman se pasó a Flandes, ya fuese con el fin de seguir al emperador, ya con el de pasar a la patria; pero recibiéronse despachos del Consejo para embargarle gran suma de dinero que se publicaba haber remitido a Amberes, y no falta quien afirme (y fue lo cierto) que vuelto después a la corte de estos reinos, murió pretendiendo en ella y cargado de pleitos con los Belzares. Así acabó este capitán y así mueren de ordinario los grandes caudillos. Fue (como dijimos) natural de Alemania; de su patria faltan noticias aunque no de su mucha nobleza. Pasó a las Indias con los primeros españoles y alemanes que siguieron las rutas de Venezuela por asiento de los Belzares. Cobró mucha fama en pocos años que se ejercitó en las guerras de aquellos bárbaros con valerosas hazañas; pero como a éstas siguiese siempre la emulación oculta, disfrazose contra él entre sus más allegados. A la generosidad del ánimo llamaron soberbia; a la inclinación de las armas, bullicio; y pintáronlo de suerte a los Belzares, que desconfiando de sus promesas le quitaron el gobierno y se lo dieron a Jorge Spira, en quien asentaran mejor los informes, como se ha visto. Debiose a su actividad el descubrimiento de las guillas de perlas del río de La Hacha, y hubiera sido el primero en la entrada del Nuevo Reino si no hubiera reservado la Providencia divina aquella gloria para don Gonzalo Jiménez de Quesada. Fue de hermosa presencia, de pelo rojo y muy blanco de rostro, afable con liberalidad y tan apacible con su gente, que se refiere de él que habiendo lle-

gado a un pueblo de los Llanos, donde le salieron de guerra sus moradores, dio orden a su gente para que siguiese el alcance sin divertirse con la codicia del saco; y porque, vencida la batalla, encontró algunos infantes saqueando las casas, dijo: "¡Oh, qué soldados de tan poca vergüenza!", en cuya memoria llamaron al pueblo el de la Poca Vergüenza, por no haberle oído jamás palabra semejante ni otra alguna de enfado; de que se reconoce la malicia con que sus falsos amigos lo desacreditaron y la fuerza que tiene un informe secreto, aunque sea tan siniestro como el que de este capitán se hizo para embarazarle sus medras; mas no siempre se juntan valor y dicha, y ándase la desgracia a porfía con la emulación sobre ahogar méritos de quien tuvo tantos como los de este famoso alemán.

Don Gonzalo Jiménez de Quesada, viendo perdidas las esperanzas del gobierno, que lo condujeron a Castilla, pasó en seguimiento de su rey a la corte de Flandes; y como su ardor juvenil y mucha riqueza lo inclinaban a la vanidad de señalarse en el mundo valiéndose de trajes menos decentes a los méritos que debía representar un caudillo de tanto nombre, entró vestido de grana en la corte a tiempo que estaba enlutada por la muerte de la emperatriz Isabel, y aun se dijo que en el mismo traje pareció a besar la real mano, acción que lo desacreditó mucho con su majestad y causa para que se hiciese por entonces menos estimación de su persona de la que merecían sus hechos; con que despechado de sus malos sucesos, se pasó a Francia, con el fin de ver sus grandezas, que fue añadir celos sobre los reparos que se habían hecho de su imprudencia, porque la princesa doña Juana, que gobernaba entonces a España, y el Consejo de Indias, hicieron grandes diligencias para prenderlo dentro de Francia, encareciendo que llevaba muchos tesoros y había cometido mayores delitos, a que no ayudaba poco la

emulación del adelantado don Alonso Luis de Lugo y los falsos rumores de otros envidiosos; y a la verdad (dice el cronista Herrera para su mayor aplauso) que tenía el Consejo por cosa perjudicial ver aquel hombre tan señalado en reinos extraños.

Vuelto en sí don Gonzalo Jiménez con los avisos que sus agentes le dieron desde la corte, dejó las delicias de Francia, donde, y a Italia, los deseos de ver mundo y su poca edad lo habían llevado; volvió a estos reinos y en su corte tuvo pleitos bien litigados con el adelantado Lugo, porque éste alegaba que todos los intereses habidos en la conquista del Nuevo Reino le pertenecían como a heredero del padre, que fue gobernador de Santa Marta, y a su costa había hecho Quesada el descubrimiento como teniente suyo; a que replicaba éste, instando en que las provincias del Nuevo Reino debían separarse de Santa Marta, para donde Lugo estaba proveído, y dárselas a él en gobierno como reino aparte que a costa de su sangre y valor había sujetado a la corona de Castilla; pero mediose todo por el Consejo, pareciendo disimular con Quesada las demandas que Lugo le ponía y declarando en favor de éste ser anexas las nuevas conquistas a la gobernación de Santa Marta, que pareció entonces parte de satisfacción al derecho representado contra Quesada. El, viendo el descrédito y poca estimación en que lo habían puesto en la corte sus émulos y profanidad de los trajes (materia entonces de mucho reparo en Castilla) y corriendo varias provincias de Aragón, Navarra y Portugal, se dio a juegos, galanteos y profanidades, que son las espinas primeras que arroja la imprudencia en el árbol de nuestra fragilidad, en que desperdició tanta hacienda, que ningún señor de Castilla le excedía en gastos; y sucediole en Lisboa, que habiéndolo preso porque lo vieron con vestidos recamados de oro, que allí no se permitían, y mandado soltar después por las noticias que tuvieron los jueces de quién era, le

pidió la mujer del alcaide ciertos maravedises del carcelaje, y correspondiendo Quesada a la demanda le dio cien ducados de plata, con que, viéndose rica la mujer, le prometió no asistir más en aquel oficio ni ser carcelera de otro en memoria de su liberalidad.

Jugaba otro día a los naipes en cierta casa de conversación con Hernando Pizarro, don Pedro Armildes y otro poderoso indiano, que se hallaba con dependencias en el Consejo, y acertó a pasar por junto a la mesa del juego una criada de la casa, a tiempo que Pizarro ganó una gran mano y diole una corona de oro de barato, y Armildes y el otro que no perdían, acudieron cada cual con la suya; pero don Gonzalo Jiménez, de muchas que tenía delante, tomó con ambas manos cuantas pudo y dioselas a la criada, diciendo: "No he ganado mano con estos generosos caballeros, y ahora hago cuenta que la gano con poder imitar su bizarría." Y aunque es verdad que estas acciones fueron hijas del desperdicio, es de estimar que en los desaciertos Quesada supiese elegir entre los vicios de la avaricia y prodigalidad, éste por menos malo; pues cuando el pródigo no se libra de vicioso, por lo menos resulta su vicio en beneficio común, y ninguno podrá negar que para serlo se llega a la virtud de la liberalidad, aunque se pase de ella; dicha a que no llega el avaro, pues con ninguna virtud encuentra para serlo. De estas generosidades hizo tantas, que llegó a tiempo de no poderlas hacer muy limitadas un hombre tan poderoso como él entró en Castilla, donde para proseguir con Lebrón, lo dejaremos primero entregado a divertimientos, como otro Aníbal entre las delicias de Capua, y después, pobre y desestimado hasta el año de cuarenta y seis, en que la fuerza de su virtud militar y grandes servicios, sobre la enmienda de sus desbaratos, venciendo a la emulación de sus hazañas, le restituyeron a la gracia de su príncipe y le abrieron puerta para los premios primeros.

Mientras algunos de estos acaecimientos pasaban en Castilla, no se reconocían menos reparables otros en las Indias, pues siete días después de la batalla de Cesare llegó a su boca Jerónimo Lebrón por tierra con todo su campo, y habiéndose recibido unos y otros con aplauso por los buenos sucesos de la jornada, pasaron en los bergantines de una ribera a otra los infantes, caballos y bagaje, diligencia que se fue haciendo en los demás ríos y esteros que encontraban, y caminando los unos por tierra y los otros por agua, comunicándose muy de ordinario, pues las más noches eran comunes los alojamientos, llegaron a pasar el río de Lebrija que, perdiendo el nombre de aquel buen capitán, que se lo puso con su apellido, se llama al presente río del Oro; y después el de Serrano, cuya profundidad es más peligrosa por los caimanes que abriga que por las aguas que lleva, y de la misma suerte prosiguieron por los demás pasos hasta el pueblo de La Tora, y como se dificultaba el esguazo de los brazos que allí hace el río de la Magdalena, se adelantaron los bergantines a esperarlos en aquel sitio, y por no estar ociosos algún tiempo se ocupaban en correr las campañas de su contorno, haciendo algunas presas de consideración, y entre ellas fue la de un indio que aprisionaron, y prometió guiarlos a una grande ciénaga que hallaría poblada de multitud de gente en sus orillas; pero que advirtiesen era la entrada angosta, y tanto, que sería imposible pasar por ella los bergantines, con que determinado Alonso Martín a la empresa y conformándose con el parecer del guía, previno las tres canoas con bogas de los indios amigos y veinticuatro infantes, de quienes fue cabo Antón Pérez de Lara.

El guía encaminó las canoas poco más arriba de La Tora, a la banda de Santa Marta, y hallaron el canal de que dio noticias; y aunque muy profundo, tan estrecho, que por la mayor latitud tenía dos brazas y por algunas mucho menos; pero la longitud era tanta, que ocuparon noche y día

sin tomar descanso los bogas para salir a la ciénaga, porque, además de ir por ella contra la corriente del agua, que descarga en el río, eran tantos los caimanes, que se embarazaba con ellos el paso a las canoas; mas al romper la luz del día siguiente se hallaron dentro de la ciénaga, donde fueron de suerte los humos que descubrían por toda su ribera, que creyeron (como era cierto) ser más el número de los indios que había que el de las noticias que llevaban. Sin discurrir mucho sobre esto pusieron las proas a la parte que por los humos parecía estar menos poblada, y con tan prolijo viaje por la grandeza de la ciénaga, que gastaron la tercera parte del día en poder arribar a tierra, yendo siempre los nuéstros tendidos en el plan de las canoas y descubiertos los bogas, por que no se pusiesen los naturales del país en defensa, si reconocían ser las canoas de gente española. De esta suerte tomaron puerto a la orilla, y sosegados los bárbaros, procuraban saber qué gente era aquella, cuando viendo saltar en tierra hombres vestidos, trocaron la quietud en alboroto y en confusión la curiosidad, pues difundidos por todos los vecinos con la turbación que causan sucesos no previstos en los que miran presentes en ellos los peligros de que más huyen, y caen en las manos ejecutoras del mayor daño que temen, ni supieron tomar consejo ni resolución hasta que nuestros españoles se fueron acercando a sus casas; pero como la defensa de la propia vida y hacienda sea la que ha obrado las mayores hazañas del mundo, vueltos en sí, y recobrados de ánimo, tomaron las armas y aceleradamente salieron a encontrar a los nuéstros, con el fin de detenerlos, en tanto que los hijos y mujeres se retiraban del pueblo.

Unidos entonces los españoles, dieron una carga cerrada de arcabucería a los indios, con el efecto ordinario que suele causar en la muchedumbre; mas no por esto desmayaron ellos, antes correspondieron con otra de flechas, aunque sin daño de

los nuéstros, por estar bien prevenidos de escaupiles y rodeleros. Con esto se iban estrechando los escuadrones para llegar a las manos, cuando Francisco Muñoz, habiendo visto una mujer de hermosura extraña entre las demás que huían, y codicioso de haberla a las manos, se apartó de los suyos, y rompiendo por los enemigos llegó donde la bárbara estaba, a quien asió apenas de los cabellos, cuando ella, dando voces y su marido acudiendo al eco con la furia que causa dolor tan sensible, fue todo uno, y viendo al español embarazado con la mujer y por ello mal defendido de la rodela, disparó sobre él la flecha con tal pujanza que, atravesándole el sayo de armas, lo hirió en el hombro con la punta del mortal veneno que en breves días le quitó la vida, cuando se pensó estar ya fuera del riesgo, aunque esto se atribuyó más a su poca dieta de pescado, alimento con que reverdece y se aumenta la fuerza de la yerba venenosa. Bien quisiera el bárbaro lograr su venganza con segundo tiro en Pedro Niño, que acudió a la defensa de Muñoz; pero éste, más cauteloso, se amparó de suerte con la rodela que no recibió daño, y con toda ligereza, antes de poder el bárbaro valerse otra vez de sus armas, le tiró tan buen golpe con la espada que le llevó a cercén el arco y un dedo de la mano. No bastó hallarse desarmado y herido el indio para que no intentase de nuevo quedar victorioso de su contrario, en confianza de la robustez con que lo dotó la naturaleza; y así abrazándose con Pedro Niño, hombre también de gran fuerza y aliento, trabaron una lucha tan porfiada, que no hubo traza ni arte de que cada cual de los dos combatientes no se valiese para triunfar de su enemigo; el cansancio crecía cuanto el valor de uno y otro era más grande; y tan igualmente luchaban, que a buen rato cayeron juntos al pie de una palma en que se anidaba un enjambre de las avispas más bravas de aquella tierra. La mujer del bárbaro, que había estado presente a todo, ayudaba al marido en cuanto podía; mas

las avispas, que cargaron sobre los dos cuerpos desnudos, fueron tan de parte de Pedro Niño que saliendo victorioso del combate, aprisionó la mujer y marido sin que le valiese el brío que mostró en la contienda. En el ínterin, no menos guerreros Antón de Lara y los suyos, pusieron en huída los demás indios, que solamente sustentaron el encuentro el tiempo que bastó para escapar sus familias, dejando las casas a voluntad de los nuéstros, que luégo entraron en ellas y habiendo recogido el despojo, dieron vuelta a las canoas antes que las demás poblaciones se convocasen y con los dos prisioneros de Pedro Niño (que después fueron de mucho alivio en el viaje) tomaron la vuelta de la armada, alegres todos del buen suceso.

Habíase gobernado Jerónimo Lebrón por Diego de Paredes y Diego Rincón, que le sirvieron de guías como soldados que fueron del general Quesada y habían vuelto a la costa con el licenciado Gallegos; pero como el conocimiento que tenían de la tierra y del río solamente se extendía hasta el pueblo de La Tora, y para proseguir adelante habían de bajar forzosamente el río grande y cargar a mano izquierda, entrando por un brazuelo que desagua en él y navegar aquel espacio que pudiesen los bergantines, dejándolos allí para seguir unidos el camino de tierra, hallábase confuso el gobernador consultando sus dudas con los capitanes, y oído el sentir de todos, resolvió que el capitán Luis de Manjarrés, luégo que desembarcase de los bergantines, se entrase por la montaña con una tropa de veinte infantes, siguiendo los rastros del general Quesada por aquella parte que viese las señales y cortaduras viejas que hizo en su jornada; y que para allanar los pasos del monte fuese con el capitán San Millán (que lo era de macheteros) talando los árboles y haciendo puentes para que el ejército pudiese marchar con menos fatiga. Dada esta orden, y no reservando diligencia que hacer por hallar noticias del camino que buscaban, preguntaron algunos solda-

dos a los indios prisioneros que llevaban, si habría entre ellos quien supiese guiarlos por aquellos montes hasta dar en las tierras limpias, donde estaban poblados otros hombres blancos como ellos. A que respondió el gandul que tuvo la contienda con Pedro Niño, que él y su mujer tenían mucho conocimiento del camino por haber ido diferentes veces al contrato de la sal que había en aquellas provincias; y que aunque las señales que podían darles de aquella verdad más fuesen para desanimarlos que para infundirles aljento, no excusarían referirlas para que viesen que no los trataban con engaño; y así llevasen sabido que los caminos eran montuosos y dilatados, en que hallarían muchos pantanos y tremedales, quebradas y ríos furiosos que los detuviesen con mucho riesgo; que había montes fríos y sierras altas que se habían de pasar con inmenso trabajo, a causa de estar faltas de casas en que alojarse y vituallas con que alimentarse; que las lluvias eran tan recias y continuas en el discurso de todo el año, que aun la conveniencia limitada de sacar lumbre impedían; mas, que no obstante estos inconvenientes, si ellos estaban determinados a proseguir la jornada, él y su mujer se ofrecían a guiarlos con fidelidad.

Aunque las dificultades que representaba el indio eran tantas, le oyeron todos con agrado, resueltos a no volver paso atrás, y aceptada la oferta con más agasajo que le habían hecho hasta entonces, dio Lebrón orden para que, guardando el capitán Manjarrés el que tenía de antes, llevase el indio y la india en su compañía, con quo ya menos confusos y con buenas esperanzas de conseguir la pretensión de llegar al Nuevo Reino, entraron por el pequeño río de la mano izquierda hasta donde pudieron los bergantines, donde dieron fondo y los descargaron en la parte que hallaron rastro reciente del capitán Manjarrés que iba adelante. Allí aguardaron a que llegase el ejército de tierra, y habiéndose juntado uno y otro dieron for-

ma para llevar las cargas de ropa, vino y víveres, que se hacía con mucho trabajo, aunque muchas se alijaban con la penuria que se padecía por aquellos desiertos. Determinose asimismo dejar allí los bergantines sin guardas, como se hizo, y antes de partirse el gobernador licenció a los dos caciques Malabú y Melo, para que volviesen con su gente a sus pueblos; mas ellos, o con deseos de ver las nuevas provincias conquistadas o medrosos de navegar el río sin el convoy de los españoles, y con el riesgo de sus enemigos, dijeron estar determinados a seguirles en la jornada sirviéndoles en cuanto pudiesen, y así lo ejecutaron sin que les estuviese tan mal que no volviesen muy bien aprovechados, como veremos.

Luis de Manjarrés, que se había adelantado cuatro o cinco jornadas, seguía los guías que lo encaminaban a aquella casa donde los capitanes Cardoso y Albarracín hallaron los panes de sal que tanto alentaron a Quesada; y como iba su gente zocalando el monte con machetes vizcaínos, que llaman de rozar, acaeció que un soldado, sin saber lo que se hacía, desjarretó con uno de ellos a Alonso Pérez, uno de los mejores que iban en la escuadra, de que se recibió notable pena, así por su desgracia como por no tener disposición para dejarlo sin riesgo evidente de la vida, a causa de haberse adelantado tanto del ejército; pero como buenos compañeros, lo llevaron en hombros muchos días hasta llegar al río que corre legua y media antes de llegar a la Casa de la Sal, en cuya demanda iban, que hasta aquel sitio gastaron veintisiete días desde que salieron de La Tora. Tan espesa era la montaña y tales los pantanos y ciénagas que encontraban, a que se juntaba la falta de vituallas, a cuyo reparo era forzoso acudir buscándolas por aquellos contornos habitados de raros vecinos y cultivados de muy cortas sementeras; mas sucedioles que cuando iban más confiados en hallarla, se encontraron con el río que dijimos, cuyo precipitado curso, poderoso con

las crecientes del invierno, les cortó los pasos y las esperanzas que llevaban de hallar socorro en la Casa de la Sal.

Cuanto crecía la detención, tanto más se aumentaba el hambre; pero como la necesidad no es menos ingeniosa que atrevida, les dio traza para hacer una maroma de bejucos de tanta longitud que pudiesen ligarla de la una y la otra parte del río, y habiéndolo conseguido, y pasado de la otra parte a nado Sancho el vizcaíno y otro de su nación, llamado Gamboa, famosos hombres para el efecto, y llevando el cabo de una soga delgada a que estaba asido otro de la maroma, tiraron de ella, y afijada ya de ambas riberas a buenos y seguros troncos de árboles, fueron pasando aquellos invencibles españoles, uno a uno, asidos con las manos de la maroma, y alternando los movimientos de las manos, ganando soga, desnudos los cuerpos, y los vestidos de vil anjeo puestos en la cabeza, con la espada o arcabuz en medio de ellos. El primero de todos fue el capitán Morán, ejercitado tantas veces en estas conquistas, como lo fue después en las de Chile; el segundo Pedro Carrasco, el tercero el capitán Manjarrés, el cuarto Juan Vizcaíno, el quinto un mancebo de diez y seis años, llamado Pedro Machetero, a quien siguieron Gonzalo de Hoyón, Alvaro Vicente, Cristóbal Roldán y Juan de Tolosa. A este tiempo llegó tan grande avenida que rompió la maroma, dejando con grande pesar divididos los once españoles que habían pasado, de los que estaban de la otra banda con los mismos intentos, por cuya causa llamaron a este río el del Bejuco, siendo su nombre propio Tocura, en el idioma de la tierra.

Luis de Manjarrés, viendo el poco remedio que tenía para pasar su gente por irse aumentando las avenidas del río, y que el hambre no sufría dilaciones, determinó pasar con los diez compañeros adelante, siguiendo una senda que se encaminaba a la parte de arriba, y a poco más de una legua

dio en la casa en cuya demanda iba, donde halló buena cantidad de panes de sal, por ser allí el almacén en que se depositaba para los comercios de los moradores del río grande; y por no hallar persona alguna en su guarda, siguió otra senda más hollada y a poca distancia encontró ciertos caceríos poblados de alguna gente, que con facilidad fue desbaratada, a causa del descuido con que estaba de ver gentes extrañas en su tierra, y porque la mayor parte de los vecinos asistían en las labores a las cosechas del maíz, que no lograron, pues así el que tenían recogido como lo demás que hallaron los nuéstros en el campo, aseguró Manjarrés en una de las casas de la aldea, con intención de no desampararlo, por ser de tanta importancia para socorro del ejército; y así, por no dejar la presa, ni dividirse unos de otros los españoles, siendo tan pocos, estuvieron dos días sin dar aviso a los que esperaban en el río del Bejuco, padeciendo tan gran penuria de vituallas que en el espacio de catorce días no tuvieron más alimento para conservar las vidas que tallos de bilbao, que son unas plantas a manera de plátanos en las hojas, aunque más pequeñas.

Llegó a tal extremo el aprieto del hambre, que hallándose sin remedio un caballero de los que iban en la compañía, llamado Andrés de Valenzuela, hizo juramento de matar la india que llevaban por guía y comerse los hígados asados; y estando ya dispuesto para ejecutar aquella atrocidad tan ajena del valor y nobleza de que debía preciarse por su sangre, se le opuso, con el color demudado, Iñigo López de Mendoza, vecino que fue de Santa Marta, y encomendero de Gaira, y díjole se reportase y abstuviese de ejecutar una acción tan fea delante de hombres cristianos, tan buenos y valerosos como él, y que si el aprieto era tal que le obligaba a ejecución tan sangrienta, él tenía reservado entre su ropa un pedazo de queso que le daría, y cuanto más tuviese, por que no deslustrase su buena opinión con inhumanidad tan

atroz; admitió el ofrecimiento Valenzuela y reportose, no sin confusión y vergüenza de sus malos intentos; y Luis de Manjarrés, viendo el error que cometía en dilatar el aviso a los compañeros, les despachó dos infantes, que fueron Pedro Machetero y Gonzalo de Hoyón, con alguna cantidad de maíz, ordenándoles que subiesen una legua más arriba de la parte en que los había dejado, donde hallarían forma para esguazarlo, por ir las aguas más extendidas y menos hondables.

Con esta orden partieron luégo, pero antes que llegasen al río se habían aventurado ya siete infantes a pasarlo a nado por aquella travesía en que se hallaban, teniendo por menos peligroso exponerse a la furia de las aguas que perecer a rigores del hambre. De estos fueron los primeros Pedro Niño, Juan Guillén y Antón Pérez de Lara, que obligados de la impetuosa corriente salieron muy abajo, en diferentes partes, y los dos últimos con pérdida de los vestidos y espadas. Tras ellos se arrojó Alonso Martín, el que servía de intérprete, y viéndolo ir desmayado y con mortal turbación, lo animó Pedro Niño con voces, para que se asiese al ramo de un árbol que caía sobre el río, como lo hizo, y viéndose cercano a tierra fue asiéndose de otros, y al fin salió con el favor divino y su buena inteligencia, aunque perdió la espada y el vestido, como los otros dos, para cuyo remedio los que habían escapado su ropa hubieron de partir con los desnudos, y por que no fuesen tan desarmados cortaron algunas varas, que bien labradas de puntas, sirviesen de picas en caso que se necesitase de ellas. Con esta prevención caminaban los peregrinos sin haberse desayunado si no fue con el agua del río que bebieron en el pasaje, cuando se encontraron con Pedro Machetero y Gonzalo de Hoyón, que los consolaron y socorrieron de maíz tan a tiempo, que sin esperar a que lo sazonase el fuego se lo comían crudo con más gusto que pudieran mostrar en lo espléndido de un convite.

Hecho esto se acercaron al río, y habiendo advertido a los de la otra banda el esguazo que tenían por más arriba, los esperaron en buen sitio hasta que pasaron con buen suceso, y juntos tomaron la vuelta de la aldea en que los esperaba Manjarrés, donde los que se hallaban desnudos fueron reparados de ropa, a causa de que ya todos los moradores de aquellas comarcas la usaban de telas de algodón, y porque pareció acertado dar noticia de todo al gobernador, volvieron Hoyón y Machetero en demanda del ejército, que no con menos fatigas y trabajos (antes mayores, cuanto era más crecido el número de gente) iba marchando tan falto de vituallas, que los soldados comenzaban cautelosamente a matar caballos, siendo tan importantes para la jornada, por juzgar que viéndolos muertos sus dueños, o los repartirían entre la gente enferma, o los venderían a pedazos por el interés del oro, de que todos llevaban buena parte de lo que saquearon en los pueblos y lugares que habían invadido; y es cierto que de aquella suerte les valieran más allí muertos que en Santafé vivos.

Pedro Ruiz García experimentó el primero esta prueba en un buen caballo de regalo que tenía, pero considerando los inconvenientes que resultarían de que lo viesen repartir entre la gente del campo los mismos que lo habían muerto, mandó a los negros que llevaba de servicio lo arrojasen al río para alimento de caimanes, aunque la necesidad que su familia y él padecían no era menos apretada que la de los demás compañeros. El gobernador, entonces, viendo la malicia con que procedían algunos del ejército, echó bando prohibiendo con pena de muerte que ninguna persona del campo, aunque fuese el mismo dueño, matase perro ni caballo; con que, moderado el atrevimiento y llegado el aviso de que esperaba Manjarrés con vituallas, caminó con más alientos, haciendo su ejército las jornadas con el valor que le infundía la certidumbre del socorro, hasta llegar a la

aldea donde alojó algunos días, en cuyo espacio fue tan eficaz remedio el de la dieta que tuvo Alonso Pérez, que recobró sanidad hasta caminar con el mismo aliento que tenía antes que lo desjarretasen; y porque los sucesos que ocurrieron por este tiempo fueron más que en otro alguno, y no será bien atrasarlos, dejaremos aquí a Lebrón, en tanto que nos desembarazamos de este año de cuarenta.

CAPITULO V

FORMA EJERCITO TUNDAMA Y FORTIFICASE CONTRA BALTASAR MALDONADO: ASALTALO ESTE EN SU ALOJAMIENTO, DONDE LO RECHAZAN. VUELVE AL ASALTO Y VENCE LA BATALLA DEL PANTANO DE LA GUERRA.

MIENTRAS Quesada corre con mala fortuna en Castilla, y los capitanes Martín Galeano y Jorge Robledo guerrean en las provincias de Vélez y Popayán, los nuevos pobladores de la ciudad de Tunja, ocupados en adelantar sus fábricas, padecían descomodidades, a causa de no estar hecho el repartimiento de indios, hasta que Hernán Pérez de Quesada, considerado el apuntamiento de los caciques, dio las encomiendas, no tan justificadamente que faltasen quejas bien fundadas y no resultasen agravios manifiestos. Persuadíanse todos a que esta desigualdad en distribuir los premios y los desaciertos que tenía en su gobierno nacían de regirse por la dirección de los soldados de Benalcázar, que sabían usar bien del arte de la lisonja y de otros que inventa la adulación en perjuicio de los que mandan, aunque entre ellos había muy honrados caballeros; y como Hernán Pérez estaba no menos apoderado de la vanidad que de la lascivia, vicios que de ordinario siguen a la juventud y a la prosperidad, reconocida esta brecha por la sagacidad de algunos del Perú, y con el fin de ser preferidos en el repartimiento, usaban del obsequio y del aplauso, dándoselo a los empleos de la sensualidad que tenía con algunas de las mujeres que habían llevado del reino de Quito, pues había hombre entre ellos que introdujo en la tierra

ciento cincuenta piezas de servicio, hombres y mujeres de amores, con quienes vivían desenfrenada y escandalosamente. Fue tan grande la cantidad de indios del Perú de que vamos tratando, que obligó después a que por buen gobierno se poblasen en lugares y sitios conjuntos a los pueblos de los indios moscas; y así, muy cerca de Fusagasugá, se pobló una parcialidad que se llamó de los Chachas, y aunque se conservó algunos años hoy no se halla otra señal de ellos que el nombre del sitio. Otra parcialidad estuvo poblada en la sabana de Bogotá, muy cerca de la punta de Chitasugá; llamóse el pueblo Cajamadca, y hoy se miran allí los camellones o surcos de los sembrados que hacían a mano. De estas mujeres, pues, se decía que los soldados del Perú elegían las más hermosas con el fin de lograr sus pretensiones, y con el conocimiento que tenían de la flaqueza de Hernán Pérez, se las enviaban a su casa con el primer pretexto que se les ofrecía, ya fuese de algún mensaje, ya de llevar alguna vianda de regalo a que se daban con demasía, para que, puesto en ocasión tan próxima diese rienda a su apetito, de quien se valían como medianero de sus conveniencias: ¡horrible delito!, y que parece no haberlo acreditado tanto la verdad del hecho como la emulación de los que después se apellidaron Caquecios; pero de cualquiera suerte que fuese, servirá de aviso a los que gobiernan para que procuren evitar tropiezo tan perjudicial a su fama, pues las cabezas cortadas de muchos varones ilustres no acreditaron tanto de cruel al rey don Pedro de Castilla, como las que dejó de cortar de aquéllos que por subir a primeros en su agrado, bajaron a terceros de su apetito.

De estos ilícitos medios vivían muy ajenos los soldados de Santa Marta y Venezuela, como gente que se mostró siempre sencilla y sin doblez de intenciones ocultas, antes enseñados a los trabajos de la guerra y a las fatigas de la sed y ham-

bre, pasaban con un poco de maíz las más duras adversidades de la fortuna y no hacían reparo en que las empresas más arduas y peligrosas se las encomendase Hernán Pérez, cuando a los otros adelantaba en las conveniencias; pero como el poco sentimiento o disimulo no corre igual cuando se reparte el agravio entre muchos, manifestaba sus quejas en público Baltasar Maldonado, hombre intrépido y de valor, como lo había mostrado en los lances más arriesgados de la conquista, y llegando a noticia de Hernán Pérez, que no podía negar la razón que tenía para darlas, quiso acallarlo ocupándolo en sujetar a Sugamuxi, con quien se mostró mucho más riguroso que templado, pasando en el destrozo de la provincia de los términos de la modestia a dejarse llevar de su natural colérico, aunque se disculpaba diciendo haber procedido en aquella forma por atemorizar a los caciques vecinos, especialmente a Tundama, nuevamente encomendado a él por premio de sus servicios, y aunque la suerte era de las mejores del reino, se dificultaba que la consiguiese a causa de ser aquel señor hombre belicoso y atrevido, de quien se tenían buenas experiencias y se sabía que, fiado en sus armas, no trataba de reconocer vasallaje a Baltasar Maldonado, determinado a defender su libertad del victorioso campo de los españoles, que corría las tierras de Sogamoso.

Con esta resolución que tenía Tundama llamó los tercios de los señores de Soatá, Chitagoto, Cerinza y Tobasia, y formó campo de más de veinte mil hombres de guerra ejercitados en los pasados encuentros y bien prevenidos de flechas, macanas, hondas y víveres para muchos días; se acuarteló en un campo llano y espacioso, rodeado por la mayor parte de tierra anegadiza y pantanosa que imposibilitaba el paso a los infantes y caballos, aunque lo intentaran con manifiesto riesgo de perderse; y reconociendo que de otro igual impedimento que pusiese a la invasión de los caballos

pendía la principal defensa de su campo, a causa de tener el sitio, por la parte que mira a la sierra, libre la entrada por tierra firme, labró de la una punta a la otra del pantano, que lo ceñía en forma de media luna, un foso profundo y ancho por el cual se comunicaban sus aguas, y por el borde interior del foso levantó trincheras y paredones de tierra y céspedes trabados, de suerte que, formando troneras para la flechería, pudiesen a un mismo tiempo servirle para ofender a sus contrarios y resguardarse de ellos. A esta fortificación (capaz de conservarse en ella, si supieran aprovecharla, no solamente contra número tan corto de españoles sino contra el ejército más astuto de Flandes) añadió su industria de que en contorno de los cuarteles se sembrasen agudas puntas de macana, que estando ocultas en partes las más dispuestas a poder asaltar los españoles, les fuesen de tal embarazo que sin valerse de otras armas quedasen rechazados de la industria.

No pudo ocultarse a los nuéstros la fama de tan pública prevención de guerra, y así Maldonado, cabo nombrado para la empresa, y a quien más le competía allanarla por la resulta de los intereses propios, llevó luégo cuarenta caballos y sesenta infantes escogidos, y con el tercio de los yanaconas, que pasaba de dos mil indios prácticos, marchó en busca de Tundama, y así que dio vista a su ejército, reconoció el sitio y acuarteló el suyo donde no pudiese dañarlo la batería continuada de las flechas, que por instantes disparaba el campo contrario con grande vocería y ruido de tambores y cornetas, en que mezclaban amenazas y vituperios contra el nuéstro español, que puesto en lugar abierto y extendiéndose cuanto le fue posible, sin que fuese de suerte que se impidiese a poder concurrir anido en cualquier abrieto, trató de asediar de tal manera al enemigo que lo privase de nuevos socorros de gente y víveres, a lo menos mientras hallase oportunidad para asaltarlo dentro de sus fortificaciones, o hasta que la pe-

nuria que había de ser consiguiente lo precisase a que, desamparando el sitio, saliese a pelear con el campo español, más perseverante en su alojamiento a causa de tener abiertos los pasos para las vituallas y socorros de Tunja; y embarazados los de Tundama con la diligencia de los caballos que corrían el país y estrechez del sitio a que se habían reducido sus escuadrones. No era difícil de penetrar que la intención de Tundama, inclinado a las armas y fortificado tan de antemano, era de no sujetar la cerviz sin probar primero todos los medios desesperados de una sangrienta batalla; pero el capitán Maldonado, deseoso de soldar las quiebras de crédito que padecía por lo obrado en la provincia de Sogamoso, y queriendo justificar la guerra con mover todos los medios que conducen a la paz, acompañado de algunos caballeros bien armados se acercó a poca distancia del foso, y hecha señal de que pedía plática, por medio de un buen intérprete, habló en esta forma:

Valeroso Tundama: de paz deseo verte, y fuera de la fortificación de ese pantano y foso que has elegido para ruina tuya y de tu ejército, pues habiendo labrado el sepulcro de tus gentes donde imaginas hallar defensa, reconocerás que no hay fuerza en tus ardides para contrastar el poder y fortaleza de los cristianos. Y aunque no se compadece dar consejo a sus contrarios quien tiene empuñadas las armas para ofenderlos, es tanta la inclinación que me arrastra a estimar tu brío, que me obliga a decirte que si pretendes fortalecer tus Estados y conservar su dominio, sólo podrás conseguirlo con el inexpugnable muro de la paz y amistad a que te convido, y no con el riesgo fatal a que te expones. Con la paz te llamo, y con tal conveniencia de tus intereses, que sujetándote al poderoso rey de las Españas, y a mí, que en su nombre estoy elegido para ampararte, hallarás en su real sombra todo cuanto pudieras disponer para gozar quietamente la grandeza de tu Estado. No es éste el tiempo de aconsejarte con

tu espíritu guerrero ni con la poca experiencia de los cabos que te asisten, ni pensar que nace de cobardía en mí lo que no mira más fin que el de tu quietud, y el de excusar el horror de la sangre que ha de derramar tu gente sin logro de su obligación. Vuelve los ojos a las demás provincias de estos reinos, y hallarás tantos ejemplos que te aseguren de sano mi consejo, que sin descrédito de imitar a los mayores príncipes, rindas el cuello a quien ellos como vasallos doblan la rodilla. Ninguno igualó al Zipa de Bogotá, y con muerte de Thysquesuzha y desastre de Sacrezazipa, obedece su reino a nuestro monarca; mayor señor que tú, lo que va de rey a cacique, es el Zaque de Tunja, y se confiesa vasallo; y aunque siempre serán naciones valerosas las de los panches y muzos, ya publican, desbaratadas en varios encuentros, que no bastan a resistir el esfuerzo de nuestras armas.

A todo cuanto dijo Maldonado estuvo aquella fiera multitud atenta, y Tundama más que todos, si bien consultada la respuesta con la celeridad de su espíritu ardiente, respondió así:

No soy tan bárbaro, famoso español, que ignore que la paz sea el centro a que tiran las líneas de la circunferencia de este mundo; pero tampoco quiero que vivas persuadido a que se me encubre que las palabras blandas con que la propones desdicen mucho de las obras ásperas que ejecutas. Dulce tesoro es la paz con que me convidas. ¿Quién podrá dudarlo sino los que saben que la mezclas con los tributos injustos que cobras de los que te creen? Y yo resisto como enseñado a cobrarlos. No por esto se me hiciera intolerable la sujeción al gran rey de las Españas, antes me fuera de mucho agrado darle obediencia y tributo como a señor supremo que reconocen y veneran tantos monarcas; pero, ¿quién dirá que Tundama dé al vasallo los tributos que por grandeza se deben a su rey? Esta sinrazón es la que no sufriré cobarde, y por ella me hallarás siempre ar-

mado en la campaña, sin que permita mi honor que yo sirva a quien tan mal sirve a su rey, pues de tus mismas relaciones, y de las que hacen tus compañeros de su clemencia y justicia, no es de creer que te enviase a que nos mates y robes, sino con otro motivo más lícito, que tendría su real ánimo; pero tú, muy encontrado a sus órdenes, y más bárbaro que los panches y muzos, bañas con nuestra sangre las bocas de tus alanos, pues ellos la beben para apagar su hambre y sed, y tú la derramas para inhumana ostentación de tu crueldad. Despojas sacrílegamente los templos de nuestros dioses y saqueas las casas de los hombres que no te han ofendido ni dado ocasión para que los arruines. ¿Quién, pues, elegirá a pasar por estas afrentas, si no es insensible? ¿O quién dejará de redimirse de vejaciones tales a costa de la propia vida? Bien sabes (proseguía el bárbaro) que no fueron criadas mis gentes con menos privilegios de la naturaleza que las tuyas. Ya tenemos experimentado que no son inmortales ni hijas del sol; y pues ellas no admiten sobre sí los tributos inventados de la tiranía, no se te hará extraño que las mías los rehusen con la determinación que miras. Déjate de reconvenirme con los ejemplos de los Zipas muertos, con más verdad por las asechanzas de los tuyos y disposición errada de su mal gobierno, o porque no guerrearon con tan lícitas causas como las que tengo, que por el valor de que blasonas; y prevente con los vivos que te esperan, para desengañarte con este suceso de la dicha con que siempre sales victorioso.

La última palabra acompañó con el tiro de una flecha que sirvió de señal para que sucesivamente sus gentes descargasen tan densa lluvia de saetas sobre Maldonado y los que le acompañaban, que le obligaron a retirarse a paso largo hasta donde no pudiesen recibir daño de los tiros. Vuelto, pues, a su alojamiento, cerró la noche, y disueltas las pláticas de la paz, cada cual de los campos cuidó de sus centinelas, temeroso de algu-

na surtida amparada de las tinieblas. Pero el capitán Maldonado, mal sufrido de la vanidad de Tundama y deseoso de alguna facción con que amedrentarlo, después de varios discursos y consultas de sus cabos resolvió probar fortuna al día siguiente dándole un asalto por la parte del foso que le parecía menos arriesgada; y así, apenas se había mostrado la luz cuando dispuesta la infantería con sayos de armas, espadas y rodelas, y los jinetes en caballos encubertados con petos y celadas y con aquel brío que heredaron en las regiones de España, se fueron acercando a las fortificaciones, donde no menos resuelto el Tundama esperaba con los suyos, que codiciosos de honra se mostraban cubiertos de penachos y diademas de oro, petos, brazaletes y otras joyas de que se arreaban los señores y gente noble, haciendo a los rayos del sol tan vistoso alarde como apetecido de los asaltadores.

Las tropas de los señores de Chitagoto y Soatá, menos ejercitadas en tierra pantanosa, por ser criadas entre peñas y montes, ocupaban el sitio que mira a la sierra por donde corría el foso, y como éste escogieron los españoles para asaltar las trincheras, por ser de mejor disposición para el gobierno de los caballos, y con ese fin llevaban azadones y otros instrumentos para abrir paso, apenas conocieron su intento los indios cuando se opusieron valientes, jugando diestramente sus armas. Pero como éstas hallaban tanta defensa en sus enemigos y las ballestas españolas hacían fiero estrago en ellos por más que se valían del resguardo de las trincheras, Maldonado con poca costa aprovechara la industria y valor de los suyos si poco cauteloso no hubiera elegido la parte más profunda del foso para el avance, siendo así que no era igual en todas partes y que pudiera haber tenido la advertencia de sondarlo antes, o si Tundama, viendo el destrozo de los suyos, no cargara con las compañías de picas y la mayor parte de su gente a tan buen tiempo que los defensores

se mantuvieron en el puesto, que casi tenían perdido. Caían muertos muchos de los bárbaros, y Maldonado con obstinación grande reforzaba el asalto, durando la mayor parte del día; mas dábanse tan buena maña los indios a jugar las picas y dardos, que viendo a muchos de los suyos heridos, hubo de retirarse sin conseguir ningún buen efecto; fue uno de los heridos Miguel Sánchez (de quien hemos hecho memoria en otras partes) a quien atravesó la rodela y la mano el tiro de una flecha, que no quitó hasta después de acabarse el combate; otro fue Juan de Torres Contreras, que atravesada la rodilla con un dardo, de que toda su vida quedó lisiado, peleó tan valerosamente como lo hizo en cuantas ocasiones tuvo de cumplir con su sangre.

Retirado Baltasar Maldonado con los suyos, consideraba la dificultad de la empresa y que cada día crecía más a causa del ánimo que cobraba Tundama, pues aunque imaginó al principio que con las correrías del campo se adelantaría el asedio al ejército enemigo, ya reconocía cuán imposible le era cerrar el paso a las vituallas porque los sogamosos y paipas, enemigos ocultos de los españoles, enseñados a trajinar aquellos pantanos, las metían de noche sin que pudiese impedírseles, y los duitamas, criados por su naturaleza con muy poco alimento, tenían cualquier socorro por sobrado para no dejar el puesto. Combatido de estas consideraciones y del tiempo que malograba en ellas, consultaba a los suyos por instantes, sin que algún consejo les abriese camino a sus designios, porque en el que convenían todos de que pidiese socorro a las ciudades de Santafé y Tunja le parecía ser en descrédito suyo, pues habiéndose ganado aquel reino y vencido tantas batallas con treinta caballos y poco más de ciento treinta infantes, se diría que él no podía vencer un cacique particular con cien españoles y más de dos

mil yanaconas, que no se mostraban menos valientes que ellos.

Por otra parte, se mostraba no menos cuidadoso de la ruina de Tundama aquel indio de quien tratamos en el capítulo tercero del quinto libro, a quien le había cortado la mano y las orejas porque le aconsejó solicitase la paz con los extranjeros, y con este fin andaba en el campo español esperando la ocasión de su venganza; y como los que se precian de alcanzar y prevenir los daños futuros son los primeros que solicitan el cumplimiento de sus pronósticos, cuando no son creídos de los que mandan, teniendo por menos sensible el daño que resultare que la falibilidad de lo que proponen, y este indio alcanzase que la total ruina del Tundama consistía en que los caballos hallasen paso para acometerle dentro de su alojamiento, no perdía diligencia en orden a este fin, y entre las que hizo fue comunicarse con algunos parientes suyos, que mal satisfechos de Tundama le asistían violentados, y con la relación que le hicieron de sus armas y fortificaciones, en que penetró lo que más deseaba, se fue a Maldonado y le dijo no tuviese recelo de acometer al enemigo por la parte del foso, porque era muy diferente la profundidad que tenía en otras partes de aquella que experimentó en el asalto antecedente, pues aunque el engaño que causaban las aguas de que estaba lleno daba a entender ser igualmente profundo, no era así en la realidad, sino tan al contrario que por las más partes no tenía una vara de alto y la latitud que mostraba más era de comodidad que de embarazo; que probase segunda vez a dar otro avance aventurando los caballos por la parte que él señalase y hallaría que la noticia que le habían dado de todo no era fingida y el suceso próspero que esperaba sería verdadero.

Persuadido, pues, Maldonado, a que las noticias del indio eran ciertas, y avergonzado de no haber reconocido luégo que llegó con su campo la profundidad del foso, acción reservada a la pro-

videncia del cabo, y que en vez de ejecutarla se había gobernado por la relación de otros indios sospechosos que le afirmaron ser todo él de dos estados, pasó la noche con aquel desvelo que acompaña a los que aspiran con las acciones futuras a intereses crecidos o fama gloriosa; y al día siguiente, habiendo prevenido su campo y dispuesto que la infantería llevase azadones por si necesitase de ellos, se fue acercando al foso puesto en batalla, y con determinación fija de asaltar las trincheras en la forma que la vez pasada; mas los indios, que no perdían acción de los españoles, apenas la vieron moverse coronaron las trincheras de las más valientes naciones del ejército, librando su defensa en el número de las tostadas picas, que por experiencia reconocían ser el arma más a propósito para rechazar la osadía del campo español, que habiendo llegado a corta distancia los motivó a dar la guazabara acompañada del confuso estruendo de cornetas y caracoles marinos que usaban en la guerra. Puestos, pues, los dos campos en tan estrecho lance y resuelto Maldonado a reconocer el foso, mandó que se adelantase la infantería al asalto, y el primero que se arrojó al foso fue Pedro Ruiz Corredor, que casó después con Elvira Pérez, en quien tuvo por hijos a Miguel Pérez Corredor y a doña María, mujer que fue de Alonso Sánchez Marchán; siguiole Alonso de Aguilar, marido de doña Catalina de Robles y padre de doña María, que casó con don Félix del Castillo, y de doña Ana, que casó con Patiño de Aro. No fue menos diligente Diego Montañés, antes se mostró tan valeroso que mereció por su sangre y hazañas casar con doña Catalina, y Diego Montañés, su hijo, con doña Isabel, hijas de don Juan de Vargas y hermanas de doña María de Tordoya, mujer que fue de Francisco Yáñez, hijo de Pedro Yáñez, que en esta guerra de Duitama se portó valiente; y aunque Miguel Sánchez estaba mal herido, mostró el aliento que siempre, embrazando la rodela con la mano herida y lle-

vando en la otra una espada que hubo de Francisco de Saldaña, secretario de Benalcázar, en precio de mil ducados, y dejó a sus hijos, que lo fueron Fernando Mateos y Juan Sánchez de la Parra, regidor de Tunja.

Resistían los indios valerosamente el asalto sin que los españoles pudiesen ganar puesto en las trincheras, antes cansados del combate, que sustentaban con el agua a la cintura, estaban a pique de ser muertos, cuando en su ayuda se arrojaron otros soldados no menos valientes, como fueron Paredes y Calderón, padre del capitán Juan de la Fuente, llamado así por ser hijo de doña Leonor de la Fuente, que, desengañada de las vanidades del siglo, donde era muy rica, y conseguida licencia del marido, tomó después el hábito de Santa Clara, donde acabó ejemplarmente. Y como ya Maldonado había descubierto la profundidad del foso, mandó avanzar los caballos en socorro de los infantes, siendo los primeros Gómez de Cifuentes y Pedro Núñez de Cabrera, marido que fue de doña Isabel Maldonado, y el capitán Bartolomé Camacho, que muchos días después casó con Isabel Pérez y tuvo por hijas a Elvira Anastasia y a Isabel Zambrano; y Juan de San Miguel, padre de Juan de Silva Collantes, que los acompañó en el avance y se había señalado en las conquistas de Sogamoso, a quienes siguieron los infantes con ánimo de no desistir del combate hasta ocupar las trincheras.

Aquí se encendió uno de los encuentros más sangrientos que vieron aquellas edades, y los españoles manifestaron bien lo que puede su valor cuando hace reputación de las empresas, porque, cargando todas las compañías de Tundama a la defensa, y constantes los españoles dentro del foso, parecían rocas a los combates de las picas, dardos y piedras que cargaban sobre ellos. Pretendía cada cual de los indios señalarse a riesgo de la vida, porque Tundama con sus cabos recorriendo los puestos animaba a su gente con voces, ya pro-

metiendo premios a los que se mostraban valientes, ya rigurosos castigos a los que cedían cobardes. Ninguna diligencia de buen capitán dejó de obrar, empeñando su persona en la parte que le parecía más arriesgada; pero como el ardimiento de sus contrarios era tal que con la multitud enemiga crecía, todo cuanto obraban los suyos no era bastante para que desistiesen del combate los nuéstros. La infantería, como más dispuesta para subir a las trincheras, lo intentó muchas veces; pero eran tales los golpes de las picas y piedras que recibían en los escudos, que, rechazados, caían al foso, aunque a costa de muchas muertes de sus contrarios; ni hacían menos estrago desmontados los jinetes, en los que intentaban medir las picas indianas con las lanzas españolas; mas eran tantos los vivos que a porfía ocupaban el lugar de los muertos, que sin reconocerse la falta en el ejército entero que batallaba, sólo se descubría la mortandad en el horror con que se mostraban sangrientas las aguas del foso, donde los cuerpos muertos caían.

Todo era confusión de voces el uno y el otro ejército, y todo teatro de lastimosas tragedias el campo, cuando Jorge de Olmeda, que, lleno de sudor y sangre peleaba de los primeros, montando en su caballo y dándole de espuelas por la parte que le pareció más estrecha, le obligó a poner de un salto las manos sobre lo alto del foso; y fue tan poderoso el resuello del bruto, ocasionado de la fatiga, que, apartándose algo medrosos los más cercanos, tuvo lugar desembarazado para que, animándolo segunda vez, subiese, y como la tierra era firme y llana, apretándole las piernas corrió por ella atropellando a cuantos se le ponían delante y por buena suerte libraban del choque de la lanza. Por la misma parte se aventuró Maldonado con buena fortuna, y en pos de él Mateo Sánchez Cogolludo, padre de María Sanz, que casó con el capitán Juan de Villanueva. Tal turbación causaron los tres caballos en los indios que hasta el

punto habían resistido el asalto, que, conocida por los españoles del foso la tibieza con que se defendían, determinaron hacer la última prueba y con este fin, puestos en ala, acometieron de manera a los indios que, rota la trinchera, entraron en sus cuarteles, donde creció la mortandad, cuanto la ventaja del sitio daba lugar para valerse de las armas españolas. Tundama, entonces, que se había hallado en lo más peligroso de la batalla peleando por su misma persona, viendo roto su ejército y aquella bárbara muchedumbre amedrentada, puesto delante de los que huían los detenía para que volviesen a la batalla, donde muriesen con honra; pero importaba ya tan poco su respeto, que sólo trataban de salvarse entre la confusión del estrago y la sangre, por las partes más ocultas del pantano, dejando por señores de la fortaleza y del campo a los nuéstros. Es fama común que murieron en esta batalla y en la antecedente más de cuatro mil indios, siendo otros tantos casi los heridos, porque los yanaconas no hicieron menos muertes que los nuéstros. Llámase generalmente la batalla del Pantano de la guerra, nombre que le han dado al sitio para padrón de los tiempos, y sucedió a quince días de diciembre de 1539.

Aunque fue de los últimos en retirarse Tundama, se portó tan gallardo en defenderse con sus guardas y algunos señores que le asistían, que sin soltar el arco de la mano y haciendo muchas veces rostro al campo victorioso, se retiró con orden a vista de los nuéstros. Estos, ganada la victoria, se dieron a saquear los alojamientos, donde el despojo fue crecidísimo de mantas, joyas y cautivos, con quienes se mostraron no poco rigurosos los vencedores. Mas Tundama, sin perderse de ánimo, porque las adversidades no predominan en los varones grandes, recogió con toda celeridad las reliquias de su ejército en Duitama y pasando a Cerinza con nuevos socorros que le dieron los caciques comarcanos de Gámeza y Busbanzá, resol-

vió mostrarse más feroz en la campaña; pero como rara vez acontece hallar desquite el que pierde en los juegos de la fortuna, aunque intentó mejorarla en otras tres o cuatro ocasiones bien reñidas, en todas quedó vencido y tan destrozado, que eligió al año siguiente en que vamos, doblar la cerviz a un perpetuo vasallaje, pues no pudiendo huir la suerte a que lo tenían destinado sus malos sucesos, envió a Maldonado embajadores con ricos presentes, y entendida la pretensión del dueño tuvieron grato acogimiento, llevando el seguro que pedían para volver con Tundama, que luégo partió al campo español, donde fue bien recibido de Maldonado, dándole algunas preseas de Castilla para obligarlo más a su obediencia, en que lo halló puntual el poco tiempo que vivió, por haber sucedido después que llevándole en cierta ocasión los tributos que le tenía repartidos, y se pagaban en oro labrado, los recibió Maldonado, y teniendo de costumbre remachar las joyas con un martillo para fundirlas y labrar tejos de ellas, le dijo a Tundama que por qué no llevaba junta la cantidad de oro que fuese bastante para cumplir la demora, como si pudiera tener tasa lo que entonces se cobraba sin término, a que el cacique respondió con agún desabrimiento, y, menos sufrido Maldonado de lo que debiera, le dio con el martillo en la cabeza y lo mató. Lástima bien considerable y caso en que se experimenta que la reconciliación entre dos enemigos es fuego disimulado en las cenizas de dos corazones, que con cualquier soplo de ira descubren los incendios con que se abrasan. Este fin tuvo Tundama, varón constante, que pasó por todos los estados de fortuna, desde un nacimiento feliz hasta una muerte desastrada, y desde el dominio del bastón y del solio hasta la sujeción del tributo y la afrenta.

Bien arrepentido Maldonado después del suceso, se quejaba siempre de su cólera y poca prudencia; mas después que llegó Miguel Díez de Armendáriz a gobernar aquel reino, le hizo cargo

por este delito y otros castigos ejecutados con exceso y lo privó de los repartimientos que tenía; pero él, dándose por agraviado y apelando al licenciado Pedro de la Gasca, que por aquel tiempo gobernaba los reinos del Perú, pareció ante él y supo darse tal maña en el tribunal superior que tenía, que le dio por libre y restituído a sus encomiendas; y, sin embargo, ni falta quien alabe a Gasca de justiciero ni faltó quien lo acusase de omiso. Tan vario es el sentir de los hombres y tan diversas las resoluciones a que obligan las circunstancias que concurren en los negocios. Vuelto Maldonado al reino, por que lo digamos de una vez, vivió lo restante de su vida como cristiano y honrado caballero; después de él Alonso Mandonado de Carvajal, su hijo, le sucedió en la encomienda, aunque por su temprana muerte faltó sucesión legítima y Duitama se incorporó en la corona real después que sus naturales ganaron el renombre de los más valerosos de tierra fría. Sucediole a Tundama en el cacicazgo, reducido ya a menos soberanía y más cortos términos, un sobrino suyo a quien bautizó don Fr. Juan de los Barrios, primer arzobispo de Santafé, y lo llamó don Juan, cuya muerte no fue menos lastimosa que la del tío, por culpa del doctor Luis de Meza, uno de los oidores de Santafé, como refiere Castellanos, pues con el fin de que le descubriese la parte donde tenía oculto su tesoro, lo trató con tal rigor que despojándole de sus vestiduras, ligadas las manos atrás y con una soga al cuello, lo hizo pasear públicamente a vista de sus vasallos por las calles de su misma corte, afrenta que sintió tanto que se ahorcó él mismo, sin que lo viese alguno de sus criados, si bien, como entonces no faltaba cuchillo para semejantes jueces, no se le disimuló a Meza este delito con otros, como diremos después.

CAPITULO VI

MONTALVO DE LUGO ENTRA EN EL REINO POR LOS LLANOS, Y EL CAPITAN LANCHERO A LA CONQUISTA DE MUZO, DE DONDE SALE DERROTADO POR LOS PANCHES, Y GALEANO PROSIGUE LA GUERRA CON EL SABOYA CON MALA FORTUNA.

CUANDO salió de Coro el general Nicolás Nicolás Frederman en demanda de su gente, que le esperaba en el Tocuyo a cargo del capitán Diego Martínez, dejó en aquella ciudad al capitán Lope Montalvo de Lugo, caballero natural de Salamanca, grande amigo suyo, que prometió seguirle en la jornada que emprendía con la más gente que pudiese juntar en aquella gobernación. Apremiábale su palabra al cumplimiento de la promesa, y habiendo levantado una compañía de hasta cuarenta hombres, siguió los pasos de Frederman en demanda del río Meta, que era el blanco de todas las entradas que se hacían de Coro y Maracapana. Llegó con su gente a Barquisimeto al mismo tiempo que el capitán Pedro de Reinoso volvía derrotado al propio sitio con una tropa de soldados, habiéndose dividido de otra que llevaba a su cargo el capitán Diego de Losada, que la una y otra eran reliquias de la última entrada que hizo el gobernador Antonio Cedeño. Alojáronse los dos capitanes en Barquisimeto, muy vecinos el uno del otro, y tratáronse al principio con mucha amistad; pero habiendo entendido Lope Montalvo que la gente que llevaba Reinoso era sin orden del rey, y lo demás sucedido en la jornada de Cedeño, prendió al capitán Reinoso, y enviándole preso a Coro, y de allí a Santo Domingo, le quitó la gente con que reformó

su campo, y siguiendo las mismas pisadas de Frederman con varios trabajos y encuentros de los indios, llegó después de algunos meses a Fosca con ochenta hombres, y de allí a la ciudad de Santafé, que fue por los fines del año de treinta y nueve, o principios del de cuarenta, donde fue muy bien recibido, así por el socorro que metía de gente en el reino a tan buena coyuntura, como por la calidad de la persona, de quien ya se tenían buenas noticias.

Gobernaba entonces el reino (como dijimos) Hernán Pérez de Quesada, deseoso de emplearse en algunas facciones de reputación, y hallábase con él Luis Lanchero, hombre noble y capitán que había sido de la guardia del emperador, servídole en diferentes empresas, y sido uno de los que se hallaron en el saco de Roma; y aunque sus servicios pudieran detenerlo en España con bien fundadas esperanzas de sus medras, corrían en la Europa tan vivas las noticias de la mucha riqueza de las Indias, que, olvidado de sus pretensiones, pasó a ellas por los fines del año de treinta y cuatro, siendo uno de los soldados más principales del gobernador Jerónimo Hortal, a quien se había concedido el gobierno de tierra firme (como dijimos) desde las bocas del río Marañón hasta la ensenada del puerto de la Burburata, que era término del gobierno de los alemanes. Pero como en llegando Hortal a la fortaleza de Paria nombrase por su teniente general a Alonso de Herrera Olalla, cabo del presidio, fue tan grande el sentimiento que hicieron Luis Lanchero y Juan de Castro de no ser preferidos en aquel cargo, que le dieron sus quejas con más libertad y arrojo que permite el respeto militar debido a los superiores. Con esta ocasión la tuvo el gobernador para ponerlos presos en la fortaleza, mientras disponía lo necesario reciéndole que si los dejaba en la fortaleza, siendole preciso tomar la vuelta de Cubagua, se resolvió a llevarlos aprisionados en el mismo navío, pareciéndole que si los dejaba en la fortaleza, sien-

do, como eran, hombres de mucho espíritu, les daba ocasión para que en ausencia suya moviesen alguna alteración en el campo con sus parciales. Habíanle puesto a Luis Lanchero unas esposas para más seguridad de su persona, y a poca distancia del puerto dijo le lastimaban, y pidió se las quitasen para reconocer la parte de donde le venía el daño, y en quitándoselas las arrojó al mar, de que se mostró tan sentido el gobernador que mandó lo atasen; pero él hizo tal resistencia que alborotó el navío, y llegaran a más rompimiento si Rodrigo de Niebla, valido de Hortal, no tomara sobre su palabra presentarlo en la cárcel de Cubagua, como lo hizo con él y Juan de Castro, aunque a pocos días de prisión rompieron la cárcel y ganando una iglesia (aunque los sitiaron) se defendieron tan valerosamente que se escaparon, y corriendo varias fortunas arribaron a Maracaibo a tiempo que pudieron entrar a la conquista del Nuevo Reino con Frederman, dando siempre en las ocasiones de más riesgo señales del valor con que toda su vida sufrieron las adversidades civiles y militares.

Con este conocimiento que tenía Hernán Pérez, y la conveniencia que hallaban sus aliados de quitarle de la vista un hombre de tanta resolución y entereza, dispusieron se le diese alguna conquista en que, apartándole de sí, emplease sus bríos. Era la más a propósito para estos designios la de los muzos y colimas, de quienes corría fama de buenos guerreros y de que habitaban una de las provincias más ásperas del Nuevo Reino. Diósela Hernán Pérez con facultad de llevar consigo toda la gente que quisiese seguirlo. No le pareció entonces a Lanchero empresa de tantas dificultades como representaba la fama, y se encontraron después; y así, pareciéndole que con cuarenta infantes y algunos caballos podría en poco tiempo allanar la tierra, dispuso esta compañía, y con buen suceso, habiendo penetrado en la provincia de Ebaté, en que muchos de sus naturales estaban

de guerra, arribó por la parte de Turtur a los umbrales de Muzo. Yace esta provincia de los muzos o Muuzua, tan celebrada en el mundo por la riqueza de las esmeraldas que cría, veinticuatro leguas al noroeste de la ciudad de Santafé, y tiene su principal población en siete grados de latitud al norte. Es toda ella de tierra montuosa, caliente y húmeda, muy estéril para crías de ganados y semillas de España, y no muy abundante de las naturales. Desde todas las sierras que tiene se descubren las guardas del norte y del sur, que es una cruz formada de cuatro estrellas; y por fines de agosto y quince de marzo no hace sombra el sol de medio día por ninguna parte. Sus moradores eran muchísimos y tan bárbaros, que afirmaban que al principio del mundo hubo de la otra banda del río grande de lá Magdalena una sombra de hombre que siempre estaba recostada, a quien llaman en su idioma Are; y que esta sombra labró en madera los rostros de algunos hombres y mujeres, y echándolos en el agua, se levantaron vivos, y los casó y dividió después para que cultivasen la tierra, y luégo se desapareció, dejándolos por primeros padres de todos los indios.

En los más de sus ritos conformaban con las demás naciones del reino, menos en los que aquí expresaremos, como fueron, no tener por dioses, ni adorarlos por tales, al sol ni a la luna, porque decían que estos planetas se hicieron después que los muzos fueron criados, aunque para más prueba de su barbaridad llamaban al sol padre y madre a la luna. Cuando moría el marido de muerte natural, entraba el hermano del difunto heredando la mujer; pero cuando ella era la causa de la muerte, no estaba obligado el hermano a recibir la mujer en herencia, y aunque esto es muy raro en las Indias, una de las costumbres más singulares de aquella nación era la que observaban en el matrimonio, porque en teniendo la hija diez y seis años, algo más o menos, concertaban los parientes el casamiento sin darle parte a ella, y ajus-

tado el trato iba el desposado a ver a la novia, y la asistía tres días continuos halagándola, a que ella correspondía todo aquel tiempo dándole de palos y puñadas; mas habiendo pasado los tres días se aplacaba y le guisaba la comida enviándosela con su madre o parienta más cercana. A esto se añadía que mientras duraba aquella luna en que acaecía esto, dormían juntos sin que se consumase el matrimonio, pena de que la tendrían por mala mujer, y él asistía a la labor de una sementera para la desposada, acompañado de la suegra, a quien entregaba las donas, que eran unas faldillas con ciertos caracolillos pendientes que llaman suches, y suenan juntos a la manera de cascabeles roncos.

Si talvez la mujer cometía adulterio, sucedía flecharse el marido y matarse con el enojo de su agravio, y si no quería exponerse a este daño se daba por satisfecho con quebrar cuantas ollas y vasijas de barro y madera tenía, y se iba al monte más cerrado, donde se estaba un mes, hasta que la mujer tenía la casa proveída de otras vasijas y lo iba a buscar, pero en hallándolo lo arrastraba de los cabellos y le daba de coces, hasta que, descansados, volvían conformes a su casa; y si acaso el marido que se flechó moría, se lo ponían muerto los parientes sobre las rodillas a la mujer y lo había de llorar tres días, sin comer ni beber más de una poca de chicha; y pasados los tres días la echaban de casa, tostaban el marido al fuego y tostado lo ponían sobre una barbacoa, que le servía de túmulo, armado con sus flechas, macana y capacete, y lo enterraban al fin del año, a que no asistía la mujer, porque todo aquel tiempo andaba vagando, sin que alguno le diese de comer, por lo cual se retiraba sola a cultivar la tierra para sustentarse, hasta que fenecido el entierro iban sus parientes y los de su marido, muy conformes, y la llevaban con honra, y como a tal la casaban segunda vez. Fueron antiguamente, y en diferentes tiempos, sujetos los muzos a los nauras, gen-

te feroz, y a los moscas, que los oprimieron más con la muchedumbre que con el brío; pero mostráronse después tan valerosos que lanzaron de su provincia los moscas a los términos de Simijaca, Saboyá y Vélez, y a los nauras a la estrechez del país que media entre los dos ríos de Carare y la Magdalena. Sus principales armas eran flechas envenenadas, a que da muchos materiales la tierra, abundante de culebras, yerbas ponzoñosas y escorpiones. Son más ardidosos que todos los demás indios del reino en valerse de hoyos disimulados, trampas ocultas, púas envenenadas, fortificaciones y forma de acometer y retirarse; con que habiendo causado infinitos daños después en las fronteras y en las entradas que hicieron algunos capitanes, llegaron a poner su conquista en términos de imposible, si el descubrimiento de las esmeraldas, de que trataremos después, no hubiera facilitado la empresa a la obstinación de la codicia española. A esta provincia, pues, llegó el capitán Luis Lanchero, como dijimos, a los últimos del año de treinta y nueve; pero con tan mal suceso por estar avisados los muzos de los indios de Vélez, que lo salieron a recibir a la entrada del monte con las armas en las manos, y aunque peleó tan valerosamente que obligó a los indios a que se retirasen dejándole libre el paso de sus provincias, fue tan grande el brío y destreza con que le acometieron que le mataron de aquel encuentro seis españoles y le hirieron ocho.

No por esto desmayaron los muzos en convocar nuevas tropas para su defensa, resueltos a morir antes que sujetarse a los nuéstros: ni a Lanchero le pareció convenía a su reputación desistir tan a los principios de la empresa, aunque reconocía ya por las primeras experiencias que aquella conquista necesitaba de más fuerzas que las suyas, aunque fuesen dobladas; y así, aliviada su gente y más prevenido de armas defensivas, penetró la tierra (que es de las más ásperas de todas las Indias, y tal que en ella sólo sirven de embarazo los

caballos), dejándole los muzos con buen ardid de guerra entrar en el corazón de la provincia, que sobre ser estéril tenía retiradas las vituallas; y cuando vieron el campo español tan falto de alimentos que necesitó comerse los pocos caballos que llevaba y de sustentarse con raíces de árboles y cachipaes o pisbaes (de que ya hemos tratado y abunda aquella provincia), dieron tan repentinamente sobre Lanchero, que le mataron doce hombres y le hirieron otros; mas fue tanto lo que tal día y los tres siguientes obraron el capitán y los suyos, para no ser de todo punto deshechos, que se retrajeron los indios como asombrados de que en tan pocos hombres se hallase tanto valor, siendo lo más cierto haber tenido de su parte socorro particular del cielo, pues de otra suerte no fuera posible sostener el ímpetu de más de diez mil indios tan valerosos como podían serlo los más famosos del mundo.

Con estos malos sucesos determinó Lanchero, mal herido de un flechazo en los pechos, salirse de la provincia, dejando para otro tiempo la conquista; discurría, empero, que siguiendo la ruta por la misma parte que había entrado, se exponía a que forzosamente lo rompiesen los indios en la retirada; y cuando sucediese dejársela libre, bastaría la penuria de víveres que padecía su gente para consumirla en tan peligrosos caminos. Por otra parte, lo tenía confuso la falta de noticias de otro alguno que lo sacase de tanto abismo de riesgos, aunque, según las que le daban algunos prisioneros y el tanteo de la demarcación que hacía, se hallaba muy cerca de los panches, nación tan feroz y atrevida como la de los muzos, aunque menos temida de Lanchero, por parecerle que la cogía descuidada de estos designios; y así, pesando más en su consideración el riesgo notorio de penetrar otra vez por la provincia de los muzos, que el contingente de hallar oposición en los panches, resolvió aventurarse por su país y con el mayor recato que pudo levantó su campo y guiolo

por aquella derecera, mas no tan secretamente que avisados los muzos por los espías que tenían a la mira, no siguiesen inquietándolo continuamente hasta que lo lanzaron de su provincia y entró en la de los panches, que por no estar prevenidos le dieron lugar para que a largas jornadas, y dejándose muertos los más de los heridos, por falta de cura y actividad del veneno, saliese derrotado por los dos valles de Chinga al de los Alcázares, y de allí a Santafé, donde lo dejaremos para proseguir con los sucesos militares de Galeano, y hasta que la guerra de Muzo dé materia más sensible a la pluma.

Dejamos a Galeano victorioso del Saboyá y Thysquizoque, obligándolos segunda vez a que se retrajesen acobardadas sus tropas, porque a su despecho vieron sacar libre del hoyo al español que había caído en él, por lo cual, no teniéndose por seguras en los más fuertes sitios que había previsto la destreza del Saboyá para su retirada, y sin bastar su autoridad y la de Thisquizoque para detenerlas, dieron principio a desmandarse por diferentes partes, pareciéndoles que sólo tendrían seguridad en la fuga los que no tuvieron dicha en el encuentro. Así lo aconseja el miedo cuando tiene voto en los acuerdos arcanos del corazón, y así lo ejecutaron los indios; pero no tan ciegamente que no eligiesen por sendas para huir las que se hallaban libres del daño prevenido para último arresto de su venganza; y para claridad de lo que escribo, es de advertir que estas naciones mataron muchas veces más españoles con la disposición de una india vieja que con todas las armas que usaban, porque a ésta la enviaban prevenida de púas envenenadas y sutiles para ponerlas en los caminos y pasos forzosos por donde habían de pasar los españoles, y ella, bien instruída de su mala inclinación, las sembraba tan fijas y ocultas, y con tal orden, que raras veces se reconocían, hasta que con la herida avisaban del peligro. De esta traza, pues, se habían valido en la

ocasión que refiero, y así muchos de los infantes y perros se lastimaron, sin que se hallase remedio para escapar de una muerte rabiosa, si no fue en Diego Ortiz, que se cortó la parte herida y la cauterizó con fuego. La necesidad de acudir a este peligro les dio traza a los infantes para escapar de él, usando de antiparas estofadas de algodón por las plantas, cuando caminaban por lugares sospechosos, y era remedio tan a propósito que si talvez encontraban las puntas delicadas, se rompían en el colchado sin llegar a lastimar la carne, aunque sucedió que cierto soldado, natural de Portugal, llamado Antonio Pérez, estando bien confiado del reparo que le había dado la piel gruesa de una danta contra el rigor de las púas y no reparando que con el rocío del agua que habían recogido las yerbas, se le había ablandado el calzado que hizo de la piel, se lo atravesó una de aquellas púas envenenadas, y con haberle picado apenas en el pie, murió al día séptimo, sin que le aprovechase remedio, con lástima de todos y bascas furiosas del paciente; tan fieros y nocivos eran los mixtos de aquella confección venenosa.

Apremiado Galeano más de este peligro que de las armas enemigas, desamparó aquellas poblaciones y pasó a la provincia de Chebere (una de las que permanecieron más obstinadas en la rebelión del Saboyá y sus coligados), adonde se detuvo con varios encuentros y batallas que, por ser todas de una calidad con las que tenemos escritas, sin detener la pluma bastará decir que fueron tan reñidas que en una sola de ellas, entre otros muchos heridos, sacó atravesado un brazo con el golpe de un dardo y lastimada la pierna de una púa Juan Fernández de Valenzuela, que en todas ocasiones se había mostrado valeroso soldado y caudillo, en cuya desgracia lo imitó Francisco de Murcia, padre que fue de otro de su mismo nombre y apellido, que dejado el estado del siglo eligió el del sacerdocio, aunque estos dos, por buena diligencia que se puso en curarlos, vivieron muchos años

después, suerte que no tuvieron Diego Martínez y Francisco Fernández de Ecija, excelentes soldados que murieron de las heridas, con otros cuatro compañeros cuyos nombres tiene sepultados el tiempo. Daño fue éste bien considerable, y no se tuvo por menor el de dos valientes lebreles y una yegua del capitán Alonso de Poveda, que murieron también en la batalla, tocados de la yerba ponzoñosa que usaban los enemigos, de suerte que ya la guerra de Vélez era formidable, y si en los encuentros acaecían muertes de los españoles no les eran tan penosas como la cruda hostilidad que padecían sin ver la cara al enemigo, pues en ella perecía lo mejor del ejército; mas no por su falta malogró algunas buenas ocasiones que tuvo de vengarse de los daños recibidos, aunque no fueron equivalentes en la calidad, excediendo tanto en la cantidad de los bárbaros muertos, y castigados con el rigor de cortar a unos las manos y las narices a otros.

Cansado Galeano de tan prolija guerra (pues ya lo que vamos relatando pertenece al año de cuarenta y uno) en que había perdido gran parte de su gente, vacilaba en la resolución que debía tomar para hacerse temer de aquellas provincias, siempre más pertinaces en su rebeldía. Parecíale que si retiraba su campo de la empresa, hasta reformarlo de gente y fuerzas consumidas en el trabajo de tantos días, daba ocasión al enemigo para que, estimando su potencia en más, mantuviese la conspiración, confiado en el ejercicio que ya tenía en las armas, y en la flaqueza de los nuéstros, obligados a manifestarla con su retirada. A este inconveniente, siempre dañoso, se le oponía otro no menos perjudicial si quería evitarlo, pues determinándose a proseguir la guerra en tiempo que se hallaba tan menoscabado de infantería, y sin esperanza de alguna recluta en que pudiera consistir la mayor seguridad, porque los caballos servían de muy poco entre las asperezas de la tierra, se exponía a padecer alguna derrota de que re-

sultase la pérdida de Vélez y la reputación de las armas españolas, en que se fundaba la seguridad de todo el reino. Puesto, pues, entre estos dos inconvenientes, se los representaba mayores el recelo de que los muzos, de nación belicosa y confinante con sus enemigos y la más interesada en los buenos sucesos que tuviesen, hacían liga con el Saboyá y Thysquizoque, con protesta firme de no soltar las armas hasta lanzar de la tierra a los españoles, unión de que podía esperar mucho daño y peores consecuencias, y fundábase en que habiendo entrado en aquella provincia por fines de este año de cuarenta el capitán Luis Lanchero con orden de Hernán Pérez de Quesada, le habían obligado los muzos con la resistencia y valor que mostraron a que saliese derrotado por tierras de los panches, no atreviéndose a sustentar la guerra con cincuenta hombres que metió a la conquista, de quienes había perdido la mayor parte, y así, cuidadosos los muzos de sus intereses y con el fin de oponerse a doscientos hombres que se prevenían contra ellos, era muy verosímil (y lo acreditó la experiencia por cierto) que hacían confederación con el Saboyá y Thysquizoque, para dividir las fuerzas españolas y auxiliarse en cualquiera ocasión de aprieto que se viesen acometidos.

No se habían hallado menos cuidadosas del suceso de Galeano las ciudades de Santafé y Tunja, conociendo que las guerras de las Indias no son ni fueron cuando a la entrada de los primeros españoles se rindieron los naturales, más al espanto de los caballos que a las armas, sino cuando, desengañados de que no eran inmortales sino hombres sujetos a las pasiones comunes, tomaron las armas acreditándose guerreros en las rebeliones; y así, prevenido buen socorro de infantes y caballos, lo encaminaron a Vélez y de allí pasó en demanda del campo español, llegando a tan buen tiempo a Chebere, que sacó a Galeano de las dudas en que se hallaba, con que, animoso, pasó a

Tunungá, donde encontraron famosas ciudades abastecidas de cuanta vitualla bastó para proseguir la guerra. Estaban fortificados sus naturales con hoyos y púas, traza común de que ya se valían aquellas naciones para detener la furia de los caballos, y para no ser cogidos sin prevención tenían ocupados los pasos del país con gente de guerra. Pero los españoles, escarmentados en los pasados lances, marcharon con el recato necesario, descubriendo los engaños prevenidos; mas no tan favorablemente que no fuese con pérdida muy sensible, pues murieron heridos de las púas Baltasar Moratín y Pedro de Alvarado; y tanto fue más grave el daño cuanto se dilató la venganza, pues al tiempo que se comenzaba la guerra en Tunungá y al en que los dos campos se hallaban necesitados de romper en batalla, llegó al español un aviso de Vélez en que le daban cuenta de cómo subía al reino gente de la costa, según se colegía de la relación de los indios; y que si fuese verdad (que no lo dudaban) era cierto ir con ella nuevo gobernador proveído por la Audiencia española, que en aquellos tiempos tenía bien dilatada jurisdicción. Con esta nueva les pareció a Galeano y demás cabos suspender la guerra para mejor ocasión, como si aquella no lo fuera, pareciéndoles que los intereses asegurados que tenían en las tres ciudades se debían preferir a los contingentes; y así lo ejecutaron volviendo cada cual a la ciudad de donde era vecino, aunque por algún fin particular, y lo más cierto por verse con el nuevo gobernador, se quedó en la de Vélez el capitán Juan de Rivera, que ya era por fines del año de cuarenta o principios del siguiente, mientras, soberbio el Saboyá, con asaltos y correrías inquietaba, auxiliado de los muzos, las provincias pacíficas con muertes y robos de los indios moscas.

CAPITULO VII

ESGUAZADO EL CAUCA, PROSIGUE JORGE ROBLEDO SUS DESCUBRIMIENTOS HASTA FUNDAR LA CIUDAD DE CARTAGO.

DEJAMOS el año pasado en la villa de Anserma al capitán Jorge Robledo de vuelta de algunos descubrimientos logrados más con arte que fuerza, y entrado el año de cuarenta, se hallaba deseoso de proseguirlos por la otra banda del Cauca, empresa a que se resolvió aun con todas las dificultades que representaba el esguazo de tan caudaloso río y la noticia de las naciones guerreras a que se conducía, por ser de corazón ambicioso de fama y hallarse asistido de la gente práctica que subió de Cartagena. Para este fin acordó depositar los repartimientos de indios en los que pretendían quedar por vecinos, y dejando en su lugar al capitán Ruy Vanegas, salió de Anserma con cien infantes y treinta caballos, llevando por maese de campo al comendador Hernán Rodríguez de Sousa y cuatro capitanes, que lo fueron Alvaro de Mendoza, Martín de Amoroto, Gómez Fernández y el capitán Vallejo, con muchos buenos soldados, de quienes falta noticia, aunque no de todos, pues se hallan memorias en diferentes escritores de haber seguido esta facción Antonio Pimentel, Alonso de Villacreces, Berrobi y Santiago, que habían mejorado de las heridas que recibieron en el Darién; Diego de Mendoza, Pedro de Cieza León, que escribió esta conquista de Popayán y la del reino de Quito; Francisco de Avendaño, Martín de Arriaga, Giraldo Gil, Juan de Frades, Pedro de Velasco, Juan de Torres, Francisco Pérez Zambrana, Pedro López

Patiño, Jerónimo de Tejelo, Pedro de Barrios, Juan Rubio, Alonso de Hoyos, Pedro Cobo, Pedro Solano de Quiñones, Antonio Redondo, Marcos Márquez y Francisco de Frías, que iba por capellán del ejército; llegados al pueblo de Itra, por donde se angosta algo más que en otras partes el Cauca, fabricó la necesidad ciertas balsas de guaduas en que pasar los caballos y el corto bagaje que llevaban y permitían las nuevas conquistas, bastando para conducirlas a la otra ribera que dos indios nadadores fuesen delante tirando dos bejucos que iban atados de las balsas y otros dos indios a la popa, que sirviéndoles de timoneros gobernaban aquel mal compuesto bajel de cañas. Los infantes atravesaron el río de uno en uno puestos entre dos guaduas unidas por los extremos con dos barrotes ligados, a quienes gobernaban los indios nadando en la misma forma que a las balsas mayores, sin que hasta aquel tiempo se hubiese visto semejante traza de esguazar ríos aun menos peligrosos, cuyas dificultades y trabajos dan clara muestra de la grandeza de ánimos y robustez de cuerpos que por entonces se criaban en estos reinos de España.

Esguazado el Cauca, despachó embajadores Jorge Robledo a los señores de la provincia de Carrapa ofreciéndoles su amistad, y considerando ellos que sobre la guerra que tenían con Picara, provincia enemiga, no les podía estar a cuento la de los forasteros, la admitieron con gusto y con el mismo los tuvieron alojados en su país cuarenta días, socorriéndolos con víveres y presentes de joyas de oro, y, lo que fue más, con la noticia de que atravesada la cordillera de los Andes hallarían la rica y deleitosa provincia de Arbi, y antes de atravesarla las de Picara, Paucura y Pozo, abundantes de oro y pobladas de tanto gentío, como se reconocería de las guerras que sustentaban unas con otras. Con este aviso determinó Jorge Robledo pasar a ellas pidiéndoles gente de guerra que lo auxiliase en la que pretendía hacer a los

que no lo admitiesen de paz. Los de Carrapa lo tuvieron a bien, más atentos a la venganza de sus agravios antiguos que a la obligación de la reciente amistad, y diéronle cuatro mil gandules con que pasó a Picara, provincia algo mayor y tan rica como la suya, donde sus moradores habían tomado las armas, si bien después del estruendo militar, que terminó todo en amenazas, huyeron con infamia, dando lugar a que los carrapas en su alcance matasen algunos y aprisionasen otros, que muertos después a sangre fría, se comieron en señal de su trofeo. Con semejante suceso tuvo ocasión el capitán Robledo de enviarles embajador ofreciéndoles de nuevo la paz, y admitiéronla temerosos de los perros y caballos, ocurriendo a dar la obediencia al rey con la demostración de un rico presente de joyas. En todo lo cual se detuvo veinte días, pasando al fin de ellos a la provincia de Pozo, donde los caciques tenían a los umbrales de sus palacios grandes fortalezas fabricadas con paredones de guaduas más gruesas que el muslo, sobre quienes cargaban barbacoas de las mismas cañas a manera de azoteas, en que se hacían los sacrificios de carne humana y desde donde los vigías atalayaban la campaña.

Corre esta provincia desde los confines de los carrapas, picaras y paucures, que la ciñen por la una parte, hasta llegar con sus poblaciones a beber las aguas del Cauca. Sus indios, en opinión de algunos, competían en valor con los pijaos; jamás soltaban las armas, aun cuando labraban los campos; todos los martes sacrificaban dos hombres a un ídolo que tenían de madera, tan grande como un hombre de perfecta estatura, con los brazos abiertos y puesto el rostro al nacimiento del sol. A los que aprisionaban en la guerra tenían encerrados en casas destinadas para ello, donde los regalaban hasta que engordasen, y entonces los conducían a las plazas en sus mayores fiestas, y haciéndolos poner de rodillas los obligaban a que inclinasen las cabezas para matarlos, dándoles en

ellas con gruesas macanas, lo cual obedecían los miserables cautivos tan sin mostrar flaqueza, que más parecía voluntaria que violenta su desgracia. Preciábanse de traer su origen y derivar su nobleza de la provincia de Arma, a quien imitan en el idioma y costumbres, y era capitán general de todos ellos su cacique Pimaraque, formidabe a sus enemigos por las victorias conseguidas de los carrapas y paucures, y tan despreciador de los nuéstros, que después de celebrar grandes sacrificios de carne humana alistó seis mil de ellos determinado a defender el paso de la sierra, donde se acuarteló brioso.

Los españoles marchaban a este tiempo un río abajo entre las amenidades de frescas arboledas, y bien descuidados de encontrarse con enemigo tan fiero en campiña tan hermosa, pero atentos a la costumbre, iban sobresalientes los capitanes Jorge Robledo y Alvaro de Mendoza, Antonio Pimentel, Suer de Nava, Giraldo Gil, el capellán Francisco de Frías y un trompeta, cuando oyendo el rumor sordo que formaban los bárbaros, llamaron al maese de campo, que acudió luégo con Pedro de Cieza, Pedro de Velasco y otros infantes y caballos que, juntos y ordenados, comenzaron a repechar la cuesta, persuadidos a que no podrían hallar campo alguno que resistiese su primer encuentro, aunque los tercios de ocho mil carrapas y picaras que los iban auxiliando mostraban temor de llegar a batalla con los pozos, cuanto ellos más atrevimiento, llamando a los españoles mujeres y diciéndoles otras semejantes injurias, hasta que ganada la cumbre por Jorge Robledo y avanzando con los caballos que le seguían, apellidando a Santiago, rompió por el escuadrón contrario sin recibir daño alguno de la multitud de dardos que le arrojaban; pero como advirtiese que su trompeta peleaba sin rodela y temiese más el ajeno que el propio peligro, diole su adarga, y habiendo muerto cuatro indios con la ballesta, tomó otra vez la lanza, y peleando con ella, convidábalos a

voces con la paz, a tiempo que el tiro de un dardo le atravesó la mano derecha obligándolo a desmontar del caballo por no perder la lanza, aunque con peor suceso, pues al poner el pie en tierra le arrojaron otro dardo que le entró un palmo por la espaldilla, en cuyo tiempo, apretado el enemigo de los españoles, que ya tenían ganada la cumbre, huyó tan desordenado que en su alcance tuvieron bien que cenar y en que despicar su enojo los indios auxiliares.

Los nuéstros, que ya se hallaban victoriosos, viendo herido a su capitán, bramaban de coraje juramentados de no levantar la mano de Pozo hasta vengarse, que brevemente consiguieron, pues poco más adelante del sitio de la batalla tuvo el maese de campo noticia de que hasta mil gandules con sus familias se habían fortificado en un peñol vecino, y encaminándose prestamente a él lo sitió por la parte baja con los indios amigos, y ganada la cumbre con sus infantes, y echando por delante los perros, que a dos bocados abrían aquellos miserables cuerpos hasta las entrañas, los atemorizó, de suerte que, huyendo de aquel destrozo, elegían el despeño dejándose caer de los riscos, o quedaban al arbitrio de los picaras y carrapas que, como enemigos mortales suyos, no dejaban indio grande ni pequeño que no matasen para comérselos crudos en el fervor del combate, de que resultó volver al real con doscientas cargas de carne humana que les sobraron para remitir de presente a sus tierras, cuyo estrago, difundido por la provincia, necesitó a los pozos a que admitiesen la paz, acudiendo al ajuste de ella con ricos presentes de oro que hicieron a Jorge Robledo, quien hallándose mejor de las heridas despidió los picaras y carrapas, y con las tropas de Pozo pasó a Paucura, donde gobernaba Pimaná, enemigo suyo, y tan cauteloso, que prevenido de víveres para los españoles y aceptada la paz, derramó voz de que los indios de Pozo habían muerto algún ganado de cerda del que los nuéstros dejaban reza-

gado, de que sentido Robledo y quejoso de que no se le guardase amistad, mandó a Suer de Nava que con cincuenta hombres fuese a castigar el atrevimiento, tan en gracia de los paucures que, convocados hasta tres mil de ellos, siguieron a los nuéstros, por no perder la ocasión de arruinar a sus contrarios, y entrados los unos y otros en el país de Pozo, sin más averiguación del delito, se dieron a saquearlo y destruirlo, siendo lo más horroroso de la hostilidad llevarse los de Paucura doscientos hombres en cuartos, para comérselos con fiereza tan recibida entre ellos, que por sustentarse de carne humana no había seguridad de padres a hijos; pero habiendo parecido el ganado después del rompimiento, que debiera excusarse, se asentó de nuevo la paz.

No teniendo más que hacer en Paucura se encaminó Robledo a la parte occidental en demanda de la provincia de Arma, a quien sin razón llama el cronista Herrera la mayor del Perú, así por no caer dentro de su demarcación, como por no hacer cabeza entre las equinocciales, si no es que imaginase comprenderlas todas dentro de ella el que le dio la noticia; pero lo cierto es que la provincia es buena, llana y fértil de semillas y raíces, y sobre todo rica de minerales de oro. Sus moradores habitaban en los altos y laderas de las serranías que tiene, en casas redondas y capaces de quince y veinte familias. Hallábanse medrosos con la fama que entre ellos corría de que los españoles partían el cuerpo de un hombre de un golpe de espada y de un bote de lanza lo atravesaban, y lo que más les ponía horror era la ponderación que se hacía de la furia con que la jara salía de la ballesta y velocidad que llevaba, a que comparaban la presteza y ferocidad de los caballos y perros. Pero sin embargo de todo esto, y celebrados los sacrificios sobre si les estaría mejor la guerra que la paz, se resolvieron a poner en cobro sus familias (señal evidente de flaqueza de ánimo) y hacerse fuertes en la cumbre de una loma por don-

de habían de pasar los nuéstros. Para este fin llamaron sus tropas, que acudieron reconociendo cada cual su bandera, que siendo muchas, todas ellas estaban sembradas de estrellas y otras figuras de oro finísimas. Los cabos, con vistosas plumas sobre los círculos de las coronas de oro con que ceñían las cabezas, ostentaban hermosura en la misma fiereza; las patenas y otras muchas joyas de su arreo causaban admiración y la mayor fue, como después se vio, hallar muchos de aquellos bárbaros armados de pies a cabeza con chapas de oro batido, causa para que a su provincia llamasen de los armados, y Arma a la ciudad que después se fundó en ella; en cuyo encuentro pudiera muy bien hallar fundamentos para el crédito de su fábula el que derramó la voz mentida de El Dorado. Pero toda esta bizarría y prevención militar que se mostraba en la sierra al estruendo de sus bocinas, vino a parar en que después de arrojadas muchas piedras la cuesta abajo contra los nuéstros, que a su pesar subían, se resolviesen a volver las espaldas, en cuyo alcance perdieron gran parte de la riqueza que ostentaron.

Con este buen suceso prosiguió Robledo adelante a tiempo que las reliquias del campo desbaratado, aumentadas de socorros, le tenían tomado el paso de otra sierra más áspera y dificutosa de subir a los caballos, para cuyo remedio y justificación de cualquiera facción que emprendiese, les despachó embajadores, ofreciéndoles su amistad y haciéndoles, por medio de intérpretes y dos escribanos que llevaba, algunas protestas y requerimientos para que soltasen las armas, de que se burlaban ellos respondiéndoles que para qué iban a robar lo ajeno, que volviesen a sus tierras, pues ellos se estaban pacíficos en las suyas, y levantando el grito arrojaban piedras y dardos a los nuéstros. Pero Jorge Robledo, al tiempo que rayaba el sol más ardiente, animando a sus infantes, les ordenó que avanzasen con rodelas, ballestas y pe-

rros, como lo hicieron, mientras los caballos, probando diferentes sendas, la hallaron para ganar la eminencia a tiempo que los de a pie combatían esforzadamente con los indios. Mas éstos, viendo sobre sí los caballos y no atreviéndose a esperar el choque de las lanzas, desampararon el sitio que ocupaban (y por esta causa se llama desde entonces el Puerto de los Caballos), dando tiempo a que los nuéstros en su alcance hubiesen gran presa de joyas, que se acrecentó con las que después llevaron los señores de la tierra a Robledo, porque, desengañados de la ventaja que les tenían los españoles, y no queriendo aventurarse más contra ellos, ocurrieron a pedirle paces, cargados de presentes de oro en cestillas de palma, sin las joyas que separadamente daban a los soldados, y las que al tiempo de beber los caballos les ponían dentro del agua, como que también necesitaban de ellas para apagar la sed o la cólera; y porque de la otra parte de la sierra tenía su Estado Maitama, el más poderoso cacique de la provincia, partió contra él el maese de campo Sousa con cincuenta hombres, y aunque al romper del alba encontró algunos indios en una colina con pretensión de defender la entrada, desbaratolos fácilmente y al siguiente día se alojó en el cercado de Maitama, quien, enterado de lo que habían obrado los demás señores, pidió también la paz, remitiendo para el efecto iguales presentes puestos en algunas varas que llevaban en hombros sus vasallos de dos en dos, de que pendían patenas, coronas, brazaletes y otras diversas figuras de oro.

Pacificada con esto la provincia, y pareciéndole a Robledo que en ella podría poblar, acordó enviar a su maese de campo a descubrir el Cauca abajo, donde se encontró con una famosa población en que resolvió detenerse a la fiesta de la Resurrección, con cuyo motivo la llamó el pueblo de la Pascua, de donde pasó a Puebloblanco y al de Cemifara, y corriendo la provincia de La Loma llegó

hasta el pueblo de Los Pobres, que hace frente a Buriticá, del cual resolvió a tiempo que se iban conspirando todas las naciones de la provincia de Arma contra los nuéstros, como se reconocía de haber levantado las provisiones, muerto los indios y negros amigos que hallaban separados del ejército, y pretendido acometerlo en su mismo alojamiento, de que, receloso Jorge Robledo, resolvió dejar la provincia tan de guerra como la halló a la entrada, y aunque al retirarse se descubrieron en las colinas y montes muchos indios armados, solamente sirvieron de que llamados de Robledo, y llevados de la curiosidad y confianza de que podrían volver sin daño alguno, acudieron a saber lo que pretendía, que fue meterlos en ciertas casas que había allí cerca y hacerles cortar las manos a unos, y las orejas y narices a otros, para que, como correos de su desgracia, manifestasen a los caciques el sentimiento suyo, mientras, prosiguiendo su marcha por los países de los pozos, picaras y carrapas, se conducía a la provincia de Quimbaya.

Esta provincia se comprende en la demarcación o confines de los pantagoros, de que tratamos en el capítulo segundo del primer libro, y yace entre las ciudades de Ibagué y Santa Ana de Anserma, puesta en tres grados de esta banda del norte al oeste de Santafé, y veinticinco leguas al nordeste de Popayán; tendrá cuarenta y cinco millas de longitud y treinta de latitud, que corren entre los términos que le da el río Cauca, hasta las sierras nevadas de los Andes, toda ella de tierra montuosa, y donde se producen más guaduas que en otra parte de Indias. Su temperamento ni es frío ni cálido, pero tan favorable a los españoles que con él se conservan muchos años libres de enfermedades. Hay en ella un volcán de humo que respira en la gran sierra, bien conocida por sus laderas nombradas de Toche, en que por una barandilla de piedra, que los españoles han labrado en

ellas, se hace tránsito de Ibagué a Quimbaya; de esta sierra bajan muchos arroyos que riegan y fertilizan la provincia, y por los más de ellos hay fabricados puentes de guaduas que facilitan el paso, aunque asustan con los columpios. Los naturales, así hombres como mujeres, son de buen parecer. No comían carne humana si no era en alguna gran fiesta; fundían joyas de oro por la idea de cuantas cosas veían; sus armas eran las comunes de los pantagoros: lanzas, dardos y tiraderas. Cuando se congregaban y el vino había hecho la operación que suele en ellos, se dividían las mujeres en dos escuadrones y los hombres en otros dos, a cuya imitación hacían lo mismo los de tierna edad, y al compás de cierto son que formaban sus instrumentos roncos, se arrojaban varas y tiraderas, y acometían, de suerte que el juego remataba en muertes y heridas, abuso que hasta hoy permanece. En sus bailes guiaba uno de ellos cantando al son de dos tamboretes que llevaban en las manos, y respondían todos cuantos le seguían, llevando el vaso de vino en la mano, de suerte que bailando bebían y cantaban los trabajos presentes y acaecimientos pasados. Reconocían que el hombre tenía algo que no era mortal, pero no sabían distinguir el alma del cuerpo, y lo más singular de ellos era no tener ídolos.

A esta provincia, pues, de Quimbaya, de que iba noticioso, arribó Jorge Robledo deseoso de poblar en ella alguna ciudad; pero la gente, malcontenta de lo que se le representaba a primeras vistas, le dio a entender cuánto mejor le hubiera sido fundarla en alguno de los países que habían desamparado, pues el de Quimbaya mostraba ser todo él de cañaverales, y que, pues en las prósperas y adversas fortunas tenía experimentado el amor con que lo habían seguido, tuviese atención a sus trabajos, y a que no los malograsen por alguna resolución inconsiderada. Inclinárase con facilidad a esta propuesta el capitán Jorge Robledo, siem-

pre atento a no desabrir a su gente, si otros más cautos en hacer juicio de las provincias de las Indias no le advirtiesen el poco caso que se debe hacer de las apariencias, mientras experimentado el país no descubre las calidades y secretos que oculta, y lo que convendría que antes de elegir otro se reconociese aquel terreno por alguno de los cabos del ejército. Prevaleció este parecer, y dióse orden al capitán Suer de Nava para que con una tropa de infantes y algunos caballos penetrase hasta el centro de la provincia, examinando los defectos o conveniencias de ella. Hízolo así a tiempo que todos los caciques eran ya sabedores de su entrada; pero como hombres más dados al vicio y regalo que al trabajo y la guerra, cuidaron poco de ponerse en defensa juzgando que aquella avenida de forasteros pasaría sin hacer pie en la provincia. De este parecer fue Tacurumbi, cacique poderoso entre ellos, que ambicioso de ganar nombre con los forasteros, o atento a no recibir daño de las armas españolas, salió a Jorge Robledo y le dio un vaso de oro que pesaba muy poco menos de ochocientos castellanos, sin otros menores en que, sin tasa, ostentó las señales de su riqueza.

No experimentó menores demostraciones el capitán Suer de Nava, pues descubriendo muchas populosas ciudades por la provincia, hasta dar en los términos del gran valle de Cali, y revolviendo por diferente camino hasta encontrarse con Robledo, recogió gran suma de oro con que todos los señores de la tierra le acudían, y él aplicaba para sí, por no faltar a la costumbre con que dos capitanes de Indias las conquistaban por aquellos tiempos. Enterada, pues, la gente de Robledo con la relación que dio Suer de Nava de las buenas calidades que había reconocide en la provincia para los intereses a que miraban, resolvieron fundar una villa en la parte llana que media entre los dos ríos Otún y Quindiu que, separados a poca distancia, corren a fertilizar la provincia, y lla-

máronla Cartago, en memoria de haberse intitulado cartaginenses sus pobladores, por haber subido los más que iban en el campo, desde la ciudad de Cartagena, con el licenciado Juan de Badillo y capitán Luis Bernal. Fueron sus primeros alcaldes Pedro López Patiño y Martín de Arriaga, y dejando Robledo en su lugar al capitán Suer de Nava, con la mitad de la gente trató de pasar a Cali o Anserma, donde se decía haber llegado el adelantado Pascual de Andagoya con la propiedad del gobierno, de que no se disgustaba Robledo, por librarse de los temores con que se hallaba de Sebastián de Benalcázar; y tan empeñado se veía ya con la ambición y esperanza de conseguir para sí el gobierno de todo lo que había descubierto, que no acertaba a tener resolución fija en la elección del cabo a quien había de obedecer.

FIN DEL TOMO II

INDICE DEL TOMO II

LIBRO QUINTO

Págs.

El capitán Juan de Céspedes entra en la provincia de los panches y queda victorioso en una batalla.—Vuelve a Bogotá y marcha todo el campo a Somondoco.—Descúbrense las minas y los llanos de San Juan, adonde va el capitán Juan de San Martín con infeliz suceso. Múdase el campo a Ciénaga, y San Martín pretende segunda vez entrar en los Llanos: tiene noticias del cacique Tundama y descubre su gente a Sogamoso.—El capitán Venegas halla en Bagañique noticias del rey de Tunja: préndelo Quesada y saquea su corte: invade después a Sogamoso y determina la conquista de Nelva con mal suceso.—Pelea con Tundama con buena fortuna, parte la presa entre su gente, va en demanda del Zipa, a quien mata sin conocerlo.—Levántase con el reino Sacrezazicua, que declara la guerra: asienta paces después y, unidas sus fuerzas con las de Quesada, guerrean a los panches hasta sujetarlos.

CAPITULO I.—Entra el capitán Céspedes en la provincia de los panches por Tibacuy: platica con el capitán del presidio de los guechas, y, acometido de los panches, queda victorioso después de una peligrosa batalla. 9

CAPITULO II.—Sale Quesada de Bogotá para Somondoco en demanda de las minas de esmeraldas que descubre, y también los llanos de San Juan, adonde envía al capitán San Martín, que con malos sucesos se retira. 24

CAPITULO III.—El capitán San Martín tiene noticia de Tundama: descubre a Sogamoso y vuelve en busca del general Quesada, que, noticioso del rey de Tunja, se encamina a su corte guiado de un indio que aprisionó Hernán Venegas. 35

Págs.

bate saquea su corte con presa de los tesoros que no pudo ocultar. 46

CAPITULO V.—Marcha Quesada a Sogamoso, saquea la ciudad y quémase su templo.—Vuelve a Tunja, y desamparándola por ir a la conquista de Neiva, pelea en el camino con Tundama y rómpelo en una batalla. 55

CAPITULO VI.—Repártese la presa entre los españoles: asaltan después el cercado de un bosque donde matan a Thysquesuzha sin conocerlo.—Usurpa el reino Sacrezazipa, y después de varios reencuentros asienta paces sujetándose al rey de España. 70

CAPITULO VII.—Acometen los panches las fronteras de Bogotá, y entran Quesada y el Zipa al castigo con mal suceso en el primer encuentro.—Disponen los nuéstros una emboscada, y lógrase con estrago de los enemigos. 81

LIBRO SEXTO

Prende el general Quesada a Sacrezazipa y válese éste de algunas trazas para salir de la prisión, que no tienen efecto hasta que en ella pierde la vida atormentado.—Funda Quesada la ciudad de Santafé y determina pasar a Castilla.—Altérase el campo por la sentencia que da contra Lázaro Fonte y sosiégalo con arte.—Entran a un tiempo en el reino Nicolás Frederman por los Llanos y Benalcázar por Neiva.—Conviénense los tres generales y vienen juntos a España.—Funda el capitán Galeano a Vélez y Gonzalo Suárez Rondón a Tunja.—Jerónimo Lebrón forma ejército para subir al reino, pelea su armada con la de Mompox, saquea a Tamalameque y vence en la batalla naval de Cesare con estrago y muerte de Alonso Jeque.

CAPITULO I.—Prende Quesada a Sacrezazipa por los tesoros del Zipa muerto y promételos con engaños hasta lograr la muerte de sus émulos: válese de nuevas trazas para ponerse en libertad y quítale la vida a tormentos. 91

CAPITULO IV.—Asalta Quesada el palacio del rey de Tunja, a quien prende, y después de un breve com-

Págs.

CAPITULO II.—Reparte Quesada otra presa de oro y esmeraldas.—Da principio a la fundación de Santafé.—Pretende pasar a Castilla y, vuelto del camino, condena a muerte a Lázaro Fonte.—Altérase el campo y destiérralo a Pasca, donde una india lo libra de la muerte. 102

CAPITULO III.—Dánle noticia a Quesada de las entradas de Benalcázar y de Frederman en el reino: despacha a Hernán Pérez a reconocer la gente del Perú y al capitán Suárez la de Venezuela, y dase razón del estado a que llegaron hasta convenirse los tres generales. 113

CAPITULO IV.—Persuade a Quesada Benalcázar a que funde ciudades, y refiérese el estado y crecimiento a que ha llegado la ciudad de Santafé. 127

CAPITULO V.—El general Quesada baja a Cartagena con Benalcázar y Frederman, dejando por teniente general del reino a Hernán Pérez, su hermano.—Embárcanse para Castilla los tres generales, y los capitanes Martín Galeano y Gonzalo Suárez fundan las ciudades de Vélez y Tunja. 143

CAPITULO VI.—Jerónimo Lebrón forma ejército y armada; sale de Santa Marta para el reino.—Alonso Martín pelea en el río con la armada de Mompox, saquea a Tamalameque y ocupa una isla por fuerza de armas, donde halla cantidad de oro bajo..... 157

CAPITULO VII.—Alonso Martín prende en el río a Alonso Jeque, y obligado de una armada enemiga, vence la batalla naval de Cesare.—Trátase de lo que obraba el licenciado Santa Cruz en Cartagena y Jorge Robledo en Popayán. 170

LIBRO SEPTIMO

El capitán Martín Galeano pacifica la provincia de los agataes y pasa después a la de Guane: mueve guerra en Chalala hasta vencer en batalla a Mataregua; pelea después con Guanentá y rinde otras naciones.—Rebélanse Thisquizoque y Saboyá y matan a Juan Gascón.—Avisado Hernán Pérez socorre la ciudad de Vélez, y vuelto Galeano de Guane rompe la guerra con

Págs.

los rebeldes, con prósperos y adversos sucesos.—El cacique Tundama forma ejército y se fortifica: va contra él Baltasar Maldonado, y a fuerza de armas lo sujeta después de porfiada resistencia.—Llegan a Castilla los tres generales Quesada, Frederman y Benalcázar, donde corren varias fortunas.—Lope Montalvo de Lugo entra en el reino siguiendo a Frederman, y el capitán Luis Lanchero en la provincia de Muzo.—Prosigue Lebrón hasta la Casa de la Sal, y Jorge Robledo sus descubrimientos hasta fundar la villa de Cartago.

CAPITULO I.—Trátase de la entrada que hizo Martín Galeano en el territorio de Cocomé y Agatá, y de la que después hizo Juan Alonso de la Torre, a quien acometen hasta retirarlo a Vélez.—Vuelve Galeano al castigo, y ejecútalo con espanto de los indios... 189

CAPITULO II.—Sale Galeano a la conquista de Guane: mueve la guerra en Chalala, y síguela con Mataregua hasta vencerlo en batalla. Pelea con Guanentá, rompe las tropas de Butaregua y a la fama de sus victorias se le rinden otras naciones. 202

CAPITULO III.—Agraviado Thisquizoque de la tiranía de Juan Gascón, hace liga con el Saboyá, toma las armas y le quita la vida.—Hernán Pérez de Quesada socorre a Vélez, mientras vuelto Galeano y auxiliado de Céspedes y Rivera, rompe la guerra con los rebeldes. 215

CAPITULO IV.—Los tres generales pretenden la gobernación del Nuevo Reino y ninguno la consigue. Benalcázar corre en la corte con mejor fortuna que Frederman y Quesada.—Lebrón prosigue su jornada por tierra y Alonso Martín por agua hasta La Tora, y de allí juntos hasta la Casa de la Sal. 226

CAPITULO V.—Forma ejército Tundama y fortifícase contra Baltasar Maldonado: asáltalo éste en su alojamiento, donde lo rechazan. Vuelve al asalto y vence la batalla del Pantano de la Guerra. 244

CAPITULO VI.—Montalvo de Lugo entra en el reino por los llanos, y el capitán Lanchero a la conquista de Muzo, de donde sale derrotado por los panches, y Galeano prosigue la guerra con el Saboyá con mala fortuna. 260